

Selección RNR

El fino hilo de la mentira

Emma J. Care



Narrativa sentimental

El fino hilo de la mentira

Emma J. Care



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

A mi familia.

PRÓLOGO

El final es el principio

El golpe resonó en las cuatro paredes, cortó el aire y sumió la habitación de la novia en el más espeluznante de los silencios.

La joven, sentada en el pequeño taburete del tocador, se acarició la mejilla donde segundos antes se había estrellado la mano de su madre. La piel le ardía; la carne le escocía como si se la hubiese frotado con un guante de esparto.

—Eres una vergüenza de hija. La única que me ha dado el Señor y es fulana. Pero la culpa no es tuya, claro que no; es de tu tía, esa estéril que no vale ni para fregar escaleras. Le cedo la vida de mi hija y así es como te cría, ¡mala pécora le pique! Ahora solo te pido una cosa: que al menos sepas hacer feliz a tu marido porque, si no, hasta en eso habré fracasado en mi papel de madre.

Una solitaria lágrima se deslizó por la magullada mejilla de la muchacha vestida de blanco.

El contenido portazo fue la muestra de la ruptura entre esa mujer, que se hacía pasar por su madre, y ella. Sin embargo, las palabras dedicadas a la que ella consideraba su verdadera madre se convirtieron en pequeñas astillas que se le clavaron en el corazón. Un corazón herido por sus cuatro costados.

—Señorita Lena —oyó decir a una dulce voz.

Todavía con el rostro semigirado por la bofetada recibida —no había levantado la vista de las tablas del suelo—, se obligó a volver la mirada y se topó con unos dulces ojos oscuros, como el chocolate puro.

—No puedo, Rosario, no puedo salir llorando...

—Sí, puede. —La sujetó por los hombros para imprimirle coraje—. Sus lágrimas no son de pena; son de miedo por ese inmenso futuro que se le abre junto a su joven marido; son de felicidad por el comienzo de esa nueva vida que la espera...

¡Qué equivocada estaba su fiel Rosario! Pues ya había derramado en poco tiempo las lágrimas que una persona solloza a lo largo de su existencia. Ese día era por la humillación que le había hecho pasar su madre montando esa escena.

—No puedo mentirle —hipó—, él no se lo merece...

La joven criada chasqueó la lengua entornando la mirada. Aquello parecía un callejón sin salida. Al mirarse de nuevo, Rosario la agarró fuertemente de sus manos.

—Solo usted sabrá cuándo desvelarlo. —Las dos muchachas se fundieron en un abrazo—. Conmigo estará a salvo hasta que lo decida.

1º PARTE

Tina y Pablo

When she was just a girl
She expected the world
But it flew away from her reach
And the bullets catch in her teeth
Life goes on, it gets so heavy
The wheel breaks the butterfly
Every tear a waterfall
In the night the stormy night she'll close her eyes
In the night the stormy night away she'd fly
And dreamed of
para-para-paradise[1]

Tengo miedo del encuentro
con el pasado que vuelve
a enfrentarse con mi vida.
Tengo miedo de las noches
que pobladas de recuerdos
encadenen mi soñar.
Pero el viajero que huye
tarde o temprano
detiene su andar.[2]

CAPÍTULO 1

Volver

«Vuelve a casa, hazme caso; a veces tenemos que regresar al lugar que nos vio crecer para encontrarnos a nosotros mismos y ver qué es lo que queremos. Ve, Tina. Quizás allí encuentres lo que necesitas», escuché en mi mente a mi padre, último empujón que me facilitó pisar el acelerador y adentrarme en el camino de tuyas.

La boca se me secó bajo sus sombras.

El ruido de la grava debajo de las ruedas era el desgarró de mis propias entrañas por estar de nuevo allí.

Ya con el coche estacionado a los pies de la casa familiar, consumida como estaba desde hacía casi seis meses —momento en el que mi vida perdió todo su sentido—, apoyé la frente en el volante al tiempo que lo sujetaba con más fuerza hasta dejar los nudillos blancos. A través de la ventanilla, Galicia me saludó con su inigualable brisa, al igual que hacía cuando de niña venía a estas tierras.

Mi tierra.

Tierra de la que una vez me fui.

El aroma a mar que arrastraba consiguió, brevemente, que mi corazón brincase. Esas notas me trasladaron a otro lugar, a otro mundo, a una época que irradiaba felicidad. No había complicaciones ni problemas contra los que el amor y el corazón perdían. Esas notas acompañaron la primera parte de mi vida. La única que valió la pena.

Sin remedio, más cansada aún —no por el viaje—, bajé y me crucé de

brazos para seguir manteniendo las distancias. Con la cadera apoyada en el espejo, observé la antigua casa que se erigía con sus dos pisos de altura y sus palaciegas torres en ambas esquinas. La piedra, envejecida, estaba cubierta por la enamorada del muro, o parra virgen, que se afanaba en tapar sus grietas, sus agujeros, si los hubiese, y concederle una alegría, que parecía haber perdido, con el verde de sus hojas, que, por otro lado, contrastaba con la pizarra que formaba el alto tejado. El sol, a mi espalda, iluminaba con sus rayos las ventanas reticuladas, tras las que podía ver las cortinas enganchadas a los lados. No necesitaba entrar para recordar el modo en que Rosario las sujetaba con aquellos gruesos cordones de hilo. Ese patrón se iba repitiendo en los dos pisos, lo que le daba la apariencia de estar desperezándose después de un largo sueño del que despertaba con mi llegada y, con ojos entrecerrados, trataba de reconocerme.

Yo sí lo hacía.

«Ve a Galicia, pon tierra de por medio, distánciate y tómate tu tiempo para pensar», me había aconsejado Noa.

No lo veía ni tan bien, ni tan claro, al recordar la manera en la que salí, aquel último verano, jurando no regresar. ¡Vaya tontería! Si lo hubiera sabido antes, no lo habría hecho. Trece años después la rompía, ya que había regresado a ese pozo negro que tanto tardé en tapar.

Adolorida, con el alma ametrallada por los disparos que me regaló la vida, además de la sensación abrumadora de que el aire que respiraba no me llegaba a los pulmones, caminé hacia el jardín para postergar el momento de entrar de nuevo en aquella casa. Según tenía entendido, constaba de tres niveles: el principal, en el que estaba; en el segundo, los rosales, las hortensias y otras plantas ornamentales creaban una estampa única, y a veces era posible captar su increíble aroma, dependiendo de cómo soprase el viento, desde cualquier habitación; por último, el sector destinado a las vides, con las que, otrora, se elaboraba vino para consumo propio. No sabía si se continuaba haciendo. Nunca se me permitió acercarme a esos dos últimos, porque la finca tenía un pronunciado desnivel a causa del acantilado que se inclinaba peligrosamente hacia el mar.

«Tina, juega por donde pueda verte». Volví la vista y ahí estaba mi abuelo, con su habitual sonrisa paternal, los ojos entornados por el sol, siempre

avizor. Esa falsa visión estrujó mi garganta provocando que tragara varias veces para controlar las emociones que se agolpaban en mi pecho. Miré al frente y, en esos escasos segundos, la vegetación parecía sacada de un lienzo de cualquier museo del mundo. Era como si no hubiese cambiado nada, excepto una cosa: yo.

Ya no era aquella niña a la que controlar, pues muchos años hacía que la habían descuidado, sino una mujer que regresaba en un último intento por curarse y no dejarse arrastrar por la angustia en la que estaba sumida, que la consumía sin que nadie se percatase de ello y se alimentaba de las pocas fuerzas que su mellado cuerpo retenía.

Era la última oportunidad que me daba a mí misma para recomponer mi vida o simplemente seguir viviendo.

De repente, el sol me quemaba la piel, la cuarteaba, la desprendía de los huesos como si no estuviese acostumbrada a esa abrasadora exposición. Me froté los brazos con las manos; debía aliviar esa horrible impresión y me refugié entre los árboles. Paseé sin prestar atención a mi alrededor, abstraída en mis recuerdos. Entre los troncos vi a una niña pequeña corretear con las mejillas acaloradas, las trenzas medio deshechas, el vestido más sucio que limpio por meterse en los recodos más insospechados del jardín. Se acercó a mí con ese entusiasmo infantil. Sus ojitos azules, chispeantes de vida, me miraron reconociéndome. «No crezcas —le pedí—, te avergonzarás de la mujer en la que te convertirás». Ella, ajena a mis palabras, me lanzó un beso entre risas de júbilo.

Me transformé sin darme cuenta en mi propio fantasma hasta que un bulto, en uno de los castaños, me llamó la atención. Giré sobre mis pies reparando en la vieja casa del árbol, pero mis ojos me fallaron y fueron más allá. Cruzaron el acantilado hasta la otra casona, aquella a la que un día acudí desesperada y me dio cobijo. Movida por una mano invisible apoyada en la parte baja de mi espalda, caminé hipnotizada hasta el borde. A esa distancia percibí que había movimiento en la casa; al menos una ventana estaba abierta, por la que se colaba, flotando, la cortina. Alguien la cogió y de inmediato cerró.

«La casa está habitada», me dije consternada.

Un escalofrío me atravesó entera, me cubrió el cuerpo destruyendo los

restos latentes de mi corazón, si todavía quedaba alguno. Hacía mucho tiempo que no lo sentía.

El peligro inminente que se desprendía de esa imagen me llevó a rogar que no fuese él quien estuviese allí. Poco a poco, atemorizada y nerviosa, comencé a caminar hacia atrás. Debía distanciarme. Girando sobre mis pies, me dirigí finalmente al interior de la casa.

Entré derrotada; apenas podía respirar por la tensión acumulada en tan pocos minutos. Quieta, cual estatua de mármol, en mitad del corredor, me percaté de que el interior no había sido alterado en esos trece años, todo estaba en su sitio. Respiré el aroma a limpio, a ese producto que utilizaba Rosario para acerar los suelos de madera, a campo y a esa esencia inconfundible que tenían las viejas casas. Lo que me asombró fue la frialdad con la que me recibió. El vello se me erizó, puesto que sus gruesas paredes la resguardaban de la cálida temperatura de fuera, algo bastante insólito para la primavera gallega, que siempre solía ser la época más revuelta. Fuera como fuera, parecía no estar muy contenta con mi regreso.

Éramos dos.

Se equivocaron mandándome allí. Galicia no era el lugar donde olvidar el pasado cercano, porque el pasado lejano me sacudía tan virulento que no iba a durar ni un asalto.

—¿Tina?

Una voz sonó detrás de mí. Me era conocida, muy conocida, aun así no impidió que las extremidades se me agarrotaran y, en general, me tensara.

—Tina, ¿eres tú? —insistió la voz.

Haciendo acopio del poco valor que me quedaba, me volví y la mujer que apareció ante mí —de media estatura, complexión rellena, de rostro redondo, arrugado, tras todos esos años en los que no nos habíamos visto; su mirada, contenida en emoción, me contemplaba con alegría, asombro también; su nariz chata, más fina de lo que recordaba, y la boca, remarcada por unas líneas de expresión que le surcaban la piel, se estiraba en una sonrisa que acompañaba mis primeros veranos—, era la misma que de niña me cuidó.

—Hola, Rosario. —El hilo de voz con el que hablé sonó insignificante.

—¡Ay, qué alegría, por Dios! —En dos zancadas cubrió el espacio que nos separaba y me abrazó del mismo modo que antaño—. ¡Ay, Tiniña, ya

pensaba que me iba a morir sin volver a verte! —Se separó rodeándome la cara con sus manos regordetas—. ¡Qué guapa estás!

Las lágrimas asomaron en sus ojos para después rodar por sus mejillas.

—No llores, aquí me tienes.

—Son de alegría, hija. —Extrajo un pañuelo del bolsillo de su mandilón.

Ladeé la cabeza y la miré con el cariño que su persona me despertaba. Apreté los labios en un burdo intento por sonreírle. Si era sincera, ya no me acordaba de cómo se hacía.

—Bienvenida —me dijo Alfonso detrás de ella.

—Bien hallado.

Su abrazo, más fuerte, sin querer me recordó a los de mi abuelo. Durante unos segundos, que duraron un suspiro, me sentí más reconfortada que en mucho tiempo.

Si los años habían producido algún cambio en él, yo no los percibí. Podía tener más entradas, su mirada podría parecer cansada, pero seguía proyectando la misma fuerza que siempre. Por el resto, parecía que no pasaran los años por él.

—Alfonso, trae el equipaje de la niña —le ordenó su esposa.

—Ya voy...

—No, yo lo hago.

Salió acelerado hacia el portalón, giró a la izquierda y se perdió. Debía comentarle lo que pensaba:

—Podía buscar yo misma la maleta.

—¡Bah! —Rosario hizo un gesto con la mano—. Sabe que quiero estar contigo. Venga, acompáñame hasta la cocina.

Me agarró por la cintura y me forzó a caminar.

Gracias a su presencia, el trayecto por el pasillo fue bastante llevadero, más de lo imaginado. No así entrar en la cocina, la estancia más importante en toda casa gallega. Me paré en el umbral. Me abrumaba que continuara como la recordaba: pintada en blanco, en su centro estaba la mesa larga y ancha con sus respectivas sillas. A su izquierda, las dos gruesas ventanas permitían que la luz entrara a raudales. Debajo de una de ellas, empotrado contra la pared, se hallaba el fregadero, bajo el cual había tres alacenas de madera que, si no habían variado, en una se guardaban los productos de limpieza, en otra, las

ollas y en la última, los juegos de sartenes. En ángulo recto, coincidiendo con la cabecera de la mesa, se encontraba la cocina de leña pegada a la vitrocerámica, sustituta de la de gas. En esa misma línea, aunque en el otro extremo, estaba la *lareira*[3]: una gruesa losa de piedra, de forma cuadrada, sobre la que se abría la enorme boca de la chimenea, sujeta por una columna del mismo material, nada trabajada y un tanto ennegrecida. Desde mi posición alcanzaba a ver la pequeña puerta del horno que, todavía, Rosario utilizaba para cocer empanadas o lo que se prestara, además del redondel de hollín en la losa. Toda casa contaba con una, pues había desempeñado un papel central en la vida, más aún, en la cultura gallega. No solo servía para cocinar, sino que calentaba, a su alrededor se comía y, seguro, se contaban historias de *meigas e trasnos*[4] en los largos y oscuros inviernos que esa región regalaba. Bien lo sabían mi abuelo y Alfonso, porque movían la mesa para pegarla más a ella en Navidad.

El conjunto terminaba con el mueble donde se guardaban la vajilla, cristalería y cubertería.

Para ser la cocina de una casa señorial, era bastante austera.

Respirando hondo, puse un pie dentro mientras Rosario tiraba de mí hasta la silla. Me senté en busca de descanso. Me sentía exhausta debido a que ese regreso me hacía más mal que bien. No obstante, era el lugar donde rendirme, sola, lejos de todos; así nadie me acusaría de cobarde, no me señalarían ni con lástima ni avergonzados. Tampoco aludirían a que no valgo para nada. Me humedecí los labios solo para ser consciente de que estaba despierta y no de regreso a aquella pesadilla. Bajé la cabeza escondiendo mis delitos. No podían saber de ellos, se aprovecharían para herirme más de lo que ya estaba. Retorcía las manos como meses atrás, cuando todo se torció sin avisar.

—Tina, ¿me oyes?

—Sí, sí —mentí.

No sabía en qué momento había dejado de prestarle atención. Quizás no hubo un momento exacto.

—Bueno, tú no preocupes, ya cerramos nosotros la puerta.

Rosario me dio un beso en la coronilla; poco después sus pasos se fueron perdiendo en la inmensidad del pasillo, hasta que el portón se cerró con dos vueltas de llave.

No me habían animado a buscar un remanso de paz.
Me habían enviado a una cárcel.

CAPÍTULO 2

Fantasmas del ayer

—Tú no cenaste —afirmó, rotunda, Rosario, oteando la mesa y la pileta del fregadero.

—Cuando os fuisteis, me duché, después me tumbé en mi cama... Me quedé dormida.

—¿Desayunaste?

—No, tengo el estómago un poco revuelto; los nervios del viaje. —Urdí mi mentira a medida que me iban surgiendo las ideas—. Es la primera vez que vengo a Galicia en coche.

No hizo ningún gesto, tampoco le di tiempo. Señalando la puerta por encima del hombro, me excusé:

—Voy a dar un paseo por el jardín.

Salí casi a la carrera; de esa manera eludía la reprobación en forma de un mal ademán, comentarios hirientes, incluso que me obligase a aquello que no quería.

«Existes porque tiene que haber de todo en esta vida», me repetía una voz masculina asiduamente.

Fuera, tomé una bocanada de aire para desoír aquellas palabras y arrinconar las alusiones a lo que había perdido meses atrás. Supe que debía aprovechar lo que en otra vida, así me parecía, tuve. Cosas tan sencillas como el frescor de la mañana; olores que solo podías apreciar en el campo, como la hierba cortada, la tierra húmeda que, sin haber llovido, mojaba la lona de mis Victoria. Eran las pocas delicias que había encontrado de momento en ese

viaje. De fondo, las gaviotas graznaban histéricas en algún lugar que no lograba alcanzar. Pudiera ser que las alterara el cielo encapotado. A saber. A mí me daba la sensación de que Galicia mostraba su incomodidad por mi presencia. Bordeé la casa a paso lento hacia la parte de atrás con la intención de no volver a ver la construcción de enfrente. Su sola presencia me desasosegaba, me mantuvo... No, no me iba a mentir, hacía meses que era incapaz de conciliar el sueño por temor a las imágenes que asaltaban mi mente. Me atormentaban con la culpa de no haber sido capaz de conservar aquello que más había querido.

Vagabundé un rato por esa zona del jardín a la que se abrían la biblioteca y la salita en la que mi abuela cosía, leía o tomaba el café de la tarde. Era el lugar de los árboles frutales: manzanos de todo tipo, perales, melocotoneros, entre otros. Algunos ya eran muy antiguos; otros eran más jóvenes en apariencia, pero de todas sus ramas pendían los nuevos frutos todavía verdes. Un ruido llamó mi atención. Algo golpeaba la tierra, puede que la removiese de alguna manera. Salí de entre los árboles y al fondo vi a Alfonso trabajando con una azada. Hacia allí me dirigí con el fin de mantener mi mente ocupada antes de que se llenase de recuerdos de otras épocas mejores.

—Hola, Alfonso —lo saludé, procurando mostrar una alegría que no existía.

—¡Hola, hija! ¿Cómo descansaste? —Levantó la mirada de la tierra un segundo.

—Más o menos.

—Es normal tras un viaje tan largo.

Golpeó la tierra, agitándola. A cada uno que asestaba iba abriendo un caminito no sabía para qué.

—¿Qué haces?

—É un rego —se interrumpió a sí mismo—. Es un surco para plantar pepinos, calabacines, pimientos, lechugas, unos tomates, todo lo de temporada. —Se pasó el dorso de la mano por la frente y la puso encima del mango de la azada—. Antes sí se plantaba la tierra, ahora solo quedamos los viejos; los jóvenes os marcháis a la ciudad, es normal, tenéis más posibilidades de mejorar.

—No sabía que se cosechaba tanto.

—Hubo épocas en que no quedaba espacio. Ahora es muy poco, solo lo suficiente para tu padre, algo para los Huría y para nosotros. Mira, en esa parcela está el maíz; cuando se recoja, lo llevaré al molino, haré la repartición y tres kilos se irán a Madrid. Este año tendremos bastante. El resto, mientras no venga Fernando, también lo enviaré, por ejemplo, las primeras lechugas para que las pruebe. ¿Y cómo está?

—Bien, no le ha vuelto a dar ningún achaque más. Espero que siga así — pedí por mi propio egoísmo, pues si le pasaba algo malo a mi padre no lo superaría jamás.

—Alicia lo cuida —apuntó muy acertado.

—La verdad, si no fuera por ella, mi padre a lo mejor no se cuidaría tanto. Lo mantiene a raya.

Alicia era la secretaria de mi padre desde que había comenzado a trabajar en el banco. Tras la muerte de mi madre y con el transcurso de los años, su relación se estrechó. Se casaron dos años antes de la muerte de Lucas. Ahí fue la última vez que lo vi.

—Alfonso, ¿siempre te dedicaste a esto? —retomé la conversación.

—Sí, *dende raparigo*[5]. ¿Ves la bodega? —Señaló con un dedo en su dirección.

—¿La de las herramientas?

—Sí. Allí nací yo.

—¿Cómo? —pregunté, desconcertada.

—Era más grande. Allí vivíamos mis padres y mi abuela, que era la cocinera de la casona, y mi madre era la criada, limpiaba, la ayudaba en la cocina... *Meu pai*[6] hacía lo que yo: se dedicaba a la tierra, era el chófer...

—¿Cómo vivíais ahí?

—Porque tus bisabuelos, Álvaro y Herminia, nos lo permitían, sobre todo, cuando mi abuela enfermó y fue perdiendo movilidad. Tu abuelo se parecía mucho a su padre. ¡Qué hombre más bueno era! Cuando los del pueblo tenían que esperar a llevar el pan al horno de la panadería, nosotros ya teníamos bollos, porque nos permitían cocer en el de la casa. Muchos recuerdos buenos tengo con ellos; en la noche de Navidad y en la de Reyes, tu bisabuelo nos visitaba por la noche y se abría una botella de la cosecha anterior. Nos trataban como a unos miembros más de la familia cuando lo normal era que

ni te mirasen a la cara por ser campesino.

—Nunca supe mucho de ellos...

—Eran muy buenas personas.

Tras ese último comentario y una última mirada a la antigua casa, se puso de nuevo a trabajar. Para no importunarlo más, retomé mi camino con las manos en los bolsillos. Él no lo supo, pero sus palabras tuvieron un gran impacto en mí. Mi abuelo, también mis bisabuelos, habían dejado una impronta muy buena, insuperable, me arriesgué a pensar. Sin embargo, en todas las familias había alguien que sobresalía por lo contrario. Ese papel me había tocado a mí.

Yo era la farsante de la familia.

El día, en general, las horas, transcurrieron muy lentas. Tan ladinas que me llevaron otra vez al acantilado y, cuando fui consciente, me descubrí observando aquella casa. El estómago se convulsionó dentro de mí. En cuestión de segundos, me doblé para vomitar aquello que no había comido. El esfuerzo que hacía era descomunal, tanto que me pareció saborear la sangre mezclada con la saliva; asimismo, tuve que tirarme en el suelo para tener un punto de apoyo.

Tardé más de lo deseado en recuperar el aliento.

De repente, volvía a estar en la misma tesitura que meses atrás.

Ese viaje era un completo desastre a menos de veinticuatro horas de mi llegada.

Ni Rosario ni Alfonso se percataron de lo sucedido, ventaja que utilicé para esconderme del mundo en la pequeña caseta del árbol. Allí me quedé, agachada en una esquina, abrazada a mis piernas. Supe que me buscaban porque sus voces llegaban a mí, incluso la preocupación en ellas.

Me tapé las orejas con las manos para no escucharlos al tiempo que me balanceaba de adelante hacia atrás de forma perturbada.

El vacío en el que me hallaba era insoportable.

Salí al anochecer. Ellos se habían marchado hacía un buen rato, los había

visto a través de uno de los ventanucos de la caseta. Segura, salté y corrí hacia la casa. Dentro, la última luz del día —que teñía la línea del horizonte de un extraño color amarillento, mientras que las nubes eran las encargadas de oscurecer el cielo con ese tono de azul apagado— me agobiaba. Visiones espectrales me rodeaban; los objetos daban forma a mis peores miedos: los colgantes transparentes de las lámparas y su reflejo eran los cristales rotos de un jarrón estampado contra la pared; la sombra del mueble me dominaba desde arriba; la del aparador me sujetaba los tobillos. Respirando con bastante dificultad, como nunca me había pasado, temblorosa, sin separar los ojos de esas figuras, poco a poco mis pies reaccionaron a tiempo. Me fui hasta la escalinata, que a toda velocidad subí, de dos en dos, hasta llegar al primer piso.

Una vez allí, no supe cómo, me dirigí a la habitación de mi abuelo, en el ala este. ¿Era lo que quería? No tenía ni idea. Frente a la puerta, no me paré a recordar las veces que la había cruzado, solo agarré el pomo de frío acero y la abrí. El aire condensado me golpeó la cara, la piel, los sentidos. Atravesé el umbral con los ojos cerrados; me mordí el labio inferior para que dejase de temblar, pues pude respirar a mi abuelo. Su colonia bailaba en el ambiente como cuando vivía; más aún, noté sus ojos verdes puestos en mí.

Abrí los párpados. Todo estaba en penumbra, aunque no lo suficiente para desubicarme. Di dos pasos y, a los pies de la cama, me dejé caer.

En ese instante supe por qué estaba ahí. Debía disculparme.

—Lo siento, lo siento mucho. He defraudado a todo el mundo, sé que a ti mucho más y no sabes cuánto me duele. Fuiste lo más importante y lo único bueno que hubo en mi vida. Si estuvieras aquí, no podría mirarte a la cara. —Respiré hondo—. Soy la cobarde que una vez me pediste que no fuera. He tirado la toalla porque no puedo más, abuelo. Estoy muy fatigada, no me quedan ni valor ni fuerzas para continuar. No me pidas que luche. Sé que allá donde estés lo verás todo... ¡Te necesito! Necesito que me guíes, que me animes, que me calmes... —sollocé de impotencia—. Por favor, ayúdame. Ilumíname, enséñame cuál es el camino, grítame. Si tú no puedes, envía a alguien, muéstrame a esa persona que me salve, que me haga ver la realidad y la vida de otro modo. O llévame contigo, pero no me dejes aquí sola. —Alcé la mirada al techo y, desesperada, le grité—: ¡Dime que estás aquí!

CAPÍTULO 3

Víctima de mi pasado y presente

Las tres siguientes noches las pasé a los pies de su cama, a la espera de algún tipo de respuesta, pero nada ocurría, no acudía a mi desesperada llamada. Eso significaba que estaba tan enfadado conmigo por haber humillado su recuerdo y lo que esperaba de mí que me había abandonado a mi suerte.

No lo culpaba; aun así, dolía.

Asentí en silencio hasta que tuve la fuerza para hablar:

—Te defraudé, lo siento.

Arrastrando los pies, salí de su habitación. Subí las escaleras cual penitente, cabizbaja, con la media melena tapando mi rostro hinchado de llorar. Me senté en el borde de la cama, la mirada clavada en la ventana. Se me estaba negando una señal que me hiciera ver la luz al final del angosto túnel al que el Destino me había enviado. Me lo tenía merecido por haberme mofado de sus buenos consejos. No me importaba decepcionar a mi padre, a Noa. A mi abuelo era distinto. Pese a la enfermedad que, acentuada tras la muerte de Lucas, borró su vida de un plumazo, fue la persona, junto con mi mejor amiga, que vio con claridad meridiana mi realidad y el tipo de calaña con la que mi abuela me unió a su placer.

«Ama a quien te ama, no ames a quien solo te quiere mal», me dijo en un momento de lucidez.

En ese instante comprendí que mi castigo era permanecer en el fondo del frío y profundo lago en el que me había ahogado unos diez años atrás sin

advertirlo.

Así de ciega estuve.

No, no había estado ciega. Había dado la espalda a esas mentiras que se asentaban en mi vida. Era lo más fácil. Yo no preguntaba; él no se veía en la obligación de mentir. Sin embargo, mi silencio le otorgó tal poder que me subyugó a su antojo. Le permití de todo con el único fin de evitar terribles consecuencias.

No siempre me funcionó.

Vi amanecer una vez más, siempre con el deseo de que fuese el último. ¿De qué me servía estar allí? No tenía a nadie, tampoco la energía para luchar. Solo me quedaba esperar que el final estuviera cerca; de esa manera se acabaría todo mal.

—¡Venga, arriba! —Rosario entró en tromba en la habitación, sobresaltándome—. Ya está bien de estar encerrada aquí. Hoy vienes conmigo a la feria.

—No...

—Nada de *non*[7], esa palabra no la entiendo.

Me cogió por el brazo y me levantó. Su gesto era de determinante seguridad. Yo no iba a protestar.

—A vestirse. Tienes la ropa que trajiste colocada en el armario. ¡Hala! Te espero abajo.

Salió dejando la puerta abierta. Parada en mi habitación, de pie, los huesos de todo el cuerpo se resintieron por tener que sostener el peso de mi moribunda alma. Me obligué a moverme para cambiarme. Me puse lo primero que encontré sin detenerme a pensar ni en el color. Me calcé mis Victoria oscuras y bajé. Encontré a Rosario en la cocina, enfaenada lavando algo que desde el umbral no pude ver.

—No has desayunado ni comido nada —me regañó.

—Tengo el estómago revuelto, es oler la comida...

—Allá tú, así vas *moi*[8] mal.

Llevaba razón, pero no iba a hacer nada para remediarlo. Estaba tan cansada que hasta pensar me dolía.

Se secó las manos en un trapo. Al girar, me miró de arriba abajo negando con la cabeza.

—Tina, *non* estás de luto para vestirse de negro. —Se acercó a mí a la velocidad de la luz. Me volvió a agarrar y me llevó hasta una pequeña habitación frente a la cocina—. Desnúdate.

—¿Qué? —Mi desconcierto aumentaba.

—Quítate esa ropa. —Abrió la puerta de un pequeño mueble y sacó un sencillo vestido floreado—. Vas a probar este vestido. El día en que conocí a tu abuela lo llevaba puesto. ¡Qué guapa estaba! Y como vi que habías traído muy poca ropa, me acordé de sus trajes. He arreglado aquellos que me parecían más aprovechables. ¡Vamos, pruébatelo!

Comencé a desvestirme como un autómata. En otras circunstancias le habría pedido que me dejase sola, pero allí, en la situación personal en la que estaba, no quería gastar fuerzas en una guerra que no iba a ganar. Durante esos eternos segundos no la miré a la cara, porque no aprobaría mi delgadez. Nadie sabía que desde hacía meses me costaba ingerir comida o bebida.

Me sentía estudiada. Cogí el vestido azul cielo con finas flores en rojo y rosa, y lo subí por las piernas mientras Rosario me ayudaba con la cremallera.

—Perfecto. —Palpó la tela sobre mi cuerpo—. Por la tarde te tomaré las medidas, tengo que ir sobre seguro. Con este cosí un poco a ojo el largo y el talle; tu abuela tenía más caderas que tú y eso se nota. Mírate al espejo.

Me acerqué a uno que había en la pared. Solo con verme el busto ya me podía hacer un idea de lo bien que me sentaba. Bajé la mirada y me asomé, no solo por lo bonito que era, sino por el resultado.

—Me gusta —le dije intentando mostrar cierto entusiasmo.

—No sabes cuánto me alegra. —Me sonrió afectuosa—. ¡Mira por dónde, que hasta te queda bien con tus tenis! ¡Ea! Ya nos podemos ir.

Alfonso nos acercó al pueblo. Nos dejó en la entrada de una bocacalle. La plaza estaba a rebosar de gente. Gente que, muy a mi pesar, me molestaba; el bullicio me mareaba de tal forma que era incapaz de levantar la cabeza, incluso jugaba con la tela de la falda entre mis dedos para tranquilizarme un poco, lo que me permitía secarme el sudor de las manos. El ambiente fresco

se recalentaba a medida que avanzaba, ya que, entre los rayos del primaveral sol y el calor humano, la condensación era insoportable. Me agobiaba muchísimo. Caminaba al lado de Rosario como una aparición, una sombra de alguien que fui, y, allí, delante de todos aquellos extraños, me fui derrumbando. A veces, miraba los géneros de los puestos: pasaban de ropa a bisutería; de productos caseros a frutas, productos de panadería o carnes. El pasillo entre los puestos parecía estrechar mi camino a cada paso que daba, lo que me exigía mirar al frente para no chocar con los paseantes y clientes. Eso, añadido a los olores —perfumes de señoras mezclados con aromas de comidas de algún establecimiento cercano— de mi alrededor, me dificultaba bastante respirar con normalidad. Lo peor fue pasar por delante de la churrería ambulante; el aceite recalentado me contrajo el estómago tanto que, ante la posibilidad de vomitar, me tapé la nariz y la boca con la mano y tosí para disimular.

Sin querer, o queriendo buscar un aire un poco más limpio, volví el rostro hacia la derecha y allí lo vi. O eso me pareció.

Esculpido por el magnífico cincel de Miguel Ángel, el perfil dejaba entrever un rostro alargado, nariz también larga, labios gruesos, mandíbula cuadrada cubierta por una barba bien cuidada, cabello... No podía distinguir bien su color, puesto que la visera que le tapaba la cabeza tampoco me ayudaba. ¿Su estatura? Un metro ochenta, poco más, sin embargo, su complexión —hombros anchos, cubiertos por una chaqueta azul marino de punto de ochos; caderas estrechas; piernas delgadas y largas enfundadas en un pantalón vaquero azul— no correspondía con él.

No, no podía ser él.

En esos infernales minutos en los que la tierra se abrió y me lanzó de nuevo a aquel último verano, las rodillas empezaron a temblar. La vista se me nubló de tal manera que la gente que pasaba por mi lado desapareció; la mente se me bloqueó, impidiéndome pensar; el vacío del pecho, que se había vuelto a abrir seis meses atrás al derrumbarse mi vida entera, allí parada, flotando entre recuerdos de un pasado que creí superado, se hizo más hondo.

Tocada y hundida, con las fuerzas al límite de fallarme, una voz interna le dio nombre:

«Pablo».

CAPÍTULO 4

No lo hagas, Tina

Incompleta. Así estaba en todos los sentidos. No sabía si aquel hombre era Pablo o no, pero supe que esa era mi situación desde hacía mucho tiempo. Era triste reconocerlo, ¿qué verdad no lo era?

Acostada en la cama en posición fetal, con los brazos cruzados sobre el pecho, en un ingenuo intento de protegerme —nada me protegería de los embates que el Destino me tenía preparados—, le di orden a Rosario, nada más llegar a casa, de que no me molestase, que ni tan siquiera me llamase para comer.

Necesitaba aislarme de todo aquel gentío que me había acorralado, fatigado y acongojado. Cada día me gustaba menos la gente. Solo quería quedarme en casa, sola, protegida a mi manera.

Me escondía de aquel hombre por cuya culpa rocé la locura. Por su causa, el miedo se apoderó de mí, porque no quería enfrentarme a esa parte de mi pasado que parecía llamar a mi puerta. Ese mismo miedo provocaba que mi habitación se convirtiera en un espacio vacío sin estarlo, me revolvía las entrañas y hacía más vívidos los agujeros de mi cuerpo, sobre todo los de mi alma. Los recuerdos me anegaban la mente de rostros, de sonrisas felices, cuando en mi vida la felicidad era una quimera. Recordé con dolor la tarde en la que nos conocimos de la mano de nuestros abuelos; los besos que nos regalamos, las caricias que nos dimos, las palabras de amor susurradas con la ingenuidad de la adolescencia durante las semanas más felices de mi vida. Aquella historia de hacía trece años la tenía de nuevo delante de mí. Ese amor

estival que arrambló con todo a su paso, en el que yo había apostado mi ser a una sola jugada, a pesar de tener que luchar contra la distancia. Que Pablo se marchara a estudiar a la Sorbona no me impidió que se convirtiera en la válvula de mi corazón. Pero esa nube arco iris se destruyó en el mismo momento en el que mi abuela pronunció aquellas palabras: «Pretende disfrutar de la libertad que tiene en Francia, le dijo Lucas a tu abuelo. No quiere ningún tipo de relación y ahora no sabe cómo romper contigo. Si no me crees, llámalo». Traducido al lenguaje de a pie: no me quería. La odié por aquello, más a él por no decírmelo a la cara. Eso hirió mi corazón abriendo una profunda herida que volvía a sangrar. Todavía sentía bajo mi piel el dolor con el que llamé a mi padre para rogarle que me permitiese regresar a Madrid. Nadie llegó a comprender la abrumadora tristeza que portaba y que allí, en Galicia, comprendí que no había superado.

Numerosas preguntas que habían estado enterradas más de una década resurgieron de entre las cenizas de mis restos. No iba a responderlas, ¿de qué valía? La historia debía ser así. Si él pudo continuar con su vida como si no me hubiese conocido, yo tuve que hacer lo mismo, aunque uno de los dos salió perdiendo.

El frescor de las lágrimas, cayendo a raudales por mis mejillas, me estremeció. El frío me caló los huesos; de repente, me sentía en pleno invierno, cuando hacía casi dos meses que lo habíamos dejado atrás. La telaraña que me envolvía cada vez me oprimía más, me impedía cerrar los ojos, caer en un letargo necesario. Con ellos abiertos, ni cuenta me di de que las agujas del reloj me habían transportado a las puertas de la noche. Quietecita, me quedé esperando con una premisa en mente: terminar con todo.

El sonido del móvil y la vibración sobre la madera de la mesilla me pegaron un susto de muerte, tanto que los nervios se me alteraron. Alargué el brazo para cogerlo. Sin molestarme en comprobar quién me llamaba, descolgué.

—Diga.

—¿Estás durmiendo a estas horas?

La atronadora voz de Noa resonó de un lado a otro de mi cabeza.

—No. ¿Cómo estás? —pregunté, más por cortesía que por ganas de hablar.

—Aquí, esperando a que la buena de mi amiga, que se fue hace casi una

semana para Galicia, me llame para decirme que ha llegado bien. Gracias —expresó con cierto reproche.

—Se me olvidó, lo siento —me disculpé.

Estaba tan pendiente de mi propio pesar que se me había olvidado.

—Llama a tu padre —me ordenó con cariño.

—Está bien, lo haré.

—Ahora, a lo importante: ¿tú cómo estás, Valen?

Me tomé unos segundos antes de contestar. ¿Verdad o mentira? Fácil elección cuando no quería preocupar a la gente que se preocupaba por mí.

—Bien, pero no debí venir. Ya no es la misma casa que cuando vivían mis abuelos, tiene un extraño silencio...

—Tú dime si hay que avisar a Iker Jiménez, que paso de ir. A mí esos rollitos de fantasmas, *poltergeist*, me dan mucho canguelo.

—No me refiero a eso...

—Lo sé, me estaba coñeando.

—Son... —Me giré sobre mi espalda y me tapé los ojos con un brazo—. Es todo, Noa. Tengo que contarte una cosa.

—¡Uy, qué interesante! Activado el modo marujona. —Lanzó una risilla emocionada.

Respiré hondo buscando la manera de empezar.

—¿Saco el talonario para que empieces a soltar por esa boquita? —me instó, impaciente.

—Creo que he visto a Pablo.

—¿Pablo? —repitió, perpleja—. ¿Estamos hablando del mismo Pablo? ¿Mi jefe?

—Ese mismo.

—¿Qué cojones hace ahí? Tendría que estar en París trabajando.

—Noa, tampoco estoy muy segura. No lo vi bien; estábamos en una feria, había muchísima gente y nos separaban varios puestos. Además, llevaba visera.

Otra vez mutismo. Separé el brazo de la cara y miré el móvil por si se había cortado. De pronto, Noa habló:

—Has llevado contigo el portátil, ¿verdad?

—Sí —contesté, un poco reticente por no conocer sus intenciones.

—Cógelo.

—Te pongo en manos libres.

—Vale.

Me levanté desganada. Fui hasta la silla del escritorio, donde había dejado la mochila. Abrí la cremallera y lo saqué.

—Ulloa, ¿en todo este tiempo no lo has utilizado? Tú, que eres una mujer pegada a un ordenador. Joder, ni que viajaras a la era de *Los Picapiedra*. Tendrás conexión a internet, ¿no?

—Sí, sí la hay. —Obvié lo anterior.

Me senté en la cama como un indio. Encendí el Mac deseando que estuviese cargado. Esperé unos segundos a que arrancase, lo que me permitió cerciorarme de que todavía tenía suficiente batería como para ejecutar el plan de Noa.

—Listo —la avisé.

—Abre Google, ve a «Imágenes» y teclea su nombre.

—¿¿Cómo?! —grité, pasmada.

¡Vaya idea más descabellada que se le acababa de ocurrir!

Un pinchazo en el estómago me advirtió de que no lo hiciera. Noa no me permitió negarme:

—Que *googlees* Pablo Hernández de Huría. ¡Ve! Voy a ello también.

—No pienso preguntar —comenté, más para mí que para ella.

—Mejor, tú solo hazlo.

Insegura, con dedos temblorosos, tecleé su nombre. Respiré hondo; entonces, le di al *enter*. Mi sorpresa fue mayúscula al ver cómo la pantalla se llenaba de fotos con la cara de Pablo.

—¡Alucino! —exclamó Noa. Las dos compartíamos asombro y algo más—. ¿¿Estás viendo lo que yo?!

—Sí —afirmé con voz trémula.

Los nervios me atenazaban el estómago, me agarrotaban la garganta de tal modo que tuve que humedecerme los labios con la lengua.

—Jamás vi a una persona que colgase tanto *selfie*; le podrían dar el premio a Mister Selfie del año, de verdad. ¡Joder! Si hasta pone morritos. En serio, ¿este es mi jefe?

—¿No has coincidido con él? —inquirí mientras ojeaba las fotos. No

pinché en ninguna; me sentía una extraña.

—Casi. Una vez tuve que acompañarlo a una reunión, pero al final lo sustituyó Sanjurjo.

—Noa, voy a cerrar esto, tengo la sensación de que invado su intimidad.

Si esperaba su comprensión, no la obtuve:

—¡No digas tonterías, tía! Este cuelga su vida entera. ¡Bueno, lo que hay que ver! Si tiene una foto a las puertas de las oficinas de París. ¡De verdad! A esto se le llama tener vicio. Cuelga lo que come, cuándo se levanta, se acuesta, sus viaj... ¡No me jodas!

—¿Ein?

—¿Sigues queriendo conocer a Sanjurjo?

—Sssí... —afirmé, cortada.

—Busca una foto de una pizza en la plaza de San Marcos.

—La tengo.

—En la siguiente columna, no, en otra más, la primera empezando por la derecha. Ahí tienes a Phileas Fogg y a su inseparable Passepartout —se mofó de ellos.

No le quitaba razón. Quien viese todas aquellas fotos de países diferentes opinaría que habían recorrido el mundo.

—Guau, es muy guapo. —El chico que acompañaba a Pablo era realmente atractivo. Unos centímetros más alto que él y con rostro casi perfecto de finas líneas, frente amplia con unas cejas anchas, oscuras también, bajo las que había unos ojos rasgados, en forma de almendra, oscuros, muy brillantes. Nariz larga que terminaba en punta fina; pómulos altos muy marcados; mandíbula cuadrada, aunque estrecha, disimulada por la barba que la cubría, rematada por un mentón estrecho. Lo que más sobresalía era la gran sonrisa que lo iluminaba y dejaba ver una dentadura perfecta. El punto gracioso lo ponía su espesa cabellera corta, alborotada por el viento.

—De verdad que... ¡parecen Pili y Mili! Adonde va uno, va el otro.

—Pues es muy guapo.

—Se nota que no lo conoces, es un garrapatón de cuidado. —Terminó la frase con un bufido—. Bueno, todo esto venía para que vieses al Huría.

—Noa, no te puedo confirmar si era él o no.

—Si lo era, te volverás a tropezar con él —auguró.

«Ojalá te equivoques», pensé para mis adentros.

—Bueno, preciosa, mañana tengo que madrugar. Descansa. Si te sientes sola, llámame a la hora que sea, ¿de acuerdo?

—Gracias —dije con voz queda—. ¿Me mandarías algo de ropa?

—Hecho. Venga, un besito Valen.

Colgué y, de inmediato, apagué el ordenador. Ya me había quedado bien claro cuál de los dos había salido perdiendo tras la ruptura.

La tristeza me ahorcó.

Las lágrimas volvieron a brotar de mi ojos.

Embargada por todo ese dolor que me consumía, no podía ignorar la frase de Noa: «Si te sientes sola».

¿Cuánto tiempo llevaría en ese estado?

CAPÍTULO 5

El accidente

—Rosario, ¿te puedo hacer una pregunta?

Me eché atrás nada más pronunciar esa frase.

—Claro, o que *queiras*[9].

«¿Cuándo aprenderás a cerrar esa boca? A nadie le importa tu opinión». En su rostro furibundo, sus ojos habían brillado de odio. «Por eso mismo no te saco de paseo».

La respiración se me alteró demasiado para estar sentada; el cuerpo se me cubrió de un sudor frío; retorcí las manos clavando las uñas en la piel. Él tenía razón. Él siempre tenía razón. Debía controlar mi maldita lengua para eludir el coste de las consecuencias. Aquel día era uno de esos. ¿Qué iba a preguntar? ¿Si andaba Pablo por allí? Esas cuestiones desembocarían en un molesto interrogatorio, en una curiosidad malsana de la que no podría salir. ¿Cómo lo iba a explicar? Mis palabras serían medidas al milímetro. Resultaría muy extraño: regreso y da la sensación de que quiero resucitar viejas historias. No debía despertar a los fantasmas, ya que podía tratarse de otra persona, no de Pablo.

—Tina, dime.

—Se me fue el santo al cielo, lo siento. —Bajé la cabeza a la espera de una reprimenda que no escucharía.

—Rosario, Tina, *vide*[10].

Alfonso había asomado la cabeza por la ventana desde fuera.

—¿Qué quieres? —refunfuñó su mujer.

—*Vide*—ordenó.

Ella y yo compartimos una mirada sin entender qué era eso tan importante que requería nuestra presencia. Apática, seguí a Rosario, que andaba con más garbo que yo. Llegamos al portalón y abrí los ojos como platos: Alfonso sostenía por el manillar mi vieja bicicleta, con la que de adolescente estaba dispuesta a recorrer el mundo si me lo hubiesen permitido.

—*¿Te gusta?* —*inquirió mi abuelo atento a mi reacción.*

—*¡Es increíble!* —*exclamé pegando saltitos de alegría—.* *¡Es la bicicleta que quería! Gracias, abuelo.*

Corrí hacia él emocionada; había cumplido mi deseo. Me tiré a sus brazos en un enorme achuchón.

—*¿Puedo probarla? ¿Puedo, puedo?*

Alterné la mirada entre mi abuelo y mi abuela.

—*Claro, para eso te la regalamos.*

—*¿Te gusta?* —La voz de Alfonso me arrancó de la ilusión de una estampa similar.

Asentí sin saber qué decir, pues era lo último que esperaba.

—Acércate, no te va a morder.

Rosario puso una mano en mi espalda empujándome a caminar, acción que mis pies obedecieron no supe cómo. Poco a poco, me acerqué. Estaba tal cual la recordaba, aunque el color había cambiado: pintada de un rosa claro que la hacía más aniñada que antes. La cadena plateada brillaba a la tenue luz del sol; el sillín también había sido reemplazado, igual que el cesto de mimbre. El corazón se me estrujó en el interior de mi pecho y la garganta me dolió de la emoción que me embargaba por los recuerdos que me producía verla de nuevo.

—Alfonso...

—Sé que ha sufrido algún que otro cambio; estaba muy estropeada, pero gracias a la ayuda de una persona se pudo arreglar.

—Ha sido muy amable de tu parte, no tendrías que haberte tomado tantas molestias. —Apreté los labios en un amago de sonrisa.

—Estos días estuviste tan apagada que creía que, quizás, te animaría.

Aquellas palabras, dichas con tanta humildad y cariño, se me clavaron

hondo. La lazada en mi garganta se apretó un poco más hasta llenarme los ojos de lágrimas que, como pude, tuve que controlar para no parecer una tonta. Tragué varias veces para poder decir algo:

—Gracias, es todo un detalle.

—¿Por qué no montas? —inquirió Rosario a mi espalda.

—No creo que me acuerde...

—Eso nunca se olvida, hija —me animó Alfonso—. Venga, prueba.

Bastante renuente, cogí el manillar; luego me acomodé en el sillín de tal forma que el vestido no me resultase incómodo. Coloqué los pies en los pedales y, algo tambaleante, di la primera vuelta, más segura la segunda. No, no me había olvidado, a pesar de permanecer alejada de uno de mis pasatiempos favoritos debido a que mis gustos no eran tenidos en cuenta, porque eran considerados infantiles y tontos.

—Ve a dar un paseo, *miña neniña*.^[11]

No necesité que nadie dijese nada más. Las ruedas de la bici me llevaron por el camino de tuyas hacia la carretera general. Una sensación de dicha me invadió paulatinamente a medida que realizaba un trayecto inesperado, también asombroso.

«Conmigo vas a hacer cosas de personas adultas, si no, atente a las consecuencias».

Por vez primera en esos seis largos meses de calvario que estaba viviendo, me permití que esas palabras, regaladas desde la inquina más exacerbada, volaran en el viento para no volver más.

Por primera vez, en la década que duró aquella relación, respiré libertad. La emoción de sentir que eres capaz de cualquier cosa: de escalar la cumbre más alta, de navegar por el aire, de surcar las olas más temibles del mar, era impagable.

Después de mucho tiempo encerrada en la mazmorra más profunda de los infiernos, mi alma se liberaba de algunas de las cadenas que la mantenían atada.

Mi humor, mi sonrisa dibujada en los labios, llenaba el espacio de la larga y recta carretera que se abría delante de mí, en cuyos lados predominaba ese verde resplandeciente con el que Galicia pintaba sus campos, brillantes, ya que la claridad del cielo azul se proyectaba en ellos. Una ligera brisa se

levantaba debido a la velocidad de la bici, en ella podía respirar el frescor de los eucaliptos que bordeaban la carretera; el canto de los pájaros y de algunos grillos armonizaba el silencio de la calzada.

Ese estado de paz inundó mi ser.

«¿Cómo es posible que montar en bicicleta sea una de las pocas cosas buenas que me han pasado en trece años?». A mucha gente le podrían producir rechazo esas palabras; algunos no lo comprenderían, otros podrían pensar que era una exagerada; mas cuando vives situaciones extremas que solo te conducen en una dirección y te muestran, te gritan, incluso, que no vales nada, los pequeños detalles que te hacen sentir diferente los vives como si nunca hubiesen existido.

I just got lost / Every river that I tried to cross / Every door I ever tried was locked / Ohhh and I'm... / Just waiting 'til the shine wears off.[12]

La voz de Chris Martin irrumpió en mi cabeza a todo volumen cuando todavía ni veía de dónde procedía. Al tomar una pequeña curva, un Mercedes descapotable, gris metalizado, se acercaba a mí a toda velocidad. Procurando sortear lo inevitable, giré el manillar, a la par que el conductor, más pendiente del móvil que de la carretera, daba un volantazo para enderezar el coche, con tan mala suerte que me rozó. La bici se desestabilizó y me precipitó a la cuneta. Rodé por un terraplén.

—¿Viste al conductor?

Alfonso caminaba de un lado para otro sin esconder su preocupación ni su alteración.

Había llegado a casa en un estado bastante lamentable: el vestido todo sucio, un arañazo en el muslo que no dejaba de sangrar y el cesto de la bici roto por un lado.

—No. Era un chico, de eso estoy segura; iba mirando el móvil...

—Esos trastos solo traen disgustos —declaró con indignación.

—¡Ay!

Rosario me estaba haciendo las curas de la manera más delicada posible,

sin embargo, por mucho empeño que pusiera, dolía igual.

—Vas a tener un buen moratón. Tienes toda la zona enrojecida, mañana estará negra. Esta herida debes dejarla secar al aire, así que nada de pantalones apretados, puedes hacerla sangrar —me aconsejó, retirando al fin sus manos de mi pierna.

—Le he pedido a Noa que me envíe más ropa —me recordé a mí misma.

—Eso debiste pensarlo cuando decidiste venir, no una semana después. ¡Juventud, divino tesoro! —Alzó la vista al techo, moviendo la cabeza con resignación.

—Lo sé, tienes razón.

Lentamente, me senté en el sofá, después de tres cuartos de hora de curas y recostada de lado.

—No perdéis la cabeza porque está anclada entre los hombros, que si no...

—¿Pudiste ver algo más? —la interrumpió Alfonso, situándose frente a mí, mientras se rascaba la barbilla, concentrado.

—El coche era oscuro, un Mercedes...

—No se acuerda de la ropa, pero conoce el coche —refunfuñó ella.

—Era el coche que quería yo. A papá no le gustó, por eso se decantó por el Mini.

—Pues ese mismo coche casi te mata —me espetó, entre nerviosa y enfadada—. Deberías dar gracias.

Recogió todo y salió del salón muy apresurada. Su cuerpo rígido denotaba, más que el enfado, la impotencia, el disgusto que le suponía aquella situación.

—Estaré pendiente en el pueblo por si lo veo.

Él siguió a Rosario, dejándome allí sola con la única compañía del dolor de mi cuerpo.

CAPÍTULO 6

Volver a verte otra vez

Con un montón de sueños rotos
Volver a verte otra vez
Volver a verte otra vez
Con un montón de sueños rotos.[13]

Veinticuatro horas después del accidente, me recliné en mi caparazón como una tortuga. No era por el dolor físico de las magulladuras: quería aislarme del mundo, esconderme; que nadie se acordase de mí. Quería olvidarme de mi conversación con Noa, de la posibilidad de que Pablo pululase cerca; escaparme de las miradas de Rosario, cabreada por mi falta de apetito. Juraría que me culpaba de lo que había pasado.

Necesitaba recomponerme de aquellos segundos, no fueron más, en los que alcancé la felicidad y la realidad me reveló que era una farsa, un imposible para mí.

Mi Sino era acatar los mandatos del resto, priorizando en sus opiniones, en sus personas, relegando aquello que me gustaba, que me apetecía, a un segundo plano. Mis deseos nadie los cumplía, ni yo misma podía por falta de fuerzas, en ese punto, incluso de interés. Así me pasó cuando Rosario me levantó de la cama, me arrastró con ella hasta el pueblo, me convirtió en su mascota o en un desvalido al que no podías dejar solo porque no te fiabas de él. Jamás lo diría, pero aquella sensación me hirió muchísimo. Aquel paseo me llevó por varios establecimientos del pueblo, en los que cada persona me hizo saber que me conocía. Mi supuesto parecido con mi abuela era halagado;

alguno matizó que «Magdalena era más guapa que la inglesa de los Huría». Tampoco perdieron ocasión de regalar buenas palabras a mi abuelo, quien había dejado muy buen recuerdo.

—¿Llegará algún día en el que cumpla mis deseos? ¿Quién sería capaz de darme prioridad antes que a él? —Lancé las preguntas al aire.

Por supuesto, no obtuve respuesta.

Al borde del acantilado, respiré el yodo que se desprendía de la espuma del mar, el ataque de las olas contra la arena; el bramido de la marea llena picada por el soplo del viento, con ese inconfundible silbido, eran los únicos sonidos que captaba. Cerré los ojos con esa melodía y antiguos olores que me rememoraron aquella época pasada que comenzaba a añorar. Mi mente, completamente en blanco, se abandonó. Todas las sensaciones se unieron en una: precipitarme al vacío en busca de ese sosiego que, en tierra firme, fuese en Madrid, fuese en Galicia, no hallaba.

«¿Qué pasaría si lo hago?», pensé, retándome.

El rugido de un motor al apagarse me apartó de mi ensoñación mortal. Volví la cabeza y no vi nada. De vuelta al mundo material, reparé en dónde estaba. El miedo, convertido en una colmena de abejas, se instaló en mi estómago. Despacio, con las rodillas temblorosas, me fui alejando del borde, de las ganas de entregarme a esos duros pensamientos que, de vez en cuando, aparecían en mi mente. ¡Qué cobarde era! Los abrazaba con fuerza y, sin embargo, no me atrevía a llevarlos a la práctica.

Conduje mi cuerpo al interior de casa sin ganas. Sus paredes, cada vez más estrechas, aplastaban mi alma; me comprimían.

Esa casa me asfixiaba.

De la cocina salían ruidos, voces, susurros cabreados que escondían la causa de la conversación. Agucé el oído; en ellos reconocí a Alfonso y a Rosario. No querían que el tema huyese de esas cuatro paredes. A medida que me acercaba pude comprobar que había una tercera persona, quizá el dueño del coche que no había visto. ¿Cómo iba a verlo si estaba embebida en mis propias reflexiones?

Era un chico alto, delgado, de complexión fuerte; la musculatura de brazos, hombros, espalda, desarrollada por el ejercicio de gimnasio, estaba cubierta por una camiseta azul marino que se le pegaba como una segunda piel, del

mismo modo que el pantalón vaquero, azul claro, muy gastado, te permitía recrearte en su torneado trasero. Su pelo castaño claro era más corto detrás; por delante estaba más encrespado y largo. Apoyado en el quicio de la puerta, con un pie cruzado sobre el otro, su cuerpo no envidiaba nada al de los modelos de las revistas. No obstante, por mucho que se tornase deseable, un escalofrío me recorrió entera, me puso en alerta, me advirtió que yo conocía a ese hombre.

—Pablo —afirmé con voz queda.

Que estuviese frente a mí, otra vez, ocasionó que mi cuerpo y mi mente regresasen a cámara lenta a aquel verano: si abría la boca, podía exhalar los suspiros de amor que me había robado, como aquellos quejumbrosos, los primeros que espiré por el desamor; si cerraba los ojos, podía divisar al chico que fue, aunque el escozor al derramar tanta lágrima tras su marcha se hizo más latente. Además, en mi pecho no percibí aquellas sensaciones en las que el amor florecía. Me convertí en un crisol de puros sentimientos encontrados.

Percibí la tensión de su cuerpo al escucharme; de hecho, sus músculos se movieron debajo de la camiseta. Bruscamente, se giró con gesto adusto, acrecentado por la barba. Estaba segura de que no me conocía, pero en milésimas de segundo su rostro mudó: alzó las cejas, había reparado en quién era. Metió las manos en los bolsillos a la vez que hablaba:

—Rosario, Alfonso, ya charlaremos en otro momento —se despidió sin apartar de mí esos ojos color marrón, que me recordaban al chocolate, y se dirigió al portón con paso decidido.

Rosario, avergonzada, fue incapaz de sostenerme la mirada.

Ignorando qué pasaba, corrí detrás de Pablo en un impulso incontrolable. Pensaba que no lo alcanzaría. Mi sorpresa fue encontrarlo parado en el jardín; revisaba concienzudo el móvil.

—Pablo, podías saludar. —Nada más pronunciar esas palabras me arrepentí y di dos pasos atrás; quería escapar de su reacción.

—Hola, Tina. Adiós, Tina. —El tono que empleó tenía un retintín molesto, tampoco se giró.

Su talante supuso una barrera entre los dos. Me rehuía, lo cual comprendí; no podía ser de otro modo, aunque la que le debería torcer la cara era yo a él. No iba a hacerlo. Estaba rendida ante todos. Notaba el cuerpo tan cansado

que me costaba un triunfo mantenerme en pie. Me pesaban las articulaciones. Así, parada, lo seguí hasta que se acercó...

Al descubrir de qué coche se trataba, la indignación, junto con una estocada de amargura, me hizo moverme, a pesar de no querer. Ese coche fue el punto y aparte.

—¿Fuiste tú?! —Lo agarré por el brazo para encararme a él.

En ese instante, una familiar corriente eléctrica atravesó su piel, se filtró por la mía y se convirtió en una descarga que me envolvió entera; avivó un cosquilleo en el estómago que fue directo a mi bajo vientre. Se me puso el vello de punta, se me cortó la respiración, resguardando en mi corazón todas aquellas sensaciones, puesto que era el recuerdo físico de lo que una vez sentí. ¿Cómo era posible que después de tanto tiempo mi cuerpo reaccionase al suyo? ¿Tanto había marcado mi vida?

Él, por el contrario, se soltó de un tirón, endureciendo el rostro como si le molestara que lo tocara. Con todo, se delató a sí mismo: sus ojos se posaron en mi boca y un extraño fulgor los iluminó. No era de odio, sino de algo similar al deseo. Podía equivocarme, ya no lo distinguía después de tantos años de no percibirlo. Sus labios se entreabrieron, así que no podía estar muy errada.

—¿Qué dices?

—El otro día, para ser más concreta, ayer, me echaste de la carretera. Ibas mirando el móvil y no pendiente de lo que tenías que estar. ¡Eres un temerario! ¡Mira que me hiciste!

Levanté la falda del vestido, así le mostraba la herida que se confundía con el color morado oscuro del cardenal que me cubría el muslo y parte de la nalga. Me fijé en cómo pasaba de la seriedad a la estupefacción tras observarlo, luego sonrió socarrón. Varias veces, me miró de arriba abajo sin ningún disimulo.

—Bonito culo. Tienes que estar contenta; a tu edad y tenerlo tan respingón es todo un mérito. Muchas mujeres matarían por él. —Me guiñó un ojo no supe con qué fin. Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría. Le daba exactamente igual—. Oye, Tina, lo siento, ¿vale? ¿Era lo que querías escuchar? Lo lamento, pero hay veces que el trabajo no puede esperar y, por lo que veo, no te he matado...

—Ojalá lo hicieras.

Di media vuelta sin permitirle replicar.

CAPÍTULO 7

¡Sepárate!

Por fin lo puedo sentir,
te conozco y te reconozco
que por fin sé lo que es vivir
con un suspiro en el pecho,
con cosquillas por dentro,
y por fin sé por qué estoy así...[14]

Pablo condujo con una virulencia, una negligencia inusitadas. Las ruedas levantaban una polvareda que envolvía el coche en una extraña atmósfera que se confundía, incluso, con su estado de ánimo. Iba a tal velocidad que ni reparó en qué momento entró en su propiedad. Su estado de nerviosismo le impedía observar el riesgo que sus actos suponían para su integridad, ya que sus fuerzas se centraban en un único sentido que lo cegaba, convirtiéndolo en un insensato. La rápida frenada lo impulsó hacia el volante; si no fuera por el cinturón de seguridad, su cuerpo habría atravesado la luna delantera y se habría estrellado en algún punto de la entrada a su casa.

El corazón le latía desbocado en el pecho. Esos peligrosos segundos habían conseguido lo que nadie, ni tan siquiera Anaïs, había logrado: hacerlo sentir vivo. No se explicaba todavía cómo esa relación, más falaz que real, había durado dos años y medio.

Bufó frustrado y se mesó el pelo, cerrando los dedos entre los mechones, tan airado que se tiró hasta que le dolió, porque en el fondo de su ser, de su alma, en el rincón más profundo de su mente, adiestrada durante trece años

para no recordar nada de aquel verano, era consciente de que la causa de su alteración tenía nombre de mujer.

Ya no estaba en condiciones de ser más hipócrita consigo mismo; fue Tina quien lo desestabilizó, lo agitó por dentro.

Solo con admitirlo, su enfado aumentó.

Verla de nuevo había supuesto una paliza para sus sentidos.

Fue una decepción.

Sí, se decepcionó consigo mismo, y era muy duro.

Hacía tiempo se había prometido venganza. Esa pequeña llama iluminó la certeza de que algún día podría gritarle a la cara el camino de espinas que había recorrido. Mas el muy inepto había preferido poner distancia de por medio en vez de comenzar a saborear la dulzura de la revancha.

Apoyó el codo izquierdo en el hueco de la ventanilla; apretó los labios, que casi desaparecieron, abrió las aletas de la nariz y negó con la cabeza. No le quedaba más remedio que darle la razón a su buen amigo Julián: «Tan listo para los negocios, tan tonto para la vida real».

Él sabía por qué no lo había hecho. Le irritaba reconocerlo, pero un suspiro que asoló su pecho así se lo reveló. La razón la tenía ante sus ojos: no se enfrentaba a la misma Tina de su pasado, aquella que era una explosión de sentimientos a flor de piel; la chica que te mataba con la sonrisa, cuya alegría era contagiosa. Aquella que le había robado el aliento, que, por más que las circunstancias con Lena no acompañasen, tenía garra.

La mujer que había visto, la mujer en la que se había convertido, nada tenía que ver con aquella chica de la cual se enamoró perdidamente. Si aquel año le había permitido algo fue conocerla bien, por eso no pudo atacar a la extraña que tenía enfrente.

Esa persona, a pesar de que el calificativo que le convendría era, más bien, ánima, no tenía alma; estaba derrotada. Podía afirmar que le costaba vivir; el cuerpo, que una vez había estrechado entre sus brazos, estaba sumamente delgado; el vestido ni le marcaba los pechos; su piel, de un color lívido, la envejecía, le daba un aspecto enfermizo. Pudo percibir cómo lo único que desprendía era dolor. Sus ojos lo confirmaron: aquel azul, similar al cielo, ya no brillaba como antaño. Estaba apagado, era como un día sin sol; su mirada reflejaba miedo, incluso pena. Sus últimas palabras dejaban constancia de

ello.

Recordarlas lo estremeció. Todavía tenía muy fresco el vacío de su voz al hablar.

«¿Qué vivió que la apagó?», se formuló la pregunta buscando algún tipo de respuesta. Era evidente que no lo sabía, aun así se dio cuenta de que alguien ya se estaba cobrando la venganza que él tanto había soñado. No quería ningún sicario, deseaba hacerlo él mismo.

Jamás creyó verla en esa tesitura.

Él había pasado por una situación similar trece años atrás, cuando ocurrió todo. Ahí radicaba una parte de su cabreo: se estaba compadeciendo de ella, y no podía. ¡De él nadie se compadeció! Luego estaba la verdadera causa, aquella que supuso una cuchillada en el estómago, pues no pudo controlarla: la atracción.

Notar la pequeña mano de Tina sobre su piel, en ese débil agarre, originó un disparo eléctrico que, sin necesidad de ningún otro estímulo, despertó su cuerpo. De ahí que se separase de ella como si quemara. ¡Es que era así! Podía sentir sus delgados dedos en su antebrazo. Lo peor fue que ese contacto no le desagradó. Viejos sentimientos que pensaba desaparecidos florecieron de nuevo, acompañados de un extraño hormigueo que le recorrió el cuerpo, y confluyeron en su entrepierna.

No podía sentir esas cosas por Tina. ¡Por ella, no!

Golpeó el volante con el puño. Su cabreo aumentó varios grados más.

—La próxima vez, me vengaré, ahora que sé que estás aquí. Lo juro por lo más sagrado.

El sonido del móvil rompió ese momento. No tenía la intención de cogerlo, solo esperaba que la persona se cansara. Erró. Sonaba y sonaba, alterándolo más de lo que ya estaba. No le quedó más remedio que sacarlo del bolsillo. Vio que el insistente era Julián. Chasqueó la lengua ante la tozudez de su amigo.

—Dime.

Se bajó del coche y cerró de un portazo.

—¿Me das tu permiso para utilizar tu firma electrónica?

—Joder, Julián, lo tienes. —Fue hasta el salón, donde se dejó caer como un peso muerto—. ¿Me llamas para esta tontería?

—No es ninguna tontería —imitó su tono de desagrado—. Siempre requeriré de tu aprobación. De paso te aviso que te voy a enviar el informe de Baptiste.

—¿Y eso?

—Quiere que tú lo revises. —Se rio por lo bajo—. Ya te veo escribiéndole un correo.

—A la tarde noche lo hago. ¿Sabemos algo de...?

—Todavía no, el plazo se termina el próximo lunes.

—Sobre ese tema quiero estar informado de todo, hasta de lo que decide firmar —le advirtió a su amigo.

—No te fías —afirmó, un tanto sorprendido, pues Pablo nunca había dado muestras de desconfianza.

—Como decía mi abuelo: el nuevo rico solo se mira el ombligo. ¿Algo más? —La ansiedad lo iba mellando; la paciencia no era una aliada a la cual aferrarse. Solo quería colgar.

—¡Oye! Estás un poquito borde, te sientan mal los aires gallegos.

—Calla la puta boca —le espetó entre dientes, más airado.

—¿Qué ha pasado?

Se había olvidado de que su amigo lo conocía muy bien; desde niños se trataban y se respetaban como hermanos. Julián era su brazo derecho, la persona a quien le confiaría su vida si fuese necesario. A él le debía haber salido a flote tras aquel verano. Siempre se apoyaban en todo.

—No preguntes...

—Está bien —lo interrumpió de improviso—. Mientras decides si me cuentas o no tus asuntos, tengo que referirte algo, creo que no te parecerá mal. —Hizo una pausa antes de continuar—: Hará unos tres días fui a cenar con Antoine.

—¿Te ha caído bien?

—Es buen tío. A lo que iba, fuimos a donde siempre, ¿y a que no sabes a quién vi?

—Ya estás tú para decirlo.

—A Anaïs.

Todas las alarmas de Pablo saltaron al mismo tiempo. Aquel nombre lo envaró en el sofá de tal modo que notaba los músculos de la espalda

agarrotados. Aquella chica era una bomba de relojería; impredecible era quedarse corto.

«Éramos pocos y parió la abuela», se acordó del sabio refranero español.

Al final los nervios se apoderaron de él:

—¿Te preguntó por mí? ¿Te dijo algo?

—No, ni me vio, estaba demasiado ocupada con su nueva conquista. Lo conoces, es el famosísimo empresario de Mónaco...

—Vale, ya sé... —dijo, respirando más tranquilo.

—¡Alégrate, joder! Ya eres un hombre libre al fin. Te has deshecho de ese lastre, no te molestará más. Aunque, te soy sincero: él me da pena, no sabe dónde se ha metido. —A Julián no le pasó desapercibido el silencio de su amigo—. ¿No te alegras?

—Sí...

—Pablo, habla de una puta vez.

Bufó. Se pasó la mano por la frente para secarse unas gotas invisibles de sudor. No necesitaba cavilar mucho para intuir la reacción de su amigo a lo que estaba a punto de revelar.

—He visto a Tina.

—¡Aléjate de ella cagando leches! —Percibió cómo apretaba las muelas—. ¡Sepárate! Imagínate que es la fuente de infección de la peste bubónica...

—Eres demasiado gráfico.

—Mierda, ¿sabes? —le contestó, perdiendo lo papeles—. Nada es demasiado gráfico para esa bruja. Tío, nunca te pido favores personales, pero hoy es una excepción; en serio, acuérdate de cómo te dejó, lo mal que estuviste durante tanto tiempo. No quiero imaginar cómo habrías terminado si no fuera por la carrera y por mí...

—Lo sé. —Apoyó los codos en las rodillas. Su amigo tenía toda la razón.

—En serio, lo tuyo es muy grave, tienes una pésima mano con las mujeres.

—O ellas me escogen a mí...

—Lo dicho, por tonto. —Se rio a mandíbula batiente—. Fuera bromas: aléjate de ella. Acuérdate del sabio Sabina: «Siempre tuvo la frente muy alta, la lengua, muy larga y la falda, muy corta».

—Yo también te quiero —intentó cortarle el rollo.

—Mariconeos los justos.

Los dos se carcajearon. El ambiente a ambos lados de la línea se relajó.

—Por cierto, no sabes lo que me pasó con la Cisneros.

—Sorpréndeme.

Pablo cada vez entendía menos la relación que Julián tenía con Noa, una de las empleadas del banco en Madrid.

—Esa tía es rarita de cojones o yo no la entiendo, en serio. El otro día la llamo por un asunto de la sucursal *online* y aseguraría que se despidió llamándome Passepartout, ¿quién coño es ese?

—El mayordomo de Phileas Fogg...

—¿No es Rigodón?

—En los dibujos creo que sí; en el libro de Verne era Passepartout.

—¿Me ha llamado mayordomo?!

—Me da que sí...

—¿Por qué?

—No lo sé, telefonéala y pregúntale —se burló, aguantándose la risa.

—No, tío, paso. Quiero estar tranquilo, no me apetece discutir.

«Cuanto más reñidos, más queridos», oyó decir a su abuelo y se rio.

—Tú riéte, se nota que no habéis trabajado juntos. Me tiene la misma manía que yo a ella.

—Vosotros dos echad un buen polvo...

—¿Quién te dijo que no lo hemos hecho ya?

—Vale, no quiero escuchar más.

—Oído cocina. Ahora te mando el correo y te mantendré al día del resto.

—Chao, Julián.

—Hasta pronto.

Lanzó el móvil al sofá. Se cubrió el rostro con las manos, superado por las casualidades que se habían fraguado en aquella mañana. Sus ganas de venganza, como el querer esclarecer qué le pasaba a Tina, lo inquietaban. ¿Qué iba a hacer?

CAPÍTULO 8

Éxtasis

Tener a Pablo a escasos centímetros de mí, tenerlo delante después de todo ese tiempo, tocarlo, sentir la calidez de su piel me hizo ser consciente, más si cabe, de que mi alma estaba derruida y yo, deshecha por dentro.

No quedaba nada de mí.

Nada de lo que un día fui.

Las heridas que me habían tumbado en vida no se cerraban. Sangraban a borbotones.

Estaba yerma.

Bajo mi pecho no había nada.

La vida, el dolor, las pérdidas me dejaban indefensa. No obstante, saber que la persona que un día amé estaba a escasos metros abría otras tantas heridas que ya habían supurado.

Desde que había llegado a Galicia, mi realidad se había vuelto cruenta. En cada esquina me esperaba un nuevo ataque. El cansancio me demolía. Solo quería acostarme y que el mundo se olvidara de mi existencia. Me sentía muerta en vida, pues mi cuerpo se negaba a todo, salvo a respirar. Estaba anestesiado para cualquier estímulo que no fuese el pesar, o eso creía, pues, si esa era mi nueva forma de vida, ¿cómo pudo reaccionar mi cuerpo de esa manera al contacto de su piel? Aquella electricidad que se adentró en mí por mis venas y me recorrió veloz era igual, o más intensa, que la que sentí aquel verano.

En vez de rechazarlo, lo aceptó.

Aquel tsunami me desoló todavía más, porque un día se me privó de todas aquellas sensaciones, de ese remanso de éxtasis que palpitaba en cualquier enamorado al estar con la persona amada.

Para mí llegaba muy tarde.

Pablo reaparecía cuando ya no había vuelta atrás. Por mucho que agitase mis sentidos no habría una nueva oportunidad para mí. Mi alma, hecha añicos, quería morir en paz. Era lo único a lo que podía aspirar.

Era la desolación de mí misma.

Me limpié las lágrimas con los dedos mientras caminaba por la fina arena, aunque más movediza allí donde rompían las olas. Una rompió a mis pies y despertó mi cuerpo en un escalofrío que me congeló más de lo que estaba. La brisa marina, un tanto fría, también húmeda, me golpeaba la cara; pegaba la fina tela del vestido a mis piernas; me revolvía mi corta melena. El origen de ese desagradable aire, según me había contado mi abuelo, se debía a que la marea estaba subiendo. Una vez que se completaba el proceso, desaparecía. Fatigada de mi paseo, tiré la toalla a un lado y me senté en la roca más próxima, a la que el agua no llegaba. Cerré los ojos aprovechando el calor del sol, la cadencia de ese ambiente natural que me permitió por unos instantes dejar la mente en blanco, disfrutar de la naturaleza; el olor a yodo se coló por mis fosas nasales y llenó mis pulmones. Esa fragancia, que un día fue tan común en mi vida, me evocó mi infancia, reminiscencias a juegos infantiles, castillos de arena, las primeras lecciones de natación, incluso besos de amor.

Mil aguijonazos me sobrecogieron.

Abrí los ojos y mi rostro se arrugó en una mueca de dolor para dejar paso a un puchero. Con la vista clavada donde el cielo se confunde con el mar, me levanté distraída y me dirigí a la orilla. Sujetando con fuerza la falda del vestido, escalé las rocas hasta su punta, en la que, de vez en cuando, rompían solo las olas más altas y bravas. La rugosidad de las piedras, creada por las conchas de moluscos, se convertía en punzantes espinos que me abría las plantas de los pies.

Estiré los brazos, como el que había sido crucificado y esperaba, agónico, el final, a la vez que las aves carroñeras volaban en círculo sobre su cabeza.

Allí, aguardaba a que el mar hiciese por mí lo que mi cobardía no me permitía.

—¡Tina! —oí decir a una voz masculina.

Unos brazos fornidos me elevaron los pies del suelo; a su contacto, mi cuerpo tembló; mi pecho convulsionó al controlar los mudos sollozos. No forcejeé, apenas tenía fuerzas, solo me sujeté a un antebrazo, duro como el acero, que permitió, una vez más, que la electricidad viajara de un cuerpo a otro.

—Pablo. —Mi trémulo susurro se perdió en la inmensidad del mar.

No respondió. Tampoco supe si me había escuchado. En aquel instante le permití que me llevara a donde quisiera; después se podía marchar si le apetecía. Eso ya daba igual. En mi vida ya era una constante. Pero a una parte de mí se emocionó, porque alguien la había salvado en mucho tiempo.

Suavemente, me posó, cuando una gran ola rompió en la arena.

Un cóctel entre nervios y miedo me agarrotó el abdomen; igual que una bomba fue descendiendo. En su camino desprendía una extraña adrenalina originada al reparar en la mole de agua que podría haberme matado. En el momento que explotó en mi bajo vientre, todos los músculos se tensaron, convirtiendo la agitación por el peligro en una especie de excitación. Pablo, detrás de mí, quizás víctima de lo mismo, me sostenía tan firme que si apretaba un poco más me rompería las costillas. Me tenía tan estrujada que no me pasó inadvertida, a través de la ropa, su erección.

—No lo vuelvas a hacer —me suplicó con los labios pegados a mi pelo.

Apoyó la frente encima de mi tatuaje de las golondrinas; luego, ni pasado un segundo, su barba me raspó; de seguido besó ese mismo centímetro de piel. Mi cuerpo tembló bajo sus labios, mi alma parecía resucitar de sus cenizas. Las ganas de desahogo me embargaron entera. No estaba acostumbrada a esas muestras de cariño, por definir las de algún modo, espontáneas. Se me habían negado tantas veces que me convencí de que no era digna de recibir las.

Me estrechó más por la cintura con una ternura insólita; sus labios rodaban por mi cuello, recorrían la mandíbula y jugueteaban con el lóbulo de mi oreja. Lo más sorprendente fue que mi cuerpo respondía a ellos: se arqueaba contra el suyo mientras mis dedos acariciaban lánguidos sus antebrazos.

Me separó un poco para girarme y que así quedásemos frente a frente. Su mirada marrón brillaba a la luz del sol.

Me volví a ver reflejada.

En ella se había vertido ternura.

Un rayo no tan noble, similar a aquel otro al que me rendía, venía a cobrarse algo.

Sin preámbulos ni peticiones, asaltó con su boca mi clavícula. Jamás me habían temblado las piernas de aquella manera. Mis dedos se agarraron a sus bíceps; con cierto miedo, poco a poco subieron hasta hundirse en su suave pelo. Mi corazón y mi cuerpo se encendieron al unísono, como hacía años que no lo hacían. A través de la fina tela del vestido, mis pezones despuntaban, por la ausencia de sujetador. A Pablo no le pasó desapercibido y, sin tiempo que perder, desabotonó el corpiño y los liberó para atacarlos casi sin resuello.

Me quedé quieta cuando el vestido quedó arremolinado en mis caderas que, pegadas a las de él, me permitieron sentir la dureza de su miembro. Ese leve roce lo hizo suspirar sobre mi seno. La cálida caricia erizó cada rincón de mi piel al tiempo que su barba producía unas sensuales cosquillas allá donde se posaba.

«¡Por Dios! ¡¿Cómo es posible que me excite de este modo?!», me grité.

Sobre todo, durante los últimos diez años, había sido incapaz de sentir una pizca de placer, un escalofrío que despertara en mí las ganas de entregarme. Al contrario, progresivamente me había ido replegando sobre mí misma, fingiendo, consintiendo que se traicionara mi cuerpo. En ese instante podía afirmar que el éxtasis se adueñó de mí. A través de su nebulosa discerní que nada me era negado y volvía a ser Pablo quien me lo demostraba una vez más.

Sin separar su boca, me cogió en volandas, me dejó arrimada contra una roca, colocó la toalla en la arena y, con cuidado, sin prisa, quizás en su intento por controlarse, me tumbó en la toalla de espaldas a él. Me separó las piernas acariciando la cara interna de los muslos con los dedos abiertos; me subió la falda y me bajó la ropa interior. Fue todo tan mecánico que me recordó a otras situaciones parecidas.

De pronto, escuchar la rasgadura de la cremallera me cortó la respiración. Mi reacción no se hizo esperar: por acto reflejo, estrujé la toalla con los puños; cerré los ojos muy fuerte a la espera de ese arañazo interno que

siempre se clavaba en mi bajo vientre. No pude evitar tensarme como una vara.

—Tranquila —me dijo, con voz enronquecida, antes de recorrer mi columna vertebral con los dientes. Parecía que quería arrancar a mordiscos mi esencia, si es que todavía la conservaba.

Me estremecí de placer, aún con todos los músculos rígidos, bajo el áspero tacto de su barba.

Con las manos me sujetó las caderas, así me impedía moverme o escapar si fuese el caso.

En cuestión de segundos, me sentí henchida por su dureza.

Salió, volvió a empujar hacia dentro.

Ahogué un gemido.

Arremetió con más fuerza en mi interior y tuve que abrir la boca para tomar una bocanada de aire. No podía más. Pablo me hizo sentir todo aquello que me era imposible alcanzar. Sus suaves e intensas embestidas eran cada vez más profundas; en ninguna de ellas aprecié esa furia brutal con la que se me arrebatava una parte de mí o simplemente se me humillaba. Movida por esa espiral de gozo, levanté un poco más el trasero para buscar una mayor cercanía entre nosotros. Me apoyé en los antebrazos, bajé la cabeza, —así me escondía— y me concentré solo en aquellos sentimientos que, a cada uno de sus movimientos, recuperé. Las noches en las que se me despertaba y, sin ninguna muestra de cariño, me penetraba en frío solo en su propio beneficio, para su satisfacción se desahogaba en mi vientre, se mostraban más lejanas, aunque no lo fuesen. En esos infernales minutos, rememoraba cada segundo con Pablo; había veces que me centraba en las sensaciones que experimenté estando con él. Creía que las tenía mitificadas, pero allí, en aquella playa, se me reveló que nunca habían sido tan reales.

Entre jadeos y temblores mi mundo estalló. Un terremoto sentimental emergió del fondo de mis entrañas y me removi6 en cuerpo y alma, consiguiendo que dos lágrimas furtivas se deslizaran por mis mejillas. No eran de tristeza, tampoco de impotencia como antaño: eran de felicidad, porque pude descubrir que no estaba tan muerta.

Me arqueé justo cuando Pablo, con un gemido quedo, se dejó ir.

CAPÍTULO 9

Tampoco vayas por ahí, Tina

Pablo, cual ilusoria visión, desapareció.

Había cerrado los ojos mientras recuperábamos la respiración; nuestros corazones latían a un mismo compás buscando calmarse.

Nuestras pieles, pegadas de nuevo, se conocían y se reconocían, como lo hacían los viejos amantes tras años sin toparse.

Mi espalda y su pecho se anclaron una última vez.

En silencio, con el mar de fondo, tomando conciencia de lo ocurrido, se esfumó.

No me había quedado dormida, sin embargo, era cierto que la placidez que le siguió al encuentro sexual me transportó a un extraño letargo, a través del cual perdí la realidad de vista y mi ser aflojó las cadenas que lo apresaban. Sentir que todo lo vivido pudo haber sido una pesadilla fue como una brisa de aire fresco, pero los hechos eran más duros: se desahogó en mí y me abandonó. Con los ojos anegados en lágrimas, recompuse toda mi ropa en la soledad de la playa. Me avergonzaba de mí; estaba incómoda conmigo misma; me sentía sucia en mi propia piel. Si pudiera, me la arrancaría. Me fui poniendo tan nerviosa que tuve unas ganas enfermizas de gritar. No pude; un nudo en la garganta lo clavó allí, enmudeciéndome. Los nervios me alteraron más y más, al final, me produjeron una picazón que empezó en las manos y pasó a los antebrazos, pero cuanto más rascaba, más picaba. ¡Era contagioso! El resultado fue horrible: rasguños por doquier.

Subí las escaleras y me escabullí, una vez en casa, hasta mi habitación;

entré en el baño para ducharme. Me enjaboné varias veces, me froté el cuerpo con furia para que desapareciera toda huella de deshonra, pues con los dedos de Pablo en mí reaparecieron los de él.

Aquel que un día me violentó.

Nunca podría borrar esa historia. Una que se reavivaba con otro hombre.

Nunca me recuperé de ello, ya que el dolor fue tan intenso que me reventó.

A veces, la ignorancia era la mejor forma de vida. Por aquel entonces, Noa ni se percató, no era capaz de escuchar mis susurros silenciosos. Si lo hubiese sabido, habría esperado antes de saltar del trampolín y lanzarme a una relación que no era tal.

Ventajosa para muchos.

Nula para él.

Desastrosa para mí.

El tiempo jamás podría reparar la pérdida de esos diez años.

El anochecer me halló sentada en cama, abrazada a la almohada, convertida en una liana. Era la única que me podía ofrecer un poco de consuelo cuando el resto del mundo parecía darme la espalda. La ventana cerrada me alejaba de los sonidos que la naturaleza nocturna producía. La tenue luz de la luna se colaba por el cristal; iluminaba, a medias, mi habitación, y se reflectaba en el espejo. Así, tuve la oportunidad de interrogar a mi mortífero reflejo: ¿En qué punto me situaba todo eso?, ¿mi vida giraba constantemente en un mismo sentido? Hacia ese lugar donde el amor solamente era un término poético y no real. ¿Era Pablo la persona que me enviaba mi abuelo?

Esa pregunta me hizo sentir como una catedral bombardeada por el enemigo y de la que solo quedaban en pie los cimientos. Comprendiendo su alcance, salté de la cama en dirección a la habitación de mi abuelo. Debía explicarle un par de asuntos. Corrí escaleras abajo, bastante fatigada para mi asombro. Entré en tromba y empujé la puerta con tanta fuerza que la manilla chocó contra la pared. El ruido retumbó en toda la casa.

—¿Tú me has enviado a Pablo?! —inquirí, adolorida, sin recuperar todavía el aliento—. ¿Es que no sabes lo que eso supone? Es regresar al pasado, y no tengo fuerzas para enfrentarlo. Quizás sea el modo de expiar mis pecados... —En ese instante, reparé en un hecho—: Él es mi verdugo.

Pasé la noche en vela, algo de lo más normal desde que estaba en Galicia. Sin embargo, esa fue distinta: la debilidad me provocaba que el esqueleto me pesase más de lo normal; la cabeza, a veces, me daba vueltas y ciertos pinchazos me avisaban de que era inminente una buena jaqueca. Cada vez me costaba más respirar; siempre que me esforzaba en ello la laringe emitía un extraño pitido. Algunos de esos síntomas los reconocí de inmediato: un ataque de nervios. Hacía unos meses que había pasado por uno.

En todo ese torbellino, en ese mar de locura, me vino a la mente un verso del poema favorito de mi abuelo: «*Y yo muriendo, en esta larga noche de piedra*».[15]

Fue interminable, se dilataba en los segundos, en los minutos, las horas no pasaban. Además, el frío, a pesar de estar todas las ventanas cerradas, me calaba los huesos de tal manera que no podía controlar el castañeteo de dientes. Era un titán de piedra dispuesto a derribarme.

Cuando el alba despuntó en el horizonte, pude recrearme en los tonos azules, morados con rosados, que hacían desaparecer el negro; los naranjas y amarillos pronosticaban un bonito día soleado para quien lo pudiese disfrutar. Yo no lo veía, porque en la inmensidad de la madrugada me había propuesto un plan que llevaría a cabo me costase lo que me costase: hablar con Pablo. Debía averiguar si mis sospechas eran ciertas, ya que los envites del pasado solían ser los más dolorosos. Cabía la posibilidad de que no sirviera de nada, pero, al menos, intentaría mantenerlo a raya, por mucho que los muertos quisieran recuperarlo. Con esa premisa grabada en la mente, crucé la playa y subí las escaleras hacia la casa de los Huría. Los escalones estaban más empinados de lo que recordaba: uno que subía, el siguiente era más duro. Me apoyé en las rodillas nada más llegar arriba. Era tal el grado de cansancio que tuve que esperar un buen rato antes de encaminarme hacia él. Estaba sentado en una mesa blanca de hierro forjado, la típica de jardín con las sillas a juego.

—¡Pablo! —Lo avisé de mi presencia. Soné con menos brío del que esperaba debido a la falta de aliento.

Alzó la mirada unos segundos. Aporreaba las teclas del portátil como si las culpase de todos los males; sus cejas, unidas casi en el centro, evidenciaban

que algo ocurría.

«No deberías estar aquí», me advertí.

—Espero que sea por algo importante, si no, no tengo tiempo para atenderte y te invitaría a marcharte.

—Para mí lo es.

—Adelante.

—Venía a hablarte sobre...

—No le des más vueltas, fue un simple polvo —me interrumpió con muy malas formas.

Su indiferencia, sus palabras, lograron que mi cerebro hiciera clic:

«No vales ni como mujer florero».

—Me... —El aturdimiento por su actitud me impedía hablar con fluidez—. Me utilizaste...

—Fue un buen desahogo, me saliste gratis.

«Comprendo por qué tu padre no te quiere en el banco; arruinarías a tu familia con tu mala cabeza.»

La bilis me subió por el estómago arriba. Tuve que controlar una arcada, la que me producía estar delante de él, al igual que los temblores que empecé a sufrir. No podía verme débil, se aprovecharía más si cabe.

—Sois todos iguales: queréis algo, lo cogéis...

—No me vengas con feminismos baratos que no te pegan. —Apretó la mandíbula y los puños de rabia a los lados del ordenador—. Tomé lo que tú me ofreciste, nada más. Piensa lo que quieras, yo tengo la conciencia tranquila. No te obligué a nada a lo que no estuvieras dispuesta. —Se carcajeó burlón; con tranquilidad muy fingida, apoyó la espalda en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos—. Contigo Sabina se equivocó en lo de la frente alta y la lengua larga, porque no eres ni capaz de defenderte. Acertó en lo de la falda corta.

«—Tú conmigo no vienes vestida así. —Me clavó los dedos con furia; me arrastró a la habitación, de un empujón me tiró de rodillas al suelo—. Vístete decente, no quiero que me avergüences delante de todos. Pareces una puta barata».

Me eché a temblar. No creía lo que estaba escuchando. No conocía al hombre que, sentado frente a mí, volvía toda su concentración a lo que hacía

antes de mi llegada. Me mostraba su verdadero yo. La oscuridad de su ser.

Indefensa, desolada por dentro, asentí a sus palabras, unas que tenían el mismo trasfondo y melodía de aquellas que otro hombre me regaló. No eran ni más extrañas ni más dolorosas. Tampoco repliqué; su actitud podría acarrear graves consecuencias contra mi persona. Con el estómago encogido, las lágrimas nublaron mi visión y, hecha un amasijo de nervios que solo me hacían temblar, comencé a caminar hacia atrás para huir de ese monstruo. Giré sobre mis pies y corrí a las escaleras. Las bajé sin tener en cuenta el peligro que en ellas se encerraba, pero tenía la mente ofuscada en ese pasado no tan lejano que no me percataba de nada, solo del dolor que assolaba mi pecho y me dificultaba respirar. Jamás pensé que volvería, sin embargo, lo hizo en la piel de él. Me recriminaba mentalmente, me fustigaba por pensar que había mitificado a Pablo. ¡Lo había mitificado! ¿Cómo no hacerlo tras trece años y una espeluznante relación a cuestas? En el último escalón caí de rodillas. Mi estómago convulsionó antes de vomitar todo lo que no tenía dentro. El olor a salitre me revolvió más las entrañas. Me daba repulsión. Eran tan fuertes y dolorosas las arcadas que un pinchazo me cruzó la espalda, me agarrotó el cuello y desembocó en un gran dolor de cabeza. Cuando disminuyó, gateé por la arena hasta la pared rocosa.

Allí, esperé.

CAPÍTULO 10

Un golpe encima de la mesa

Abrí los ojos, aunque los tuve que cerrar; la luz que entraba por la ventana me los arañaba por dentro. Intenté mover los brazos; no podía. Me dolía todo; el constante martilleo en la cabeza era casi insoportable. Tenía el cuerpo magullado, igual que si me hubiesen pegado una paliza o estuviese atada a la cama. El único movimiento que sentía era los temblores que se iban sucediendo de manera intermitente. Me percaté de que tenía la piel cubierta por una fina capa de sudor frío.

Como pude, me fui levantando.

Era una ardua tarea.

Puse los pies en el suelo y tuve que esperar antes de apoyar mi peso sobre ellos. Todo daba vueltas. Cuando por fin me decidí, fui, poco a poco, a paso lento hacia el cuarto de baño. Me lavé la cara entre tiritones, aproveché para absorber con la punta de la lengua la humedad de mis labios; así refrescaba, en cierto modo, la boca y la garganta que estaban reseca. La verdad, me costaba bastante tragar. Me la sequé mal y sin querer me di de bruces con mi reflejo. Ya no era aquel lejano iluminado por la luna; estaba ante mí, claro por la luz procedente de fuera, que me daba el aspecto de cadáver con las ojeras negras que resaltaban en esa tez blanquecina; los ojos enrojecidos intensificaban el iris coloreado de azul que un día fue brillante y, en aquel momento, era apagado. Las mejillas estaban más hundidas en comparación con la última vez que me miré en el espejo; los pómulos eran más prominentes de lo normal; las líneas de mi rostro estaban más afiladas en la

mandíbula. En conjunto era mortecino.

Tiré la toalla en el lavabo, salí y apagué la luz. No quería ver en lo que me había convertido en cuestión de semanas. No podía ser hipócrita: no había sido cuestión de semanas; diez años atrás había empezado toda esa nefasta transformación. Sujetándome en la pared, caminé por el pasillo, llegar a las escaleras me costó un triunfo, pues las piernas, aparte de temblar, estaban tan débiles que en cualquier momento me caería. Me agarré a la barandilla con las dos manos y, uno a uno, los fui bajando. A medida que mi frío y debilitado cuerpo me acercaba al piso de abajo, oí unas voces lejanas. No las distinguía; ni tan siquiera sabía si eran reales o ficticias, tal era mi nivel de confusión.

En el rellano, paré. Ya no podía más. Respiré y, ante mí, radiante, apareció él.

—Pablo. —Mis fuerzas se desvanecieron.

Lo último que sentí fue una única lágrima rodando por mi mejilla.

—Sé que han salido al mercado medicamentos más modernos y que muchos colegas de profesión lo refutarían, aun así, con lo que te voy a recetar he visto resultados muy buenos —alegó el viejo doctor Acuña Callón.

Durante muchos años fue el médico que nos trataba aquí en Galicia. Algo más joven que mi abuelo, no volvería a cumplir los setenta.

Mi habitación nunca había estado tan concurrida: Alfonso, Rosario y Pablo estaban a mi lado desde que me había despertado de un supuesto desmayo. Supuesto porque tenía una laguna mental importante, por lo que no lo podía negar o discutir; además, sus rostros eran el reflejo expreso del desasosiego.

—¿Qué le receta? —inquirió Pablo con demasiada seriedad.

—Valium para las noches, te hará bien para recuperar el sueño; Prozac para el día. —Sacó del viejo maletín médico de cuero varios papeles con membrete—. Le daré el genérico, sale más barato.

«Casi treinta y un años y tomando Prozac...», me informé a mí misma, por si no me había quedado claro.

El médico dejó los papeles encima del escritorio con la intención de marcharse. Antes de hacerlo, se detuvo a los pies de la cama y, con un aire condescendiente, se dirigió a mí:

—Tómalo durante varios meses; si ves que después de ese tiempo continúas igual, entonces te recomiendo que acudas a un especialista, bien psiquiatra, bien psicólogo. Y al contrario: si te encuentras mejor y pretendes abandonar el tratamiento, no lo hagas de manera brusca, ve paulatinamente, por ejemplo empieza por mitades, así un tiempo, después días alternos, ¿me entiendes? —Asentí. Él dirigió la atención a las tres personas que había allí—. Si me necesitáis para algo más, solo avisadme.

—Gracias, Severino —le dijo con voz rota Rosario.

Él inclinó la cabeza a modo de despedida.

—Te acompaño a la puerta —le ofreció Alfonso.

Los dos hombres se retiraron. A medida que sus pasos se perdían por las escaleras abajo, Pablo se dejó caer en la butaca, derrotado. Apoyó los codos en el reposabrazos y cerró los ojos mientras con los índices se masajeaba las sienes. Rosario, sentada en la cama, cabizbaja, tenía la mirada clavada en algún punto del suelo; sus manos eran las que demostraban, quizás, el nerviosismo, ya que estrujaba un paño con bastante fuerza.

Mi situación, incluso el diagnóstico, los cogió a todos tan de improviso que se veían superados.

Cómicas casualidades de la vida, por la ventana entraba la luz del hermoso día soleado. Su claridad contrastaba con el ambiente en el interior; la tensión muda podía cortarse con un cuchillo y no sería necesario utilizar uno de carnicero, no, con uno de postre serviría. Era tal que la atmósfera en mi habitación estaba congelada.

Alfonso entró en silencio. Su porte no presagiaba todo el aluvión de sus sentimientos, salvo por un hecho: evitaba mirarme. En aquel momento, pensé que lo más seguro era que en mí recordaba a alguien. ¿A mi madre? Jamás le pregunté.

—Voy a la farmacia —anunció, decidido.

—Espera, Alfonso —lo frenó Pablo. Abrió los ojos y observó al viejo matrimonio—. Debemos organizarnos...

—Hay que llamar a tu padre para que sepa qué ocurre contigo —lo

interrumpió Rosario, nerviosa.

—No, a Fernando no se le contará nada de momento. Es cierto que Tina está a tratamiento, pero recemos para que la ayude. —Inspiró—. Se le contará si se necesita de la intervención de un especialista porque las pastillas no funcionan.

—Os agradecería que a mi padre no le dijeseis nada. Ya tiene bastante con sus propios achaques como para preocuparse por la loca de su hija.

—Tiniña, no pienses así de ti. —Rosario se acercó a mí y me cubrió las manos con las suyas—. No estás loca, ¿me oyes?

—Aquí se te quiere. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para que salgas adelante, *rapaciña*. [16]

Sonreí a las amables y cariñosas palabras de Alfonso. El azul de sus ojos brilló por la esperanza que a él mismo le hicieron sentir. Un pinchazo de alegría me encogió las entrañas. Rosario, emocionada, me abrazó dándome una serie de besos sonoros que solo la gente mayor daba.

—¿Hay una habitación cerca de esta? —La voz de Pablo rompió el momento.

Rosario se volvió hacia él.

—Sí, al lado, donde la amiga de Tina dormía cuando venía.

—Vale, prepáramela, será la que utilice —explicó.

—¿Qué dices, muchacho? —Alfonso frunció el ceño, desconfiado, en su dirección.

—Me vengo para aquí un tiempo, no sé cuánto. —Se echó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Tina está enferma y vosotros dos no podéis haceros cargo de dos casas más su cuidado; además, alguien debe vigilar que coma, no la podemos dejar sola...

—A eso se le llama confianza. —No me pude morder la lengua. Que lo tuviese todo tan planificado sin contar conmigo no me gustaba.

Se levantó un poco irascible, con la paciencia al límite de perderla.

—Mira, Tina, no sé por qué estás así o cuánto llevas, lo único cierto aquí es que no puedes tomar las riendas de nada, por eso me encargaré a partir de ahora de todo; y mi decisión de venir es irrevocable, porque no puedo permitir que estas dos personas se fatiguen con una carga de trabajo monumental.

—Esto no es el banco.

—¡Ya sé que no es el banco! Esto es la vida real y, como tal, debes comprender desde ya que no estás en las mejores condiciones de hacer nada. Mentalízate de que alguien debe cuidar de ti; tú eres incapaz de hacerlo. A saber qué coño te ha pasado para llegar a este punto. Conque cállate la boca y acepta que ahora el que manda soy yo. —Se quedó pensativo, rascándose la barba que le cubría la barbilla—. No te queda más remedio que acceder.

Sus palabras sonaron como un puñetazo encima de la mesa.

2^a PARTE

Donde todo empieza

Des yeux qui font baisser les miens

Un rire qui se perd sur sa bouche

Voilà le portrait sans retouche

De l'homme auquel j'appartiens

Quand il me prend dans ses bras

Il me parle tout bas

Je vois la vie en rose

Il me dit des mots d'amour

Des mots de tous les jours

Et ça me fait quelque chose

Il est entré dans mon cœur

Une part de bonheur

Dont je connais la cause

C'est lui pour moi, moi pour lui dans la vie

Il me l'a dit, l'a juré pour la vie

Et dès que je l'aperçois

Alors je sens en moi

Mon cœur qui bat[17]

CAPÍTULO 11

El chico que fue, el hombre que es

Alcé la vista hacia el reloj desde las profundidades de la cama. Ocho y cuarto; había amanecido el cuarto día que Pablo pasaba en casa. La verdad, se notaba su presencia en cualquier parte. Me sentía observada, aunque supiera que estaba fuera con Alfonso. Todos se mostraban mucho más pendientes de mí. Hasta el ritmo de la vieja casona había cambiado: desayunábamos los cuatro juntos; a media mañana parábamos para tomar un tentempié; comíamos; a eso de las cinco o seis de la tarde volvíamos a tomar algo; por último, cenábamos. A partir de ahí no resistía más allá de las diez de la noche por el efecto del Valium.

Me desperecé y puse las manos en la nuca. Me recreé en cómo la luz se colaba por los pequeños agujeros de la persiana, en cómo coloreaba el espacio, los muebles, disfrutando de la maravilla que suponía que el cuerpo respondiese a mis órdenes, que las articulaciones ya no pesasen como si estuviesen hechas de hormigón armado. La habitación estaba caldeada; la misma sensación de serenidad que desprendía la percibía, en parte, en mi interior, y a medida que el reloj avanzaba, tomaba conciencia de mi situación, de las decisiones que tendría que considerar en un futuro no muy lejano. Sin embargo, no quería darles vueltas, todavía no me sentía totalmente restablecida ni con fuerzas para enfrentarme a todo tan pronto. Dejando eso a un lado, una cosa era real y palpable, el doctor Callón estaba en lo cierto: el Valium me ayudaba a recuperar lo que bauticé para mis adentros como el «sueño perdido». La noche pasada me había acostado más cansada aún, pues

había recibido dos maletas y tres portatrajes. Noa no había escatimado en nada. Me pasé parte del día colocando zapatos y ropa. Todo ese movimiento, arriba y abajo, me había dejado muy agotada. Cuando regresase a Madrid, necesitaría un camión de mudanzas. Ese día me tocaba enviarle un mensaje agradeciéndole todo.

—Estás despierta —afirmó Pablo al otro lado de la habitación.

Me sobresaltó. Hasta en eso tenía buena mano. Volví la cabeza hacia la puerta y la escena que me encontré no la habría recreado ni en mis mejores sueños: estaba de pie en el umbral y se secaba la cara con una toalla; tenía el torso desnudo, la camiseta colgaba de su hombro derecho. Me cacé a mí misma distraída en las líneas curvilíneas de sus pectorales, en sus marcados abdominales, sus oblicuos, en cómo el pantalón oscuro del chándal pendía de manera que mostraba esa uve tan *sexy*, en el triángulo invertido que creaban la anchura de sus hombros y su estrecha cadera, cuyo vértice se escondía más abajo de la goma. ¡No dejaba nada a la imaginación!

Asentí. No podía hablar, la garganta se me había secado al verlo.

Con movimientos pausados, se acercó y se sentó en la cama doblando una pierna. Estaba cómodo con su semidesnudez, no le importaba que yo fuese la única espectadora. Mi caso, por el contrario, no era ese. Me alteraba tanto que mis dedos se agarraban a mi pelo sin llegar a tirarme de él.

—¿Cómo te sientes?

—Poco a poco, mejor; esto de dormir toda la noche de un tirón... Nunca dormí tanto.

—Date tiempo, Tina. —Apoyó una mano en mi muslo y frotó de arriba abajo—. ¿Tienes hambre?

—Bah. —Me encogí de hombros—. ¿De dónde vienes?

—He salido a correr unos cuantos kilómetros, todas las mañanas lo hago desde que llegué. Tú descansa mientras me ducho, luego bajamos a desayunar.

Se levantó, cogiendo al vuelo la camiseta que se le escurría del hombro. A la altura de la puerta, se giró hacia mí otra vez.

—Casi me olvido: llama a tu padre. Ayer ya estabas dormida cuando sonó tu móvil y vi que era él.

—¿Lo cogiste? —inquirí nerviosa. Me incorporé sobre los codos con la

mirada fija en la suya.

—No, tranquila. Lo llamé desde el mío para ofrecerle una disculpa y me dijo que te avisara al saber que yo también estaba en Galicia.

—No controlarás mi móvil, ¿verdad? —La desconfianza hacía mella en mí.

—Tina, estaba en la habitación de al lado, oí un ruido y era tu móvil. Es más, si le echas un vistazo, verás todavía la llamada perdida. Lo único que hice a mayores fue ponerlo a cargar. —Entrecerró los ojos estudiando mi reacción—. Me voy a duchar.

—Gracias.

Lista para empezar ese nuevo día, ataviada con ropa de andar por casa y con mi chaqueta de punto favorita, me encaminé a la cancela de hierro forjado, decorada con medias lunas, que separaba un nivel de otro al final del jardín. Giré la llave, empujé un poco y la puerta cedió, así que puse mi pie derecho en el pequeño sendero. En esa zona, las plantas ornamentales desplegaban todo su encanto. Todavía en primavera, podías contemplar la explosión de colores de la naturaleza: el verde más puro de la hierba fresca a las diez de la mañana; las hortensias que me flanqueaban —las azules mezcladas con las blancas y las moradas a mi izquierda, frente a las fucsia, lilas y rosa de mi derecha— parecían estar preparadas para una lucha de la cual ningún grupo salía vencedor, ya que los dos eran asombrosos; pasando la arcada de piedra —de la que solo se apreciaba su forma, porque la hiedra la escondía con su abrazo— llegabas al paraíso: dalias, rosales y petunias de casi todas las tonalidades, geranios, lavanda esparcida por doquier junto con algún que otro helecho, entre otras plantas, combinados en armonía originaban uno de los lugares más maravillosos de toda la finca. Me senté en una de las sillas de la vieja mesa de piedra. Me demoré unos minutos en sacar el móvil del bolsillo del pantalón. Quería apreciar la vida a mi alrededor, respirar el aire fresco con esas notas a mar, disfrutar de la ligera brisa que acompañaba a la mañana.

Cuando por fin me henchí de todo, me decidí a empezar con Noa.

Hola, neni!!! Ayer recibí lo que me enviaste.

Gracias!!!

P.D.: Tres portatrajes, eh... Para qué?

Hola, pedorra!!! No me lo agradezcas!!!

Habrás visto que recuperé la ropa que el gilipollas de tu ex no dejaba que te pusieras. Los trajes son para ir a tomar unos güarisnais cuando llegue a Galicia. No pretenderás encerrarme en casa a lo Barba Azul?

Hecho!!! Vamos de juerga.

«¡Uf! ¿Y cómo salgo yo de este follón ahora?». Solo esperaba estar algo más recuperada para su llegada. Además, tendría que enfrentarme a su sermón cuando se enterase de todo.

Valen, te dejo, que tengo un lío de cojones, no sé qué quiere el subnormal de Sanjurjo.

Besitos

Chao!!!

Salí de la aplicación y di a la marcación rápida. La profunda voz de mi padre sonó a través del altavoz:

—Hola, hija.

—Hola, papá. He visto tu llamada perdida, ¿ha pasado algo?

—¿Qué ha de pasar? —preguntó en tono despreocupado—. Te he telefoneado para saber de ti, ya que tú no lo haces.

Siguieron unos segundos de silencio en los que barajé algún tipo de disculpa.

—Lo siento. Aquí, no sé por qué, se me olvida todo con demasiada facilidad.

—Es porque estás desconectando y eso es bueno, Tina, muy bueno.

Un nudo se fue estrechando alrededor de mi garganta. Escucharlo, sentirlo tan lejos de mí, me indicó lo mucho que lo necesitaba y lo que me dolía mentirle. Tuve que tragar varias veces para que no percibiese mis inminentes

ganas de llorar.

—¿Cómo estás? —Me centré en él.

Era mi obligación cuidarlo.

Era mi única familia.

Era lo único que tenía en esta vida. Si él me faltaba...

—Bien, como siempre, cariño. Deseando que llegue el mes de vacaciones para ir hasta ahí y reunirnos... Ahora que me viene a la cabeza, ¿has visto a Pablo?

—¿Pablo Huría? —Me hice la tonta.

—El mismo.

—Sí, varias veces he coincidido con él. —Me tapé los ojos con las manos por la trola que le estaba contando.

—Es muy buen muchacho, Valentina. Si requieres de algo, acude a él; seguro que estará dispuesto a ayudarte.

«Si tú supieras», pensé, negando con la cabeza.

—Vale, lo haré.

—Así me gusta, al menos me quedaré más tranquilo. —Soltó el aire que parecía retener en los pulmones—. Por lo demás, ¿todo bien?

—Sí, todo bien. Paso la mayor parte del tiempo con Rosario y Alfonso... ¿De qué te ríes? —Oí una risilla.

—Echaba de menos ese tono tan ligero de tu voz, hija. Eso me indica que todavía sé aconsejarte como Dios manda.

—Papá...

—Lo sé, lo sé, pero eres mi pequeña y siempre lo serás. —Carraspeó.

—Te dejo seguir trabajando, te llamo en otro momento. —Una lágrima rodó por mi mejilla.

—Está bien. Un beso, cariño.

—Otro, y saluda a Alicia de mi parte.

—Será dado. Hasta luego.

Colgué.

El móvil cayó sobre mis piernas al tiempo que a mí me vencían, por un lado, la emoción y, por el otro, la rabia de tener que mentirle para evitar sufrimientos innecesarios. Esa conversación también me mostró una carencia que no había notado. La necesidad de un abrazo. Ese simple gesto era lo que

precisaba en ese instante. Me dispuse a levantarme, pero no pude; delante de mí se irguió el rosal. El famoso rosal de mi abuela. Un escalofrío me heló la sangre en las venas; durante unos breves instantes dejé de respirar. Aquella imagen no me daba buena sensación. Era el peor fantasma del pasado con el que me podía encontrar. Asustada y nerviosa, salí del jardín en dirección a la casa, no sin antes cerrar la cancela. Entré, fui hacia la cocina, pasando por la biblioteca, donde Pablo estaba al teléfono. Me paré un segundo, más bien unos minutos. De espaldas a mí, miraba algo sobre el escritorio. Ya me había percatado días atrás, sin embargo, verlo ahí, en el mismo sitio que había pertenecido a mi abuelo, me confirmó que, tras esos trece años, su sola presencia llenaba una habitación. Había ganado una confianza y seguridad en sí mismo arrolladoras. Me recordaba muchísimo a Lucas. Increíble, Pablo era idéntico a su abuelo.

Antes de que reparase en mí, continué hasta la cocina en busca de Rosario. Allí estaba, preparando algo que se me escapaba. Me sonrió nada más verme. Me acerqué a ella con los puños cerrados por la angustia, pues podría rechazarme.

—Rosario.

—Dime. —No pude hablar. Entornó los ojos hacia mí—. Arranca.

—¿Me... me darías... —las palabras se me atascaban en la garganta— me darías un abrazo?

Sin decir una sola palabra, dejó lo que estaba haciendo, se limpió las manos en el mandil y me estrechó entre sus brazos.

—Nunca más me pidas un abrazo, ven a mí y dámelo, ¿me oíches?

Asentí. Las dos nos emocionamos, el temblor de sus hombros me lo confirmó. Cuando nos separamos, no necesitamos decirnos nada.

—¿Qué pasa aquí?

La intromisión inesperada de Pablo me sorprendió tanto que, para que no viera mis lágrimas, me giré sobre mis pies y, con la manga de la chaqueta, las sequé. Me recompuse lo más rápido que pude. Al volverme, su actitud contemplativa, con las manos en los bolsillos, a la espera de una respuesta que tardaba en llegar, produjo, sin él quererlo, que me avergonzase de mí misma.

—Nada —contestó Rosario, limpiándose los ojos con un pañuelo.

—Vamos, ahora soy tonto y me chupo el dedo.

—Ay..., nada, que Tiniña quería un abrazo. Solo eso.

—¿Es verdad? —Ladeó la cabeza centrando toda su atención en mí. Si se le pasaba algo por la mente, su impenetrable expresión lo ocultaba.

Asentí mientras buscaba una excusa para, como diría Noa, «salir por patas».

—Voy un rato a... al jardín.

Cabizbaja, anduve acelerada para huir cuanto antes. Pero fue inútil. Una mano grande, de dedos finos y largos, me frenó agarrándome por el codo. De repente, me vi envuelta por sus musculosos brazos. Me tenía bien sujeta: una mano en mi espalda, con la otra me acariciaba el pelo. Apoyé la frente en su amplio pecho, lo que me permitió inspirar su perfume a almizcle, jazmín, con esas notas amaderadas. Ese aroma era inconfundible; después de trece años, sería capaz de reconocerlo allí donde estuviese. Los sentimientos regresaron a mí más virulentos, porque ese reconfortante abrazo parecía salido de aquel verano que compartimos, con una diferencia: por aquel entonces simbolizaba la esencia de un amor juvenil; en ese momento, quizá me lo diera por pena... Era regresar de nuevo al pasado. Cerré fuertemente los ojos y, como pude, reaccioné de su mismo modo: le rodeé la cintura con las manos apretadas en los puños. Con ello, evitaba sentir más de lo que lo hacía, pues mi cuerpo respondía a la calidez del suyo. Para colmo, la sensación de protección se fue acrecentando más.

Se movió y su cara quedó semiescondida en mi cuello.

—Si necesitas un abrazo, pídemelo —me susurró.

Noté sus labios en mi oreja; su aliento rozó el lóbulo y recorrió la línea descendente de mi cuello, me erizó la piel en su viaje. Fui incapaz de controlar el estremecimiento que me recorrió entera. Era demasiado fuerte aceptar que, al final, se convirtió en un pinchazo de excitación.

Sí, palpité igual que mi corazón, aferrada a su cuerpo.

No podía sentir eso por él. Nos unía una historia muy dolorosa. No podía caer en el mismo error. En la situación en la que estaba no me podía permitir jugar con fuego cuando sabía que la única que se iba a inmolar era yo. Pablo, como mucho, llegaría con el tiempo a ser un buen amigo, probablemente alguien en quien confiar, tanto a nivel personal como laboral, ya que no me quedaba otra que tomar las riendas del banco a su lado. Estar abrazada a él

tampoco me ayudaba mucho, ya que la última escena en la playa irrumpió, traicionera, en mi mente.

Consciente, haciendo acopio de todas mis fuerzas, mi voluntad, me separé de él, me alejé para poner distancia y apartarme de aquellos chispazos que se originaban cuando nuestros cuerpos estaban juntos. Salí disparada hacia el jardín para no cometer ninguna locura.

Pablo estaba prohibido.

Buenos amigos, sí, no obstante, nunca un compañero de cama.

En algún instante de la madrugada, abrí los ojos sobresaltada. No me acordaba con exactitud de lo que estaba soñando, o con quién, solo podía afirmar que tenía el corazón agitado en mi pecho. Cambié de postura, me puse sobre el hombro izquierdo. Cerré los ojos, pero el sobresalto inicial me había despejado. Me acurruqué para que el calor de las sábanas ejerciera su poder y consiguiera que el sueño volviese a mí. No había manera. Me sentía como si me hubiese tomado dos cafés puros.

Comencé a pasear la vista por ese lado de mi habitación. En la oscuridad no veía nada, solo en mi cabeza, porque sabía en qué lugar se ubicaba cada objeto. Una vez que los ojos se adaptaron a la negrura que me rodeaba, percibí un extraño bulto en la butaca.

«Juraría que no dejé nada ahí», me dije a mí misma.

Asustada, me incorporé. Intenté fijarme mejor, pero la noche me lo impedía. Así que, temeraria de mí, me levanté, y cuál fue mi asombro cuando descubrí que el bulto misterioso no era ningún payaso perverso que hubiese venido a matarme o un UFO.

¡Era Pablo!

Tenía las piernas estiradas, las manos entrelazadas encima del abdomen y la barbilla pegada al pecho. Estaba dormido. El corazón se me ablandó. En definitiva, me derretí, pues había vivido muchos acontecimientos penosos y en ninguno nadie había estado a mi lado. Al verlo allí, en esa postura incómoda, al borde de una buena tortícolis, me apiadé de él. No estaba

obligado a dormir a mi lado. Para no despertarlo sin darle un susto de muerte, me permití el lujo de cumplir un deseo que llevaba días queriendo hacer: acaricié su velluda mejilla. Mis dedos abiertos se perdieron entre su barba, áspera y suave a un tiempo. Esa sensación, tonta para muchos, me hizo sentir contenta, porque seguía siendo tal como la recordaba. De repente, Pablo abrió los ojos, se movió hacia delante y mi mano cayó al lado de mi cuerpo.

—Tina, ¿estás bien?, ¿necesitas algo? —inquirió con rapidez, dispuesto a socorrerme.

—Estoy bien, salvo tú que deberías estar en la cama.

—No, tengo miedo de no enterarme si necesitas algo...

—¿Has estado durmiendo aquí todas estas noches? —Abrí los ojos como platos sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Claro. —En la oscuridad percibí su movimiento de hombros, como si sus palabras fuesen más que obvias. Desde luego, para mí no lo eran.

—Ve a acostarte, estoy bien.

—No.

Bufé. Terco como una mula, esa era la seña de identidad del chico que fue y del hombre que era. En esos años no había cambiado.

—Vale, al menos échate aquí, a mi lado. La cama es grande, no tenemos por qué tocarnos —le ofrecí.

—No.

—Entonces, me quedo de pie, como tú. —Decidida a seguir con mi chantaje, me senté en la cama con la espalda apoyada en el cabezal.

—Tú tienes que descansar —dijo entre dientes.

—Tú también.

No lo podía asegurar, sin embargo, estaba convencida de que se había iniciado una batalla entre el marrón de sus ojos y el azul de los míos.

—Está bien, por fuera de las sábanas.

Sonreí triunfal sin que él lo supiera.

CAPÍTULO 12

Quién

El resto de la noche transcurrió rara. Muy rara. Yo me había acomodado en mi esquina de la cama; oí cómo tiró los zapatos, cómo el colchón se hundió bajo su peso. De espaldas a él, me puse nerviosa. Se quedó dormido enseguida y yo ni había caído en brazos de Morfeo. Era tal la impresión de tenerlo otra vez en mi cama que el resto de la noche la pasé en vela.

Cuando el alba despuntó en el horizonte, clareó el cielo; la luz en la habitación mudó, entonces me levanté con cuidado de no despertarlo. Su imagen, acurrucado cerca de donde mi cuerpo había reposado hacía segundos, me encogió el corazón, así que lo tapé con el edredón. Debió de agradecerlo, porque tiró de él hacia arriba.

Me puse la chaqueta y salí descalza; ya en el pasillo me calcé las zapatillas.

Fuera de casa, caminé entre los árboles hasta el banco que había en las inmediaciones de la cancela, justo delante de la vieja y musgosa muralla. Me senté con la piernas pegadas al pecho mientras apreciaba cómo el sol coloreaba las nubes de morado, rojo, naranja y amarillo, a la vez que sus rayos conseguían disipar la bruma mañanera que me rodeaba. Me arrebujé en la chaqueta, ya que la humedad se filtraba a través de los hilos; notaba cómo me humedecía la piel con su frescor, que, al mismo tiempo, se colaba por mi nariz y me hacía percibir el aire más purificado, en el que podía identificar el mar y ese efluvio mentolado de los eucaliptos del monte aledaño a la casa, que dilató mis vías respiratorias; a cada aspiración me rascaba la garganta, me expandía los bronquios y me abría los pulmones. La naturaleza me estaba

regalando un espectáculo único que, por mucho que viajara, no podía comparar con el de esas tierras.

Ante esa belleza, en todos los sentidos, los sentimientos brotaron de las profundidades de mi ser. Se habían gestado tras la charla con mi padre y se cocinaron a fuego lento a lo largo del día. Sentirlo tan cerca, tenerlo tan lejos, provocó que abriera los ojos. A ello se le unía que no sabía si era posible que en tan poco tiempo el tratamiento pudiese hacer efecto, pero la verdad era que, con la mente mucho más despejada, no me costaba razonar con claridad ni poner nombre a mis propios actos. No podía ser cínica o negarme a mí misma lo que era más que obvio: las tentativas de suicidio.

¡Qué egoísta fui!

Me antepuse sin pararme a pensar por un momento en las personas que dejaba, en el sufrimiento que sembraría con ese acto. No pensé en cómo se quedaría mi padre si al final hubiese acabado con mi vida. Siempre nos habíamos tenido el uno al otro. Nuestra familia era muy pequeña, se reducía a tres personas. También era cierto que mi relación con él no se podía comparar a la que había tenido con mi abuelo, sin embargo, estábamos muy unidos; en miles de asuntos, se apoyaba en mí. No, no podía hacerle eso. Ya había sufrido bastante perdiendo por causas externas a mi madre y a mi hermano para que fuese yo y lo destrozara de nuevo.

Tampoco podría hacer pasar a Noa por ese trance.

La garganta se me agarrotó; tragase las veces que tragase, un nudo me oprimía el pecho, que no se aflojó a pesar de terminar llorando. Pegué las piernas más a mí y apoyé la frente en ellas para esconder mis lágrimas.

«¿Qué haría yo sin ellos?», me recliné.

Nada. No sería nada. Estaría sola. Eran las personas más importantes de mi vida, aunque un día se vieron confinadas a vivir lejos de mí. No tenía a nadie más.

¿Iván? No, él ya no. Me lo había dejado claro con sus recaderos, que me hacían partícipe de su nueva y gloriosa vida. Todavía me estremecía de miedo al pronunciar su nombre. Él era la causa de mi inestabilidad. Esa que te iba royendo por dentro, que te enterraba con una nueva humillación, que te incendiaba cuando todo había pasado y observabas que no eras capaz de reconducir tu vida, de sostenerte de pie. Me derribaba con cada nuevo golpe,

pues nunca sabía por qué flanco iba a llegar. Con él era así; no sabía qué le parecería mal o bien, cuál sería su reacción. Sus acciones me anularon, borraron la cordura de mi vida, recuperada solo en el trabajo en el colegio, hasta que todo cobró normalidad, incluso refugiarme en viejos recuerdos. No vivía el presente, sino el pasado.

Mi pasado con Pablo. El hombre que dormía en mi cama. Después de hablarme como me habló, me cuidaba como si se le fuese la vida en ello. Era sabido que lo hacía por deferencia a mi padre, no por mí. En cambio, a mí me pesaba cada vez más aquella tarde en la que me enteré, y no por su boca, de que nuestra relación estaba más que rota. Tampoco volvería a acercarme a él; no tenía sentido, no pararía de pensar cuándo se cansaría de mí otra vez. Nuestra historia estaba muerta.

Conque, ¿quién estaría dispuesto a soportarme? ¿Quién aplacaría mi genio, calmaría mis nervios? Alcé la vista al cielo con el fin de que me diese una respuesta.

—Joder, Tina, qué susto me has dado, no te encontraba por ningún lado. — Bostezó a pesar de la regañina—. ¿Qué haces aquí...? Estás llorando.

Se hizo un sitio a mi lado y, de repente, me cogió en volandas para sentarme sobre sus piernas. Me abrazó en silencio. Verme arrimada contra su pecho, sentir su calidez y fortaleza, tener la cabeza en su hombro desencadenó una nueva oleada de lloros, ya que reparé en que se me enseñaba lo que podía haber sido y no fue, acrecentando la vulnerabilidad en mi interior.

—¿Por qué lloras? —musitó sobre mi sien.

—Soy —hipé—... soy una egoísta.

Tardó unos segundos en contestar, en los cuales comenzó a acunarme con intención de tranquilizarme. Era un imposible, cosa que él no sabía.

—¿Egoísta?

—Quería quitarme la vida sin pensar en nadie, ni en mi padre, solo pensaba en mí...

—¡Chsss!

—Lo soy, Pablo...

—¡Chsss! No, no lo eres. —Me besó el pelo—. Eres una chica que ha estado cegada por el dolor, y en ese estado de desesperación nunca miras a tu

alrededor, porque solo ves una única salida. Pero jamás, por eso, serás una cobarde o una egoísta.

Los sollozos fueron a más por varios motivos: el primero, nunca me imaginé en esas condiciones, y el segundo, encontrar consuelo en la persona de Pablo. Todo me estaba quedando demasiado grande. Pero tuve voz suficiente para plantearle otra cuestión:

—¿Te acuerdas de tu abuelo?

—Todos los días, desde que me levanto hasta que me acuesto, está presente —me explicó con la voz algo enronquecida.

Alcé la vista. La emoción hacía brillar sus ojos marrones, idénticos a los de Lucas, un tanto alicaídos.

—Y de Álvaro también.

Oír aquel nombre en su boca me estrujó el corazón. Comprendí que los dos compartíamos la tristeza de haber perdido a esos dos hombres que nos marcaron para siempre. Mis ojos se convirtieron en dos cascadas, pues contener las lágrimas era imposible.

—Si mi abuelo viviese, nada habría ocurrido —reconocí en voz alta.

—Abraza su recuerdo para continuar adelante, no te pares a analizar hipótesis...

—Es la verdad —lo interrumpí, convencida.

—¿Qué te ha pasado para estar así, Tina? —Su voz fue un ligero susurro en el viento; sus labios acariciaron la piel de mi sien a la vez que me enfrentaba a su pregunta.

Negué con la cabeza antes de responder:

—No lo entenderías.

—Si no me explicas ni me lo cuentas, claro que no lo entenderé.

—No, Pablo.

—Si algún día quieres hablar de ello, si necesitas desahogarte con alguien, quiero que sepas que estoy aquí.

Su confesión me cogió desprevenida. Para nada contaba con ella. Me mantuve en silencio antes de decir algo que provocase una discusión. En ese momento no podía arremeter contra nadie.

—Señorita Ulloa, a la cama. —Bostezó, mirando el reloj—. Todavía no son las siete y cuarto de la mañana. Es muy temprano, a dormir.

Conmigo en brazos, se levantó.

Nos acostamos en silencio.

¿Por qué la vida me lo traía de nuevo? Con esas nuevas dudas volando en mi mente, Morfeo vino a mí.

CAPÍTULO 13

No hay lugar más seguro

Estaba claro que los medicamentos estaban surtiendo efecto. Cada día me encontraba más repuesta que el anterior, y se notaba en todo: en mi agilidad, mi vitalidad, hasta mi rostro era el ejemplo de ello. Ya no lucía mortecino. La piel había recuperado su blancura natural, aunque mi cuerpo seguía demasiado delgado. Era el único rasgo que podía señalar por lo que había pasado. Además, ya no me costaba mirarme al espejo.

El cambio fue tan sustancial que mi regreso a Galicia no se antojaba malo, al contrario; si no hubiese venido y hubiese tocado fondo en Madrid, quizás el resultado habría sido otro peor. Era verdad que se habían despertado viejos fantasmas; normal, crecí allí, junto a mis abuelos, en esas tierras, en el verdor de sus campos, en esa playa. Era mi casa, y también vislumbré que, al volver, mi abuelo estaba más presente, por consiguiente, más vivo.

Si buscaba un lugar donde refugiarme, mi tierra natal era el mejor, el más seguro, ya que hasta el recuerdo de Iván se podía desvanecer durante horas, porque siempre se había negado a venir. Algo que en esos instantes agradecí.

Todo se había transformado para bien, incluso los rostros de Rosario, Alfonso y Pablo estaban mucho más relajados en esas casi dos semanas. La entrada de junio supuso, a mayores, que mi relación con Pablo fuese más abierta después de aquella conversación al amanecer. Todas las noches después de cenar hablábamos, aunque manteníamos a raya nuestras respectivas vidas privadas. No cruzábamos ese límite. También me di cuenta de que en nuestros silencios pesaba como una losa lo sucedido aquel último

verano. Era nuestra cuenta pendiente y, mientras no la solucionásemos, no avanzaríamos, más bien nos perjudicaría en todos los aspectos. Tenía asumido que nuestras vidas discurrían por caminos separados, salvo por el banco, por mucho que hubiésemos mantenido no hacía tanto un encuentro pasional sin beso. No me había percatado hasta entonces, y ese detalle me mostró que aquella tarde en su casa no me había mentido: para él fue solo sexo. Así que, tras trece años, poder hablar con él era más de lo que se podía esperar.

Coloqué el peine en su sitio y observé mi indomable media melena en la imagen que me devolvía el espejo. No me arrepentía de haberla cortado, pues fue la manera de romper con mi vida anterior. Cuando Iván me dejó, Noa me aconsejó que hiciese un cambio de *look*. Lo tomé tan en serio que me deshice de la melena. No me arrepentía, a pesar de que no pudiera peinarla.

De repente, el vello de la nuca se me erizó y percibí un movimiento en la puerta. Al mirar me encontré de frente con Pablo, que me pegó un susto de muerte. Me llevé una mano al pecho por la impresión.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí parado? —inquirí, conteniendo el aliento.

—Poco —contestó con una sensual sonrisa ladeada que correspondía a la intensa mirada que me lanzó. Sus ojos brillaron por algún motivo desconocido para mí.

Su actitud casi rozaba la arrogancia. Tenía un hombro apoyado en el quicio de la puerta, un tobillo sobre el otro y las manos escondidas en la espalda, lo que hacía que la camiseta gris le marcase los pectorales. Tuve que apartar los ojos de esa imagen.

—Ven a la habitación.

Caminé insegura. No me daba buena espina lo que estuviese planeando.

—Primero las damas.

Aunque el trayecto era corto, me ponía nerviosa andar delante de él, porque notaba su mirada recorriéndome entera. Ya dentro, me giré incómoda; no me gustaban las sorpresas, ni nada parecido. Me tragué mis propias palabras, porque tenía el brazo extendido sujetando una bolsa.

—¿Qué es eso?

—Para ti.

La cogí y miré en el interior. Había un regalo.

—¿Qué hay dentro?

—Deja de hacer tanta pregunta y ábrelo de una vez. —La ansiedad impregnaba su voz.

Me senté en la cama para rasgar el papel rosa pastel que envolvía una bonita caja rústica. Por el nombre, procedía de Londres. Al destaparla, ante mí aparecieron dos velas —una blanca, la otra lila—, un gel, una crema, sales de baño y dos cajitas de infusiones.

—Guau, no sé qué decir.

—Di... si te gusta —titubeó un poco.

—Sí, claro que sí. Hacía mucho que no me hacían un regalo inesperado —confesé—. ¿Dónde lo conseguiste? ¿Cuándo lo compraste? —Fruncí el ceño en su dirección.

—Lo compré por internet, a una amiga en Londres...

—Una amiga. —Se me escapó una risilla nerviosa. Era todo un caballero escondiendo algún rollo que debió de haber tenido.

—Sí, una amiga. Lauren se llama. La conocí en Oxford; estudiamos juntos un máster en Economía. Siempre le gustó mucho el mundo de la aromaterapia, los productos ecológicos, y hace unos años abrió su propio negocio.

Me mordí la mejilla por dentro; había pensado mal. Tampoco debía desconfiar de su palabra.

—Gra...

—Me indicó que cualquiera de las dos infusiones las puedes tomar por la noche, una hora antes de acostarte. Te ayudarán a descansar mejor.

—Gracias.

El acto natural que salió de mí, inconscientemente, fue darle dos besos, sin reparar en las consecuencias, que aparecieron tras el segundo beso. A través de nuestras mejillas sentí ese chispazo tan característico de estar piel con piel. Esa vez, pasarían segundos, quizás minutos, antes de movernos sin perder el contacto. Sentí cómo la punta de su nariz acariciaba mi pómulos hasta casi toparse con la mía.

Nuestros alientos se convirtieron en uno.

Ninguno quería distanciarse del otro.

La atracción entre nuestros cuerpos era cada vez más insoportable. Al no

estar segura de mi capacidad de autocontrol, bajé un poco la cabeza, por lo que mis ojos se clavaron en su boca; en esos labios carnosos, rosados, tentadores para mi persona, que, como si supieran que los estaba observando con deseo, se entreabrieron y expulsaron un hálito de pasión que inspiré y ardió dentro de mí. Mi corazón galopó a ritmo desacompañado, incluso podía sentir el bombeo; la respiración se me aceleró, mi pecho subía y bajaba a la misma velocidad que lo hacía el de Pablo. Los dos éramos presos del mismo hechizo. Alcé los ojos hacia él. Los suyos, oscurecidos, me escrutaban ávidos, buscaban algún resquicio de flaqueza en el momento en que noté la yema de su pulgar acariciándome el labio inferior, tirando por él un poco hacia abajo. Todo quedó reducido a Pablo.

Solo éramos él y yo.

El tiempo se congeló a nuestro alrededor; mi alma, todavía magullada, tocaba el cielo.

Algo muy profundo que no supe discernir se clavaba en mi interior.

Al unísono inclinamos la cabeza. La anticipación al beso me llevó a apretar con fuerza la caja que no había soltado. Pero la burbuja estalló con un golpe seco en algún punto de la casa. De inmediato nos separamos, esquivando cualquier tipo de contacto. Los nervios tomaron las riendas por nosotros, tanto es así que Pablo se levantó y, dándome la espalda, habló por encima del hombro:

—Hoy hay cena especial. —Salió de la habitación acelerado.

Nos evitamos todo lo que restó de día.

Aquel casi beso marcó un antes y un después. Actuábamos de una manera bastante rígida, podría afirmar que rozábamos la falsedad. Nos sentíamos inseguros: Pablo se tensaba cada vez que estaba cerca, o rehuía mirarme, o escapaba de mí, igual que yo de él. No éramos indiferentes a lo que habíamos vivido, ya que, después de aquello, si nos cruzábamos o coincidíamos en el mismo lugar, la atracción inexplicablemente iba en aumento. Una duda para la que no tenía respuesta me abordó: «¿Cómo es posible que en la playa no

mostrase ningún interés por besarme y que hoy casi no se pudiera controlar?»». No lo entendía.

Aprovechando mi desasosiego, me aventuré a entrar en la biblioteca. Estaba igual, no había nada extraño en su decoración: la luz parecía relucir con mayor fuerza al chocar contra el blanco de las paredes, que seguían quedando ocultas por las enormes estanterías de madera que soportaban una gran cantidad de libros, cada cual más antiguo. Las antiguas lámparas pendían, atemporales, del techo (no me había olvidado de los siniestros claroscuros que de niña me atemorizaban). Frente a la puerta, invadido por el portátil de Pablo, estaba el escritorio en el cual mi abuelo tanto trabajó. Toda la estancia mantenía su esencia. Él estaba ahí. Me crucé de brazos para reprimir un escalofrío. No lo había percibido antes debido a que, desde mi regreso, me había mantenido fuera de esa estancia por mi dolor y cobardía.

Pasear por delante de las estanterías me regaló un viaje a través de las evocaciones que las fotografías me brindaban. Las había antiquísimas, como las de mis bisabuelos: ella, sentada en un butacón y él, con la mano derecha sobre su hombro. Mis abuelos de jóvenes, en las que pude contemplar su belleza, que no envidiaba a la de los actores de cine clásico; de hecho, mi abuelo se daba cierto aire a Montgomery Clift: rostro alargado, con entradas ya marcadas que resaltaban la anchura de la frente; las cejas pobladas eran el preludio de una profunda mirada verde, embelesadora; nariz larga que daba paso a una boca de finos labios; la línea de su mandíbula era muy suave, a pesar de ser un tanto cuadrada. La belleza de mi abuela no se quedaba atrás. Era mi viva imagen: rostro ovalado y estrecho, de líneas muy delicadas; cejas muy bien cuidadas, un poco anchas, las cuales dejaban admirar unos ojos color azul zafiro que te arrebatan la respiración, pues no dejaban a nadie indiferente por ese aire felino; pómulos prominentes; nariz respingona, algo más que la mía, que adquirí a medida que me hacía adulta; labios finos, aunque el inferior, un poco más prominente. Había dos que eran preciosas: en la primera, estaban en la playa, sentados en la arena; la cámara había captado el momento en el que se miraban con admiración. La segunda era un tanto sensual: él estaba de perfil, su nariz rozaba el pómulo de ella y su labios quedaban a la altura de la mejilla; mi abuela, de cara al fotógrafo, entornaba los ojos hacia su marido y su boca entreabierta mostraba sus blancos dientes.

Desprendían una voluptuosidad muy rara para la época; se palpaba la atracción, incluso el deseo sexual que había entre ellos...

Agité la cabeza; no los podía ver de ese modo. ¡Eran mis abuelos!

Continué, y las instantáneas se alternaban con algunas que me eran familiares, donde ya aparecían mi padre y mi tío Carlos de pequeños; otras de ellos más mayorcitos, de adolescentes. Una llamó mi atención: dos hombres de espaldas a la cámara se abrazaban mientras miraban al otro lado del acantilado, que para nada era el que había fuera. El más bajo, de pelo corto, era mi abuelo; sus angostos hombros me lo revelaron. A su lado, mi tío, pues las puntas de su pelo, más largo, destacaban.

«¿Qué será de mi padrino?». Hacía mucho que no sabía de Carlos. Nadie hablaba de él. Tendría que preguntar, a lo mejor alguien podría contarme alguna cosa.

—Tina, a cenar. —La voz de Rosario sonó desde la cocina.

Aproveché la cena para conocer más datos sobre mi abuelo. De mi tío me olvidé por completo, y eso que lo tenía en la cabeza.

Alfonso, a partir de ese momento, tomó la batuta de la conversación. No escatimó en detalles. Era diez meses más joven que Lucas y mi abuelo. Siempre estaban los tres juntos; definió al trío como «los tres mosqueteros». Nos contó que un día, mientras exploraban el campo, se encontraron con una rata:

—Mirad, mirad qué rata más grande. —Lucas se agachó para examinarla.

—Uf, qué asco —exclamó Alfonso a su espalda.

—No se mueve...

—Esta rata, por no ir, no va ni a su boquete —sentenció Álvaro.

Nos confesó que aquello no era una rata, sino un ratón de campo. Era la primera vez que veían un roedor.

A ello siguieron otras travesuras: cuando a la lechera, que normalmente pasaba por allí, le metieron en uno de sus bidones un gato vivo, o cuando en las tazas del café aparecían flotando renacuajos. Solo con recordarlo, Alfonso se reía jovial, contagiándonos al resto.

—Entre los tres tramábamos todo, después Lucas era el que comenzaba la

operación. Siempre teníamos algo entre manos. ¡Cómo nos lo pasábamos! No había muchos juguetes, pero nos divertíamos muchísimo.

Si yo no salía de mi asombro, Pablo, mucho menos. A veces, nos mirábamos con las cejas alzadas, aunque no estaba todo dicho:

—Cuando nacieron Carlos y vuestros padres, nos prometimos que nuestras fechorías nunca saldrían a la luz, porque si los pequeños lo hacían, ellos no los podrían reñir. —Se metió un trozo de patata cocida en la boca.

La cena continuó con ese buen ambiente. Además, la noche era muy apacible, el cielo estaba despejado y las estrellas titilaban hermosas en su inmensa altura. Los grillos hacían el coro a nuestras risas, a la vez que el vaivén del mar armonizaba la velada. Al decaer un poco la conversación, Pablo tomó la palabra:

—Mañana me voy.

CAPÍTULO 14

Cuando el corazón toma un camino diferente

I was born, I Was born to be with you
In this space and time.
After That, and ever after that,
I haven't had a clue, only to regret
This Foolishness can leave a heart black and blue.[18]

La situación lo exacerbaba. Sobre todo, consigo mismo.

Se sentía un gilipollas profundo.

Caminaba de un lado a otro del pasillo como un león enjaulado.

Podía escapar; él lo sabía, pero era su orgullo quien se lo impedía.

«¿Cómo pude acercarme al extremo de morirme por un beso de Valentina?», bramaba en silencio, echandoselo en cara.

Ella, la causante de todo su sufrimiento, se había convertido, en esas semanas, en su objeto de deseo. No obstante, verla anulada, tomando unos medicamentos que no se sabía si iban o no a funcionar, lo hizo ser más amable y considerado, inconveniente con el que no contaba. La perspectiva de escupirle en la cara todo lo sucedido aquel verano se esfumó, lo cual lo enervaba todavía más; notaba cómo el rencor le fluía por las venas. Si era sincero, tampoco le deseaba mal alguno, a pesar de que aquel día estaba dispuesto a discutir y, si le salía, a pedirle disculpas por el trato que le profesó, ya que aquel polvo, como se decidió a nombrarlo, pudo evitarlo él

mismo.

«No podrás entregarte a ninguna mujer si no terminas tu historia inacabada», le había dicho una de sus múltiples amantes sin nombre.

Eran mero desahogo físico, solo eso, de lo cual se vanagloriaba. No ponía el corazón en ellas.

Con Tina, la voz de su conciencia le refirió que no había sido así. Jamás lo sería.

—¡Nooo! —Le pegó una patada a la maleta, lanzándola contra la pared.

La soledad que lo acompañaba se sobresaltó.

Se mesó el pelo con furia y se repitió mentalmente la misma promesa que se había hecho trece años atrás.

«Me vengaré».

Ya no volvería a sentir la misma conmiseración por ella.

Esa vez sí que no, por mucho que su corazón palpitase y tomase un camino diferente al que su cabeza le dictaba.

CAPÍTULO 15

Tina... ¡No tientes a la suerte!

Así lo dijo; así lo hizo.

Al día siguiente, domingo, después de comer, se marchó. Ni un adiós, ni un «pronto nos vemos». Nada. Tampoco una sonrisa. Su seriedad fue lo que marcó la despedida.

Esa misma tarde, Rosario tomó la decisión de no dejarme sola y, a partir de entonces, se quedaron a dormir conmigo.

Las siguientes cuarenta y ocho horas para mí fueron horribles. Faltaba algo; todo se quedó más en silencio, hasta en nosotros tres se sentía la falta de Pablo.

Era como si a la casa se la privase de uno de sus cuatro lados.

Durante esas semanas me acostumbré demasiado a tenerlo cerca; su presencia me transmitía una tranquilidad que hacía mucho tiempo no experimentaba; su aroma calmaba mi ansiedad en determinados momentos; su voz era el canto para amansar algunas voces lejanas de mi mente. Me costaba acostumbrarme a la falta de todo aquello.

A medida que las agujas del reloj corrían crueles, yo era una vagabunda en mi propia casa. No tenía acomodo en ningún sitio: la cama, mi habitación, me hacían arder, pues su olor estaba impregnado en la almohada, adherido a las paredes; en el jardín lo veía con su sonrisa ayudando a Alfonso, o sentado a la mesa concentrado en el móvil.

Toda la casa rezumaba a Pablo.

En la biblioteca, ahí era peor, porque lo visualizaba, pero podía reposar al

menos. No en la silla del escritorio donde él se sentaba, donde antes se sentó mi abuelo; no podía hacerlo, me sentía una usurpadora, suponía tomar un relevo que, aunque me pertenecía por herencia, no estaba preparada para asumir. Pero podía pasear, dejar la mente dispersa mirando al techo, las fotos... La verdad, lo echaba de menos.

El retrato que más estudiaba era el de mi abuelo y mi tío juntos, de espaldas al fotógrafo, contemplando el infinito en algún punto del mundo, el cual yo no conocía, mientras se rodeaban los hombros en un abrazo paterno-filial. Se veía una unión inquebrantable que, por algún motivo, desconocido también para mí, parecía haber desaparecido. Mi tío no vino al entierro de mis abuelos. Mi padre me lo hubiese dicho; yo misma lo hubiese visto, porque no me separé de él para nada.

Justo en ese momento, desvié la mirada hacia el pasillo y vi a Rosario.

—Rosario.

No perdí más tiempo. Debía solventar esa duda.

—Dime. —Entró en la biblioteca con un paño en la mano y una gran sonrisa en la boca.

—Rosario, ¿sabes algo de padrino?

Por ese apelativo ella me entendía a la perfección. Lo que no me pasó desapercibido fue el cambio que sufrió: su rostro, en milésimas de segundo, se volvió lívido; sus ojos perdieron brillo, y su sonrisa desapareció como si un viento invisible la borrara de golpe. Juraría que se tensó.

—No sé nada, lo último que supe fue lo que me contó tu abuelo, que estaba en América. —Nada más terminar, salió a toda prisa.

—Ni que hubiera visto a un fantasma —musité en voz alta.

Pero me acordé de lo que un día me dijo de adolescente: «Es una casa *moi vella*[19], guarda muchos secretos que a veces deja salir».

Fruncí el ceño y entrecerré los ojos en dirección a esa foto. No sabía si entre las palabras de Rosario y aquella vieja fotografía había algún tipo de unión; lo que estaba claro era que mi tío no suscitaba buenos sentimientos, despertaba alguna historia que había quedado enterrada, de ahí que nadie hablase de él desde hacía décadas.

Tenía dos frentes abiertos: el primero, mi tío; el segundo, Pablo.

Si debía empezar por uno, me decanté por el segundo. Algo me indicó que

debía ir a la casa de los Huría. Y así lo hice.

Salí sin dar explicación. El día no me acompañaba mucho. El cielo era una increíble gama de grises perfectos: del plomo al gris perla. Pocas veces se teñían de otro color, pues al sol le era difícil romper esa barrera de nubes. El ambiente húmedo era un poco desagradable; el bochorno lo recalentaba y hacía que la ropa, por muy fresca que fuese, se pegara al cuerpo. Además, la luz mortecina aumentaba la sensación de que no era el mejor día para hacer esa visita que, quizás por impulso o por mis ganas de ver a Pablo, me propuse realizar. No era supersticiosa, pero la extraña sombra que proyectaban las tuyas sobre mí y la forma en la que se alzaban, con sus oscurecidas y picudas copas, eran más una advertencia que una mera vegetación ornamental.

Dejé las lides de la casa por el camino estrecho que llevaba directamente a la propiedad de los Huría. Podría ir por la carretera, como aquella vez que fui en mi bicicleta...

«¿Por qué recuerdo ese detalle?», me reñí a mí misma.

Eso sí que ya no me gustó. Lo malo siempre llamaba a lo malo y recordar a mi abuela nunca me trajo la felicidad por mucho que la quisiese, más en ese caso, evocarla estando Pablo de por medio.

El sendero estaba dividido, por la vegetación, en dos carreros, debido a la hierba que crecía en medio, polvorientos por la falta de lluvia, de ahí que la punta de mis Victoria rosas se estuviese manchando. Pero no le di importancia. Las nubes, de repente, se abrieron en un pequeño claro por el que los rayos del sol colaban, y así pude apreciar sus sombras paseando por el verde del campo. Distraída en esa hermosa escena que me regalaba la naturaleza, me fui acercando a la casona sin darme cuenta, aunque los nervios lo intuían. Entré por un lado de la finca. La muralla, derruida casi en su mayoría, solo conservaba las piedras clavadas en la tierra y una antigua arcada de la que sobrevivieron las columnas, cada cual más austera.

Me adentré en el cuidado jardín, la hierba todavía mantenía las líneas de la segadora; podías oler su frescor al estar recién cortada, aunque quedaba algo diluido por el salitre, mucho más intenso, ya que estabas más cerca del mar. Tanto era así que una bruma expulsada por él, o eso parecía, resultaba más perceptible desde esa casa. Además, daba la sensación de que la rodeaba, confiriéndole un aspecto un poco siniestro, por la piedra ennegrecida y la

aparición de musgo entre algunos bloques. Lo que a mí, en aquellos instantes, me resultaba tétrico, para otros era el paso del siglo que llevaba en pie.

Mis pies me llevaron hacia la vieja mesa de piedra debajo de la gran parra, de la cual todavía no colgaban los racimos; yo no los vi, pero sí al recuerdo de Lucas, sentado con una pierna doblada encima de la otra leyendo el periódico. De ahí fui a la gran puerta de entrada, que estaba entreabierta.

La empujé; no hizo ruido que avisase de mi presencia. Entré con bastante sigilo en un amplio corredor decorado con muebles de estilo inglés. Ya me había fijado en ese detalle la vez anterior que estuve allí. Todos más o menos eran de un tono caoba oscuro, o similar. En las paredes, blancas impolutas, colgaban algunos cuadros de tamaño mediano en los que podías contemplar la campiña inglesa o paisajes gallegos. Continué y me fui acercando al gran salón de allí procedía la música que escuchaba:

Through the storm we reach the shore / You give it all but I want more / And I'm waiting for you / With or without you / With or without you.[20]

U2.

Pablo estaba en casa.

Asomé la cabeza por la puerta y lo vi enfrascado en su trabajo mientras se dejaba envolver por la voz de Bono, encomendándose a él como si fuese su obispo.

—¿Se puede? —me anuncié a la vez que llamaba a la puerta.

Alzó la vista serio. Al verme, se endureció hasta que abrió los ojos sorprendido. De inmediato apagó la música para prestarme su atención, o yo quise interpretarlo así.

—Tina —dijo mi nombre en alto como si no se creyese que estuviese allí—. Adelante, por favor.

Entré en la enorme estancia de techo alto, del que pendía una enorme lámpara de araña. Las paredes pintadas en blanco, cubiertas con dos enormes estanterías que iban del suelo al techo, salvo la del frente, donde se había dejado la piedra sin recebar para destacar la gran chimenea con dos hogares. Los suelos, de madera noble, como los de mi casa, brillaban pulidos en las zonas que la alfombra no cubría. Delante de las estanterías había dos enormes sofás, tapizados en pana marrón. En medio, una mesita sobre la que había varios libros. Dos ventanas a ambos lados de los muebles permitían la entrada

de un gran chorro de claridad. Ese lugar, en general aquella casa, siempre transmitió más tranquilidad que la mía.

Pablo se levantó y se apoyó en el borde del escritorio con los brazos y las piernas cruzados.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a verte, estos dos días no has pasado por casa...

—No tengo la obligación de ir, tampoco de cuidarte. —Abrió las alas de la nariz y tragó fuerte—. ¿Qué pasa? ¿Ahora no puedes dormir sola?

—¿Por qué me hablas de ese modo? —Frunció el ceño, indignada por su comportamiento.

—Ya deberías saberlo.

Ahí estaba el tema que los silencios prolongados resucitaban, que latía entre los dos como la batalla a punto de estallar. Sin poder evitarlo, me acerqué con el enfado comenzando a hervir en las venas, aunque mantuve una distancia prudencial. Nunca confiaría en las reacciones de los hombres.

—Vaya con las ironías de la vida: eres tú el que viene con ínfulas de abandonado, con el rencor por bandera, cuando debería ser yo...

—¡Y es así! Tú —me señaló con el dedo— me dejaste aquel verano por otro...

—¡Serás mentiroso! No viniste a por mí como me prometiste, la abandonada fui yo. —Apreté los puños a los lados del cuerpo al tiempo que Pablo, cabizbajo, agarraba con fuerza el borde de la mesa—. ¿Encontraste a una francesa mejor que yo? ¿Perdiste tu interés por mí? ¿O no estabas tan enamorado como decías? ¡Dímelo después de trece años! —Recalqué la fecha con saña—. Sé el hombre que no fuiste de aquella ocasión.

Pablo me fulminó con la mirada. El marrón de sus ojos chispeaba de rabia, más al fruncir el ceño. La barba ensombreció su gesto al apretar la mandíbula y los labios.

—No sabes lo que dices. Tú fuiste la que me traicionó; rompiste todos nuestros planes yéndote con otro. Si alguien no dio la cara, esa fuiste tú. Tuvo que ser tu abuela la que me abriera los ojos y me dijera que ibas a venir acompañada de otro chico que habías conocido ese año; por eso las veces que venía a España, expresamente por ti, no querías verme. ¡Tenías a otro! —Dio un fuerte golpe en la mesa.

Pegué un brinco muy asustada. Si ya tenía el corazón acelerado, después de aquella reacción palpitaba encabritado. Todo mi cuerpo se cubrió por un sudor frío que no me permitía moverme.

—No rompas nada —le dije, alzando las manos para frenarlo.

Pablo suavizó la mirada ante mi extraña petición. Solo negó con la cabeza.

Retomé la conversación, atemorizada; debía concluirla.

—Te pediría que a mi abuela no la metieses en esto. Lleva años fallecida, y si me pongo a tu misma altura, puedo meter a tu abuelo, que fue quien informó de tus planes de quedarte en Francia porque no sabías cómo romper nuestra relación.

Respiré hondo para controlar los temblores de cuerpo.

—¿Que mi abuelo qué?! —Acortó la distancia, agarrándome del codo en una actitud bastante agresiva. No lo miré a la cara, me daba miedo, por eso traté de dar un paso atrás, pero no pude—. Mi abuelo jamás podría decir algo así, ¿sabes por qué? Porque él era el único que sabía lo enamorado que estaba de ti. —Su voz se entrecortó. Carraspeó—. ¿Puedo saber a quién se lo dijo?

—A mi abuelo, que también sabía lo mucho que yo te quería y los esfuerzos que estaba haciendo...

—¿Para engañarme?

Negué con la cabeza antes de contestar, tragándome las ganas de gritarle que me soltase. Sus dedos me aferraban con más fuerza:

—Para poder estar contigo. En ese tema y en todos los concernientes a ti, siempre fue mi cómplice. —Di un paso, a cada segundo me encogía, volviéndome más insignificante—. No merece la pena que gastemos energías, esto no nos lleva a ningún sitio, solo a un callejón sin salida...

—¿Lo sabía!

—Tranquilo, no te molestaré más. Fue una equivocación venir aquí. Lo lamento.

Tragué varias veces antes de soltarme de un tirón al notar que su mano se aflojaba. Giré sobre mis pies y aceleré el paso. Tenía que salir de esa casa en la que no era bienvenida; de aquel hombre cuya apariencia había sido una falacia debida a mi estado, más crítico de lo normal, pero que resultó ser como todos: violento.

Sí, tenía que irme.

—Espera. —Me paró otra vez—. Tina, tu abuela nos mintió.
No presté atención a lo que decía, tiré de mi brazo para salir cuanto antes.
Pablo no me lo permitió, parecía que tenía ganas de guerra.

—Tina, escúchame...

—No, dejemos el pasado...

—¡A la mierda con el pasado! Tu abuela nos mintió y es un hecho.

No pude más: me solté y lo miré con la furia que me corroía las venas.

—Si no tienes otro modo de explicar tus deslices, no utilices a los muertos.
No tienes ningún derecho.

—¿Quién te contó esas palabras de mi abuelo? —Se pellizcó el puente de la nariz con la mano libre mientras negaba con la cabeza.

—Mi abuela, nada más llegar de Madrid.

—Fui a tu casa a buscarte...

—Oye, Pablo, dejémoslo, no tengo fuerzas...

—Pues sácalas de donde quieras. Hoy me vas a escuchar, porque lo que te voy a contar es verdad. —Puso los brazos en jarras sosteniéndome la mirada, con los hombros un poco echados hacia delante—. Fui andando hasta tu casa, creía que ya habías llegado. Fui a buscarte, nervioso, todavía lo recuerdo. El corazón me salía por la boca. Estaba muy emocionado; había sido un año muy duro, sobre todo, el no tenerte a mi lado. Cállate, déjame continuar. —Inspiró hondo—. Cuando llegué al jardín, me encontré con tu abuela. Ella me dijo que andabas con otro chico, me echó en cara que mi estancia en Francia había hecho mella en ti y buscaste en ese otro lo que yo, por la distancia, no podía darte. ¿Sabes cómo me sentí? —Negué con la cabeza—. Como una mierda. Engañado. Al principio no la creí, pero no tenía nada para contradecirla, porque te utilizó en mi contra; utilizó tus estudios, tus horas de preparación de exámenes para machacarme. Nunca dudé hasta ahora, al adjudicarle a mi abuelo unas palabras sin sentido que, ¡joder, son mentira! Puedo contarte muchas conversaciones que mantuve con él sobre ti.

Esa afirmación consiguió que mis mejillas se encendiesen, no por el enfado precisamente.

—¿Por qué tengo que creerte?

—Porque te quise.

CAPÍTULO 16

Una nota del pasado

Fruncí el ceño, asombrada por esa declaración.

—¿Perdona?

—Te quise, Tina, te quise con toda mi alma. —Miró al techo desesperado—. Me tienes que creer. A lo largo de estos días, todo lo que te dije era sincero, porque sé lo que es sufrir ese dolor físico y mental, por eso estuve a tu lado —concluyó, más sereno que antes—. Tu abuela nos mintió, me quería lejos de ti.

Podía estar en lo cierto, sin embargo, se dijese lo que se dijese, ya nada importaba. Aparte, yo ya no podía seguir oyendo todo aquello.

Giré sobre mis pies y quedé de cara a la estantería. Quería salir de allí, así terminar con esa discusión que no conducía a nada. Si me dejaba llevar por el rencor y la furia, solo acabaríamos echándonos más tierra encima. Después de trece años no valía la pena, dado que nunca retomaríamos esa relación sentimental que para muchos podría estar inacabada, pero que para mí se había terminado con la amputación de dos corazones, puesto que no era quién para dudar de su sufrimiento.

Mis ojos, a gran velocidad, recorrieron las fotos de una de las baldas de la estantería. Todo habría quedado en nada si una no me hubiese sido familiar. Me paré en seco y la observé mejor.

—¿Por qué tienes una foto de mi abuelo y de mi tío? —La señalé con el dedo para que supiera de cuál hablaba.

—¿Qué dices, loca? —En una zancada estuvo a mi lado—. Son nuestros

abuelos, no es tu tío.

Bruscamente lo encaré. Me había faltado al respeto cuando yo solo le preguntaba por una foto.

—Estoy harta que me tratéis tan mal. Si os conviene, soy Tina; si no, soy una loca a la que no hacer caso, una empastillada que no sabe ni lo que dice ni lo que ve. Tranquilo, ya te dejo en paz. Sé dónde sobro, aunque no hace falta que me insultes para echarme.

Me fui, dejándolo con la palabra en la boca.

Entré en casa sin aliento. Me costaba respirar, no solo por la carrera, sino también por el disgusto, los nervios de todo lo acontecido en menos de una hora.

«Loca», recordé.

En múltiples ocasiones me habían insultado con esa palabra. No obstante, que saliera de su boca, que él le pusiera voz, me dolió mucho. De hecho, al recordarlo, el vacío de mi pecho se volvió a abrir; algo dentro de mí se desgarró; el corazón se me encogió en un puño y una nueva herida lo perforó.

A pesar de todo, estaba segura de mí misma, por mucho que me costase no llorar. Llorar de impotencia. Sabía lo que había visto, por eso, nada más llegar, mi intención era ir a la biblioteca, de no ser por Rosario.

—Tina.

—¡¿Qué?! —Me volví hacia ella molesta por su interrupción.

—*Perdoa, miña neniña*[21], es urgente.

Su voz estrangulada me preocupó, me hizo percatarme de que le había hablado bastante mal.

—No, Rosario, perdona tú, no debí hablarte de esa manera. ¿Qué pasa?

Los nervios me iban quemando por dentro.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. No pude evitar ponerme en lo peor.

—Es mi cuñado, el marido de mi hermana, han tenido que operarlo...

—¿Qué haces aquí? —La tomé por los hombros—. Tenéis que ir con ella, te necesita más que yo.

—Tiniña, tú...

—Yo estoy bien, Rosario, ve con ellos.

—Te *quero deixar* comida[22]...

Su preocupación por mí me conmovió. La verdad, tuve que reprimir mis propias emociones, pues si no lo hacía, Rosario pensaría que no podía irse, y su ausencia quizás me convendría de algún modo.

—Me las apañaré, sé cocinar. —Ella se dejó abrazar, lo que aproveché para darle el último empujón—. Venga, id con la familia.

—Estaremos pronto, si Dios quiere.

Me dio dos besos para después desaparecer por el pasillo. Me despedí de ellos desde la puerta y, al final, la tristeza pudo conmigo. Algunas lágrimas se deslizaron por mi mejilla. Todos los acontecimientos me habían pasado factura y necesitaba tranquilizarme, por eso decidí tomarme un baño relajante con las sales que Pablo me había regalado.

Pasada media hora, el vaho del baño me envolvía en un rico aroma a rosas silvestres, o eso ponía la etiqueta. En esos minutos que debían ser de relax, mi mente se convirtió en un hervidero de preguntas, de sentimientos encontrados. ¿Realmente mi abuela nos había mentado? Y si así fue, ¿qué razón tuvo para hacerlo? No me creía que se debiese solo a que Pablo era un Huría, aunque para ella ya sería un motivo de peso. Tenía que haber otra causa que la moviera, algo que ya no podía descubrir; había fallecido.

Incluso muerta causaba estragos.

Frustrada en todos los aspectos, me sumergí. Contuve la respiración; una vez bajo el agua, la solté poco a poco hasta que la falta de aire me hizo salir a la superficie. A medida que mis pulmones se volvían a henchir, recordé la expresión de Pablo: su rostro, como el lienzo del pintor, había cambiado del enfado a la tristeza por algún motivo que a mí se me escapaba. Se había abierto a mí, de ahí el dolor de una realidad que parecía mostrarse ante sus ojos, aunque, en aquel momento, no supe verla. Metida en el agua caliente, con las yemas de los dedos arrugadas y la piel enrojecida, ya no juzgaba su idea tan descabellada.

No, no lo era cuando, al mes de haber perdido a Pablo, ella me presentó a Iván. Su candidato perfecto.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla en recuerdo de todo aquello. Nada

podía borrarlo; era como el cristal que al caer al suelo se rompía en mil pedazos imposibles de recomponer. Con el amor no se podía hacer eso, pues era el sentimiento más fuerte; te marcaba a fuego la piel y el corazón; el sufrimiento te sombreaba y hasta podría jurar que desaparecía, aunque no fuese así, ya que estaba tan adolorida que no podía sentir nada más. Incluso la realidad se volvía en mi contra al tener los ojos puestos sobre mí. ¿Cuál de los dos era el pecador que salía ileso de todos los conflictos? ¿Quién el santo del que todo el mundo se olvidaba? En la naturaleza humana se escondía el mayor de los defectos: el mal. Herir a quien amabas era una constante en el hombre. Ese hecho traía consigo que, una vez cometido el daño, no volvías a ver el sol; te perdías en la oscuridad; se apagaba la luz que irradiaba el corazón, porque se iba consumiendo como una vela. Abrías los ojos para percatarte de que estabas solo, desorientado, pues al no perdonar el pasado, no encontrabas el camino de vuelta a casa.

Salí de la bañera, me sequé de cualquier modo y me vestí con un pijama corto de verano. Bajando las escaleras, me puse la chaqueta; estaba destemplada, tal vez se debía a que tenía los pies descalzos. Caminé por el pasillo en silencio hasta la biblioteca; los claroscuros del mortecino atardecer ensombrecían un poco la estancia. Para no sentir tan de cerca la quietud y la soledad en la que estaba sumida la casa, encendí la luz. Era una manera burda de hacerme creer que no estaba sola.

Sabía de memoria dónde estaba la foto, en qué balda y a qué altura. No, no estaba errada. Me situé frente a ella con los brazos cruzados, concentrada buscando las diferencias, si las había, aun a sabiendas de que no las hallaría. Las dos fotos eran idénticas. Ahí radicaba mi duda: ¿por qué los Huría tenían una copia? ¿Cuál de las dos era la original? Sin poder contenerme, la cogí para verla más de cerca; a lo mejor, examinándola, podría percibir algún detalle que había pasado por alto. Al sostenerla, de la pata del marco cayó un papel. Estaba perfectamente doblado en un cuadrado, tal y como los plegaba mi abuelo. Nerviosa, me agaché para recogerlo; una vez en mi poder, fui a sentarme a la mesa que había al lado de puerta. Necesitaba estar sentada, ya que era demasiado misterioso encontrar, así al descuido, algo detrás de un portarretratos. Ese, sumado a que no tenía ni la menor idea de lo que podía poner, era el modo ideal para terminar el día.

Respiré hondo y comencé a desdoblarlo. El paso del tiempo y el polvo de su escondite lo habían coloreado de un tono amarillo con alguna que otra mancha marrón; también era más fino de lo normal. Delante de mí apareció una antigua cuartilla pasada de moda; en el encabezado había un lacre en el que se distinguía una doble hache mayúscula. La letra, muy pulcra, de trazo firme, caligrafiada a tinta negra con una estilográfica, no se había emborronado ni difuminado en el papel, por eso no tuve que hacer un gran esfuerzo para saber lo que ponía:

Estimado amigo:

En estos inclementes tiempos solo podemos confiar el uno en el otro. Los últimos

días ando con gran tiento, pues lo acaecido me hace mantener una excesiva cautela.

Barrunto que bien me comprenderás.

Es por ello que te pido mantener este secreto oculto; si se divulgara, dañaría a todas

las personas que amamos para el resto de sus vidas.

Sé que te pido un arduo favor, soportar una pesada carga. Mas te estaré eternamente agradecido y lo iniciaré a tu retorno a Madrid.

Con todo mi cariño,

LHH

Releí el texto mil veces hasta que la noche me halló intentando descifrar el secreto al que Lucas Hernández de Huría se refería. Sí, el abuelo de Pablo le había escrito al mío para pedirle que guardase silencio sobre algo.

—¿Sobre qué? —inquirí en alto, como si los fantasmas fuesen a contestarme.

Caminé de un lado a otro casi desesperada; tenía los nervios a flor de piel y ya ni pensaba con claridad. Estaba tan absorta en ese misterio que, de repente, perdí la realidad de vista. En un impulso, saqué la foto del marco; en el reverso había escrita una fecha:

—1977.

¿Qué habría pasado ese año? Preguntas igual que esa se iban acumulando en mi cabeza sin una solución aparente. Yo no la veía, y si alguien lo podía hacer eran Alfonso y Rosario, que ya estaban a bastantes kilómetros de distancia. Revisé todas las fotografías, una a una, balda a balda, para encontrar alguna otra que pudiera ser de esas fechas, pero nada. O eran más antiguas, o más modernas.

Nada.

A simple vista, no había nada que me indicase por dónde podía tirar para esclarecer el significado de esa nota. Delante de mis ojos, se abría un mar desconocido en el que todo se diluía como si nadie quisiese que el pasado se removiera. Era imposible, a mí me lo parecía, pues estaba enterrado no solo por muchas capas de tierra, sino por hormigón difícil de fracturar.

Con una actitud obsesiva, volví a observar cada una de las imágenes. Todas seguían en su sitio. Descubrí dos en las que no me había fijado: una era de mi abuelo; estaba de perfil y sus ojos miraban a su compañera. En un marco distinto, mi abuela. Estaba de frente y sonreía feliz a la cámara, con un brillo especial en los ojos y una sonrisa amplia iluminando su jovial rostro. Estaba guapísima.

—¡Abuela! —exclamé.

Salí disparada.

Ella quizás tuviera la respuesta.

Subí las escaleras de dos en dos para llegar cuanto antes a su cuarto. Nada más entrar, su olor favorito, el alcanfor, me golpeó la nariz. Encendí la lámpara de cristal, lo que me permitió contemplar su habitación. Era como si no se hubiera marchado. Todo estaba igual: la cama de frente a la puerta; a la derecha, el gran armario empotrado junto a los dos tapices que colgaban de la pared; del otro lado, en medio de las dos ventanas, el gran tocador blanco de madera conservaba todos sus utensilios —el peine, el platillo de plata donde ponía las joyas antes de dormir, sus cajitas de madera, su pañuelo blanco de tela—, salvo el espejo de mano, que estaba encima de la mesita de noche. Movida por una mano invisible, fui hasta él y lo cogí. Debajo había una foto escondida. Le di la vuelta y vi a un chico de lejos, muy sonriente. Iba vestido informal, de hecho, parecía despeinado; era alto, un poco desgarbado y

posaba de una manera despreocupada. Dejé el espejo a un lado y la agarré. La acerqué más al foco de la luz para fijarme mejor en quién era, pues el modelo estaba bastante alejado del fotógrafo. No podía diferenciar bien sus rasgos, aunque me llevaron a un escandaloso equívoco, porque le saqué un parecido razonable con Pablo.

CAPÍTULO 17

En busca del pasado

Esa noche la pasé en vela. Estaba tan consternada que se me olvidó tomar el Valium, de ahí que me sintiera tan eléctrica.

Aún más: se me olvidó cenar.

Pasé todo el tiempo sentada delante de la mesa de la biblioteca con las dos fotos y la nota colocadas unas a los lados de las otras, como si se trataran de las piezas de un puzle que había que montar y que no sabía por dónde empezar, ya que era consciente de que faltaban muchos elementos entre ellas.

Era eso o creer que me estaba formando una película mental.

A una determinada hora de la madrugada, tomé la decisión de llamar a mi padre. Tendría que esperar. No podía hacerlo muy temprano porque lo preocuparía, tampoco lo haría muy tarde, la ansiedad no me permitiría esperar. Él era la única persona que me podría indicar dónde buscar más pertenencias de mi abuela, pues no era muy normal que tuviese una foto de un pariente de los Huría del cual no tenía un solo dato, debido a que en el reverso de la foto no había escrito ni un nombre ni una fecha, conque el enigma aumentaba. Por eso, no iba a contarle nada, no tenía modo de darle una explicación coherente.

Cada vez que miraba la foto, el aire de aquel hombre con Pablo se acrecentaba más.

Estaba tan centrada en destripar todo aquello que, víctima de mi propia impaciencia, puse al trasluz la nota por si había algún tipo de marca oculta que a simple vista se me pudiera escapar. Pero nada. No había nada, al

contrario, las manchas marrones se hacían más intensas.

El amanecer me encontró de brazos cruzados mirando por la ventana de la biblioteca, con la vista clavada en un punto invisible del jardín que, poco a poco se despertaba delante de mí; sin embargo, los pequeños detalles, como el primer canto de los pájaros, me pasaron casi desapercibidos. No pensaba en nada, podía afirmar que la mente estaba más o menos en blanco, debido al cansancio de intentar desgranar un asunto que, lo más probable, no llevaría a ningún sitio. Comprendiendo esa posibilidad, fui a la cocina y me prepararé un café bien cargado. Mientras se hacía, iba picoteando por aquí y por allí de todo lo que Rosario me había dejado, sobre todo dulce. Era lo que me pedía el cuerpo, raro por otra parte; no era muy golosa, solo en los días previos a la regla. No obstante, en dos meses no me había venido; quizás ahora que estaba más relajada gracias a las pastillas bajaría de una vez por todas. El silbido nervioso de la cafetera y el borboteo del café subiendo, me hicieron concentrarme en lo que estaba, en el presente. El olor a café recién hecho me relajó; me transmitió la tranquilidad de estar en casa. Apagué el fuego y me serví una buena taza con unas gotas de leche fría. Me senté mientras revolvía la cucharada de azúcar. El primer sorbo congeló un bostezo, me calentó el cuerpo, me despejó un poco la mente y fue aclarándome las ideas, recordándome lo más importante: el tratamiento.

Cuando terminé, saciada, recogí todo lo que había ensuciado. Ya estaba muy acostumbrada a hacerlo, no se me caían los anillos. Con todo listo, regresé al salón; eran las nueve menos cuarto, la hora precisa en la que podía encontrar a mi padre sin que estuviese muy liado para atenderme. A los dos toques, contestó:

—Hola, hija, ¿qué tal?

—Muy bien...

—¡Hola, Tini! —me saludó Alicia.

—Hola, ¿estáis ocupados? —pregunté por si acaso no era el momento.

—No, yo ya me voy.

—Adiós, Alicia.

—Bueno, dime.

Esa cuestión en boca de mi padre no era simple. Siempre estaba dispuesto a ayudar, incluso a tender puentes en las ocasiones en que otros los demolían.

—Espero que puedas ayudarme; ¿sabes dónde están las pertenencias de la abuela? —De inmediato, mi pierna derecha empezó a moverse. Era lo que reflejaba mis nervios.

—En su habitación...

—Ahí ya miré, y no sé si hay otro lugar donde pudo guardar alguna cosa.

—Pues... —La línea se silenció por unos segundos—. En el desván. Allí tu abuela guardaba todo lo que no quería tirar, parecía María Rosita, no tiraba nada. Me acuerdo de lo que decía tu abuelo cuando la veía subir: «Un día se nos viene la casa encima de tanto peso». —Se rio—. Ahí seguro que encuentras cualquier cosa inimaginable.

—Vale, pues echaré un vistazo.

—¿Para qué quieres las cosas de tu abuela?

«¿Qué le digo ahora?». Mi mente iba a mil por hora. No podía contarle la verdad.

—Recuperar algún recuerdo de ella de joven aparte de sus fotos. No sé, quizás sea por acercarme a su juventud...

—Sí, te entiendo, y aprovecha para limpiar; tira todo aquello que no sirva —me pidió.

—Lo haré.

—¿Todo bien, verdad?

—Todo, papá —le confirmé—. Te echo de menos.

—Yo también a ti, hija mía, yo también, pero pronto nos veremos. —La emoción de su voz no me pasó inadvertida.

—Un beso.

Colgué con los nervios agarrotados en el estómago. La posibilidad de que el desván pudiera desvelarme alguna pista de aquel misterioso hombre me hizo correr escaleras arriba hasta el segundo piso, donde estaba mi habitación. Justo al lado de las escaleras había una puerta blanca, igual que las paredes del pasillo. El pomo redondo, dorado, frío al tacto, era mi llave a lo desconocido; a un pasado de película o de novela. Estaba tan emocionada que, en aquellos instantes, no vi la posibilidad de no hallar nada de nada.

Subí las estrechas escaleras, que chirriaban bajo mis pies quejándose de mi peso. A medida que subía hacia la torre, el aire se viciaba; la poca luz entraba por los pequeños ventanucos hechos en la gruesa pared de piedra que estaba

sin pintar. En el último escalón se abrió ante mí una inmensa zona abuhardillada, de suelos y techo de madera, en la que se entrecruzaban enormes vigas de las que pendían un montón de artilugios antiquísimos que no sabía identificar; allí la luz entraba por cuatro ventanas que te permitían ver el vuelo silencioso de las motas de polvo. Se notaba que nunca había sufrido una buena limpieza. Era tal su concentración que hasta respirar costaba, y hacía tanto calor que a cada nueva bocanada el aire quemaba los pulmones. Me moví con bastante cautela, básicamente para no tropezar. Había de todo, era como entrar en una tienda de antigüedades destartalada: viejas maletas vacías, o eso parecía; juguetes antiguos de mi padre y de mi tío; al fondo, entre varias bolsas, creí ver mi triciclo; mis pelotas, algunas desinfladas; viejos radios; un gramófono, inclusive varios armarios.

«Seguro que están llenos de ropas y de polillas», expresé para mis adentros.

A medida que caminaba iba levantando polvo que se adhería a la piel. Había tanto que no paraba de frotarme la nariz; notaba las gotas de sudor corriéndome espalda abajo, pegando la camiseta como una segunda piel. Encima de varias cajas de mimbre, localicé por casualidad a mi vieja muñeca, con la que jugaba de pequeña, con la que dormía y la que a todos lados me acompañaba. Era de tela, rellena de espuma. Estaba sucia, bastante, por lo que no se apreciaba mucho su color rosa. La cogí. Me la llevaría conmigo.

Fui avanzando entre todo aquel revoltijo y mirando hacia todos lados, por si había algo que me llamara la atención. Así, con la cabeza doblada, pues no me podía erguir ya que el techo se inclinaba hacia abajo, llegué al final. Desolada, puse los brazos en jarras y giré sobre mis pies. Eché una rápida visual a mi alrededor, analizando si podía, entre toda aquella marabunta, los objetos que en un principio no vi. Así fue; en una esquina, tapados por una sábana que en su día fue blanca —lucía un divino color amarillo—, raída a más no poder, caída sobre un lado, rodeada en esa zona del techo por unas cuantas telarañas que parecían abandonadas por su numerosas dueñas, había dos viejos baúles. Estaban bastante deslucidos por la cantidad de tiempo que debían de haber estado ahí. Me acerqué con cuidado de no caer, debido a la estrechez del sitio en el que estaban. Sujeté la muñeca entre las piernas y tiré de la sábana para destaparlos. El polvo se removió a mi alrededor. Agité las manos para alejarlo de mí, aunque dudo que consiguiera algo.

Delante de mí aparecieron dos baúles de viaje, el más pequeño encima del más grande. Eran iguales: beige, con la misma cerradura, los clavos dorados, pero mientras que el pequeño no tenía ningún motivo pintado, el grande sí lo estaba. Mejor dicho, lo estuvo. Quedaba algún resto de pintura, aunque no lo que se pintó. El pequeño, cuando lo cogí, apenas pesaba; debía de estar vacío. No así el grande. Solo logré moverlo un poco al cogerlo por el asa, si no era imposible.

—¡Tina! —Escuché la voz de Pablo amortiguada por la distancia que nos separaba—. ¡¿Dónde estás?!

—¡Aquí! —le grité.

—¡¿Aquí dónde?!

—¡En el desván!

Poco a poco sus pisadas se iban haciendo más claras. También lo oí mascullar ¿en francés? No lo supe, porque era ininteligible.

—Joder, qué calor hace aquí.

Era obvio, estábamos arriba del todo.

—¿Qué haces?

—Ayúdame a bajar este baúl, por favor. Tú eres más fuerte que yo.

Se puso a mi lado y con el simple gesto de agacharse para tirar de él, hizo que su perfume se colase por mis fosas nasales. Era mucho más intenso debido al caldeado aire que nos rodeaba e igual de enfervorizador.

—Espera, Tina —me indicó, cogiendo el baúl por las asas.

—¿Puedes con él? Pesa mu...

—Si me vas abriendo camino, no me dejaré la espalda.

Salimos del desván: yo delante, él detrás de mí soplando, resoplando y sudando a cada escalón.

—¿Adónde te lo llevo?

—A la biblioteca.

Una vez allí, Pablo se estiró, cual alto era, después de dejarlo en el suelo. Soltó el aire un poco quejumbroso. No era para menos, ya sabía que pesaba bastante. Se sentó en una silla, percatándose de todo lo que había encima.

—¿Qué es esto?

Sin poder contenerme, tirando la muñeca en una silla, le eché en cara el insulto que me había proferido:

—Esta es la foto que hay en tu casa. —La ojeó todavía un poco desconfiado, así traduje su ceño fruncido. Apoyé las manos encima de la mesa y me eché hacia delante, enfrentándome a él—. Ahora, llámame loca si te atreves. Al coger el marco, se me cayó al suelo esta nota y, rebuscando en la habitación de mi abuela, encontré esta foto. Te invito a que la mires con detenimiento, porque creo que te recordará a alguien.

La arrastró por la mesa hasta el borde para poder cogerla. La observó durante unos segundos en un silencio que me encargué de romper.

—¿Te recuerda a alguien? —repetí con cierto recochineo.

CAPÍTULO 18

¿Quién es?

Alzó la mirada con lentitud; sus ojos reflejaban el estupor del momento; su mandíbula abierta era otro indicio de su estado, lo que me agradó. La quietud de la casa, el silencio, nos envolvía de tal forma que podía reconocer los latidos desacompañados de nuestros corazones.

—Yo... no pu... —Carraspeó—. No soy yo.

—Claro que no eres tú, nunca te vi con esas pintas. —Mi broma no surtió efecto.

—¿Quién es? —inquirió, observándolo de nuevo.

—No lo sé, de verdad que no lo sé. Sin embargo, esa no es la pregunta, sino: ¿qué hacía en la mesilla de mi abuela?

—¿Cómo?

Percibí cómo su cuerpo se tensaba; sus hombros temblaban un poco, de nervios, tal vez, y se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la silla. Juraría que necesitaba un punto de apoyo.

—Verás, mi abuela siempre tenía en su mesita de noche su espejo de mano; debajo de él se hallaba esa fotografía. Por eso yo estaba en el desván y quería traer ese baúl. Si encontramos a ese hombre, me da la sensación de que encontraremos la razón por la que mi abuela odiaba a tu familia. Estoy convencida.

—Puede que te equivoques.

—Algo me dice que no será así.

Me relajé un poco; Pablo parecía un niño perdido. Lo entendía a la

perfección, más o menos, estaba como él.

—Voy a tomar algo.

Lo dejé sumido en sus pensamientos. Tenía que asumir todo lo que le había revelado, y no era tarea fácil. Tampoco me agradó no haber barajado por mis propios medios la posibilidad de estar errada. Me molestó bastante; sin embargo, algo me decía que no era así. No sabía explicarlo, era un palpito más que una certeza.

Tiré el café que me había sobrado por el fregadero abajo y desenrosqué las dos partes de la cafetera, dispuesta a preparar uno nuevo, cavilando sobre los supuestos objetos guardados en el baúl. Entre tanto batiburrillo, casi me olvidé de Pablo, de no ser porque el vello de la nuca se me erizó.

—¿Me invitas a un café?

—Lo estaba haciendo para los dos —comenté por encima del hombro, sin llegar a comprobar dónde estaba.

—Voy a beber un vaso de agua —me avisó.

—Coge lo que quieras.

Vertí el café molido en el filtro de acero de la cafetera italiana durante esos segundos de mutismo en los que no oí sus pisadas.

—Tina, ¿comiste?

Alcé las cejas, agarrando demasiado fuerte el paquete, ante su tono extremadamente pausado. Estaba en un dilema: o le contaba la verdad o una mentira. No tenía más escapatorias.

—Desayuné, sí —respondí con rapidez.

—Hablo de la cena —puntualizó.

—Se me olvidó.

Contuve la respiración. Lo que podía estar a punto de estallar equivaldría a la tercera guerra mundial. Un escalofrío me recorrió la columna, tensándome el cuerpo. Al ponerme de puntillas para colocar el paquete de café en la alacena, sentí su cuerpo detrás de mí. Los nervios se me afilaron como hojas de cuchillas; el corazón saltó varios latidos. Pablo la cerró y me giró entre sus brazos.

—Mírame —me susurró meloso y con voz algo enronquecida.

No podía. No podía hacerlo en ese estado, en el que el deseo volvía a mí agitándome todos los sentidos.

Puso el dedo índice debajo de mi barbilla y me alzó el rostro. Estaba serio, no enfadado. En sus ojos detecté un extraño brillo que no había percibido antes, al tiempo que me vi reflejada en ellos. Tomó mi cara entre sus manos. El contraste de su cálida piel con la frialdad de la mía me avivó la sangre. Entonces hizo algo que no me esperaba: pegó su frente a la mía.

—Tina, cuídate.

No pude responderle, me tenía inmovilizada; su cuerpo, su aroma, su aliento, me impedían cualquier movimiento, formaban una red que atrapaba mi ser. Nuestros labios estaban a escasos centímetros, faltaba muy poco para que se rozasen. No podía caer en el mismo error de días atrás.

—Necesito que te cuides. —Cerró los ojos como si así sus palabras tuviesen un mayor efecto.

—El... —Aspiré su esencia para coger fuerzas—. El café.

Me separé de él haciendo un gran esfuerzo. Coloqué la cafetera en el hornillo y encendí el fuego. Tomando conciencia de la realidad, de todo aquello que nos era ajeno a los dos, hablé:

—Debemos destapar qué encierra esa fotografía, qué pasó entre nuestras familias. Creo que nos ha tocado a nosotros desentrañar las historias del pasado. —Apoyé una cadera en el borde de la encimera con los brazos cruzados, arrebujada en la chaqueta por un frío que no existía.

—Gracias por contar conmigo —dijo sin ningún tipo de reproche en su tono.

—No sería justo cuando tu familia está involucrada. Estamos juntos en esto.

—Juntos —repitió, acariciando cada letra con la lengua, como si quisiese transmitir otro significado, que, por las extrañas circunstancias que vivíamos, se me escapaba. Sin embargo, ni sus ojos ni su rictus en general me lo mostraron.

Respiré hondo.

Me sentía insegura.

Insegura de él.

Insegura de mí.

CAPÍTULO 19

Pasos de acero

Sentados uno frente al otro, guardábamos una calma para nada impostada. La mudez en que estábamos imbuidos no era molesta, aunque yo me sentía incapaz de levantar la vista del café, pues el anhelo por besarlo se iba acrecentando en mi pecho, en mi sangre caliente como la lava; en mi cabeza era el único pensamiento. Temblaba al tenerlo cerca. Un día metería la pata...

«No podré controlarme», me avisé a mí misma.

—Me voy a trasladar aquí un tiempo. Visto lo visto, creo que es lo mejor — rompió el silencio.

Allí, clavada en la silla, alcé la cabeza, asombrada por su declaración de intenciones. Sus palabras me cogieron por sorpresa, ya que lo último en lo que habría pensado sería en esa decisión, una que me afectaba directamente. Daba la sensación de que estaba dispuesto a llevarme la contraria cada vez que abría la boca, sin enterarse, claro, inconsciente de todo lo que suponía. Parecía despreocupado ante su propio comentario, con la cara apoyada en la palma de la mano.

—Rosario y Alfonso no están, así que estaremos solos —le comenté. Quería prevenir para que no hubiese problemas posteriores.

—Lo sé. —Una sonrisa acarició sus ojos, no así sus labios. La intensidad que cobró el marrón de su iris me penetró entera al fijarse en mí—. ¿Me tienes miedo?

—No.

—¿Segura?

—Sí, no hay razón por la que deba tenerte miedo.

—Mejor, porque estamos en esto juntos —enfaticó esa última palabra.

Tomó un sorbo de su café, tragó y se pasó la lengua por los labios sin dejar de mirarme en ningún momento. Me estremecí. Estaba jugando conmigo, estaba segura: esa actitud confiada, su voz, más sensual que seria, transmitía un extraño poder al que no podía ser inmune. Asentí de manera automática, porque la garganta se me secó como nunca.

Ese no fue el único mal trago que me hizo pasar. Una vez recogidas las tazas, me pidió que lo acompañase a su casa; debía coger algunas pertenencias. Acepté. Me vestí a una velocidad supersónica y me monté en el coche que casi me quita la vida. Mientras él preparaba la maleta, a mí me tocó atacar la nevera, pues Rosario le había dejado comida. Tanta como a mí. Al regresar y colocar los *tupperwares*, no pude evitar reírme.

—Tenemos comida hasta el día del Juicio Final —apuntó con tono de burla.

—No vamos a poder con todo.

—Una de dos: o engordamos o reventamos, no hay más.

—Exagerado. —Me tapé la boca con la mano para no soltar una carcajada.

—Bueno, somos dos bocas y tú necesitas unos kilitos de más. —Alzó los puños en gesto triunfal—. A darle a la mandíbula, Tina, tú puedes.

—Muy simpático —dije, arrugando la nariz.

—Por eso me caracterizo.

Cerró la puerta de la nevera y fuimos a la entrada a buscar las dos maletas que se había traído. ¡Dos! ¿Qué llevaba? No quise saberlo, pero vamos, no había debido de dejar mucho en su casa. Si creía que era una mudanza temporal, aquello demostraba más bien lo contrario. Subí las escaleras detrás de él, recreándome en cómo el pantalón de pinzas se le pegaba a las nalgas y a los muslos con cada movimiento. Mi cuerpo reaccionó a esa imagen en forma de pinchazo en mi bajo vientre.

Esos días iban a ser mortales.

No poder tocarlo, mantener las distancias, mostrarme indiferente iba a

suponer todo un reto cuando mi cuerpo pedía lo contrario, mi corazón latía a mil por hora al verlo y mi alma resucitaba cual ave fénix.

Se paró en mitad del pasillo, sopesando en qué dormitorio entrar.

—A tu habitación.

Su determinación me dio la oportunidad de vengarme.

—¡Oh! Va a ser que no. —Sin soltar las maletas, enarcó una ceja, interrogante—. Es que me he acostumbrado a dormir sola.

Estiré los labios en una fina línea y me encogí de hombros.

Pablo soltó una sonora carcajada echando la cabeza hacia atrás. Su mirada se tornó pícaro.

—Pues siento decirte que yo no. —Me guiñó un ojo.

Bufé, frustrada. Si Noa hubiese estado allí, me habría dicho: «Te está puteando», y vaya si lo hacía.

Lo ayudé a colocar la ropa en cajones y en el armario para que no se le arrugase. A saber cuánto tiempo se quedaría. Además, contaba con una buena coartada: todo lo relacionado con las fotografías y la nota. ¿Por qué había tenido que encontrar todo eso?

El resto del día lo pasamos eludiendo el baúl. Si mi intuición no me fallaba y allí podía haber respuestas a nuestras incógnitas, aquel día no estábamos preparados para enfrentarnos a ellas. Todo nos había caído de nuevas, más a Pablo, que, alguna que otra vez, lo miraba con recelo.

Después de comer, salí un rato al jardín y me perdí entre los castaños, los carballos. Acaricié sus arrugadas cortezas y me refresqué en su sombra; de algún modo me estaba acercando a las historias de las que, impasibles, habían sido testigos. Los dejé atrás para traspasar la cancela y llegar a la mesa que había al otro lado. Me senté intentando poner en orden mis pensamientos. Entre nosotros, la caja de Pandora ya se había abierto, nos habíamos echado en cara todo; yo, al menos, ya no tenía nada en la recámara con lo que contraatacar. Pablo era otro asunto. Quizás él sí tenía más que decir. No le iba a preguntar cuando lo único que quería era besarlo una y otra vez. En ese momento me vino a la cabeza una canción:

Yo, que he sido tu peor error, / me quedo con la sensación / de no tener las cosas claras.

Lo último que quería era pagar caro el estar con él a solas, porque me

estaba recuperando. Por mí misma, esa vez, debía ser fuerte para no caer en aquel lugar oscuro que un día me engulló. Además, tenía un misterio entre manos que me podía ayudar, más de lo que yo creía, a mantenerme dentro de mis propias fronteras. Solamente debía proponérmelo.

—Estás aquí.

Pablo se situó delante de mí dándome la espalda, con las manos en los bolsillos, contemplando el paisaje que desde allí nos brindaba el acantilado.

—Hermosas vistas.

—Desde tu casa se ve el mar en toda su inmensidad, no puedes quejarte —manifesté.

—Lo tengo muy visto. —Movié la cabeza de lado a lado, como si grabase una panorámica de todo lo que se concentraba frente a él—. Aquí su olor se confunde con el de las rosas... Huyes de mí.

—¿Qué? —Fruncí el ceño por el cambio tan brusco de tema.

Pablo, con una calma felina, se sentó a mi lado y apoyó los codos en las rodillas.

—Huyes de mí —repitió—. Lo entiendo. Hoy me acerqué hasta aquí porque sabía que estabas sola; también para pedirte perdón por lo de ayer. No debí llamarte loca, menos cuando sé que no lo has pasado bien.

—A veces hay que escuchar a los locos...

—No estás loca, puede que el loco sea yo. —Se frotó la cara y se pasó las manos por el pelo, nervioso—. ¿Y si encontramos algo que no nos gusta? ¿O no encontramos nada? ¿Adónde nos llevaría todo eso?

Me acerqué a él. Le acaricié el pelo y mis nervios, mis miedos, mis dudas para con él parecieron calmarse. Mis dedos viajaron de los mechones de su pelo, tan suaves como los recordaba, a su nuca, donde pretendí imprimirle algo de alivio, pues en eso nos teníamos el uno al otro.

—Podremos darles respuestas a esas y a otras preguntas al abrir el baúl. Mientras tanto, todo a lo que llegaremos es a conjeturas, a más preguntas y cavilaciones sin sentido —le confesé lo que pensaba.

Apoyé la frente a la altura de su sien, como él había hecho horas atrás. En aquella cercanía me sentí valiente para enfrentarme a lo que fuese, siempre que él estuviese ahí, a mi lado.

—No huyas de mí, Tina.

—No huyo...

—Sí lo haces, pero bueno, di lo que quieras. —Giró la cabeza y aquella corriente eléctrica atravesó nuestras pieles.

Embriagada por su aroma, cautiva por esa burbuja que se había originado en cuestión de segundos, me dejé llevar, insensata, por los sentimientos que empezaba a emanar mi interior. Pablo se movió, no para apartarse, sino buscando un mayor contacto. Esa ausencia de rechazo fue directa a mi corazón.

—Ya sé quién es ese hombre. —Saltó de repente del banco—. Ven.

Me cogió de la mano y tiró de mí hasta la casa. Una vez en la biblioteca, señaló nervioso:

—Es mi abuelo —dijo, convencido—. ¿Tienes una lupa?

—Sí, puede que haya una.

Rebusqué por uno de los cajones del escritorio. No estaba segura de si todavía se conservaba. Abrí el cajón de abajo y allí estaba, junto al abrecartas. Se la tendí, contagiada por su entusiasmo.

—¿Quién es? —inquirí impaciente.

—Mi abuelo, mira.

—¡¿Lucas?! Es una broma.

—No, mira.

Hice lo que me pidió. Escéptica, observé a ese desconocido que, sí, era cierto, se daba un aire a Lucas, sin embargo, como me temía, no era él. Traté de no sonar brusca en mi deliberación:

—Vamos a ver, Pablo, o tu abuelo bebió el elixir de la eterna juventud o mucho me temo que te equivocas. Analiza la ropa: es de los años setenta, supongamos que del último tercio de esa década. Somos de ciencias y los números no se nos escapan. Nuestros abuelos nacieron en el mismo año, mil novecientos veinticinco; en la época en la que fue tomada la foto, tendrían unos cincuenta y algo. —Puse el dedo índice encima del hombre—. Esta persona, tirando por lo alto, tendría nuestra edad, y unos cuantos años menos, también.

A esas alturas resoplaba frustrado, con las fosas nasales dilatadas. Cruzó los brazos sobre su camiseta con actitud desafiante:

—Mañana debemos abrir ese maldito baúl.

—Está bien —acepté sin rechistar.

Sus palabras me confirmaron que, al igual que yo, no se encontraba preparado para enfrentarse a lo que podía estar por venir.

CAPÍTULO 20

Páginas color sepia

Me incorporé en la cama, sobresaltada, en cambio el corazón no martilleaba en mi pecho; respiraba muy tranquila y no recordaba el sueño que había tenido, pero ser, no era una pesadilla. Jamás me había sucedido algo parecido. Giré la cabeza hacia el otro lado de la cama. Lo último que quería era interrumpirle el sueño al Pablo. Nos habíamos acostado muy tarde, bromeando y jugando a hacer hipótesis sobre lo que nos depararía el interior del baúl. Cuando al fin nos metimos en la cama, era bien entrada la madrugada.

No estaba.

Puse la mano sobre la sábana, que había quedado arrugada por su peso; estaba tibia. No haría mucho que se había levantado, aun así, era curioso, porque todo parecía estar en silencio.

Me levanté con cierto grado de preocupación. Con el Valium, una vez que me quedaba traspuesta, no me enteraba de nada. Dormía muy profundamente. Bajé descalza hasta el último piso; allí no necesité aguzar el oído, pues el aroma a comida me guio, junto con mi estómago, hasta la cocina. La imagen que apareció delante de mí era muy sugerente y podía despertar el deseo de cualquier mujer al ver a un hombre en la cocina. Me apoyé en el marco de la puerta, mordiendo, compulsiva, la yema del dedo, mientras observaba cómo Pablo se movía como pez en el agua preparando lo que olía a un rico desayuno. Estaba de espaldas a mí, con el torso desnudo, y el pantalón del chándal, con el que había dormido, colgaba de una manera tan... ¿cómo

definirla? Sensual. Parecía que estaba sujeto por pinzas. Si desaparecieran sus caderas, se deslizaría por sus largas piernas.

Me arrebató el aire.

Un suspiro se escapó de entre mis labios sin mi permiso.

El anhelo cada día iba en aumento. Memorice cada movimiento de su cuerpo, lo grabé a fuego en la retina de mi memoria para evocarlo cuando nuestros caminos se separaran.

—Buenos días, Tina. —Pegué un pequeño brinco. Me sentí cazada infraganti—. ¿Tienes hambre?

—Mucha —contesté, relamiéndome los labios.

«¿Había dicho yo eso?». Me superaba a mí misma. Me daba miedo el cariz que estaba tomando todo aquello.

—Ven, siéntate que te sirvo el café.

Como en una nube, hice lo que me pidió. Me tenía, aunque no quisiera, extasiada.

La mesa, a la que antes no le había prestado ninguna tipo de atención, estaba dispuesta con una jarra de zumo, un plato de fruta y varias tostadas perfectamente hechas. ¡No faltaba nada! Había organizado todo.

—Estaba a punto de despertarte para desayunar juntos. —Se sentó frente a mí con una tortilla francesa que se iba a meter entre pecho y espalda—. Hoy tenemos un gran día por delante.

—Te veo más entusiasmado que ayer —apunté ante su buen humor.

—Sí. —Me sonrió a quemarropa; al tiempo, disfruté de los rasgos relajados de su anguloso rostro cubiertos por la barba, de cómo sus ojos se rasgaron y dos líneas de expresión le rodearon las comisuras de la boca. Ya no me acordaba de esos pequeños detalles—. Tengo ganas de abrir ese baúl, quiero saber ya qué hay dentro.

Atacó con ímpetu la tortilla.

—¿Dormiste bien? —Comencé a untar la mantequilla en mis tostadas.

—Sí, después de que te quedases dormida, no tardé mucho, si no fuera por...

—No ronco. —Le advertí con la mirada, señalándolo con el cuchillo.

—Lo sé. —Se rio entre dientes—. Aunque sí tiembles.

—No... eh...

—Tranquila, las otras semanas te ocurría antes, por eso pasaba las noches a tu lado.

—Lamento que no te deje dormir. Si quieres, puedes ir a la otra habitación.

—No, sé lo que tengo que hacer —dijo con una seguridad aplastante. Le dio un sorbo a su café antes de continuar con una revelación mayor—: abrazarte.

La verdad, no sabía qué decir, era la primera noticia que tenía al respecto y me moría de vergüenza. Quería volverme diminuta; desaparecer durante un buen rato. Lo peor no era eso, sino estar dividida: una parte de mí bailaba la conga por su declaración; la otra se daba de cabezazos contra la pared, porque no lo disfrutaba.

Iba a acabar muy loca.

—Eh, Tina, no es nada malo. Nadie sabe lo que hace durmiendo. Consuélate, no me quejo de que des patadas.

No tenía ganas de reírme, sin embargo, escucharlo a él me hizo gracia mientras que extendía la mermelada.

—El Valium me deja fuera de combate. Nunca tuve el sueño pesado, pero se ve que ya no me entero.

—Como bien has señalado, es cosa de las pastillas. —Cogió una tostada y la mordió—. En condiciones normales no me acuerdo de lo que sueño, salvo que sea con mi abuelo, creo que...

—Vienen a darnos un mensaje —dijimos al unísono.

Nos sostuvimos la mirada lo que pareció una eternidad. Jamás pensé que en ese detalle fuésemos a estar de acuerdo.

Ese hecho, para mí muy enternecedor debido a las personas que evocábamos, nos sumergió en una conversación sobre la interpretación de los sueños. Me confesó que fue Lucas quien lo animó a venir a Galicia. Así, entre confidencias oníricas, apuramos todo lo que pudimos el desayuno.

Limpié el baúl con un paño. El beige quedó más o menos reluciente, al igual que las chapas que lo rodeaban dándole esa apariencia resistente. No

habían perdido el color dorado, ni estaban oxidadas. Fueron, junto con los clavos, las que más agradecieron esa limpieza de cara. Nunca había sacado tanta porquería, y cuanto más le pasaba, más suciedad retiraba. ¡Aquello era interminable! Tampoco podía adecentarlo mucho: el polvo de todos esos años estaba tan incrustado que ya era imposible que recuperase su aspecto inicial. Desistí.

—¿Contenta con la limpieza? —Pablo frunció los labios, un poco molesto.

—Bueno, pudo haber quedado mejor.

—Venga, vamos a abrirlo.

Se frotó las manos, emocionado.

—¿Por qué te colocas ahí? —Me miró por encima del hombro.

—Los bichos —mentí.

Sí, debía admitirlo. Me coloqué detrás de él no porque tuviese un miedo o asco atroz a los bichos, sino para estar cerca. Su piel desnuda había ejercido sobre mí, durante todo ese tiempo, una especie de hechizo que me atraía. No podía escapar de ese extraño magnetismo. Quizás fuese demasiado débil.

—Reza para que no necesitemos la llave —señaló con acierto.

Tiró de la tapa hacia arriba y no se abrió. Inspeccionó un poco la cerradura y apretó dos botones que había a los lados. El engranaje se movió pesado, produciendo un ruido seco, como un disparo, que me asustó al abrirse la palanca que lo mantenía cerrado. A él se le tensaron los hombros; ya no había marcha atrás.

El baúl estaba por fin abierto.

Pablo soltó el aire lentamente por la boca antes de destaparlo. Mi reacción, para no llevarme un disgusto debido a su falta de contenido, fue apoyar la frente en su hombro con los ojos cerrados lo más fuerte que pude. Era la manera más burda que encontré para evitar la desilusión.

—¡Jo-der! ¿Qué es todo esto?

El tono sorprendido que empleó me alarmó en cierto modo. No entendía su impresión, pues mi cobardía no me permitió mirar. Poco a poco levanté la cabeza y me obligué a asomar los ojos.

—¡Madre mía!

—¿De verdad que no sabías lo que había aquí dentro? —me preguntó, desconfiando.

—Te lo aseguro, puedes creerme. Es más, no sabía de su existencia hasta ayer.

—Creo que tenemos un arduo trabajo por delante, porque como aquí esté la clave a nuestro misterioso hombre...

—Tenemos tiempo.

Salí de detrás de él, colocándome a su lado. El interior del baúl estaba impoluto, forrado con una bellísima tela azul, similar al color de mis ojos y los de mi abuela, morado con unas grandes rosas. Era como si otro mundo emergiera de sus profundidades, como si otra vida se despertara delante de nuestros ojos dispuesta a revelar todo aquella que tanto tiempo estuvo silenciado.

Dentro, muy bien ordenadas, se encontraban las antiguas pertenencias de la joven Magdalena Sáez-Ochoa Ruiz.

Lena.

Mi abuela.

El ansia dominó todos mis sentidos, cegándome a meter la mano entre sus cosas. Las manos me temblaban tanto que no sabía qué sacar. Pablo fue el punto de cordura. Me tomó por las muñecas y me habló con bastante seriedad:

—Tina, tranquila. Saquemos las cosas poco a poco, no lo desordenemos, porque si lo mezclamos todo, luego no nos servirá de nada. Mantengamos la compostura, los nervios no son buenos consejeros.

—Está bien, pero...

—Sé que es emocionante y que quieres descubrirlo todo ya, pero podemos hacerlo así —me advirtió con un movimiento final de cabeza.

Asentí. No hizo falta que dijese nada más. Teníamos que hacerlo a su modo; que en parte tenía razón: no podíamos arriesgarnos a desperdigarlo todo. Así que, aceptando su opinión, dejé que fuera él quien extrajese las cosas.

Lo primero que hizo fue quitar las tres pequeñas figuritas que representaban, cada una de ellas, un puente de París. No supe si Pablo los reconoció, yo sí: el primero que cogió fue el Puente de Alejandro III, le siguió el *Pont de l'Alma*, y, por último, *el Pont Neuf*. Un pinchazo se me clavó en las entrañas y subió hasta la garganta. El nerviosismo estaba dando

paso a la emoción, pues ver aquello me hizo ser consciente del cambio de vida que mi abuela tuvo que sufrir. Le siguió un pequeño bulto. Era una sábana de cuna, blanca con una bonita puntilla en rosa.

—Desenvuélvela —le pedí.

Pablo me obedeció y, con manos veloces, dejó a la vista una muñeca...

—¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío, oh, Dios mío! —exclamé, tapándome la boca al borde las lágrimas.

—¿Qué pasa? —Pablo alzó las cejas atónito.

Me levanté y, casi corriendo, me acerqué a la silla donde estaba mi muñeca de tela. Aunque sucia, se podía apreciar que las dos eran idénticas.

—Es igual que mi muñeca, ¿te fijas?

—Cierto. —Pablo las escrutó como buscando las siete diferencias. A simple vista no las había. Comenzó a girar la que sostenía—. Karol-Ann —pronunció en un perfecto francés.

—¿Qué?

—Mira, Karol-Ann, está bordado.

Giré la mía. También tenía algo bordado, sin embargo, no se veía. Cogí el bajo de la camiseta, la humedecí con saliva y froté sobre el hilo. Se embadurnó un poco, no obstante, pude leer lo que ponía:

—Clémentine.

—Cariño, tengo una sorpresa para ti —me dijo mi abuela escondiendo algo en la espalda.

—¿Qué es? ¿Qué es?

Pegaba saltitos de alegría.

Lentamente, haciéndome rabiñar, fue sacando una muñeca de trapo de color rosa que me encantó desde el primer momento que la vi.

—¡Qué bonita! ¿Es para mí?

—Claro, mi Tina. —Me sonrió.

—¿Tiene nombre? ¿Cómo se llama?

—Se llama Clémentine, ¿te gusta?

—Sí, pero diré Tine, así se parece al mío.

Abracé a la muñeca contra mi pecho.

—¿Quiénes son?

—No lo sé —reconocí con los ojos anegados en lágrimas.

—Ey, Tina, no llores...

—Me acabo de acordar de cuando mi abuela me la regaló.

Pablo me rodeó los hombros con un brazo y me besó el pelo, cariñoso.

—Si la muñeca pertenece a este baúl, lo más seguro es que conozcamos su procedencia.

A través de las lágrimas pude observar cómo iba sacando más cosas, entre ellas un álbum de fotos. Era pesado, con las tapas de un material parecido a la piel. El lomo de madera, pintado con motivos florales, estaba despegado. Continuó con un viejo joyero, cuadros, retratos a carboncillo y otros con flores disecadas; libros; un antiguo disco de vinilo, cuyo cartón estaba más deteriorado por el uso y que no pude ver de qué era; más recordatorios entre un sinfín de detalles, como dos piezas de ropa de bebé que Pablo observó con las cejas enarcadas. Me limpié las lágrimas con dedos. Me fijé, así, en el libro que sostenía Pablo entre sus manos. Era de tamaño medio, con pastas de cartón muy gastado en los bordes, sin embargo mantenía intacto el color rosa pastel que las bañaba, y entre ellas se apreciaban las páginas color sepia que lo componían. De repente, comenzaron a palpitar al compás de mi corazón, puesto que en ellas latían ávidos los recuerdos de la infancia y juventud de mi abuela, que se iban exhibiendo delante de nosotros, enseñándonos una vida entera que, hasta ese momento, me era desconocida, pues nunca me interesé por aquellas vivencias que la habían marcado.

Ese interés llegaba muy tarde para las dos.

CAPÍTULO 21

El comienzo de una vida y un para siempre

—*Journal intime*^[23] —leyó en francés. Luego se volvió hacia mí serio—.

No dejo de ver referencias a Francia.

—Ya...

—¿Lena era francesa?

—No, nació en Madrid, pero hasta los diecinueve años vivió en Francia.

—Entonces... —Frunció el ceño mientras bajaba la vista pensando algo—.

Tú...

—Sé hablar francés perfectamente, como mi padre y mi tío —le aclaré.

—Nunca me lo contaste —me recriminó.

—Lo sé —reconocí, avergonzada—. No me dio tiempo.

Agitó la cabeza, confundido.

—Pues explícame qué pasa aquí, porque no lo entiendo.

—Lo poco que sé me lo contó mi padre, nunca le pregunté a ella. —Respiré para relatarle todo lo que sabía—. Sus padres la tuvieron muy tarde. Los dos procedían de familias adineradas, tenían una vida social bastante ajetreada y su nacimiento no les permitía mantener ese ritmo.

—Había niñeras —señaló, sentándose como un indio.

—Sí, pero pensaron que era mejor llevarla a París y dejarla al cuidado de sus tíos, Filomena y... No me acuerdo del nombre de su tío. Era matar dos pájaros de un tiro: sus tíos no podían tener hijos, así que, con el fin de ser

libres, les dieron a la niña a cambio de que la cuidasen. Permaneció allí hasta los diecinueve años y regresó a España para casarse con mi abuelo. No sé si sus tíos estuvieron presentes en esa boda; creo que vinieron a la de mis padres y que mis abuelos viajaron varias veces a Francia. De hecho, recuerdo que siempre decía que su afición por la lectura se la había inculcado su tío. Los quería como a sus padres. Todo eso es lo poco que sé de su historia.

—¡Guau! Quién lo diría de Lena. —Ladeó un poco la cabeza, meditabundo—. Ya sabemos dónde se forjó ese carácter tan suyo.

Pablo aprovechó ese momento de silencio para abrir el diario. Sus hojas estaban pegadas, a causa de la humedad o por algún otro motivo que se me escapaba, en las puntas. Pasó con cuidado dos y leyó la siguiente:

Si oso escribir, ninguna de estas páginas las fecharé. No quiero controlar los días que me distan de los míos. Su recuerdo, todavía fresco en mi mente, me hiere en lo más profundo del alma. La lejanía me desazona. Ahora comprendo a los combatientes de la guerra. Los sentimientos se encrudecen cuando te arrancan del lado de los tuyos.

Sería muy egoísta por mi parte no decir que las personas con las que convivo han acogido a esta extranjera como a un miembro más de la familia. Son muy gentiles, mas la añoranza me lacera cada vez que abro los ojos en la mañana y lloro por ellos. Los que me han obligado a dejar atrás.

No puedo aseverar que vaya a rellenar este journal, que papa^[24] me regaló con tanto cariño. No sé si voy a emplear mi tiempo en narrar aquello que no sé si escribiré; aquello que todavía no aconteció. No sé si algún día podré poner letra a aquello por lo que mi corazón clama.

—Tu abuela debe de estar revolviéndose en la tumba si me ve husmeando entre sus cosas y con su diario personal entre la manos. —Sonrió de forma ladeada.

No me pasó desapercibido que lo decía muy en serio.

—Eso da igual. ¿Escribió más?

—Déjame ver. —Agarró el total de las hojas y las fue pasando, rápido a medida que se deslizaban de la yema de su pulgar—. Diría que escribió, a ojo, un poco más de la mitad, después no hay nada.

—Está claro que sucedió algo. —Bajé la mirada hacia las dos muñecas que sostenía entre las manos, como si ellas tuviesen alguna respuesta.

—Segundo día...

—No sigas leyendo —le ordené.

—¿Por?

Su mirada sesgada era reprobatoria. No me importó; ya había tenido suficientes emociones.

—Siento que me estoy entrometiendo en algo que no me incumbe, que invado una intimidad que no me pertenece.

—¿Entonces no vamos a continuar? —protestó con firmeza—. Encima de esa mesa hay una fotografía de un hombre que se parece a mi abuelo y a mí. Tú misma me convenciste de que aquí había algo que nos arrojaría luz, ¿y ahora te echas atrás?

—Quizás haya alguien que nos pueda contar sin...

—Sin leer este diario, ¿no? —Se envaró por el enfado—. ¿Quién? ¿Rosario y Alfonso, que no están? Tina, no sabemos cuándo vendrán, y no pienso molestarlos en sus circunstancias para que me hablen del pasado. Lo más probable es que no sepan nada. —Se encogió de hombros estirando los labios con expresión dubitativa—. A lo mejor ni se acuerdan.

—Lo leeremos juntos, pero ahora me voy a duchar.

—¿Me lo prometes?

Su pregunta me frenó en mi intento por levantarme. No tenía muy claro a qué se refería, aunque respondí igual:

—Sí, claro.

Después de una ducha en la que me demoré más de lo normal, analicé mi situación con respecto a mi abuela. Adentrarme en la vida de una desconocida, como estaba resultando ser, me había provocado cierto desasosiego. Nunca me preocupé por saber más de ella, de sus experiencias en Francia, de lo que tuvo que dejar atrás, lo que le supuso regresar a España y abandonar a toda esa gente que consideraba familia. Probablemente Pablo

tuviese razón y, con todo lo vivido, forjara ese carácter, a veces tan frío, otras tan impulsivo a la vez que explosivo.

La mujer que me había criado, a la que llegué a considerar mi madre, se aparecía ante mí como una joven desconocida que nadie me había presentado. Ni ella misma en su vejez lo hizo.

Me vestí. Unos vaqueros pitillo negros y una sencilla camiseta blanca floja, con mis Victoria negras, fueron mi atuendo para lo que restó de día. Bajé, dispuesta a lavar las muñecas. Solo quería sacarles la suciedad para que volviesen a recuperar ese aspecto infantil que evocaban. Si lo logré, no lo sabía, pero al menos ya no parecían abandonadas. Las puse en el alféizar de la ventana de la cocina a secar.

Pablo, en todo ese tiempo, se había mantenido mudo. Su sigilo, en parte, era sospechoso. Fui hasta la biblioteca; allí estaba enfrascado, inclinado sobre la mesa.

—¿Qué haces? —Me acerqué con curiosidad.

—Organizando nuestra sala de operaciones.

—Sala de operaciones —repetí, aguantando la risa.

En la mesa estaba todo estructurado en forma de esquema, unidos cada objeto, cada cosa por una flecha dibujada sobre un folio.

—¿Conoces las pizarras de las comisarías de las películas?

—Sí.

—Aquí, la mesa será nuestra pizarra. —Señaló la cabecera—. La primera foto, la del desconocido; debajo una de tu abuela. A esa la acompañan tres interrogantes: Karol-Ann, Clémentine y el diario, porque no sabemos qué contiene en su totalidad. —Se cruzó de brazos, contemplando su obra estirado con orgullo—. Este organigrama puede cambiar a medida que conozcamos más detalles.

Asentí. Era un buen trabajo el que había hecho, aun a sabiendas de que no teníamos toda la información. La ausencia de esta podía llevarnos a callejones sin salida, o una cantidad ingente de datos podía superarnos y conducirnos por nuevos caminos angostos de ese pasado en el que comenzábamos a adentrarnos.

—Leamos una hoja más antes de comer —dije, impulsiva.

—¡Uf! —Respiró tranquilo y dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo

— Estaba deseando escuchártelo decir, no veía este momento.

Se sentó en la silla que tenía delante y, con un cuidado casi reverencial, lo abrió como si se tratase del mapa del tesoro. Hice lo mismo, tomé asiento a su lado y dejé que su voz me transportara a esa vida oculta que empezaba a despuntar al final del largo túnel en el que me había metido:

Todo el día me he acordado de mis hermanas, de mis más mejores amigas, de mis cómplices de vida: Karol-Ann y Clémentine.

¡Las añoro!

Sus charlas, sus risas, sus consejos...

Hay ocasiones en las que cierro los ojos para volver junto a ellas y atender sus reclamos. Hoy no pude. No las escuché. Lo he intentado todo el día, mas... ¿No las habrán abocado a un matrimonio concertado como el mío?

No me agradaría que tuviesen una vida tan llena de incertidumbre.

El horror se está apoderando de mí; en mi corazón está instalado y se clava muy hondo debido a esta maldita distancia, porque tengo miedo de perder la luz de la memoria. Si ella se extingue, se llevará todos los buenos momentos de risas nerviosas, de miradas furtivas a los muchachos del barrio, cotilleos y sueños. Hoy sueños rotos.

Esta desazón no mermará tan pronto.

No comenzaré esta nueva vida con un «para siempre» oscilando en mi lengua, pues sería matar en vida a los que me quieren y no cumplir la promesa que les hice antes de montar en aquel maldito coche.

—Son sus amigas —comentó sin separar la vista de lo que había leído.

—Por eso las muñecas tienen bordados sus nombres. Debe de haber una tercera con Lena o Magdalena bordado. Serían iguales.

El movimiento rápido de sus ojos me indicó que estaba releendo.

—No soy psicólogo, pero Lena no lo pasó nada bien.

—Eso parece. —Tragué varias veces para aflojar el nudo que volvía a constreñir mi garganta—. No tuvo que ser nada fácil esa separación ni su adaptación a este sitio.

—Si a nosotros ya nos cuesta, imagínate en aquella época venir a vivir con personas que no conoces, a un país que, por mucho que sepas hablar español,

no es el tuyo, para casarte con un auténtico desconocido.

—No debería sorprendernos: hoy en día en determinadas élites sigue ocurriendo. En aquella época se daba todavía con más frecuencia. La situación de la mujer no era nada fácil.

Cerró el diario y lo puso encima de la mesa.

Por mi parte, clavé la mirada en el borde de las hojas. Me dejé arrastrar por el sentimentalismo que mi abuela plasmaba en cada palabra, en cada frase. Su temor, sus penas, los estaba haciendo míos cuando no lo eran, ya que procedían de otra época, de otro tiempo y solo le pertenecían a ella. Aun así, esa Lena también me pertenecía.

—¿A qué edad dijiste que vino tu abuela?

—A los diecinueve.

—Entonces tuvo que nacer...

—Nació en 1930; mi abuelo era cinco años mayor —le especificué con todo detalle.

—¡La hostia! —exclamó de repente Pablo. Su rostro, antes tranquilo, se tornó en la fascinación más puro.

—¿Qué?

No entendía qué estaba sucediendo ni qué se le estaba pasando por la cabeza.

—Nuestros abuelos serían expertos de la Guerra Civil, pero Lena no se quedaba atrás. Tu abuela vivió la invasión nazi y todo lo que vino después de terminar la guerra —explicó sin resuello—. Tu abuela era un libro de historia de Francia.

CAPÍTULO 22

Tormenta eléctrica

—**M**ira, abuelita, mira qué bonito. —La niña señaló con su dedo regordete el elegante traje de la protagonista de la película.

—Es divino, me encanta. —Sonrió.

—Cuando sea mayor, quiero uno así.

—Está pasado de moda, Tina. Seguro que habrá vestidos mucho más bonitos...

—Yo quiero uno así.

—Me encargaré yo misma de que lo tengas —aseveró para calmar la insistencia de su nieta—. No comas más nueces, después pasarás mala noche —le advirtió.

—Tiene vestidos más bonitos que los de mis muñecas. —Se giró hacia su abuela con curiosidad infantil. Sus ojitos azules podrían derretir el corazón más gélido—. ¿En tu época vestías así?

—No, ella era una emperatriz.

—¡Hala! ¿Y cómo eran tus vestidos?

—Sencillos, muy bonitos, elegantes, aunque —caviló unos segundos si decirlo— había hombres que vestían de gris verdoso.

—¿Por qué?

—Era por su trabajo, cariño, era por su trabajo —respondió eso último intentando arrinconar aquella imagen que todavía la hacía estremecerse.

A mi abuela y a mí nos gustaba encerrarnos en su habitación y ver las películas de *Sissi, la Emperatriz*, cada vez que las reponían en la televisión, comiendo nueces, mientras el abuelo estaba con algún partido de fútbol en el salón, pero en el descanso siempre venía a hacernos una visita. Asomaba la cabeza por la puerta y preguntaba con su enorme sonrisa: «¿Todo bien por aquí?». Era uno de los muchos recuerdos que me habían dejado de mi infancia, la época más feliz de mi vida.

Recordar aquel simple detalle del gris verdoso traje consigo un elemento anacrónico a mi mente, una banda sonora que cualquiera reconocería al primer lamento del violín, que te encogía el corazón; lo seguía el gemido descarnado de sus cuerdas, que te calababan hondo y a más de uno le provocaban el llanto. Esa música no dejaba indiferente a nadie, porque evocaba la barbarie de una época que, por mucho que me costase asimilar, mi abuela rozó al vivir en el país vecino e invadido. «¿Por qué nunca me habré interesado por su vida?». Esa pregunta me rondaba la cabeza desde que Pablo hizo referencia a los nazis.

Fue citar ese nombre y un escalofrío me recorrió entera; me arrebujeé en la chaqueta, a pesar de la calidez del anochecer. De pie en el acantilado no corría una brisa; el cielo despejado, el mar tranquilo eran el prelude de la etapa estival que comenzaría en algunas semanas. Me tapé la boca con la mano derecha haciendo una composición de lo siguiente que mi abuela pudo haber escrito. Fue tal el nerviosismo que se instaló en mí que no podía pensar en otra cosa.

De pronto, el vello de la nuca se me erizó, me previno de la presencia de Pablo.

—¿Qué haces aquí tan sola? —inquirió, situándose a mi lado.

—Nada.

—Nada no es una respuesta.

Respiré hondo para coger fuerzas y que alguna de sus salidas de tono no me hiriese.

—Me estaba acordando de mi infancia. —Apreté más el cruce de brazos.

—Es normal que te vengan imágenes a la memoria, estamos revolviendo en la vida de tu abuela.

—Lo extraño es que lo hago con la música de *La lista de Schindler*.

—Tu abuela no vivió el Holocausto, vivió en la época del Holocausto, aunque, por otro lado, es normal. Si bien lo miras, es la película más popular sobre nazis.

Otro escalofrío. Tenía ganas de saber más cosas sobre cómo Francia había vivido la invasión del ejército alemán, aprovechando que él parecía conocer bastante bien esa parte de la historia. Pero no me atrevía. No estaba preparada para enterarme de las atrocidades que emprendieron en la sociedad y que se perpetuaron en la cantidad de libros que se llevaban publicando desde entonces sobre la Segunda Guerra Mundial.

Pablo dio un paso, hasta quedar delante de mí. Su apostura era regia, con las manos metidas en los bolsillos. La figura de su cuerpo, recortada contra el paisaje, se exhibía indestructible.

—Creo que la familia de tu abuela se salvó de la crueldad del ejército, pero eso no quita que haya sido testigo de cómo otros la sufrían en sus propias carnes.

Una idea un tanto absurda cobró fuerza, porque en el fondo no era tan descabellada.

—¿Cuánto tiempo duró la ocupación nazi?

—Cuatro años, desde 1940 a 1944.

Mi mente se abrió al igual que lo hace el telón del teatro o la ópera al comienzo de cada acto, teniendo en cuenta que mi abuela tendría unos trece o catorce años en la última etapa de la invasión.

—¿Podría ser que...? —No fui capaz de terminar la frase.

Pablo giró sobre sus pies mirándome fijamente. Su rostro relajado mostraba una tranquilidad que alteró mi interior; tanto fue así, que tuve que separar los ojos de los suyos. Me leyó la mente de algún modo que se me escapaba, o era la conexión que se había establecido entre nosotros a saber desde cuándo.

—¿Piensas que a Lena le pudo gustar un nazi? —formuló él la pregunta que yo no fui capaz.

—Entre los trece y los catorce años, ¿quién no tuvo un amor platónico? — Me encogí de hombros, perforando con la vista la tierra que había bajo mis pies.

—Quizá no tuvo nada con ningún soldado, lo más probable. A esa edad la pudo deslumbrar un uniforme limpio, unas botas relucientes, el buen porte de

muchos soldados, muy jóvenes algunos, más de lo que nosotros somos ahora. —Las puntas de unos tenis se situaron en mi campo de visión. Había acertado la distancia que nos separaba; estaba tan cerca que podía oler su perfume—. El amor siempre está donde menos te lo esperas.

Hizo una pausa tan larga que no sabía a qué atenderme. Me levantó el mentón con su dedo índice. Percibía una tormenta eléctrica entre nuestros cuerpos.

—Nunca sabes cuándo volverás a encontrar el amor, ni en quién.

La profundidad de su voz me envolvió; la intensidad de su mirada me trasladó a otro tiempo. Me vi embargada por mil sentimientos y por aquellos que estaba haciendo míos. Debía controlar las ganas de lanzarme a sus brazos. Para no cometer un error, salí corriendo.

Hola! Cómo estás? Yo recuperando cosas de la juventud de mi abuela.

Pedorra, yo aquí repantingada en el sofá después de comer dos tabletas de chocolate suizo. Oye, está de moda el vintage, aprovecha.

Seguro que algo haré.
Un día tengo que llamarte,
me canso de teclear.

Esta semana no, tengo que ir a Francia. Un cotilleo: oí que el Huría está en Galicia!!!

Lo sé...

Le pegaste un hostia de mi parte?
No, mejor... Mierda, necesito la peineta

Después de semejante comentario, me guardé la información para otro

momento.

No hagas nada, no quiero perder mi trabajo
cuando ni tu padre ni yo sabemos qué
decisión vas a tomar.

Pronto lo sabréis

Eso espero.

Me voy a hacer una infusión.
Hablamos a la vuelta.

Ok, Valen. Chao.

Bajé a la cocina dispuesta a prepararme una de esas infusiones que Pablo me había regalado.

Pablo.

Puse el agua a calentar mientras recapitulaba: había escapado de él, era un hecho, porque la cobardía, una vez más, me impidió enfrentarme a la realidad. Aquellas palabras que dijo no sabía si iban por mí o no; tampoco si lo que sentía por él era recíproco. En todo caso, quería evitar la humillación, prefería mantenerme distante antes de cometer una estupidez mayor. Después de mi huida no me volví a tropezar con él. No sé cómo lo conseguí; no sé cómo lo conseguimos.

Vertí el agua en la taza y me fui a la biblioteca. Me senté a la mesa. En una esquina, él había colocado todos los objetos que habíamos encontrado sueltos en el baúl. Los fui cogiendo y contemplándolos de cerca: una de las plantas disecadas era lavanda; uno de los dibujos a carboncillo era de la Torre Eiffel. Cada uno de ellos tenía un trocito del corazón de la joven Lena; algunos los compraría antes de su viaje; otros, lo más seguro, adornarían su habitación. Apoyé la barbilla en una mano mientras pegaba un sorbo a la deliciosa infusión, calentita y suave al paladar.

—Te hacía durmiendo —habló Pablo detrás de mí.

—No podía dormir y me preparé una infusión a ver si me ayuda. —Miré por encima del hombro sin lograr verlo.

Tomó asiento a mi lado. Él también tenía la ropa de dormir puesta; no me había enterado de cuándo se había cambiado.

—¿Qué haces? —Oteó todo lo que tenía delante, pero, como un sabueso rastreó algo en el aire—. ¿A qué huele?

—Es la infusión que me regalaste, está muy buena.

—Si sabe como huele, desde luego.

Sin más dilación cogió la taza y, sin pedir permiso, la probó. Abrí la boca todo lo que me dio; no contaba con esa reacción tan impetuosa.

—No soy mucho de infusiones, en cambio esta está muy buena. —Observó el líquido con curiosidad y volvió sus ojos hacia mí—. Si te hace efecto, dímelo y encargo más.

Asentí cual robot. ¿Cómo debía actuar ante lo que había hecho? Con normalidad no podía, a no ser que pensase que no me tenía asco.

—No me respondiste.

—¿Qué?

—No me respondiste a: ¿qué haces? —repitió.

—¡Ah! Estaba mirando todo a lo que no le prestamos atención —expliqué, siguiendo con lo que estaba antes de llegar él.

—Lavanda, interesante. Tuvo que ir a la Provenza o la Costa Azul, todos esos pueblecitos son muy conocidos por sus estampas de color violeta.

—Era lo que te iba a preguntar...

—Seguro que más de una vez has visto en la tele o en internet una foto similar a esta, verás.

Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y comenzó a clicar en algunas aplicaciones, hasta que dio con lo que buscaba. Me enseñó una foto en la que en primer plano había una gran extensión de terreno color lila.

—Sí, sí, los he visto. ¿Ella iría? —Volví mi atención a la flor disecada.

—Probablemente. Me aventuraré a decir que antes de la ocupación. Claro está, es mi opinión; lo tendría que contar ella.

Eso ya era imposible.

Continuamos en silencio con todo lo desperdigado en la mesa, sin dañar el croquis que él, con tan buen acierto, había elaborado. La infusión ya se había enfriado en el interior de la taza. Al separarla para dejar espacio al resto de las cosas, Pablo puso su velluda barbilla en mi hombro. Un calambre me

recorrió la columna vertebral hasta envararme. Poco a poco, reuniendo toda mi fuerza de voluntad, giré el rostro, al mismo tiempo que él lo hacía; de esa manera, la punta de su nariz me rozó la mejilla. Ese liviano roce me erizó el vello; los nervios me atenazaron el estómago; una extraña presión se instaló en mi bajo vientre, pues en milésimas de segundo el ambiente que nos rodeaba se caldeó.

No me pude resistir y ladeé la cabeza para aumentar el contacto entre los dos. Me daba igual todo en ese instante. Desde que había aparecido el diario, había necesitado una mínima prueba de cariño, necesitaba sentirme querida, conque me dejé, aunque después me arrepintiera una semana entera. Sentirlo tan cerca, notar el aire que soltaba por la nariz, iba aumentando el deseo que crecía en mí.

Pablo se cambió de posición obligándome a mí a hacerlo también, por lo que quedamos cara a cara. Muy cerca. Un rayo de emoción destelló en el marrón de su mirada y, como movido por un impulso, me cogió el rostro entre sus manos, muy cálidas en comparación con la frialdad de mi piel, debido al nerviosismo. Nos sostuvimos la mirada. Durante ese rato, serían minutos tal vez, volver a verme reflejada en ellos derribó las últimas defensas que me quedaban en pie para desnudar los diminutos retazos que tenía de mi alma.

—Odio ver el miedo y la inseguridad en tu mirada. —Se echó hacia delante y pegó la punta de su nariz en la mía—. Espero que algún día me puedas mirar sin ningún rastro de dolor.

Su aliento me turbó, por lo que me agarré a sus muñecas ante un posible desmayo.

—Ya lo hago.

—No —insistió. Tomó aire por la boca; percibí que me arrebatava un poco de mi ser—. ¿Qué te hizo, Tina?

Nada más pronunciar esa pregunta, me sostuvo con más fuerza y pegó sus labios a los míos. Solté un suspiro al sentir, pese a la barba, que seguían igual de suaves, tiernos, que llevaban impresos el signo de la pasión que estaban dispuestos a desprender, con una diferencia: aquel beso, aunque casto a vista de todos, ya no era como el primero que nos dimos aquel verano, tímido, pero tenía la fuerza suficiente para transformarse en uno más excitante. Abrió un

poco la boca y atrapó mi labio inferior. Víctima de mis propios nervios, lo aparté.

—Mi vida después de ti se complicó —dije sin ton ni son.

Su mirada se encendió más de lo que estaba. Si aquellos ojos eran similares al chocolate, se había fundido, y con él, yo.

—Mi vida después de ti se complicó, porque no encontré ninguna mujer que me diera lo que tú me diste aquel año.

Si pretendía bloquearme, lo consiguió con creces. Incluso le solté las muñecas. Jamás intuí semejante declaración por parte de él, después de todo lo sucedido en su casa. A veces me imaginaba que él podía sentir lo mismo que yo, aunque nunca con esa magnitud.

Valiéndose de que, con la impresión, mi mandíbula se desplomó al suelo, atacó con fiereza contenida. Su lengua, maestra de la mía en el arte de besar, la tentó con una suavidad tal que mi corazón saltó varios latidos antes de encabritarse en mi pecho. Cerré fuerte los ojos y lo empujé para alejarlo, otra vez. No podía besarlo sin entender ciertas actitudes hacia mí.

—Aquel día en la playa no me besaste —le recordé amargamente, saboreándolo todavía, con la respiración agitada.

—Lo sé, y no lo hice porque en aquel momento sería un sinsentido para los dos.

Tomé una bocanada de aire antes de poner voz a ese miedo que me estaba frenando:

—No te aproveches de mi estado, por favor —dije en susurro roto.

—Te equivocas. —Pegó su frente a la mía sin cerrar los ojos—. Llevo días deseando besarte.

Al fin, nuestras bocas se fundieron en un extraordinario beso.

CAPÍTULO 23

Preguntas y respuestas

Qué importa si todo acabó,
Si lo que llega es aún mejor,
No vivas del recuerdo, amor.
Nos queda mucho por vivir,
Hay tantas cosas que decir,
Y quieras o no quieras hoy.[25]

Pasamos toda la noche besándonos. En cada beso iba impregnada una emoción; era un recordatorio de lo que no pudo ser; recuperábamos el tiempo perdido, esos trece años que se nos escurrieron entre los dedos debido, todo apuntaba a que así había sido, a una mentira de una persona a la que no le importaba lo más mínimo el dolor ajeno cuando el suyo tuvo que haber sido indecible.

En aquellos instantes compartidos con Pablo, me olvidé de todo: dejé a un lado el diario. Todo. Solo me centré en él: en sus labios sedosos; en su lengua incitadora, que me empujó a entrar en su juego de seducción. Me dejé guiar hasta que la mía, despertando de su letargo, marcó su propio ritmo, uno lento en el cual se disfrutaba más aún. Besar se convertía, a su lado, en algo especial, además de normal, como debía ser, y no en ese aspecto extraño, inalcanzable. Había aceptado que no era buena, que no me los merecía, pues Iván era el mejor en todo, aunque tuviese que pisar cabezas. Ya en los últimos tiempos de nuestra relación, de las pocas veces que intentó besarme, me daba tanto asco que apartaba la cara, lo que supuso varios jarrones rotos,

libros tirados en el suelo...

Acostada sobre mi lado izquierdo, respiré hondo —él ya no formaba parte de mi vida, ni yo de la suya—. Quería arañar la tranquilidad que me brindaba Pablo. No sabía qué iba a pasar, tampoco me adelantaría a los acontecimientos, solo quería vivir. Estaba a mi lado, dormido o no, y me abrazaba con fuerza; me pegaba a su cuerpo de tal manera que notaba el bravo latido de su corazón en mi espalda, a la que atravesaba, y dictaba el compás que seguía el mío.

Me giré para contemplar con mis propios ojos que era verdad lo que estaba viviendo y no una quimera que terminase por destruir lo poco que me había recuperado. Unos brillantes ojos junto con una dulce sonrisa me dieron los buenos días. En ese instante pediría un único deseo: no despertar jamás.

—Hola.

—Hola. —Me besó en los labios con su barba cosquilleándome el contorno de la boca, luego me acarició la mejilla con la punta de su nariz—. ¿Has dormido bien?

—Sí.

Me puse sobre mi espalda mientras mis dedos se enredaban entre sus despeinados mechones. Diminutos detalles, como el tacto de su cabello, se habían desvanecido en el mar del olvido. No podía dejar de acariciarlo, porque pretendía que aquello no volviera a suceder.

—Hoy pronostico que va a ser un gran día. —Esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Y eso? —Dibujé con las yemas de los pulgares sus pómulos.

—Porque leeremos el diario, estaremos juntos y no dejaré de besarte.

—¿Y si el plan no me convence? —bromeé, pero él se lo tomó en serio, ya que la intensidad de sus ojos aumentó.

—Entonces incrementaré más de lo último para hacerte cambiar de opinión —habló sobre mis labios antes de atraparlos de nuevo.

El beso fue aleccionador. Tierno y pasional a la vez, si eso podía darse. En cada uno de ellos, en el movimiento decadente de su boca, mi corazón y mi alma se curaban un poco más. En la unión y el baile de nuestras lenguas deseaba lo que meses atrás creía que no volvería a suceder: entregarme a un hombre. Aunque con ciertos reparos, sobre todo, miedo, me resultaba fácil anhelarlo, pues despertaba esa parte de mí entumecida. Rompió el beso y su

mirada me acunó al igual que lo había hecho muchos años atrás. Ese reencuentro con el Pablo adolescente, aquel muchacho que se colaba por mi ventana, hizo saltar mi corazón.

—Venga, levantémonos. Quiero saber más. —Saltó de la cama.

Asentí. Su ausencia, una vez que se metió en el baño, me hizo ser un poco más consciente de la barrera que había entre nosotros, la que habíamos interpuesto en lo concerniente a nuestras vidas privadas. Teníamos que adentrarnos en esa parcela, si no, no iríamos por buen camino.

Yo no estaba dispuesta a tener más mentiras en mi vida.

Después de desayunar, ya en la biblioteca, nos sentamos a la mesa dispuestos a retomar la lectura. En mi mente, cada vez más, había tomado en firme la decisión de preguntarle algunos detalles de esos trece años; no obstante, debía esperar al momento adecuado.

—Empiezo:

Me gustaría perderme un instante en el tiempo y regresar a mi Francia, junto a los míos, hacia donde me empuja mi corazón.

A veces no me reconozco. No sé qué suelo piso, ni las huellas que impregnan mi camino. Miro a mi alrededor y no sé dónde dejé mi vida o cuál es mi lugar. Haciendo honor a la verdad, soy libre cuando me siento en esta silla, delante de estas páginas en blanco, y escribo estas pobres palabras que salen de mí. Es el modo de poner a funcionar la memoria, de guardar mi pasado, pues mi presente lo estoy forjando a contra natura; a ojos de los demás, solo soy una buena hija.

Me gustaría cruzar océanos, aunque ya atravesé los Pirineos. Surcar los cielos, cual ave, bajar la luna y regalársela a papa et maman[26], así tendríamos los últimos cinco minutos. Cada noche rezo por ellos, por los Janvier y los Chastain, sobre todo por el viejo Étienne, para que nos acompañe por muchos años más. Siempre están conmigo.

Ojalá tuviera un barco para llenarlo de cosas bonitas: de bellas imágenes; de perfumes exóticos; de todos los bellos objetos que nos

inventábamos papa y yo al jugar a corsarios y doncellas.

Es un sueño, pero en este país, los sueños son lo único que no te pueden arrebatarse mientras los guardes con celo.

En ese barco iría Álvaro. Es un buen muchacho, serio, de buena conversación; siempre interesado en lo que hago en mi día a día, me escucha diligente. Hoy me atreví a comentarle que me gustaría retomar mi hábito de lectura. Ese verde que baña sus ojos se iluminó bajo la cadenciosa luz del salón.

—Mañana tendrás una sorpresa. —Tomó mis manos entre las suyas.

El corazón me palpitó en el pecho por la ilusión.

¿Qué será? Esta noche, quizás, no duerma de la emoción.

Parezco una niña de pañal.

—Debemos apuntar esos dos apellidos, Janvier y Chastain —indicó Pablo.

Fui al escritorio. Del primer cajón saqué un montón de folios y un bolígrafo.

—Hecho. ¿Cómo se llamaba el viejo?

—Étienne —Leyó—. Puede que estén relacionados con Karol-Ann y Clémentine.

—Puede. Sigamos, a ver qué más hay.

Hoy era el gran día de la sorpresa y comenzó a mediodía.

Álvaro y su padre vinieron a comer a casa. No es frecuente que lo hagan; últimamente he estado comiendo en compañía de doña Herminia, la madre de Álvaro.

A ella y a su esposo, don Álvaro, les estoy muy agradecida por el trato que de ellos recibo. Son cariñosos y muy atentos conmigo en todo momento. Algo que se agradece al estar lejos de tu familia y mientras aquellos que se hacen llamar padres están en Madrid y ni se molestan en preguntar cómo estoy. Los odio, salvo por haber encontrado a estas personas. Es lo único bueno que han hecho, además de llevarme con mis tíos. Mis padres de verdad.

No quiero recordar a mis padres, los biológicos; estropearían el bonito día que he pasado.

Prosigo. Nos acompañaron en la comida, porque querían referirme que

don Álvaro le ha concedido a su hijo, mi futuro marido —no me acostumbro a esa palabra— unas semanas libres para que pase tiempo de calidad conmigo, mientras me hago a estas tierras, a su gente, a ellos.

A él.

No tengo que hacer un gran esfuerzo para recordar la primera vez que lo vi. Apostado en la puerta principal de esta casa, en medio de sus padres, jugaba con la punta del zapato, nervioso, con las piedras que conforman el camino. Cuando bajé del vehículo, mis ojos de inmediato fueron a él, pues su altura y su porte, fueron, y son, como un imán. Nunca había visto un rostro tan hermoso —resaltado por su frondosa cabellera oscura repeinada hacia la izquierda— de frente ancha; sus cejas bien pobladas, largas, resguardaban unos expresivos y bellos ojos verdes que brillaban como las esmeraldas; su nariz alargada, bien esculpida, más ancha en la punta, ensalzaba los pómulos altos, como la boca de finos labios. Su mandíbula, aunque cuadrada, terminaba en un mentón estrecho. Jamás vi un hombre así, exceptuando en el cine las pocas veces que fui.

Nervioso, tanto o más que yo, me dio un tímido beso en la mejilla, asombrando a los allí presentes. Al erguirse dos mechones traviosos se despeinaron cayendo sobre su frente.

Hoy, en la mesa, estaba igual de guapo con su traje gris hecho a medida. Tras el almuerzo, cambió el traje por un pantalón más holgado y un suéter marrón por encima de la camisa, sin corbata.

—¿Quieres ver la playa? —me inquirió rápido.

Lo achaco a los nervios. Sí, lo estaba, jugaba con las manos dentro de los bolsillos.

—¿De qué te ríes? —se percató.

—Estás nervioso, mueves las manos —señalé demasiado sincera, escuchando ese sonido gutural de maman en mi cabeza.

—Sí, es cierto, lo estoy. —Me miró de forma sesgada—. Eres muy observadora; me gusta.

Ahora la avergonzada era yo. No estaba acostumbrada a las zalamerías de los muchachos, menos de mi futuro marido.

Para llegar a la playa tuvimos que bajar unas escaleras muy empinadas. ¡Qué altura! Álvaro bajaba detrás de mí:

—*Por si te despeñas —me dijo.*

¡No sabe con quién está hablando! Papa et maman *tenían que vigilarme para que no me subiera a los árboles.*

Pudo comprobar que no tuve problema alguno. En el último peldaño, me descalcé e, inconsciente de mí, me quité las medias. Reparé muy tarde. Colgaban de mi mano y detrás, Álvaro, un poco más arriba, me miraba divertido, con una gran sonrisa... ¡Ay! ¡Qué sonrisa más bonita! Suspiro cada vez que, engatusadora, viene a mi mente. Me encanta verlo sonreír: su boca se estira y muestra su dentadura perfecta, muy rara de ver; además, justo en las comisuras se crean dos pequeños hoyuelos, y dos líneas de expresión se remarcan sin afearla.

Pegó un salto. En la arena se quitó zapatos y calcetines.

—*¿Te las guardo?*

—*No... yo...*

—*Las guardo en el bolsillo y, antes de subir, te las pones de nuevo. Nadie se enterará de esto. Te lo prometo.*

Lo miré fijamente ladeando un poco la cabeza. En su verdosa mirada bailaba la sinceridad.

—*Está bien.*

Luego, paseamos por la orilla del mar. Uno al lado del otro. Era la primera vez que me sentía a gusto con un hombre que no era papa. De pronto, Álvaro paró. Estaba más meditabundo.

—*Magdalena...*

—*Llámame Lena. —Prefería el diminutivo que habían inventado mis amigas. Mi nombre no me gustaba mucho.*

—*Lena —repitió cabizbajo—, Lena. —Subió sus ojos hacia mí—. Quiero conocerte, que me conozcas mejor, voy a ser tu...*

—*Marido —continué por él.*

Carraspeó.

—*Sí, tu marido. Soy... —Se acarició la nuca con la mano para tranquilizarse—. Soy tu prometido ahora que estás aquí y quiero saber qué te preocupa, cuáles son tus inquietudes, tus penas; quiero saber si estás bien, si esto te agrada...*

—*Ahora sí.*

—¿Cómo?

Me giré hacia el mar en cuanto una pequeña ola rompió a nuestros pies.

—Me estoy acostumbrando a estar aquí. No se parece a Francia; la echo menos, pero este sitio tiene su encanto. También tu madre me ayuda mucho.

—Le he pedido a mi padre este tiempo para estar juntos. No quiero ser un desconocido, quiero que confíes en mí.

Me están avisando para cenar.

He regresado y ¡ha esperado todo este tiempo para darme mi sorpresa!

Todo el día estuve dándole vueltas y vueltas, pensé que ya no se acordaría. Mas sí lo hacía, solo tenía que esperar que el servicio trabajase en la biblioteca, que utiliza como despecho personal.

Después de cenar me tapó los ojos con las manos, cálidas, fuerte y suaves, de falanges largas y finas. Me guio hasta allí, donde había mandado vaciar algunas baldas de una de las enormes estanterías, que casi llegaban al techo, para colocar aquellos ejemplares que viajaron conmigo.

—¿Ves todo esto? Pues es tuyo. Entiendo que estos primeros días te sientas extraña en esta habitación. Siempre serás bienvenida esté o no; tu presencia jamás me molestará. Lo último que quiero es que te sientas como una invitada. Nuestros padres nos han obligado a casarnos, pero de nosotros depende nuestra felicidad. Quizás nunca lleguemos a enamorarnos, pero al menos procuraré que seas feliz.

Lloré y lloro ante tan bellas palabras. Álvaro me abrazó. Todavía en mi ropa permanece el olor fresco de su colonia.

—¡Guau! —exclamó Pablo—. Esto es puro sentimiento.

Asentí, porque no había palabras que calificaran lo que sentía ante aquella demostración de mi abuelo.

—Creo que no me equivoco si digo que tus abuelos se enamoraron a primera vista.

—Mi abuelo alguna vez me lo dijo. Para él fue instantáneo.

—Un flechazo. —Me miró y, por un instante, sus ojos parecían perdidos en otro espacio del pasado—. El mismo que tuve contigo.

—¿Tienes novia? —pregunté a bocajarro.

Su mirada volvió a mí mientras negaba con la cabeza.

—No, estamos en un receso del que no hay vuelta atrás. Para mí ya es imposible, nunca debí enrolarme en esa relación. —Se echó hacia delante apoyando los antebrazos en la mesa sin soltar el diario—. ¿Y tú?

—Sabes que no.

—No, no lo sabía; me lo imaginaba.

—Ya lo sabes.

Estiró la mano para coger la mía.

—Espero que algún día me cuentes qué te condujo a esta situación límite. Quiero que me lo confíes cuando estés preparada. Pero, por favor, cuéntamelo.

CAPÍTULO 24

Unos bien y otros no tanto

«**A**lgun día», pensé.

Me besó la palma de la mano y retomó la lectura:

¡Estoy emocionada y agotada!

Comienzo por el principio.

Álvaro ha preparado una comida campestre para los dos. Fuimos a una zona del bosque alejada de la casa. Vi de cerca a diversos animales pastando en una enorme extensión de terreno cercada por los árboles, entre los que reconocí el castaño. Estaba tan extasiada que no tenía ojos para contemplar la majestuosidad que en estas tierras cobra la naturaleza. Grandes y, según me contó Álvaro, antiquísimos algunos, sus enormes copas no pierden un ápice de belleza o color, pues están reverdecidas como las de los árboles más jóvenes. Estas tierras son únicas, tienen algo mágico que te atrapa y te encandila, como sacadas de una historia o cuento: no sabes dónde te va a aparecer la bruja o cuándo te encontrarás con un hada buena. Además, la frescura de sus sombras te permite inspirar ese aire puro que de ellas se desprende, aunque percibas las notas lejanas del pueblo. Iba tan ensimismada, observando todo cual exploradora, que varias veces metí los zapatos en el fango. No me importó. Solo quería disfrutar. El canto de los pájaros nos acompañó en toda nuestra andadura hasta un riachuelo, como se refirió a él Álvaro. ¡Su murmullo es diferente a los franceses! ¿Cómo puede ser?

Estoy segura de que en esta tierra un pintor dejó caer sus acuarelas y

fluyeron de tal modo que, mientras el agua del río es de una transparencia asombrosa, desde allí, el mar cobra distintos tonos de azules —más claro en la costa, más intenso en el horizonte—, al tiempo que la hierba es de un verde que cambia según la luz del sol, creando un lugar tan hermoso que no hay palabras para describirlo, porque nunca he estado en sitio como aquel. Tanto me encantó que le pedí a Álvaro volver.

Almorzamos a la sombra de un abedul, que con sus largas ramas nos protegía, sobre una manta de cuadros que nos dio doña Herminia. ¡Y comí fresas silvestres de postre! recogidas por él. Se llaman... ¿Cómo dijo? Carei... Careixóns[27]. Luego, estirados entre la alta hierba, que hacía de mullido colchón natural, reposamos la succulenta y abundante comida que Chelo, la cocinera, nos había preparado. La comida aquí es muy contundente, muy rica, con un sabor muy intenso; siempre hay carne o pescado, o verduras. Lo que me llamó la atención es un pan con la miga amarilla, apelmazada, y la corteza muy dura. ¡Está muy bueno! Me gusta mucho. El pan se suele cocer en casa, en un horno de leña y el olor que desprende me tiene enamorada.

Durante el almuerzo, no dejamos de reír en tanto que me relataba las peripecias que en este mismo lugar cometían Lucas, su mejor amigo al que quiere como un hermano y que vendrá a conocerme antes de nuestro enlace; Alfonso, uno de los capataces de la finca, al que ya conozco, y él. Adentrarme más en su vida, que él no tenga reparos en no esconderme nada, me agrada, porque puedo decir que tengo el inmenso placer de estar al lado de un hombre simpático, amable, cariñoso y fiel a los suyos; atento, de buen corazón y tranquilo, de conversación fácil, dispuesto a tratar cualquier tema sin temor a nada. Bueno, sigue siendo guapo a mis ojos. Terminamos más pegados que de costumbre, pues su cabeza reposaba apacible en mi regazo.

Su cercanía cada vez me agrada más.

Puede que el futuro a su lado no sea tan desalentador.

[...]

Tengo una gran noticia. Bueno, dos:

La primera: le he ganado a una partida al ajedrez a Álvaro. Hoy hizo un

muy mal día, en comparación con el de ayer. Llovió todo el tiempo. Así que, en su biblioteca, aparte de charlar, me interrogó sobre París... ¡Cómo te extraño, mi bello París! Y terminamos jugando. Puse en práctica todo lo que papa me enseñó ¡y gané! Mi entusiasmo hizo reír a don Álvaro y a doña Herminia, aunque creo que Álvaro tiene mal perder. La segunda y más maravillosa vino de su voz:

El sonido de un móvil nos interrumpió. Fue un brusco regreso a la realidad, al presente, donde esa joven del diario se volvía etérea y desaparecía. Los tonos eran persistentes, taladraban los oídos. Pusieron a Pablo muy nervioso, de hecho, soltó el diario en la mesa con urgencia. Me fijé en cómo le temblaban las manos al intentar sacar, sentado, el móvil del bolsillo, lo que le resultó tan difícil que al final se levantó. Cuando miró la pantalla, de manera instantánea frunció el ceño.

—Es mi madre, voy a la otra habitación. —Señaló con el pulgar—. Hola, mamá. Espera. Sigue leyendo. —Movié los labios en silencio, girando el índice—. Dime.

Ahí estaba de nuevo la separación de nuestras vidas. Sí, me había respondido a la pregunta de la pareja sin inconveniente alguno, creí su respuesta, pero todavía no teníamos un grado tan alto de confianza como para que la otra parte, en ese caso yo, pudiese estar delante al hablar con su madre. Procurando no darle pábulo a mis inseguridades, con el propósito de no desconfiar, cogí el diario y leí:

—El otro día, a la noche, te vi sentada a tu escritorio y me pareció recordar que no has escrito ninguna carta a Francia desde tu llegada. Hazlo.

—¡Mamá, no hay nada! No sé qué hacía allí... —Escuché la voz de Pablo. La alarma de mi cerebro se activó, provocando que me levantase y fuese a la salita. Me escondí en el pasillo para que no me descubriera cotilleando.

—Tranquila. —Pausa—. Mamá, nunca os he mentado; esa relación está más que terminada, y sé de buena fuente que se ha visto con otras personas. Aunque no supiese eso, la di por concluida hace mucho tiempo. —Otra pausa—. Lo sé, no debí embarcarme en algo así. Entono el *mea culpa*. Fui un inconsciente y no os presté atención, tengo lo que merezco. Lo soluciono...

—Otra pausa—. Mamá, te agradecería que no le dijese nada a papá, lo soluciono yo, ¿de acuerdo? Venga, un beso.

Corrí a la biblioteca como si no hubiese un mañana, con el corazón en un puño, sin entender muy bien qué había sucedido. Por lo poco que pude oír, estaba relacionado con su ex, aun así, no pude evitar un pequeño pinchazo de celos, pues parecía que todavía estaba en su vida, de un modo u otro. La desconfianza, en pocos segundos, me agrió el buen humor. Me senté de nuevo en mi sitio a la espera de Pablo.

Una espera en vano.

No vino directamente a la biblioteca.

Sus pasos se alejaron.

Debía de necesitar unos minutos a solas antes de poder mirarme a la cara.

Esta vez era yo la que no podía esperar.

Salí en su busca. No estaba en la cocina; miré escaleras arriba, asegurándome de que tampoco había subido. Me acerqué al portón de la entrada y lo vi parado en el jardín, con las manos metidas en los bolsillos, los hombros un poco hundidos; parecía rendido. La verdad, no me había enterado muy bien de la conversación, no obstante, esa imagen me preocupó.

Movida por un impulso, sin hacer ruido, me acerqué a él y lo abracé por detrás, dándole pequeños besos en la espalda por encima de su camiseta negra. Me fijé entonces en su ropa: vestía de negro —los vaqueros eran del mismo color junto con los tenis—. Ese color se manifestó como un mal presagio. Apreté el agarre. Mis manos sobre sus abdominales fueron testigo no solo de la calidez que desprendía su cuerpo, sino de las horas de duro trabajo en el gimnasio.

—¿Va todo bien? —pregunté con la boca sobre su camiseta.

—Sí —suspiró—, va todo bien.

Puso sus manos sobre las mías, demostrando una unión que se había forjado la noche anterior, unas horas antes de esa llamada. Esa unión parecía esfumarse delante de mis ojos, lo que me hizo saborear de nuevo la pérdida de aquel verano.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Se giró hacia mí. Por mucho que disimulara, su sonrisa era triste y sus ojos,

sin él saberlo, delataban la procesión que le corroía por dentro.

—No te preocupes, Tina, todo va bien.

—Me puedes contar lo que quieras, te puedes apoyar en mí —insistí.

—Lo sé, y lo haré con algo extremadamente importante, de verdad que sí.

—Me dio un pequeño beso en los labios—. ¿Seguimos leyendo?

Estaba eludiendo contarme el contenido de la llamada.

—Vale.

—¿Qué escribió tu abuela?

—Nada, que mi abuelo la animó a escribirle a su familia en Francia.

—Interesante.

Volvimos a entrar.

La actitud que había tomado Pablo era de «aquí no ha pasado nada».

Hoy envié mis cartas a Francia.

Escribí varias hojas. En cada una de ellas volqué sentimientos enmascarados; no quiero que me noten triste. En cada palabra vertí una pizca de alegría, aunque en las esquinas se estrellaron las lágrimas que se derramaban de mis ojos. Asimismo, reiteré varias veces que estoy muy bien y que me tratan de igual manera. No quiero que papa y maman se preocupen. Solo pretendo aflojarles la congoja una vez que abran y lean esas páginas.

Acabé muy tarde de redactarlas, pero mereció mucho el dolor de mano con el que terminé. Ahora sé que tendrán un poquito de mí.

Dios quiera que lleguen pronto.

[...]

Desde que envié las cartas, la añoranza se ha apoderado de mí, sobre todo a las noches. Sola en mi habitación, después de rezar, reviso una a una las fotografías que me acompañaron en este viaje, y que continúan conmigo. ¡Las guardo como oro en paño! Me recuerdan quién soy, pues durante el día me comporto como se espera.

En cada una ellas recuerdo, con todo lujo de detalles, los colores de los vestidos de mis buenas amigas, el olor de la cocina de maman, los bizcochos de Audrey, los puros del viejo Étienne. Las risas de Étienne, Dominique y papa al llegar de la escuela. Las conversaciones cuando nos reuníamos delante de la mesa...

¡Qué ingrata es la vida!

No debí exclamar jurando... Pues, en cierto modo, es grata por darme a conocer a Álvaro. Muchacho bueno donde los haya y del que es muy fácil encariñarse. Su buen talante, su rapidez de sesera, ayudan a que no decaiga.

Pese a todo, no suple la falta de lo míos.

En la siguiente entrada, desconecté. Era más extensa y no decía nada nuevo, solo que no había dejado de llover. Aun así, me hizo gracia su exclamación:

¡¿Es que *aquí no para de llover nunca?*!

Disimuladamente, observé a Pablo, que leía abstraído en sí mismo. Se notaba que no prestaba atención a las palabras que mi abuela había escrito. Su mente estaba en otra parte que tenía acceso restringido para mí. Me había mentido queriendo; me apartó de su problema, si solo era uno.

La mentira reaparecía en mi vida.

«¿Por qué lo hizo?», me pregunté, sin separar los ojos de él.

Me abracé la cintura y regresé a otro momento de mi vida, lejano en el tiempo:

«Contad conmigo. Valentina no es problema, se cree todo lo que le digo sin rechistar, sino le tapo la boca. No he conocido mujer más ingenua que esta».

CAPÍTULO 25

Je t'aime encore^[28]

Necesito que me hagas un favor.
Mañana, si puedes, contrata un
cerrajero y cambia la cerradura
de mi casa.

Hola a ti también.
He comido con tu señora madre.
Me ha contado el follón en el que
estás. Vaya mano que tienes para las mujeres.
Eres un puto crack.

Vete con cachondeos a otro.

Uy uy uy! Te noto un poco...
estresado? Relájate, mañana te envío
las nuevas llaves de tu nidito. He
contratado hoy lo que me acabas de pedir.
Dame las gracias, cabronazo.

Gracias.

Qué tal por ahí?

Bien. Sin novedades en el frente.

No te metas en líos hasta dentro de
un mes.

Dentro de un mes?

Llego a Galicia para hacerte
compañía. Hasta entonces,
quietecito, que te conozco.

Venga, tío, me voy a dormir.

Sí, sí, a dormir...
Ahora se le llama «a dormir».
Pues nada, «duerme» muy bien.

Hablamos!

Venga, hasta luego.

Pablo dejó el móvil sobre el escritorio de la biblioteca, dispuesto a salir. Sin embargo, ver todos los objetos que habían encontrado de Lena y que desenterraban parte de su vida lo hizo detenerse un segundo. Esa mujer, a la que le encantaría preguntarle sobre Francia durante y después de la ocupación nazi, era el mismo demonio que mintió de la manera más vil para separarlo de la única mujer por la que su corazón latía.

Allí, bajo la claridad de la lámpara del pasillo, rodeado por los claroscuros que originaban los muebles, valoró lo sucedido aquel día, que no terminaba mucho mejor de lo que empezó. Había una gran probabilidad de tener que marcharse a Francia y solucionar todo con Anaïs. Cosa que no le agradaba por varios motivos, el de mayor peso: Tina. No quería dejarla sola allí cuando le había dado su palabra de que descubrirían la identidad del hombre misterioso juntos. Llevarla a Francia tampoco se lo planteaba, porque era ponerla contra las cuerdas con Anaïs, cuyas reacciones eran desmesuradas. No quería hacerle pasar a Tina un mal trago. La respetaba como mujer, como persona, como su otra mitad.

Ella no se merecía un escándalo público.

Debía protegerla.

Salió y apagó. Bajo la tenue luz de la luna, cuya posición le era desconocida, observó la oscuridad. La misma que una vez habitó, de la que creyó haber salido —se mintió— y de la que, después de trece años, estaba consiguiendo emerger, volvía, pues su vida, la anterior a esas semanas con Tina, seguía siendo caótica. A través del proyector de su mente vio los

errores cometidos, entre ellos, el trato que le confirió estando enferma, incapaz de defenderse. Todo por orgullo.

«El amor es dolor. Te desangrarás antes de que su herida cierre; la sentirás vívida, tan cerca, tan dentro, que el sufrimiento se convertirá en tu forma de vida. Solo el tiempo te calmará y las curará; hasta la traición más abominable desaparecerá si el odio no se apodera de ti. No lo permitas, Pablo. Perdonar es lo que diferencia al hombre del resto de las especies. No me mires así, no te hablo como abuelo, sino de hombre a hombre. De uno que amó a una mujer con todo lo que eso conllevaba a otro que ha comenzado su sendero». Recordó cómo, postrado en cama, muy enfermo, ya que Lucas quiso morir en casa, tuvo aliento suficiente para darle la última lección de vida.

Estaba perdido y, bañado por el mar azul de la mirada de Tina, se recuperó.

Caminó hacia las escaleras suspirando, así soltaba parte de la irritación que había acumulado a lo largo del día. Subió los peldaños de dos en dos; necesitaba estar cerca de la mujer que lo esperaba acostada. Ansiaba sentirla cerca porque, aun sin haber tenido sexo, se estaba convirtiendo en su antídoto. Cuando llegó a la habitación, ella se encontraba en la misma posición. No se había movido. Se tumbó con cuidado de no molestarla. No hubo manera: al notarlo, se dio media vuelta y lo abrazó. Ese simple gesto lo guardó en lo más profundo de su ser, puesto que era símbolo de que ella lo necesitaba. Él le respondió. Le acarició la espalda pausado, con dedos livianos. La cercanía de su estrecho cuerpo contra el suyo, su respiración sosegada, su cabeza apoyada en la zona de su corazón lo ablandaron tanto que, con la garganta agarrotada, confesó todo lo que sentía en la quietud de la noche, donde solo los grillos fueron sus testigos.

—Día tras día me volvía loco de dolor. Durante la carrera no fui capaz de volver a España; la primera vez que lo hice fue casi para enterrar a mi abuelo, y no sabes lo cerca que te sentía. Creía verte en cualquier sitio, esquina, te confundía con toda chica que pasaba por mi lado. A partir de ahí, busqué compañía femenina; no prostitutas —matizó—. Cualquier mujer me valía para demostrarme a mí mismo que te había olvidado. No, que te había superado. Así, conocí a mi ex. A ninguna de ellas les prometí nada. Nunca hubo un «para siempre». Lo que no supe hasta reencontrarte es que todos esos años te estuve esperando, y no sé si quiero perderte otra vez. Creo que

no estoy dispuesto a alejarme de ti. Sé que no saborearé otra vez la sal de las lágrimas. Quiero permanecer a tu lado a pesar de todos los errores que, de ahora en adelante, voy a cometer. Un día rocé la locura, ya no. *Et je t'aime encore.*

CAPÍTULO 26

El origen de la rosa y un beso

—Tina, ¿qué te parece si nos saltamos estas dos hojas? —preguntó Pablo por la cancela del jardín.

Habíamos decidido salir un poco de la biblioteca, aprovechando el espléndido día después de limpiar y poner orden en la casa. Me había percatado del cambio que se había producido en Pablo. Nos rozábamos, estábamos pegados casi todo el tiempo, sin embargo, había algo que no percibí igual: en sus besos no ponía tantas ganas y ansias como aquel día que rompimos todas las barreras. Paciente, esperaba a que él me lo contase. Lo que no sabía era que mi paciencia estaba llegando a su límite.

—No sé, a lo mejor no deberíamos saltarnos nada —mostré mi reticencia.

—¡Qué va! No cuenta nada nuevo, que escribe cartas y poco más. —Se sentó frente a mí y colocó el móvil a su lado. Me ofreció el diario—. Si no me crees, lee.

—Te creo.

Cruzamos una mirada sincera. La de él estaba apagada, aunque se notaba que hacía un gran esfuerzo por parecer normal y despreocupado.

—Esta es más larga, puede que aquí cuente algo interesante. ¿Lista?

—Cuando quieras.

Hace dos días que no escribo nada, porque llenaría estas hojas de repeticiones sin sentido. No quiero malgastarlas. Papa me lo regaló con un fin y debo respetarlo.

Mi narración de hoy debo iniciarla por una nueva rutina que doña

Herminia me pidió: acompañarla a misa.

Así lo hice, aunque, a mi parecer, a Álvaro no le gustó.

Fuimos a la iglesia de Santa María. Una capilla de pequeño tamaño que entraría sin ningún problema dentro de Notre-Dame. Su exterior, muy austero —de gruesos muros, rotos solo por unos ventanucos y por unos pequeños y robustos pilares—, tiene, en su fachada principal, un diminuto rosetón, bajo el cual hay una pequeña imagen tallada de la virgen con el niño en brazos. Coronándolos hay una concha. Traspasas la puerta y la austeridad se convierte en belleza. Una única nave alberga a la congregación, pero la luz es arrolladora en el altar, desde donde se ilumina el resto del espacio. Captando toda la luz, una urna de cristal que preserva la imagen del cuerpo yacente de Cristo. Del altar mayor, cabe destacar Cristo crucificado, Juan Bautista, como la figura de La Dolorosa, al lado del confesionario. Completan la decoración dos pequeños altares a ambos lados, los que le dan forma de cruz, y los techos de madera, de los que pende una lámpara.

Desde que entré lo observé todo, inquiriéndome a mí misma cómo algo tan pequeño podía albergar esa serena majestuosidad.

A la salida del oficio, doña Herminia y yo nos acercamos al párroco, don Remigio. Un hombre de avanzada edad, de sonrisa afable y buen talante. Fue él quien, con entusiasmo, me explicó la historia de esa capilla, de estilo gótico marinero, habitual en esta zona. Yo le hice referencia a mi querida Notre-Dame, a lo que él, con una gran sonrisa, me comentó que hacía ya muchos años la había visitado y que se había quedado patidifuso con su imponente solemnidad. Fue una charla muy distendida. Y le di mi palabra de acompañar a doña Herminia siempre que viniera.

También en el atrio me esperaban, no con excesivo disimulo, las mujeres del pueblo. Era un reclamo para esta gente. Saludaban a doña Herminia y, a mí, me miraban con una gran curiosidad, como si no perteneciese a la raza humana. Estaba un tanto incómoda, pues no estaba acostumbrada a despertar tanta admiración. En París era una chica más, una persona entre tantos parisinos. Aquí era la «francesa de los Ulloa», como me hizo saber una señora entrada en edad. No me gustaba el chismorreo, menos ser el objeto de ellos. Mas ir del brazo de mi buena acompañante me dio

seguridad.

Álvaro, contra todo pronóstico, mostró cierta disconformidad con mi nueva disposición. No se enfadó ni mucho menos, solo me hizo saber que: —*No soy amigo de la política y la Iglesia, a pesar de estar en contacto con ellas, de un modo u otro. Respeto tus decisiones, jamás te voy a imponer nada.*

No fue del todo cierto.

En la mañana de hoy recibí un paquete de importante tamaño y peso. La remitente era mi madre biológica.

Con cierta desgana lo abrí. Su contenido eran números sueltos de revistas que nunca antes había visto; folletos propagandísticos dirigidos a la mujer española con un claro mensaje en todos ellos: sacrificio, servicio y sumisión. Otros tantos informativos, mediante los cuales se le pedía a la mujer que supeditara sus propias necesidades a las de los demás —marido, hijos—, ya que todo a lo que aspira es al matrimonio. La buena esposa, la abnegada madre que educará a sus retoños en los ideales del Régimen, para crear a los verdaderos españoles.

En la mayoría de textos se repetía la idea de la sumisión y la obediencia al marido, con otro claro mensaje: una existencia callada, silenciosa, pues la mujer, cuyo centro era el hogar, debía mostrarse humilde y no pedante, con ínfulas de grandeza o formación intelectual, rasgos que no se estipulaban para esa nueva mujer española. En cada página que ojeaba, se realzaba la inferioridad intelectual que acarrearía estar a expensas de los dictados que marcara el marido.

Cada vez más nerviosa, me temblaban las manos. El miedo se convirtió en pavor cuando de soslayo miré a Álvaro, sentado en su escritorio revisando unos papeles que le había dejado su padre. No pude reprimir un gemido quedo. ¿Eso era lo que esperaba de mí?

Solté todo aquello que ardía cual llama del averno en mis manos. Di dos pasos hacia atrás en mi intento de huir de ese futuro que se me plasmaba en papel. Comencé a temblar; mi cuerpo era una pluma que se precipitaba a través del viento. Álvaro, alertado por mi estado, se acercó a mí:

—Lena, ¿qué ocurre? —Me sujetó por los hombros.

Lo miré con tristeza, aguantando las lágrimas:

—No soy lo que esperas, no puedo ser la esposa que se espera de mí, nunca lo seré...

—¿Qué dices? —Agitó la cabeza sin comprender.

—Tengo un carácter difícil, a veces soy impulsiva y tengo mal genio si no me gustan las cosas. Nunca he sido sumisa, me gusta leer... Mereces a una chica que esté dispuesta a callar, yo soy protestona...

—Lena, explícame, ¿a qué viene todo esto?

No le respondí, sino que señalé con el dedo hacia la mesa.

Álvaro, con ceño fruncido, se acercó y, a medida que revisaba cada revista, folleto o papel, iba tirándolo con desprecio encima de la mesa y soltando un exabrupto tras otro, imposibles de poder transcribir.

—Álvaro, yo...

—¿Qué acontece aquí? —inquirió don Álvaro.

Su esposa y él entraron en la biblioteca relajados después de su paseo, a pesar de que sus semblantes cedían cada vez más terreno a la incertidumbre. Yo los miraba muy apenada, no me salían las palabras para expresarles todo lo que barruntaba mi cabeza. Doña Herminia, viéndome tan mal, soltó a su marido y me abrazó por la cintura.

—Tranquila, todo pasará —me susurró en el oído.

¡Qué mujer más buena!

—Esto es lo que sucede. —Álvaro señaló con la mano todo lo desperdigado.

Su padre, echando una mirada rápida, captó lo que era. Movié la cabeza hacia los lados. Tampoco le gustaba lo que veía. Doña Herminia, intrigada, me soltó y, en un paso, se puso a la altura de su esposo, desde donde pude comprobar que aquello no era de su agrado. También me lo confirmó la manera que tuvo de estirar los labios hasta convertirlos en una línea fina.

—Hijo, atiende...

—Padre, si quisiera una criada, la contrataría, no me casaría con una mujer. ¿Acaso madre es su criada? Por lo que he vivido, no. Eso mismo es lo que espero de Lena...

—Sé cocinar —expuse nerviosa, como nunca antes en mi vida, llamando

la atención de las tres personas que estaban conmigo—, coser, tejer, bordar, sé limpiar una casa, sacarle lustre a los zapatos. Sé todo lo que hay que saber para llevar una casa, me han enseñado bien.

Las lágrimas de impotencia me corrían ya por las mejillas abajo.

—Querida, nadie espera eso de ti. —Doña Herminia me envolvió en un abrazo maternal.

—Esto —Álvaro cogió una revista— es una mierda, y ahora que venga la Guardia Civil y que me detenga.

—Álvaro, hijo —lo regañó su padre.

—Lena, vámonos.

Su ímpetu y su genio me asombraron. El hombre tranquilo al que estaba conociendo albergaba en su interior un genio implacable. Era obstinado, de ideas claras, de espíritu libre. Parecía mi salvador, pues no estaba dispuesto a renunciar a mí.

—¿Lena? —me extendió la mano, esperando que la aceptase.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y puse la mía, más pequeña, sobre la suya.

Tiró de mí y salimos de la casa a grandes zancadas. Él. Yo, corriendo para poder seguirle el paso, porque mis piernas eran más cortas. Llegamos al jardín de las flores casi sin resuello. Tenía brincado en mi barrio, mas nunca me habían arrastrado con tanta fuerza.

Álvaro se volvió hacia mí con la mirada encendida.

—Lena, atiéndeme, no te disgustes; nunca, jamás, te voy a pedir que me quites los zapatos y me pongas las zapatillas. Quiero que seas tú, con tus virtudes y tus defectos. Yo quiero alguien con quien compartir mi vida; que escuche mis cuitas, todo aquello que me desalienta. Una amiga, una compañera. No una mujer a la que pasear como un triunfo. No quiero que finjas conmigo algo que no eres.

—Álvaro...

Miró a su alrededor hasta que topó con lo que buscaba. Un rosal, del cual arrancó una rosa —sin clavarse ninguna de sus espinas— de rojo intenso; sus pétalos eran semejantes al terciopelo.

Me la dio y la acepté, turbada.

—Este será, ahora y siempre, cada vez que lo veas, el símbolo de nuestra

unión y, sí, llámame ingenuo, espero que de nuestro amor.

Me rodeó el rostro con sus manos y juntó, suavemente, sus labios a los míos.

Esa misma flor, ahora, se está marchitando en un pequeño jarrón de cristal en mi escritorio. Solo espero que no sea prelude de lo que nos pueda pasar en un futuro.

Mientras, su beso perdura en mis labios.

Pablo y yo alternamos la mirada entre el rosal y nosotros, boquiabiertos. Aquella flor que me había cobrado un disgusto con mi abuela jugaba su papel romántico en la historia de mis abuelos. No daba crédito.

—Yo tampoco me clavé ninguna espina cuando la cogí para ti —recordó, apoyando los brazos en la mesa.

—¿Cómo lo sabes? —La pregunta no iba con segundas intenciones, pero había pasado mucho tiempo de aquello.

—Porque todavía me acuerdo. —Bajó los ojos a mí—. Fue la primera vez que dormimos juntos.

«Pocas más hubo después», pensé con amargura. Una amargura que se fue acentuando a medida que pasaban los minutos. No era tonta; me lo podía hacer, como ahora, y callarme para no espetarle que me había dado cuenta de que no dejaba de observar la hora. No iba a ser capaz de callarme por mucho tiempo.

—Una cosa. —Comenzó a pasar las páginas—. Esas revistas a las que hace referencia tu abuela, ¿cuáles son?

—De la Sección Femenina. Fue la rama femenina de la Falange Española, que posteriormente, después de la guerra, continuó su andadura en los cuarenta años que duró la dictadura. Desapareció en el año setenta y siete. Mi abuela captó muy bien el mensaje: la sumisión de la mujer al hombre. Idea fundamental del ideario fascista, también nazi. Se acotaba su espacio al hogar y su función en la sociedad era la de educadora de las futuras generaciones, aunque legalmente se estaba equiparada, para que me entiendas, con los menores de edad. Para sacar dinero del banco o abrirse una cuenta necesitaba la firma de autorización del marido, al igual que si quería realizar determinadas compras. Solo salía al mercado, a misa y de ahí para casa. Señala muy bien otro aspecto: el matrimonio como la aspiración fundamental

para ellas, donde se pasaba de la autoridad del padre a la del marido. —Me recliné en la silla cruzando una pierna sobre la otra—. Es más, cuando una mujer soltera trabajaba, al casarse perdía su puesto, a no ser que su esposo fuese mutilado de guerra; en este caso y en otros muy puntuales, se accedía a que la mujer continuase trabajando. La Sección Femenina fue el engranaje perfecto para hacer llegar a las españolas este mensaje.

—Joder, ¿cómo sabes tanto?

No me quedó más remedio que confesar.

—Hice lo que me aconsejaste: estudié dos carreras. Estudié Educación Infantil a mayores y, entre los congresos a los que asistí para cubrir asignaturas de libre configuración, hubo algunos acerca de la historia de las mujeres.

—¿Te dedicaste a ello? —preguntó con interés.

—Ya sabes que sí.

—No, no lo sé, porque nadie me informaba de ti —admitió sin reparos.

—Pues sí, estuve casi diez años trabajando en un colegio. Hace seis meses rescindieron mi contrato.

«A partir de ahí mi vida se desbarató», terminé la frase para mí.

—Yo me dediqué al banco, en Francia.

Entornó los ojos disimuladamente hacia el móvil. Ese simple gesto acabó por crisparme.

—Pablo, si tienes que llamar a alguien, hazlo. Si estás esperando una llamada, dímelo, o si te tienes que ir...

—¿A qué viene todo esto? —contestó a la defensiva.

Su cuerpo se envaró; su rostro también dio muestra de ello: la barba le ensombrecía más los rasgos, sus ojos se oscurecieron bajo su ceño fruncido, abrió las alas de nariz y apretó los labios.

—¡No paras de mirar el móvil desde ayer! —Me levanté y apoyé las manos encima de la mesa para encararlo—. Si tienes asuntos que solucionar, hazlo, no estás obligado a quedarte. Este asunto es mío, puedo leer yo misma el diario para luego informarte si te interesa, porque te recuerdo que te has quedado por propia voluntad. Ahora bien, no quiero que tus conflictos me afecten como lo están haciendo. —Miré hacia un lado para contenerme. No fui capaz—. Márchate y déjame en paz.

CAPÍTULO 27

Mírame

Salí corriendo para que no me viese llorar. Durante todo el día las lágrimas me picaban en los ojos; todo el día me había tragado las ganas de soltar lo que tenía dentro de mí. Me urgía alejarme de él, de su preocupación, de su nerviosismo, para tranquilizarme yo.

Tampoco podía culparlo de todo. Las palabras de mi abuela me iban calando hondo. No sabía por qué, o a fin de qué todo lo que ella había volcado y expresado en las hojas de su diario, se filtraba en mí, se precipitaba como las gotas de un dispensador y cada una de ellas desprendía un poso en el que florecía la desconfianza hacia Pablo.

No quería vivir en un mentira. No otra vez, no.

Una mano fuerte me sujetó por el brazo deteniendo mi huida. Nos matamos con la mirada, aunque a mí me quedaba muy poco para rendirme al fuego de la suya.

—No tengo que marcharme para solucionar nada, porque todo está solucionado...

—Me da igual. —Intenté soltarme.

—A mí no, porque solo te ha faltado llamarme mentiroso, cuando no lo soy. —Tiró de mí para pegarme más a él—. Yo sí que me preocupo por ti y no quiero inquietarte con tonterías. Comprende que estoy a miles de kilómetros de Francia; en la distancia se magnifica todo. Ahora, dime que me vaya.

Nuestros cuerpos quedaron completamente juntos. A través de la tela de su vaquero pude apreciar el bulto endurecido de su entrepierna que, en cuestión

de segundos, provocó que mi cuerpo ardiera en las llamas del deseo. Un deseo que en las últimas horas parecía haberse dormido.

—Sé valiente y échame mirándome a los ojos. —Me retó.

Forcejeé sin atender su desafío. Cuanto más me quería separar, él se juntaba más a mí; nuestros cuerpos se rozaban ávidos de más contacto. Nuestros brazos se enredaban, luchaban por liberarse, no obstante, no aspiraban a distanciarse. Nuestras miradas entrelazadas por la excitante mezcla de cabreo, desafío y esa pizca picante de ansia sexual que se había desarrollado entre nosotros, nos encendían más. Debido a su fuerza, Pablo consiguió retenerme echando mis brazos hacia atrás, lo que le permitió tocar deliberadamente mi trasero.

—Si quieres que me marche, dímelo.

Abrí la boca, pero las palabras se desvanecieron en el aire de la tarde. Sin tiempo que perder, me besó con urgencia, vehemencia, furia contenida. Me estaba marcando de un modo que se me escapaba, porque jamás me habían besado así. Le respondí para borrar la desesperación de las últimas horas en las que creía que iba perderlo. Solté mis manos y me sujeté a su cuello en un intento para que entendiese que lo quería a mi lado, mientras mis dedos navegaban por su pelo, tirando de él. Nuestras lenguas se movían a un compás que solo ellas conocían, avivando la adormecida pasión en un beso húmedo, profundo, que me arrebatava el aliento, desvinculándose de los recibidos y robados aquel verano que afectó a nuestros avances personales. Mis manos, dueñas de sí mismas, bajaron por su cuello, su pecho, hasta el dobladillo de su camiseta azul marino ajustada, para tocar la cálida piel de su cintura. Pablo rompió el beso muy a mi pesar. Sus ojos febriles me atraparon en su hoguera.

—Si mis besos no demuestran mis sentimientos, lo haré con mi cuerpo.

Nada más decirlo, me cogió en brazos y me subió a la habitación.

No rompió el beso al dejarme sobre mis pies. En aquel instante era inquebrantable la unión que se había forjado entre nosotros. Sin decirnos nada, sentíamos las ganas de perder la cabeza en brazos del otro. Estábamos dispuestos a todo; nuestros cuerpos se llevaban ansiando desde hacía bastantes semanas.

Y no desaprovechamos el momento. De inmediato, empezamos a

arrancarnos la ropa. El anhelo era tal que nos convertimos en manos deseosas. Pronto, mi vestido estaba a mis pies; lo separé de una patada, al tiempo que él se deshacía de su camiseta. Frente a frente, sin disimulo, con ojos enfebrecidos por el deseo, nos recorrimos con mirada hambrienta, pues ya habían pasado muchos años desde la última vez que estuvimos así. Me fijé en cómo Pablo, observándome el sujetador, expulsaba el aire entre sus labios, fruncidos de un modo tan seductor que me humedecí los míos saboreando la esencia que había dejado en ellos. Sin previo aviso, igual que una fiera cazando su presa, escondió su rostro en mi cuello. Era delicioso sentir su barba sobre mi piel. Me sujeté a sus hombros, entretanto, su boca bajaba a mis pechos; mis dedos se deslizaban por su espalda abajo, hasta la parte trasera de sus vaqueros, y se aposentaron en sus bolsillos, apretando sus nalgas.

En sus brazos perdí la razón, me escapé a otra dimensión. Le ofrecí mis pechos, que aceptó. Mis caderas cobraron vida y se arquearon, empujando las suyas en busca de un mayor roce. Mi cuerpo se estremeció de placer cuando me rozó con su lengua un pezón. Gemí, eso era lo que producía Pablo.

Una vez había despertado con él en el sexo, y volvía a suceder. Mi cuerpo entero le pertenecía. Siempre le perteneció. Era suya.

Pensamientos que en otras circunstancias me producirían rechazo, se mostraban estimulantes, pues volvían a florecer en mí las ganas de entregarme en cuerpo y alma a un hombre, de darle mi ser porque sabría cómo cuidarlo. Junto a él, en mi habitación, redescubría qué significaba amar y ser amada, ya que su definición la había olvidado en el pasado.

Me cogió por la cintura y me llevó hasta la cama. Me tumbó, se arrodilló ante mí y con dedos decadentes me recorrió las piernas; a la altura de las rodillas me las abrió para tener el camino libre a la cara interna de mis muslos. Apartó la goma de la braga e introdujo un dedo.

—Estás húmeda —susurró entre dientes.

Terminó por quitármelas y me penetró otra vez con su mano. Contraje el cuerpo por el recuerdo de lo que había hecho Iván, pero no perduró mucho en mi mente; el placer iba rindiéndome a su ritmo. De repente, dejé de sentir. El ruido de una cremallera, me hizo abrir los ojos. Estaba delante de mí acabando de desvestirse. Se quitó el pantalón, arrastrando con él la ropa

interior negra. Así, desde mi posición, pude disfrutar de su apolíneo cuerpo, de marcados pectorales, abdominales y oblicuos, de hombros anchos y cintura estrecha. Era perfecto. No: siempre lo fue.

Con una ternura que no había experimentado en años, pues estaba más acostumbrada a ser un mero objeto de desahogo que no a una persona con la que compartir ese acto físico de amor, me besó con igual ternura. Mis manos y mi lengua, rotas, me convertían entre sus brazos en una endeble muñeca a la que había que tratar con cuidado. Frágiles, los dos por igual, nos deshicimos de las sombras que nos perturbaron durante trece años. Ese tiempo desapareció entre beso y beso, entre caricias. Era demasiado el amor que derrochábamos en ese instante. Me agarré a su cintura, allí donde su piel era más suave. Disfrutando de ese tacto tan gozoso, disfrutando nuevamente de él, alcé las caderas. El roce de su sexo contra el mío me volvía loca. Contuve el aire cuando lo noté en mi humedecida entrada.

—Tina, no hay vuelta atrás —habló sobre mis labios.

Negué con la cabeza, no podía hablar.

Muy poco a poco se fue introduciendo en mí hasta el fondo. Durante unos segundos, estuvo quieto, lo que me permitió acostumbrarme a su dureza.

Empezó a moverse lento, constante. El corazón se me abrió, anhelante de regalarle todo lo que había en él guardado con celo, por el miedo. Piel con piel, nos demostrábamos todo nuestro amor, ansias que, dominadas, ahora parecían embriagarnos por dar rienda suelta a esos sentimientos custodiados tanto tiempo. A cada caricia, a cada embestida de Pablo, fui descubriendo que jamás me había entregado a Iván como lo estaba haciendo con Pablo. Ahí radicaba la diferencia. A cualquiera le podía resultar cursi, pero, me hacía sentir una princesa, no un objeto sexual de usar y tirar.

—Tina, mírame. —Paró de moverse—. ¡Mírame!

Abrí los ojos, como me pidió, sin saber que el chocolate fundido que coloreaba su mirada sería el lugar donde refugiarme. Comenzó de nuevo con un movimiento rápido, fuerte, rotando un poco las caderas.

—Soy yo el que está dentro de ti; cada vez que me sientas —empujó con un gemido—, quiero que me veas, no a él. Voy a conseguir que desaparezca.

Me besó sentenciando la promesa implícita en sus palabras. Me acarició la mejilla y entrelazó sus manos a la mías, colocándolas a los lados de mi

cabeza, mientras enredaba mis piernas en su cintura. A cada nueva arremetida nos reconocimos; nuestros cuerpos eran desconocidos conocidos, no necesitaron una eternidad para descubrirse, pues estaban grabados. A cada beso de su boca, nos arrancamos la piel para darnos lo mejor de nosotros. Perdimos el norte en el aliento entremezclado de nuestras respiraciones. Eso no era como en la playa; la categoría de sexo por el sexo se convirtió en un cuento de sexo y amor.

El ardor hormigueaba en mi bajo vientre, crepitaba arremolinándose y estalló en un éxtasis febril. Alcancé el clímax con la cabeza sobre su hombro, segundos antes de que Pablo, con un gruñido, explotase derramándose dentro de mí.

Al otro lado de la ventana estaba anocheciendo.

El calor de la primavera se había convertido a nuestro alrededor en una serenidad que jamás pensé en recuperar. El ambiente caliente acentuaba el aroma a esas notas maderadas, a jazmín y a almizcle de su perfume. Nuestras respiraciones poco a poco volvían a la normalidad; nuestras pieles sudorosas se adherían para no separarse.

Pablo salió de mi interior y rodó a mi lado, llevándome con él; así, mi cabeza reposó en su corazón y pude sentir su palpitar bajo mi oído. Él paseaba su mano a lo largo de mi espalda. Nuestras piernas eran como ganchos que no nos permitían movernos.

La quietud compartida era perfecta.

—Es una pregunta idiota, lo sé, pero la hago igual: ¿te gustó? —Rompió el silencio con voz enronquecida.

—Sí, mucho —reconocí, humedeciendo los labios—. A pesar de que pensases que no estaba preparada.

—Y no lo estás todavía. En algunos momentos tu cuerpo se tensó y no fue por placer. Si no te obligo a abrir los ojos, estoy seguro de que no habrías disfrutado, pero era la única manera que tuve de asegurarme que me vieses bien. De aquí a un tiempo conseguiré borrarlo.

—¿Cómo? —Alcé los ojos hacia él con mucha curiosidad.

Me miró con firmeza, a la vez que con su mano libre me recorrió el pómulo derecho.

—Con besos, cubriéndote con mi cuerpo, bebiendo las mieles del tuyo, borrando su huella y fijando la mía.

—¿Cuándo vas a empezar?

Soltó una sonora carcajada que llenó la habitación.

—Pronto. —Bajó su boca a la mía y la besó, deleitándose en el roce de nuestras lenguas—. Más pronto de lo crees. —Otro beso.

Volvimos a hacer el amor inconscientes o, quizás, más conscientes del precipicio al que nos lanzábamos a un mismo tiempo cogidos de la mano. Nada importaba, solo nosotros. La calma, en cada caricia, en el ritmo de nuestras caderas, en el compás de nuestros corazones, en el chasquido de piel húmeda contra piel húmeda, nos hacía recuperar aquello que una vez se truncó.

CAPÍTULO 28

Un disco y una canción

¡El otro día recibí carta desde Francia!

¡Qué ilusión!

Ver la letra de cada uno de ellos, leer sus buenos deseos, las peripecias de mis amigas. Leer por fin del puño y letra de papa sus bellas palabras, de maman sus ánimos ante la vida. ¡Cómo me gustaría que estuviesen a mi lado! ¿Por qué siempre tenemos que obedecer las órdenes de otros? Esa noche me quedé dormida llorando, abrazada a los papeles que releo varias veces al día. Todavía se me encoge el corazón al recordar. Las tengo guardadas a buen recaudo. La buena de Rosario... ¿He hablado de Rosario? No, creo que no. Hago un pequeño inciso. Rosario es una muchacha algo más joven que yo que entró a trabajar en la casa mucho antes de mi llegada. Doña Herminia tuvo a bien asignarla como mi doncella. Ella es la que me ayuda en todo, incluso me despierta a veces. Ya sabe que soy un poco remolona. Le tengo mucho aprecio, charlamos a todas horas, le cuento todo aquello que me sucede en el día. A mis buenas hermanas les encantaría, me imagino que seríamos como las cuatro mosqueteras.

Rosario es más baja que yo, calculo que será de la estatura de Karol-Ann. Más regordeta, de piel nacarada que contrasta con sus ojos oscuros, siempre dulces. Su rostro redondo, de líneas suaves, se ilumina cuando su boca de labios finos se estira en una sonrisa, y me hace mucha gracia cómo frunce la nariz cuando reprime la risa. Está casada con Alfonso, el

capataz amigo de Álvaro.

Explicado esto, prosigo: pues Rosario me confeccionó un bonito lazo hecho a puntilla para que ate las cartas y así tenerlas todas juntas y no extraviar ninguna. Fue un detalle muy hermoso. Es muy buena, como todos los que viven en esta casa. Y Álvaro, ¿qué puedo decir de él? Que estos últimos días se ha mostrado más osado. Me ha robado muchos besos a escondidas. Nos besamos siempre que podemos, en lugares apartados. ¡Hasta en el hueco de las escaleras! ¡Ay, Dios mío, si alguien nos encuentra! ¡Me moriría de la vergüenza! También sé que mi futuro marido se llevaría muy bien con papa, porque es un muchacho de mente abierta y despierta; bueno, que me colma de atenciones sin ser cargante; de palabra fácil, sabe escuchar, virtud que pocos hombres tienen, según palabras de maman. Cada día me siento más a gusto a su lado. Sé que cuando retome sus quehaceres, lo extrañaré. Hoy, sin querer, lo llamé mon chéri[29]. Le pedí disculpas de inmediato por mi atrevimiento, sin embargo, él, con esa sonrisa tan suya, tan arrebatadora, me preguntó:

—¿Qué significa?

—Cariño —le respondí.

Estaba tan ruborizada que las mejillas me ardían.

Él, ni corto ni perezoso, no se calló:

—Llámame así las veces que quieras, suena tan bonito que no te puedo decir que no.

De seguido me pidió que le enseñase francés; a cambio él me enseñaría un poco de gallego, la lengua que se habla en estas tierras, pero que el gobierno central ha prohibido. Igualmente, me enseñará a bailar.

Este tema salió hace unas noches atrás, pues a doña Herminia le agradaría que bailásemos unas piezas. En privado, le comenté a Álvaro que mis pies son arrítmicos. Mi expresión le hizo mucha gracia, mas me prometió enseñarme antes de nuestro enlace. ¡Y ya ha comenzado!

El vals es un poco complejo. Lo voy aprendiendo poco a poco, entre pisotón y pisotón. Entre beso y beso, cuando bailamos sin la presencia de sus padres.

La verdad, cada día es un poco mejor al anterior.

[...]

Estoy enfadada. No, enfadada no. Indignada.

Hoy en la mesa hubo una charla entre padre e hijo sobre la guerra. Yo no intervenía porque nada sé sobre la guerra civil que los españoles vivieron. Manteniéndome en silencio, simplemente me dedicaba a escuchar, pero por si no era suficiente, don Álvaro me preguntó, sin ánimo de ofenderme, sobre la guerra mundial. Fui muy escueta en mis explicaciones, porque malos, tristes y duros son los recuerdos de aquellos años. ¿Años? Parece que han pasado muchos, más, a pesar de que solo son cinco desde que el ejército nazi salió de Francia y cuatro del final de la guerra.

No ha transcurrido tanto tiempo.

De todo, lo que más me enervó la sangre, teniendo en cuenta que ese tema me hiere mucho, fueron algunas comparaciones que se hicieron. Es como si yo lanzase la ridícula pregunta: ¿quiénes lo pasaron peor? ¿Los franceses o los españoles en su guerra fratricida? De mi boca sonaría grotesco, incluso pretencioso.

Todos sufrimos, españoles y franceses, y allí, por desgracia, continúan. Ninguna guerra es buena para nadie, menos para aquellos que participan obligados por haber recibido una carta encomendándoles que su obligación como ciudadanos es tomar parte en la filas militares, viéndose forzados a ponerse un uniforme, dejar sus hogares, sus esposas, hijos, padres, con la incertidumbre en sus corazones de si regresarán vivos o con los pies por delante. He visto con mis propios ojos la desolación en rostros pálidos por el temor. Tenía nueve años cuando todos los hombres, maduros y jóvenes, que estuviesen en edad de ir al frente, se marcharon. Hasta entonces, todo el mundo estaba tranquilo, no se sabía nada de la guerra, es más, parecía que no estábamos en estado de alerta. Los comentarios positivos en las calles eran siempre los mismos: «La línea Maginot aguantará», «los alemanes no podrán entrar en Francia». El gobierno mantenía ese mismo discurso falaz, para luego huir, abandonándonos a nuestra suerte, en manos de los alemanes.

Todavía, si me concentro, escucho el ruido de los aviones sobrevolando el cielo, el extraño zumbido y la explosión de las bombas. El viejo Étienne, antes de que cayesen, nos mandó refugiarnos en el sótano.

—Boches —dijo, pronunciándolo con un desdén que no pasó desapercibido a nadie. Allí nos resguardábamos las tres familias que vivíamos en el viejo edificio, heredad del viejo Étienne: los Chastain, los Janvier y nosotros.

El asfalto vibraba bajo los tacones de aquellas botas negras recién estrenadas en muchos casos, muy relucientes en los pies de los soldados. Francia empequeñecía con el sonido ensordecedor de la procesión que, con ancha sonrisa en sus jóvenes rostros, desfilaba por los Campos Elíseos anunciando la llegada del enemigo. Muchos ya se habían marchado de la ciudad; otros pusieron incluso más tierra de por medio. Ese mismo paseillo lo hicieron no una, sino muchas veces para restregar al país vencido la fuerza y la supremacía de esa Alemania indestructible que Hitler había creado.

Al principio eran callados, educados, con sus uniformes verdes grisáceos bien planchados, sin ninguna arruga. Su porte, bien cuidado, aseados y bien peinados; algunos, mudos, otros se hacían notar, aunque no lo necesitaban. Se veían por todos lados, eran como las ratas. Fueron amables hasta que el rumbo de la Fortuna no les fue favorable y el monstruo despertó. El viejo Étienne nos había prohibido cualquier mirada y acercamiento a los soldados. Posteriormente me enteré de que era por miedo a que nos violasen. El miedo se cortaba con una cucharilla de postre; París ya no era París, la Torre Eiffel ya no era la misma vestida con la bandera nazi.

Muchas mujeres se dejaron deslumbrar por esos soldados. Nosotras, no. Karol-Ann, Clémentine y yo, ante todo, éramos francesas y jamás miraríamos a un nazi como un hombre, porque no lo eran. Mientras viva no se me olvidarán aquellas interminables colas esperando algo de comida, aunque gracias al viejo Étienne teníamos cosas que otros no, gracias al aprovisionamiento que hizo. Allí, en la calle, con las cartillas de racionamiento, más de una vez vi a más de una muchacha del brazo de un nazi, y los comentarios no se hacían esperar: «Ahí viene esa con su nazi». También es verdad que, al principio, no se veía un maltrato de un soldado a un ciudadano, hasta tiempo después...

Debo tomar aire para aflojar la rabia y el dolor que me impiden

continuar.

Nadie sabe lo que vino después de la invasión. Aquellos que fueron señalados por colaborar con el invasor, mujeres que tuvieron relaciones con ellos, sufrieron la venganza de vecinos y, en general, se convirtieron en blanco de la venganza que Francia se quería cobrar. Al final los parisinos aplaudían en la calle, abucheaban a los nazis capturados. Los cuerpos de otros tantos estaban todavía en alguna acera. La muerte volvía a hacer suya la ciudad de París. Pero no quedó ahí: mujeres y hombres eran arrastrados por las calles por su amistad con los alemanes. A veces tenían claros signos de haber recibido golpes. Papa, Dominique y Étienne se encontraron a algunas de estas procesiones. Dijeron, más bien reconocieron, que no sintieron lástima, aunque cuando mama y Sylvaine, por casualidades del destino, se tropezaron con una de esas procesiones, apuraron el paso, pues a ellas sí les dio pena.

París también abrió sus puertas a los americanos. Eran soldados sonrientes, así los recuerdo. Pasamos al lado de varios de ellos que habían bajado de los camiones; olían muy bien. Todo en ellos te cautivaba: sus miradas limpias, su ademán tranquilo y campechano...

Jamás debemos comparar qué país sufre más, pues todos perdemos en la guerra.

—Me encantaría hablar con tu abuela de esta parte de la Historia — comentó Pablo revisando lo leído.

—Sería un imposible. —Puse el boli encima de los folios.

—Lo sé. —Dejó caer la cabeza hacia delante—. Lo habría intentado, como lo hice con Anton. Su abuelo también vivió aquella época y siempre intentaba que me llevase a su casa, así hablaba con él.

—¡Vaya morro!

Se carcajeó.

—Mucho —reconoció, sonriente.

—Bueno, señor historiador...

—Historiador *amateur* —apuntó.

—Eso. He copiado unas cosas de las que no tengo ni idea.

—Suelta por esa linda boca.

Le clavé una mirada escéptica y seria para que me prestara un poco de

atención.

—La línea Maginot, ¿qué es? Sueno muy ignorante, lo sé.

—No, para nada. Si no te interesa la Historia, es normal; no eres la *Larousse*. Voy a coger el ordenador para un mayor detalle, mientras, te puedo contar que es una fortificación que Francia construyó después de la Gran Guerra en su frontera con Alemania e Italia y que supuestamente protegía al país de un futuro ataque.

—Y no fue así.

—¡Qué va! —Tiró el maletín del portátil al suelo, luego le dio al botón de encender al tiempo que continuaba con su explicación—: Las tropas nazis entraron en Francia por la región de las Ardenas y digamos que no encontraron una gran resistencia. Es más, el ejército francés tenía un hándicap con los reservistas. Algún historiador mantiene que rompieron filas en cuanto llegaron los alemanes. Ya encendió.

Comenzó a teclear en silencio; sus ojos se movían veloces en busca de la información que necesitaba.

Su extensa explicación abordó cómo el ejército nazi cambió el arte de la guerra. Ocho meses después de la declaración de la guerra por parte de los aliados, miles de refugiados franceses ocupaban las carreteras escapando del invasor, comentó, apoyado por fotografías que había tomado en sus vacaciones visitando museos junto a su amigo Julián. Entre aquella gente, a veces, podía haber algún militar, cuya suerte, si se topaba con el ejército alemán, estaba al este, en los campos de prisioneros. Habló de cómo Dunkerke, último reducto de tierra libre, fue el primer giro de la guerra, donde muchísimos camaradas franceses, belgas e ingleses pusieron rumbo a Inglaterra, mientras el gobierno huyó al exilio. El bombardeo al que se refería mi abuela se había producido el tres de junio del cuarenta, en la llamada Operación Paula. El catorce de ese mismo mes, el ejército nazi desfiló por París; a partir de entonces la esvástica ondearía desde la Torre Eiffel. Francia quedaría dividida en dos tras el duro armisticio firmado por Hitler y Petain: la Francia del norte, ocupada por los *boches*, nombre peyorativo con el que se conocía a los alemanes, y la Francia del sur, bajo el régimen de Vichy. Separadas por la línea de demarcación que solo podías pasar si los nazis te daban los *Ausweis*.

Era tal la emoción que Pablo imprimía en sus palabras que percibí en él a un historiador en potencia. Me contó a rasgos generales sus viajes a Alemania, a los campos de concentración. Su entusiasmo me contagió de tal manera que me lancé a preguntar lo que él, encantado, estaba dispuesto a responder.

—Tras cuatro años, si mi memoria no me falla, el veintidós de agosto del cuarenta y cuatro, los parisinos se alzaron contra los soldados alemanes y, tres días después de luchas y escaramuzas, lograron derribarlos, así le daban paso a la división acorazada del general Leclerc.

—¿Qué pasó con la gente de la que habla mi abuela?

—La depuración es a lo que se refiere. Tras la liberación de Francia del Tercer Reich, los seguidores de De Gaulle, con una inmensa mayoría de comunistas, iniciaron una de las etapas más duras de la historia de Francia por la magnitud de la represión. Arrestaban a la gente, a aquellos que, según ellos, habían tenido algún tipo de relación o colaboración con los nazis, fuera o dentro de Vichy, así hasta un largo etcétera. Hoy se sabe, gracias a las investigaciones de historiadores, que muchas de esas acusaciones no tenían fundamento ninguno, por lo tanto, algunas muertes tampoco. —Cerró los ojos meditando qué hacer—. Mujeres y hombres eran arrestados, sufrieron palizas, juicios donde no se podían defender con la condena más probable, la muerte. A estos actos solo hay una palabra que los define: odio. No se libraba nadie. Cualquiera podía morir.

—Estás hablando de un genocidio —traduje de sus palabras. El asombro crecía en mí cada vez más.

—Es lo que fue —sentenció—. Si te hablo de campos de concentración, piensas directamente en los alemanes, ¿no? —Asentí—. Te equivocas. Francia tenía los suyos propios para encerrar a los *vichistas*.

El cabreo y la indignación que mi abuela dejó plasmados en su diario favorecieron que conociese una etapa histórica que me era desconocida. Debía reconocer que la Historia no era mi fuerte. Nunca lo había sido. Sin embargo, enterarme un poco más de la barbarie con la que había convivido mi abuela me hizo entenderla en parte. Estiré el brazo para coger el diario, que continuaba abierto. Observé su caligrafía de trazado estable, aunque pequeña; era muy legible. Juraría que se parecía a la mía. Se diferenciaba un

poco en la te o en la pe, más esbeltas en su grafía.

Distraída en el silencio, solo roto por el tecleo, que se perpetuó tras toda la explicación de Pablo, que continuaba enfrascado en el portátil, pasé la hoja y, de inmediato, me envaré. Aquel día no había terminado para mi abuela.

—Pablo, atiende. —Chasqué los dedos para que me prestara atención sin separar los ojos de lo que estaba leyendo con estupefacción.

—¿Qué pasó?

—La entrada no terminaba donde lo habíamos dejado. Escucha:

Para que me relajase, Álvaro me puso música, mas le pedí escuchar un disco que traje conmigo. Necesitaba sentir algo muy mío.

Con el mismo pensamiento rondándonos por la cabeza, nos levantamos con la intención de encontrar el disco que había en el baúl. No nos llevó mucho tiempo dar con él. Lo cogí con cuidado, ya que la carátula de cartón estaba bastante deteriorada, más por la contraportada. Lo giré y la sorpresa fue inmensa, tanto que la respiración se me quedó atrapada en los pulmones; comencé a temblar por lo que aquella canción había supuesto en el pasado.

—*La vie en rose* —susurró Pablo casi sin aliento.

Era incapaz de apartar los ojos de aquel objeto. ¡Tenía en mis manos el foco de enfado de mi abuela trece años atrás!

—Espera, espera, ¿esta canción no fue la razón que cabreó a tu abuela aquel día de la rosa? —Su voz sonó más aguda de lo normal debido al asombro.

No contesté. Me era imposible. Mis cuerdas vocales, en general mi cuerpo, no respondían a mis órdenes.

—Vamos a ver, ¿cómo cojones puede ser que esta canción, se supone que bonita en su recuerdo, se tornase en abominable?

CAPÍTULO 29

Los silencios hablan más que las palabras

Pablo terminó muy cabreado, tanto fue así que salió para tomar el aire y distanciarse de todo. Lo comprendí, porque el diario, en vez de aportar algo de luz, causaba en nosotros el efecto contrario. Si no añadía nada nuevo, Lena narraba algún detalle que no coincidía con la realidad, como la canción, incrementando las dudas y las preguntas.

Sola en la biblioteca, con el disco en la mano y el diario encima de la mesa, me replanteé todo, incluso si valía la pena seguir leyendo; a lo mejor me equivocaba, con lo cual habría mentido a Pablo por mi paranoia. La culpa me roía por dentro, me pesaba a cada minuto más, acusándome de ser responsable de ese disparate. Me sorprendí contemplando la antigua foto que estuvo años, quizás décadas, en poder de mi abuela.

—¿Quién eres? —pregunté al aire.

Jamás encontraría la respuesta correcta. Estaba convencida.

Pablo entró en tromba. En su rostro alargado, un tanto más pálido de lo normal, dejaba entrever el agobio, además del cansancio que podía estar acumulando.

—A partir de ahora vamos a saltar más entradas, aquellas que sean repetitivas. —Bufó y se pellizcó el puente de la nariz—. Si hay alguna respuesta en ese puto diario debemos encontrarla ya. Ahora no, tengo que solucionar unas cosas del banco.

Cogió el portátil para encerrarse en la salita, pues el ruido de la puerta al cerrarse me confirmó su ubicación. Mientras él se alejaba de ese callejón sin salida, del enorme túnel en el que parecía no haber luz al final, yo le obedecí. Fui leyendo por encima las siguientes páginas. Cierto era que no decían nada nuevo: envío o recepción de cartas; el aprendizaje de francés y gallego; las inclemencias del tiempo de la zona cantábrica; bailes nocturnos a petición de mi bisabuela, porque le gustaba la idea de que los novios bailasen delante de los invitados... Sin embargo, en cada una de ellas pude apreciar cómo mis abuelos se iban queriendo un poco más que en la anterior, cómo Cupido no escatimó en lanzarles flechas. Hubo un párrafo que releí varias veces:

El beso. El beso es la entrega de los amantes. Es el primer paso en ese juego sensual que te envuelve y obnubila. En cada uno de ellos pones algo de tu ser, un pedacito de tu alma que le entregas a la otra persona cada vez. Besos a escondidas, besos robados, tímidos y atrevidos, que aumentan como lo hace la cadencia de nuestros corazones acompasados, convertidos en uno solo, y crecen al ritmo de nuestros pies durante el baile. Besos firmes, seguros, que nos seducen, que te roban el hálito y te devuelven a la vida. El beso, esa prolongación de tu amado; ese acto tras el cual no necesitas decir más, porque en él va implícito el «te quiero» o el «te deseo».

Un BESO. Por un beso de Álvaro moriría mil veces y resucitaría mil más.

¿Qué había pasado para que una chica afable y enamoradiza se convirtiera, con el paso del tiempo, en una mujer de carácter agrio? ¿Acaso mi abuelo le fue infiel? No, eso último era la mayor tontería que podía pensar. Mi abuelo jamás le sería infiel, lo podía jurar y perjurarse, porque estaba segura de que no me equivocaría. La siguiente hoja llamó mi atención por el simple hecho de tener título: *El viaje*.

Tengo mucho que contar y no sé muy bien por dónde empezar. El tiempo ha mejorado muchísimo, lo que nos permitió a Álvaro y a mí emprender ese viaje para que conociese otros lugares de su tierra. A regañadientes, don Álvaro le concedió varios días más a su hijo.

La primera ruta me condujo a un paraje único, donde las montañas, sinuosas, semejantes en algunas ocasiones al serpenteo de una culebra,

no se parecen a esas cumbres picudas a las que estoy más acostumbrada. Cuando bajé del coche, los pájaros me regalaron una algarabía única, acompañando a un estupendo día en el que el sol era el rey de los cielos y tintaba con su claridad el paisaje que me rodeaba. Bajo su luz la humedad se notaba cargada, en cambio, a la sombra podías apreciar el intenso olor fresco mentolado de los árboles. Asombrada era poco, pues esos paisajes estaban coloreados en diferentes verdes —que si ahora eran así, ¡cómo serían en la época estival!—; la espesa vegetación que nos rodeaba entre unos valles agrestes rotos por el transcurso de un río de aguas cristalinas, proveedor de alimento en otro tiempo a unos monjes que vivían por allí, como me refirió Álvaro, transportaba un feroz rugido por la bravura con la que bajaba por esas tierras. Efectivamente, continuamos caminando, y en una de las caras del valle se podían apreciar las ruinas del monasterio.

Conocí ciudades cuyo nombre evocaba historias de amor pasadas, ya que tal era la devoción del amante que había mandado construir una ciudad a la que llamaría igual que su amada; de reyes legendarios que los poetas románticos consagraron y que la historia, por muchos siglos que hayan pasado, mantuvo en el pensamiento colectivo de su pueblo, pues Breogán, así conocido, ordenó levantar una torre, la más antigua en pie, me comentó mi instruido acompañante. A sus pies, los animales pastaban al cuidado de sus dueños, sentados en grandes rocas. Lo más llamativo de todas las ciudades o pueblecitos que visitamos fue ver cómo las mujeres sostenían sobre sus cabezas grandes tinajas, de aspecto pesado, o bolsas repletas de productos. Álvaro me explicó que transportaban ropa para lavar; planchada para entregar; víveres que venderían en el mercado o que acarrearían para casa, incluso leche que repartían. Lo que más me sorprendió, y me hizo girar sobre mis pies, fue ver a una señora con una máquina de coser; andaba tan ligera como una pluma. Todas las sostenían con una tela, el molido, para estabilizar el cesto. Caminamos, después, por sus calles con adoquines —me desequilibraban sobre mis tacones—, de casas pintorescas con galerías de madera, ennegrecidas algunas por las lluvias de los últimos días.

En otros pueblos costeros, similares a aquel en el que vivíamos, grandes

leyendas de amor, con tintes de Romeo y Julieta, mi obra favorita, me cautivaron: jóvenes doncellas amaban a quien no debían, y por culpa del malo, en unas muy cruel, en otras un cobarde, terminaban en muerte, bien de ellas, bien de los dos amantes en el castillo a causa del hambre.

Interesada por esas historias, muchas de ellas religiosas, como la de la catedral de Santiago, pues está asentada donde se hallaron los restos del apóstol Santiago, Álvaro me refirió todas aquellas que su abuelo le había contado. De ciudades inundadas o asoladas, cuya historia evoca en cierto modo la contada en el libro del Génesis, el diluvio universal. Mas no esperaba aquellas que narran la presencia de hombres lobo y otros seres: los mouros, guardianes de riquezas inconmensurables; bellas mujeres que se transforman en serpiente para ser besadas por los muchachos; enanos que habitan las casas y cambian de sitio las cosas (esta me sonaba, porque había oído a Chelo hablar de ellos cuando le faltaba algo de la cocina); otros, como los tardos, que producen pesadillas, y los zánganos, que quieren conquistar a las bellas esposas de los hombres. Cada día, más fascinada por este lugar, me preguntaba cómo era posible que guardase tanta magia entre sus construcciones y parajes.

Visité santuarios. De entre todos, uno me encogió el alma, me hizo vibrar y me dejó al borde de las lágrimas por su majestuosidad: la catedral de Santiago. Estuvimos un día entero. Todavía percibo su olor a incienso, el respetuoso silencio que te aborda nada más entrar, la solemnidad en cada imagen. En una de ellas, debes posar tus dedos en la piedra y dar un croque en la frente. Casi la dejo allí.

Paseamos por las calles de la ciudad y vi los edificios de su antigua e importante universidad. Estuve en otros santuarios de pequeño tamaño, pero que, entre sus piedras, guardan una gran leyenda también: Nuestra Señora del Nordés, cuya historia narra la aparición de la Virgen a dos hermanitos huérfanos; o aquella que profetiza que va de muerto el que no fue de vivo. En este, no puedes pisar ningún bicho ni matar animal que aparezca en tu camino, pues son almas de los que allí llegan. Junto a él crece una bonita flor —herba de namorar, me dijo Álvaro—. Me la dio una anciana, vestida de luto y con mirada vacía: «El amor de tu vida será

rubio, te robará el corazón y te regalará una traición». Con la garganta seca, miré a Álvaro, pero no, no es él, pues su cabello es oscuro como el carbón. No le he comentado nada de esto, no creo mucho estas supercherías de viejas. No quiero recordar esas palabras; la inquietud se instala en mi corazón cuando me vienen a la cabeza. La verdad, tengo miedo a que algo malo ocurra.

«El amor de tu vida será rubio, te robará el corazón y te regalará una traición». Mis ojos no saltaban a ninguna otra línea después de terminar de leer, ni tan siquiera podía pasar página. Rubio, el amor de su vida, rubio. Si en esos momentos me hubiesen dado una colleja, no me habría enterado por la impresión de aquel augurio que mi abuela llevaba escrito en su Destino. Es más, hasta la incertidumbre y el miedo nos calaron hondo a ambas. «¿Este vaticinio se cumplió?», pensé muy tarde, ya que nunca podría hallar esa respuesta. Ensimismada en mis elucubraciones, pegué un brinco al primer tono del teléfono. Me llevé la mano al pecho para recomponerme del susto, que me puso el corazón en la garganta. A toda prisa me levanté, antes de que colgasen.

—¿Sí?

—Tiniña, hola.

—¡Hola, Rosario! —Me ilusioné al escuchar su voz—. ¿Cómo estáis? ¿Cómo está tu cuñado?

—Va mejorando, y nosotros, bien, ayudando a mi hermana en lo que podemos. —Sonó un poco entristecida—. Los médicos son optimistas, a eso nos agarramos.

—Espero que todo salga bien, de corazón.

—Lo sé, *miña neniña*, en cuanto podamos regre...

—Quedaos allí el tiempo que sea necesario —le repetí.

—Vale —aceptó sin rechistar—. ¿Todo bien por ahí? ¿Cómo estás? ¿Tomas las pastillas?

—Estoy bien y, sí, tomo las pastillas. Para que no me preguntes en qué mato el tiempo, te diré que he bajado las cosas de la abuela del desván, quiero conocerla un poco mejor.

Silencio fue lo que obtuve de ella. Si pretendía dejarla en *shock*, lo había conseguido. Iba a hablar, pero ella me cortó cambiando de tema.

—¿Y sabes algo de Pablito?

Me mordí los labios por dentro para no prorrumpir en carcajadas. ¿En serio? ¡¿Pablito?! Aguanté la risa para poder responder con suma tranquilidad:

—Sí, sí, Pablito, muy bien.

Al otro lado de la línea percibí un ruido un poco extraño, como si a alguien se le estrangulase la garganta.

—Me alegro. Llamaba para decirte que mañana bajas hasta la tienda de María, allí recibirás un paquete que te envié hoy. En correos me dijeron que llegaría mañana. Qué quieres, no me fío. Bueno, *filliña*[30]. Cuídate y, si necesitas algo, ya sabes que te apuntamos el teléfono en la agenda.

—Sí, lo sé.

—Te avisaré cuando decidamos regresar.

—Muy bien, hasta pronto, Rosario.

—Adiós, adiós —se despidió apresurada.

Miré el teléfono con el ceño fruncido. ¿Qué le había pasado? ¿A qué había venido aquel silencio tan prolongado? ¿Por qué se había apresurado en colgar? Solo había una posibilidad: sabía algo. Quizás, todo.

«Rubio», insistió mi mente.

Volví a la mesa y alcancé la lupa para observar al hombre misterioso más de cerca. Me incliné sobre la foto, colocando la lente a poca distancia. Sí, ese hombre podía ser rubio, pese a no apreciarse bien del todo el color. Era Pablo tras haber realizado un viaje en el tiempo y recalado en la década de los setenta. Eran dos gotas de agua.

Absorta, noté cómo el vello de la nuca se me erizaba. Solo se producía si Pablo estaba cerca. Lo estaba: me di cuenta al verlo pegado a mí.

—Bonito culo, ¿te lo he dicho alguna vez? —Colocó sus manos en mis caderas, empujándolas hacia atrás. A través de la fina tela de la falda plisada que vestía pude notar el vaquero y la dureza que había dentro.

De mis labios se escapó un quedo suspiro. Su juego me nubló todos los sentidos.

—No... no lo... sé.

Se inclinó sobre mí y me susurró al oído:

—Es la tercera parte que me gusta: primero, tu boca; segundo, tu cuerpo, y

tercero, este culo —logró decir con voz enronquecida.

—Pa... ah... —gemí cuando separó mis piernas para colar sus dedos dentro de mí—. Pablo.

Me asombré ante lo excitada que ya estaba; tenía la respiración entrecortada y la sangre hecha lava en el interior de mis venas, así se intensificaba el calor y me volvía más sensible a sus caricias. Luego, me levantó la falda hasta la cintura. Oí a mi espalda cómo se desabrochaba el pantalón, rasgaba un plástico y, en cuestión de segundos, me martirizó paseando su miembro por mi trasero hasta henchirme. La intrusión hizo que me arquease. Me sujeté al borde la mesa con tanta fuerza que no necesité ver los nudillos para afirmar que estaban blancos. Me inmovilizó con una mano en el centro de la espalda y con la otra me agarró por la cintura. Sus penetraciones, seguras, certeras y firmes, me dejaban sin sentido. Esa deliciosa tortura que Pablo se cobraba me lanzó a un bucle donde solo se sentía placer. Al límite de mis fuerzas, una vorágine de sensaciones cubrió mi cuerpo y explotó. Me estremecí, justo en el instante en que él gruñó en mi oído.

CAPÍTULO 30

La fina línea que separa el rencor del amor

Sentados en el suelo, recuperábamos el resuello, la serenidad, tras entregarnos a la pasión. Abrazada a él, mi cabeza no paraba de pensar en el tipo de relación que teníamos.

—¿Quién llamó antes? —Pegó su mejilla a la mía; su barba me picó.

—Rosario. Mañana tenemos que ir hasta la tienda; nos ha enviado un paquete. Pero hubo algo que me llamó la atención y no fue que se refiriese a ti como Pablito. —Solté una risilla.

—Todavía soy Pablito con treinta y dos años, muy bien —bufó resignado—. ¿Y lo otro qué fue?

—Le conté que había recuperado las cosas de mi abuela. Se quedó muda.

—Algo sabe.

—Llegué a esa misma conclusión por lo que escribió mi abuela, recuérdalo, Rosario ya estaba trabajando aquí. —Me volví para mirarlo a los ojos—. Si no sabe toda la historia, parte de ella, sí. Entonces no entiendo su silencio.

Me besó en los labios, luego acarició el superior con la punta de su nariz. Cerré los párpados para atrapar ese instante en mi memoria. Nunca nadie me había acariciado de manera tan tierna como lo hacía él. Entre sus brazos me sentía protegida, segura. Estaba en casa.

—A su regreso los interrogaremos y, la verdad, espero que ese maldito diario esclarezca los interrogantes, o parte de ellos; no me gustaría haber

perdido el tiempo.

—Hablando del diario. —Me solté de su agarre para levantarme. Lo cogí y lo cerré, interponiendo mi dedo índice para no perder la página—. Mientras estabas en la salita, hojeé las entradas siguientes, más que nada para ir descartando lectura y avanzar. Una de ellas me resultó diferente. Tú, que leíste todo desde el principio, ¿sabes si alguna iba con título en la cabecera?

Frunció el ceño y jugueteó con el vello del mentón. Pensativo, negó con la cabeza.

—No.

—La que te digo yo, sí. *El viaje*. Por encima te diré que visitaron algunos lugares emblemáticos, como Santiago, otras ciudades, santuarios, etcétera; en uno de ellos una señora le dijo que el amor de su vida sería rubio, le robaría el corazón y le regalaría una traición.

—A ver.

Extendió una mano para que le pasase el diario. Me senté frente a él, como un indio, mientras leía con ojos rápidos.

—Tu abuelo no era rubio. —No era una pregunta, lo afirmó.

—Claro que no, tiraba a moreno. Y la señora que se lo dice era ciega —apunté.

—¿Cómo lo sabes?

—Por lo de «mirada vacía».

—¡Eh! Buena observación.

Gateó hacia mí con la intención de darme otro beso, sin embargo, aquello que fluía entre mi sangre y mi cabeza me hizo frenarlo colocando mis dedos sobre sus labios.

—¿Qué ocurre?

Observé su rostro preocupado; sus líneas de expresión se remarcaron debajo de la barba.

—Tenemos que hablar —dije, pausada.

—Tú dirás.

Bajé la mirada para poder hablar sin titubeos. A veces, él tenía la capacidad de ponerme nerviosa.

—Pablo, ¿qué hay entre nosotros? Necesito saberlo. Pasamos de discutir a besarnos, de besarnos a hacer el amor. —Respiré hondo—. Puede que me

esté equivocando por lo que estoy haciendo, lo más probable; soy buena metiendo la pata. —Levanté la cabeza con ojos suplicantes, lo que no sabía era que él esbozaría una sonrisa ladeada que borraría la preocupación.

Inclinó la cabeza hacia delante sin desviar sus ojos de mí.

—Me sacas de un apuro, porque no sabía cómo sacar este tema. —Suspiró aliviado—. Soy un incrédulo, y demasiado romántico a ojos de mi mejor amigo, pero ahora voy a pecar de eso: estamos retomando lo que se rompió en contra de nuestra voluntad para terminarlo nosotros mismos, si tiene que ocurrir, o para continuar con una vida plena de satisfacciones los dos juntos. Espera —me pidió. Cerré la boca para no interrumpirlo—. Te quiero y te odio. Todo este tiempo alejado de ti imaginé que estaba mejor solo; ahora me doy cuenta de que te echaba de menos. Me gustaría que estuvieses fuera de mi vida, pero no puedo estar sin ti.

Me quedé petrificada. Me había dejado fuera de combate con su declaración, que lo era en toda regla. ¡¿Y qué decía yo?! El corazón me quería salir por la boca de lo que palpitaba; mi cuerpo temblaba de emoción, también de miedo, pues me costaba un poco revelar mis sentimientos, ya que nunca se sabía qué podían hacer con ellos.

Desarmado, con el corazón en la mano, se encogió de hombros.

—No me dejes así, Tina, di algo.

Acorté la escasa distancia que nos separaba y le tomé el rostro entre mis manos. Sus ojos brillaban temerosos por la osadía de su dueño.

—Eres el hombre que me está curando las heridas del alma, del corazón y de mi cuerpo; ahí las hay, y muchas. Me salvaste la vida de una barbaridad que quería cometer, solo lo podías hacer tú. Jamás se me olvidará y no sé cómo recompensártelo.

Ladeó la cabeza y frotó su mejilla contra la palma de mi mano con los ojos prendidos.

—No tienes que hacer nada. Solo entrégate a mí; quiero borrarlo de tu piel.

Nuestros alientos se fundieron en uno debido a los milímetros que separaban nuestras bocas. Uní mi mejilla a la suya para contarle un secreto que le iba a agradar:

—Poco a poco lo estás logrando.

Buscó mi boca, encendido por mis palabras. Su lengua, impaciente, incitó a

la mía, inflamando mi cuerpo con su baile.

En esos instantes solo podíamos dejarnos arrastrar por la pasión acumulada, por el amor que nunca murió entre nosotros.

CAPÍTULO 31

Los muertos se revuelven en la tumba

Esa noche fue una de las más difíciles para Rosario. Con el olor del hospital impregnado en la habitación, puesto que lo traían en la ropa por haber pasado todo el día allí apoyando a su hermana, viejos recuerdos que había arrinconado en la memoria sobrevolaban su mente en un baile infernal al son de una frase aparentemente inocente: «He bajado del desván las cosas de la abuela». Aquello no depararía nada bueno. Después de colgar el teléfono, los remordimientos de conciencia la reconcomían por dentro, pues aquella historia se volvía a asomar desde las profundidades del pasado, donde debió enterrarse. Solo ella sabía que había cometido un error: no cumplir el mandato que una vez se le encargó.

«Deshazte de este maldito diario. No puede caer en malas manos, si no, estoy perdida», le había pedido una joven Lena, rota de dolor, el mismo día de su enlace.

Ella no lo hizo. Lo guardó en el fondo de su baúl de viaje, donde nadie jamás miraría.

Mas nunca se podía decir «jamás».

Sin encontrar acomodo en la cama, se movía a un lado a otro, de nuevo al otro, así varias veces. No contaba con que su marido estuviese despierto a esas horas.

—¿No puedes dormir, mujer? —preguntó en voz baja, intentando no

perturbar la tranquilidad de la habitación.

—No —respondió ella, sentándose en la cama.

Alfonso giró sobre su espalda. No era tonto, sí callado, y conocía muy bien a su mujer. Aquella llamada a casa la había dejado distraída, sumida en otro mundo.

—¿Por qué?

—La rapaza ya sabe que Magdalena mintió. —Volvió la cabeza para mirar a su marido, que tenía la vista clavada en el techo—. Estoy por asegurar que se lo dijo a Pablito

—Muchacho perspicaz como mi buen amigo; no sé cómo tardó tanto tiempo en darse cuenta.

—Ay... ¿por qué Magdalena hizo lo que hizo? —suspiró, compungida.

Su marido, con movimientos rápidos para su avanzada edad, se incorporó y encendió la luz de la mesilla.

—*Deixa aos mortos onde están, non fagas que se revolban na tumba*^[31] — sugirió con cierto malestar.

—Fonso, por favor, que el secreto puede salir a la luz.

—Me alegraría. —Dio un puñetazo al dobladillo de la sábana—. A unos los enterró y otros ni siquiera saben de él. La verdad será dolorosa, y a lo mejor son los niños quienes deben descubrirla. *Xa é hora*^[32] de que se airee.

Rosario negó con la cabeza, desanimada. Su marido le tomó las manos para infundirle los ánimos que le faltaban.

—Charito, son listos, entenderán a Magdalena, o no; aquellos tiempos no son los de ahora. —Rosario chasqueó la lengua—. Pero todos deben saber la verdad, se les mintió durante décadas. Y si *os rapaces*^[33] lo descubren, ahí estaremos nosotros para ayudarlos.

—¿Por qué ahora...?

—¿Y por qué no? —Rosario miró a su esposo, sorprendida—. Todos están *mortos*^[34]...

—No todos, Fonso, no exageres —lo riñó.

—Cierto, pero los importantes están muertos, y si tiran un poco del hilo, la verdad está ahí. Charito, mira el lado bueno: lo que ella rompió quizás se vuelva a unir. Era lo que querían Lucas y Álvaro: ver a sus familias unidas por algo más que por el banco. Ellos no pudieron con sus hijos, pero sí con

sus nietos.

—Ellos no supieron que Lena...

—¡Sí que lo sabían! —Alzó la voz en bajo.

—¿Por qué no lo solucionaron? —Se indignó cruzada de brazos. Ella no conocía esa información, su marido se la había ocultado durante todos esos años.

—Estaban cansados de luchar contra el titán de maldad que era esa mujer, y después los dos muchachos escogieron cada uno su propio camino. Conozco bien a esos dos bribones y sé que, allá donde estén, se regocijarán. —Sonrió con añoranza—. A Pablo se le caen los ojos por Tina.

—Es la viva imagen de Lucas —señaló Rosario, pues cada vez que lo veía le parecía ver al difunto de su abuelo—. Y ella, de su abuela.

—Lena no pudo acabar con ese amor que los une. Por el resto, no son nuestros tiempos, Charito. Ellos no van a tener ningún problema, *xa o verás*[35].

—Ojalá tengan la vida entera para amarse como otros no pudieron —dijo entristecida.

La esperanza caló en Rosario, que pudo recostarse para intentar pegar ojo. A pesar de que la charla mantenida con su esposo la alivió, no consiguió desprenderse del temor de que esas dos familias sufrieran si quedaban al descubierto la verdad y la mentira.

CAPÍTULO 32

Rosas, agua y Lucas

—Para —me pidió sin oponer mucha resistencia.

—No —negué sobre la piel de su cuello.

—Venga, Tina.

—¿No sabes que cuando te falta un sentido el resto se agudizan?

—¿Ah, sí?

—Sí, ya te digo yo que sí.

—¿Cuáles? —inquirió, divertido.

Lo besé en el cuello, demorando en recorrer la línea ascendente que desembocaba en el lóbulo de su ojera.

—El olfato. Me encanta tu perfume, no sabes cuánto. El tacto; el gusto.

Ataqué de nuevo su cuello. Me había cogido en brazos y me llevaba hasta la casa del árbol, donde había organizado algo que a mí se me escapaba. A media tarde me había pedido que me diese una baño relajarte y me vistiese elegante pero informal. Le obedecí. Rebusqué entre todo lo que me había enviado Noa. Al final, después de muchas indecisiones, me decanté por un vestido rojo de gasa, muy vaporoso, de tirantes. Era corto, algo que molestaba a Iván, pues era uno de los que me había prohibido ponerme en su presencia, junto con aquellos que me rompió en tiras. Relegué aquellos recuerdos lo más lejos que pude y me centré en Pablo. Le di un beso justo en la curva de su mandíbula, al tiempo que paró y volvió el rostro hacia mí para besarme en la boca.

Beso profundo que nos agitó la respiración; nuestras lenguas, ávidas de

contacto, insaciables la una de la otra, se buscaban, se tentaban de tal modo que la sangre se convirtió en lava. Le rodeé le cuello para acercarlo más a mí, si eso podía ser. Fue inútil: se acabó apartando, dejando mi boca huérfana.

—Ahora, permíteme llevarte hasta tu sorpresa.

Sin apenas fuerzas, tras aquel beso arrollador, apoyé la cabeza en su hombro, ancho, musculoso, fuerte. La seguridad con la que me sostenía me imprimía la confianza para entender que él nunca me dejaría caer, que si alguien alguna vez me volvía a perder en mi camino, él estaría ahí para guiarme. Sonreí, a pesar de que la lucecita de la duda se iluminó, aconsejándome que no me fiara, pues la alegría y la felicidad estaban hechas del mismo frágil cristal, tan delgado que cualquier fisura lo rompería.

Me dejó sobre mis pies y lo oí subir por la pequeña escalera. Los nervios de la anticipación comenzaron a hacer mella en mí; se asentaron, cuales mariposas, alrededor de mi estómago.

—Dame las manos. —Estiré los brazos y con toda su fuerza, me alzó—. Cuidado con la cabeza.

Una vez dentro, el olor a madera me transportó a mi infancia, cuando allí pasaba el rato jugando con mis muñecas, con la abuela a las cocinitas o contemplando desde esa altura a Alfonso ayudar al abuelo a segar la hierba del jardín, entre otros quehaceres. A mi adolescencia; allí me recluía a leer cualquier libro que caía en mis manos; a aquella noche donde, escondidos a ojos de todos, Pablo y yo nos entregamos a la pasión. En aquellos instantes, también con él, iba a generar un nuevo recuerdo que quedaría labrado en la memoria de las tablas que daban forma a esa casa; grabado en la corteza del castaño en el que se levantaba.

Sentí su cuerpo detrás de mí. Me besó las golondrinas antes de aflojar el nudo del pañuelo; abrí lentamente los ojos y contemplé cómo mi antigua casa del árbol se había transformado en un refugio romántico. En todo su alrededor había pequeñas velas de color rojo y, atravesando su pequeño techo, como la gran rama del castaño, unas bombillas ayudaban a iluminarla, creando un ambiente íntimo. En el centro, una pequeña mesita redonda estaba dispuesta para dos comensales, mientras que el suelo estaba cubierto por pétalos de rosas, pequeñas ramitas de lavanda y otras que no pude identificar. Todas cogidas del jardín. Busqué el vino; no había. En su lugar, una

reluciente jarra de cristal de agua con gas. Giré sobre mis pies, sonriente; el júbilo me recorría entera. Nuestras miradas tropezaron; eran reflejo de las mismas emociones, aunque Pablo, algo más nervioso, bajó pronto la cabeza y se rascó la nuca.

—Ya te dije que era romántico.

Me abracé a él, correspondiendo al abrazo.

—Es lo más bonito que han hecho por mí.

—Siendo así, comencemos esta velada, ¿te parece?

—Perfecto.

Me alejó, no sin darme un beso.

Nos sentamos alrededor de la mesa en silencio. No obstante:

—Pablo, ¿crees en el destino?

—Hay momentos. —Se encogió de hombros.

—Explícame eso —le pedí—, por favor.

Ante mi petición se detuvo, dejó los cubiertos sobre el plato y se limpió la boca con la servilleta, que dobló para colocarla otra vez en la mesa. Lo observé con admiración; se movía con maestría, una elegancia que resaltaba la educación. Me relajaba verlo en todos los aspectos. Él era una fuente de inagotable relax. Me sonrió antes de hablar:

—Hay sucesos en la vida que puedes catalogar como casualidades; otros pueden ser meras coincidencias, pero otros se escapan de nuestro control. —Ladeó un poco la cabeza sin separar su ojos de los míos—. Mi madre siempre lo dice: «Lo que está para uno, está para uno, y por mucho que escapes, o tarde en aparecer, ahí estará cuando menos te lo esperes». ¿Crees en el destino?

—Sí.

—Yo también, porque, ¿cómo explicarías que tras trece años sin vernos, nos encontrásemos aquí y no en el banco?

—Quizás está en manos de alguien que retomemos todo esto en el mismo lugar en que se rompió.

—Me gusta tu explicación. —Me guiñó un ojo.

El resto de la velada la pasamos poniéndonos al día de nuestras vidas. Ese salto para mí fue fundamental, pues en cierta forma me acerqué más a él derribando aquellas primeras barreras irrompibles. Saber cómo había sido su vida y en qué se centró después de aquel verano que nos dejó el sabor más amargo del desamor —sin profundizar, porque todavía nos dolía— fue importante para aproximarnos más a las personas en las que nos convertimos. Entre líneas, en el brillo de sus ojos, reflejo de los míos, se apreciaba que queríamos recuperar el tiempo perdido. En mi caso le confesé que seguí el consejo que me había dado para estudiar dos carreras y que, al final, cumplí el sueño de ejercer en un colegio en Madrid. Se alegró de verdad, aplaudió y todo, hasta me dio la enhorabuena. Él, por su parte, me confesó que era conocedor de que Santiago, su padre, como el mío, estaban esperando mi decisión para entrar en el banco.

—¿Qué vas a hacer? ¿Lo pensaste?

—Eres el primero que se va a enterar. —Respiré hondo. Me acomodé en la silla apoyando la espalda en el respaldo—. Seguiré los pasos de mi abuelo. Él quería verme sentada en el despacho y creo que es lo que debo hacer. Si tomase otra decisión, lo estaría traicionando.

—Entonces estaremos en el mismo barco —señaló.

Asentí. Era verdad, seríamos compañeros y dueños. Se levantó mesurado; no tenía ni la más remota idea de qué iba a hacer. ¿Habría alguna sorpresa más? Se dirigió a mí y extendió una mano; la acepté para quedar frente a frente.

—Presiento que formaremos un buen equipo. —Me besó.

—Eso espero, y tener el diario leído, también —dije esto último en voz baja, desviando la mirada hacia un lado.

—¿Qué esperas del diario?

Levanté la vista. Él había ladeado la cabeza y me miraba intensamente.

—Pues... —No me había planteado aquella pregunta hasta ese momento—. Un nombre que nos indique algo y, entre medias, conocer un poco mejor a mi abuela. —Lo cogí de las manos—. ¿Tú?

—No espero nada.

Alcé las cejas, asombrada.

—¿Por?

—Tengo tal enganche a ese diario que solo quiero que me sorprenda. Es mejor que un culebrón venezolano, como diría Julián.

—No se equivoca. —Me reí.

—¿Te apetece leer?

—Vale.

—Me adelanté un poco, y te puedo decir que mi abuelo hace acto de presencia.

Acepté por la expectación que suponía ese hombre en el diario de mi abuela, así como su posible relación con el misterioso personaje de la foto.

A nuestra derecha, Pablo había dispuesto un montón de cojines a modo de cama. No sentamos y cogió el diario, que había guardado en el interior de una tela.

El viejo gramófono, una antiquísima reliquia del siglo XIX, según me refirió Álvaro la pasada noche, volvía a funcionar para mí. La música, el vals que bailaríamos el día de nuestro tan ansiado enlace. Mi prometido, cada noche, al regresar de su trabajo en las empresas familiares, sacaba un tiempo para enseñarme a bailar y, después con entusiasmo, me aprendía bellas palabras en su idioma natal, el gallego.

Me acerqué al gramófono, levanté la aguja y la coloqué de nuevo al principio, retomando las lecciones pasadas; imaginándome que estaba con él, veía, de algún modo, sus centelleantes ojos verdes al mirarme, su sonrisa cariñosa, su paciencia ante mis constantes pisotones de los que, cual colegial, se reía; mas su risa no era ofensiva, era divertida, gentil y dulce melodía para mis oídos. Lo sentía por todos esos magistrales maestros compositores, pero no había nada semejante como el sonido de su risa. Al punteo de los violines, mis pies cobraron vida, giraban, giraban a las órdenes de mi cerebro: un, dos, tres, cuatro; un, dos, tres, cuatro... giro. En uno de ellos, me pareció ver a alguien apostado en la puerta, mas no paré. Podía ser mi sombra, alargada por los vigorosos rayos del sol que entraban en la biblioteca.

Espaciosa, nos permitía ensayar.

De su alta techumbre pendía una hermosa lámpara de araña de acero con un baño dorado que relucía a contraluz y, así, podías contemplar con todo lujo detalles los remaches florales que la adornaban. Las paredes

blancas estaban cubiertas por dos gigantescas estanterías, llenas de libros, también antiguos. Delante de la chimenea estaba su escritorio; una mesa amplia, hecha de madera, atestada siempre de papeles, lucía un tanto desordenada. Reinaba en esta estancia porque recibía la luz de las ventanas que se abrían a ambos lados, protegidas por bellas cortinas blancas, procedentes, según doña Herminia, de un pueblecito del norte de Galicia donde las mujeres tenían una gran maestría con el hilo. No recuerdo el nombre, mas me prometió llevarme con ella la próxima vez.

Aquí, en este cálido ambiente, mi cuerpo cedió a la música. Notaba la falda de mi vestido volar un poco a cada movimiento. Maman me lo había confeccionado un año antes. Tenía un poquito de vuelo porque me gustaba vestir bien, a la vez sintiéndome cómoda, aunque mi menudo cuerpo se ceñía bien a esas faldas largas y ajustadas que estaban tanto de moda en estos albores de los años cuarenta.

—Una señorita no debería danzar sola en un salón —irrumpió una voz masculina.

Me volví, asombrada por la intrusión inesperada. No había escuchado la puerta abrirse ni el chirriante engranaje del picaporte. Abrí los ojos cuanto me dieron al descubrir a un joven anclado en el umbral de la puerta. No era mi sombra, era él a quien había visto antes. Alto, delgado, me observaba con extremada curiosidad, como si fuese un animalillo fuera de su hábitat. Su rostro, alargado, relajado también, era de frente ancha; unas cejas bien cuidadas enmarcaban unos ojos marrones brillantes y dulces, para nada usuales. Las líneas simétricas, nariz larga, pómulos altos, boca sugerente de labios algo gruesos y mandíbula marcada, desembocaban en un mentón estrecho. Era atractivo, en demasía. Asimismo, el traje hecho a medida, elegante y de corte clásico, enaltecía su encanto, convirtiéndolo casi en inalcanzable.

—¿Y usted no sabe que es de mala educación entrar sin llamar? —Me encaré a él.

—La puerta estaba abierta...

—¿Quién es usted? —lo interrumpí.

—Lucas.

—¿Quién? —Fruncí el entrecejo y entrecerré los ojos.

Ese nombre me sonaba mucho.

Acortó la distancia que nos separaba en dos zancadas. Sus piernas no eran excesivamente largas, mas sí bastante fuertes, ya que la tela del pantalón, al moverse, se pegaba al muslo como una segunda piel. Su seguridad innata en él, su presencia en sí, saturaban la biblioteca sin necesidad de nada más. Fue la primera diferencia en comparación con Álvaro.

—Lucas Hernández de Huría, para servirla. —Inclinó la cabeza a modo de saludo—. ¿No le han hablado de mí? Porque a mí de usted, sí, y mucho, además.

—Ah... puede ser.

—No la veo muy entusiasmada por conocerme...

—Me lo imaginaba de otra manera. —Ya sabía quién era: el mejor amigo de Álvaro.

—¿Puedo saber cómo? —Sus labios dibujaron una sonrisa ladeada y pícar.

—No... —Bajé la mirada, un tanto cohibida.

Jamás un hombre me había mirado así. Ni Álvaro desde mi llegada a Galicia.

—Magdalena, no debe dejar en un «ay» a un caballero.

—¿Sabe mi nombre?

—Le he dicho que lo sé todo de usted.

—Estamos en desventaja.

—Soy Lucas, el heredero de los Hernández de Huría; una familia de banqueros en cuyo poder está BG. Por favor, tuteémonos, nos vamos a ver con mucha frecuencia. —Metió las manos en los bolsillos—. Por tu mirada creo que ansías conocer todo aquello que me refirieron de ti.

—Estaría bien, sí.

—Magdalena Sáez-Ochoa Ruiz; una recién llegada de Francia, de ahí ese acento tan peculiar y su afición a Édith Piaf. Tiene dieciocho años de edad; viene a casarse con mi mejor amigo y hermano, Álvaro. Un matrimonio de conveniencia, pues tu familia está completamente arruinada por la mala sesera de tu padre. Traducido al lenguaje coloquial, eres una moneda de cambio.

—¡Eres un maleducado! —Alcé la voz, encendida. Di un paso hacia

delante por el empuje de la furia.

—No, solo digo la verdad, y, como suele suceder, la verdad duele, y a ti mucho más, por lo que se ve. Tus mejillas arreboladas te delatan, querida. No están tintadas de ira, sino de la vergüenza. Tranquila, Álvaro me lo relató todo en total confianza y nunca más estas palabras saldrán de mi boca, pero debes comprender que me estás retando.

—¿Y tú a mí no?—le espeté con los puños apretados a los lados de mi cuerpo.

—¡Ja! —Se carcajeó, echando la cabeza hacia atrás, así pude observar su abultada nuez—. Desde luego, y es muy entretenido ver cómo te enfadas.

—Insolente...

—¡Uy! Hay toda una fierecilla escondida detrás de esta bella joven; interesante.

—Descarado.

—Me gustas. —El marrón de sus ojos se vio iluminado por un rayo de emoción que también se reflejó en su voz.

—Señorita Lena, doña Herminia la espera en el jardín para merendar.

La voz de Rosario me rescató de esa situación tan chinchosa. Era mi oportunidad de escapar de ese hombre.

—Gracias, Rosario. —Le sonreí.

Era un gran apoyo y una mujer muy fiel. Para mí, era Rosario; nunca la vería una mera criada, porque es una mujer de mundo, como yo.

—Señor, ¿usted se queda? —le preguntó a Lucas

—Sí, por supuesto. —Se giró hacia ella, también con una sonrisa en la boca. Sus ojos volvieron a mí, juguetones, y estiró el brazo dándome el paso—. Detrás de ti, Lena.

—Magdalena.

—Como gustes, Lena. —Me guiñó un ojo, lisonjero.

—¡Buff!

Comencé a caminar un tanto vacilante.

CAPÍTULO 33

Interpretaciones y sospechas

—¡Guau con tu abuelo!

—A esto se le llama entrar como un elefante en una cacharrería —bromeó—. Ahora entiendo por qué tu abuela le tenía manía; no tuvo ninguna deferencia con ella. Yo nunca lo haría.

Me volví hacia él boquiabierto; debía recordarle un par de cosas que estaba pasando por alto:

—¿Puedes repetir lo que has dicho?

—Yo nunca haría eso.

—Lo hiciste —le contesté, a lo que él reaccionó frunciendo el ceño en disentimiento—. Veo que no te acuerdas de la manera en la que me echaste de la playa aquel verano, o cómo me hablaste después del polvo en ese mismo lugar no hace mucho. —Nos sostuvimos la mirada en silencio, lo que me permitió apostillar—: Eres igual que tu abuelo.

Con una sonrisa sesgada, bajó la cabeza. Sí, no se había olvidado, como yo pensaba. Entornó los ojos, que destellaron por las velas cercanas.

—Me acuerdo y, sí, fui un poco brusco aquella primera vez...

—¡¿Un poco solo?! Caray, ¿es que escondes más? ¡Es verdad! Eres peor, porque has sido muy mordaz y dañino conmigo en algunos momentos.

—¡Vale! Claudico. —Alzó las manos igual que si lo fuesen a detener—. ¿Continuamos?

—Continuemos.

Me acomodé sentándome entre sus piernas, con mi espalda apoyada en su

pecho. Deseaba sentirlo cerca.

París, mi querido París. ¡Cómo te extraño! Tus avenidas, bulevares, tus calles, tus paseos, tu gentío, las cafeterías repletas de conversaciones alborotadas, a media voz, o declaraciones mudas en las parejas. Tu aroma, ese que te regala el río que te atraviesa y te riega. La figura esbelta de la Dama de Hierro o tu magnífica Dame; tus edificios, los olores a café, a pan, a bollos o a comida. La rapidez del caminar de tus gentes, de los coches.

Tu algarabía la añoro en esta tranquilidad con la que ahora convivo.

No es algo nuevo, pues siempre llevaré en mi corazón la ciudad que me vio crecer; que me vio convertirme en mujer.

¡Ay! Me sumo más en mis recuerdos para no pensar en Lucas. ¿Qué me está pasando? Desde aquella tarde me he forzado a no tropezarme con él, mas siempre anda merodeando cerca, esté o no esté Álvaro. Encima le dice: «Cuida de mi prometida en mi ausencia». Y lo cumple cual perro guardián. Salvo ayer, pues me hice la indispuesta, por eso no escribí nada. Tenía que ser convincente. Así, me percaté, al no verlo, de que ronda mi mente sin estar presente. ¡Me altera! Me pone nerviosa, me entrecorta la respiración y, como hechizada, solo quiero observarlo durante horas.

Es atractivo de forma diferente a Álvaro. Su sonrisa pícaro se torna en sincera en poco tiempo y muestra al joven muchacho que se esconde detrás de sus trajes, cada cual más elegante. Sus cabellos lucen brillantes a la luz del sol; son de un rubio resplandeciente. Sí, rubio, como predijo aquella anciana. Por eso huyo y me escondo, porque no sé qué es capaz de hacerme.

No me fio de él. De mí.

[...]

Definitivamente, Lucas me trastorna. Siempre. ¡Siempre!

Su llegada ha acrecentado mi soledad. Todos los días espera a Álvaro. Mis intenciones son dejarlos a solas, pero ellos quieren que esté presente. Ver su camaradería, su trato, cómo hablan entre ellos... Me pone celosa, triste, ya que refleja lo que yo perdí. Verlos no me ayuda a calmar la tristeza de la lejanía.

Tampoco el hecho de que Lucas esté pendiente de mis movimientos, incluso de mis palabras, las dichas y las silenciadas. Que me observe como si supiera qué estoy pensando en cada instante, pues, a veces, la comisura de sus labios se estira en una sonrisa sesgada, otras vehemente, sin haber una razón. Nunca se muestra impertérrito a mí.

Lo peor es que, cuando no me mira, lo hago yo.

Para colmo, siempre hay alguien que me quiere llevar la contraria. Ya escribí que todas las noches Álvaro y yo ensayamos nuestro baile. Bien. Ahora, doña Herminia y doña Mariana, madre de Lucas, pretenden que por las tardes, antes del café, haga lo mismo con él. ¡Yo, bailando con Lucas! ¡Vaya sandez! Sí, aquí protesto y vuelco palabras de rabia, aunque... me ha gustado. Hay algo en él, no sé qué es, pero percibo una fuerza extraña que me impele a acercarme. Quizás sea su perfume, aroma más intenso que el de Álvaro; quizá sea su carisma, su seguridad, también el roce de su aliento en mi piel...

Tengo que arreglar este desaguisado, pues es el mejor amigo de mi futuro marido. No puedo albergar ciertos pensamientos por él, solo por Álvaro. Vuelvo a tener miedo. Tengo que alejarme de Lucas.

[...]

Voy a intentar no coincidir con Lucas. Relajarme, recomponer mi mente; comprenderé que estaba errada y no cometeré ningún error.

Espero que Dios me ayude.

Aquella exposición de sentimientos contradictorios, ese anhelar estar a su lado y quererlo lejos al mismo tiempo, sembró en mí ciertas dudas sobre lo que podía venir después. Lo que ocurrió entre ellos. Dudas en cuanto a la relación que pudieron tener. Me quedaba claro que Lucas la había impresionado, y algo me decía que para bien. Tampoco había que estar muy atento o leer entre líneas para comprender que a mi abuela le gustaba. En muchas de sus frases ya lo confesaba: «mirarlo durante horas», «es atractivo de forma diferente» o «me impele a acercarme». Esa conclusión, mejor dicho, ese cambio de rumbo en la historia me había cogido por sorpresa, tanto que no le permití a Pablo que cambiase de página.

—Espera, creo que debemos hablar.

—Está bien, ¿de qué?

—Pues de lo que acabamos de leer, no va a ser de los movimientos de la luna —dije, irónica.

Cerró el diario en silencio, lo dejó sobre un cojín y, encogiendo las piernas, me abrazó fuerte, pegándose más a él.

—Adelante, dime. —Me besó el tatuaje.

Apoyó el mentón en mi hombro; el tacto de su barba me erizó la piel en un pequeño escalofrío que me recorrió y se clavó en mi bajo vientre. Por si no fuera poco, su respiración me acariciaba la mejilla. Puse mis manos sobre las suyas para centrarme, si es que podía.

—¿Te has dado cuenta de lo que le pasa a mi abuela?

—Que le tiene manía —afirmó, rotundo—. No es para menos después de lo que le dijo. Entiendo que no quiera estar a su lado y se invente enfermedades.

Dejé caer la cabeza hacia delante, negando.

—No es eso.

—Tina, ¿adónde quieres llegar? Expílicate, porque lo que veo es que, de aquí a unas cuantas páginas, mi abuelo dirá algo que provocará el odio en ella.

—A mi abuela le gusta tu abuelo —declaré—. Ella misma escribió que lo miraría durante horas; quererlo cerca, después lejos; no fiarse de sí misma... Eso solo lo piensas si la otra persona te gusta, y mucho.

—¿De verdad crees eso?! —preguntó, asombrado.

No, no se había parado a pensar en esa posibilidad. Me moví para encararlo. Tenía que explicarle mi opinión y prefería hacerlo mirándolo a los ojos, ya que, por muy relajados que estuviésemos, esa teoría era bastante extraña, hasta podía resultar difícil de digerir, como para que me tomase a broma. Su actitud expectante me confirmó que esperaba una aclaración, además, noté cierta tensión en sus brazos.

—Puedes estar en lo cierto —reconocí—. Toda esa situación puede desembocar en odio, pero también en atracción, me explico: ella está en un momento complicado; la obligan a dejar Francia con todo lo que eso implica; viene a España; convive con unos completos desconocidos que la cuidan muy bien, es más, la traen entre algodones; llega tu abuelo, le escupe todo lo que sabe y resulta que él no le tiene el mismo respeto que el resto. Tu abuelo es el único que la ha tratado como una mujer adulta. Eso mismo pudo

deslumbrarla.

Entrecerró los ojos estudiando y asimilando mi teoría. Movi6 la cabeza hacia los lados antes de hablar:

—Lo entiendo, aunque no lo comparto. —Se acarici6 la barba bajo su labio inferior—. Estoy convencido de que mi abuelo algo har6 o dir6 para que Lena llegue a ese nivel de odio. A lo mejor es un c6mulo de todo ello.

Asentí clavando la mirada en mi vestido. No estaba tan segura como 6l, porque para llegar al punto de no poder ver a una persona durante d6cadas algo muy grave tuvo que ocurrir. D6ndole vueltas a aquella idea, comencé a jugar con la falda del vestido, sin darme cuenta de que era el foco de atenci6n de Pablo, que, colocando su dedo 6ndice debajo de mi barbilla, me oblig6 a mirarlo. Su mirada había cobrado una intensidad flamígera que destellaba a trav6s de la tenue luz de las velas. Mi cuerpo, si ya estaba caldeado desde el principio de la noche, despu6s de aquel beso, en ese instante chispeaba.

—¿Qu6? —inquirí con voz queda.

No podía sostener por m6s tiempo aquella mirada que me hacía arder.

Me roz6 el labio inferior con la yema de su pulgar.

—Cada día descubro algo de ti que me fascina m6s. —Acerc6 su cara a la mía—. Me encanta ver c6mo analizas, cobras una seriedad muy *sexy*. ¿Y tú y yo vamos a ser compaÑeros?

Me bes6.

Asentí.

—Trabajaremos en despachos diferentes —le recordé entre beso y beso.

—De eso nada. Te quiero en mi despacho, a mi lado.

Al siguiente beso abrí la boca para dejarlo entrar. Nuestras lenguas se enredaron en una trampa de sensualidad en la que la pasi6n era la 6nica sensaci6n posible de experimentar. Poco a poco me fui licuando a cada movimiento m6s exigente de la suya. Separ6 sus labios para continuar por mi mandíbula, el cuello, hasta el tirante del vestido, que, con una lentitud angustiada, apart6. Presa de su deseo, tragué varias veces para dar voz al mío:

—Llévame a la cama.

CAPÍTULO 34

Cuando la verdad te supera

Las primeras luces de la mañana se colaban por la ventana. Había amanecido hacía un rato, pero yo, todavía presa del sueño, no me habría enterado si no fuese por una mano inquieta que se deslizaba por mi pecho, abdomen y bajaba hasta colarse entre mis piernas. Las separé para darle un mayor espacio.

—Buenos días, dormilona.

Gemí en respuesta, escondiendo la cara en la almohada.

—Vamos, despierta, no quiero practicar necrofilia —bromeó con voz enronquecida y sonriendo contra mi hombro.

Pegué mis caderas a las suyas. Él se movió un poco para hacerme partícipe de su erección.

Suspiré otra vez.

Sus dedos se movían diestros; nuestras pieles se confundían hasta convertirse en una, como nuestros cuerpos, que, anhelantes, nos pedían culminar. Con el deseo hirviéndome en la sangre, deslicé una mano por su espalda, anclándola después en su cintura. Cegado por el ansia que se había apoderado de él, retiró rápido la mano de mi interior, me cogió por el muslo y volvió a mí con fiereza. Me tuve que agarrar al borde del colchón con la otra mano, porque, a pesar de estar en posición horizontal, me sentía caer sin remisión en una nada desconocida. Esos instantes de pasión descontrolada, que surgían a cualquier hora del día o de la noche, nos convertían en dos volcanes en erupción; el énfasis con el que nos entregábamos en cada

encuentro superaba la realidad, pues queríamos recuperar el tiempo perdido, y eso se percibía en la urgencia con la que Pablo me tomaba. Sus movimientos continuados, cada vez más firmes, al tiempo que su cálido aliento me penetraba en cada poro, me arrancaron del último residuo de sueño y me empujaron a un mundo lleno de sensaciones que estallaron, haciendo que le clavase las uñas. Todavía temblorosa y jadeante, mi cuerpo volvió a estremecerse cuando sentí cómo él se perdía en mí.

Salió de mi interior mientras permanecíamos abrazados y recobrábamos la respiración. Estuvimos en silencio durante bastante rato; no necesitábamos decir nada, nuestros corazones lo hacían por nosotros a medida que recuperaban su pausado compás. Aun estando detrás de mí, el olor a jazmín, a madera y a almizcle me envolvía, me transportaba a una dulce ensoñación si cerraba los ojos. Pablo estaba ahí para impedírmelo.

—Levantémonos, hay que ir al pueblo a buscar el envío de Rosario — susurró en mi oído.

—No quiero, me has dejado exhausta.

Su pecho vibró detrás de mí. No protesté, no tenía fuerzas para girarme.

—Me voy a duchar, ¿vienes? —insistió. Negué con la cabeza—. Qué remedio, iré solo, pero cuando salga, vas tú. Nada de remolonear más.

Me dio un beso en el pelo y la cama se movió debajo de mí.

Bajamos al pueblo en su coche, lo que me recordó que debía mover el mío.

El día volvía a estar nublado. Nubes algodonosas tintadas de un desafiante color gris amenazaban con descargar todas las gotas de lluvia que portaban. La humedad se hacía sentir, ya que el bochorno era muy molesto, unido a que no corría una brizna de viento, salvo la brisa que producía la velocidad a la que Pablo conducía.

Aparcamos cerca del paseo marítimo y nos encaminamos a la plaza, donde grupos de señores mayores nos miraban con mucha curiosidad; de igual forma las señoras, que salían del mercado cargadas con sus cestas y que, sin disimulo ninguno, nos señalaban y, si alguna no estaba segura de nuestro

parentesco, apuntillaban a la perfección: «*a neniña parécese a súa avoa*»[36], «*calcadiño a Lucas*»[37], «*tienen a quen*»[38] parecerse» eran algunas de las frases que se oían a nuestro paso, debido a que en nosotros reconocían a nuestros abuelos. En determinados momentos entorné los ojos y vi cómo Pablo fruncía los labios aguantando la risa. ¿Qué era lo que le causaba tanta gracia? Esperaría a preguntarle más tarde, sin tanta gente a nuestro alrededor.

Llegamos a la tienda justo cuando se quedaba vacía, lo cual agradecí. No sabía si sería capaz de seguir siendo el centro de atención.

—¡Pablo, cuánto tiempo! Ya no vienes tanto por aquí —lo saludó el dueño de la tienda, del cual no recordaba su nombre.

—¡Hola, Juan! No, no vengo mucho. —Se volvió hacia mí—. Ella es Valentina, la nieta de Álvaro Ulloa.

—Sí, lo sé. Te recuerdo de venir por aquí con Rosario de niña —explicó, dándome dos besos.

—Cierto...

El lloro de un niño no nos permitió continuar con la charla. Una señora, muy cercana a la edad de mi padre, salió con su nieto —o eso me imaginé— en brazos. Rosario la había llamado María. En su rostro se reflejaba la desesperación por no poder tranquilizar al pequeño, que no llegaba al año de edad, pero que ya era largo, con su pelo moreno despeinado y vestido con un pijamita azul.

—Juan, ve a buscar los pañales.

El hombre salió a toda prisa, perdiéndose tras la cortina separadora de flecos. Ella arrullaba al bebé sin obtener ningún resultado.

—¿Dónde los tienes? —se oyó desde la trastienda.

—Sujeta al niño —le ordenó María a Pablo, que, de pronto, se vio con él en brazos.

Pablo, muy nervioso, rígido incluso, lo miraba extrañado, como si nunca en su vida hubiese visto un bebé. Sin querer, esa estampa se quedó grabada de mi mente; nunca había visto algo tan bonito, por mucho que su cara mostrase espanto. Me mordí los labios para evitar soltar una carcajada y asustar al niño, que emitió un quejido que lo alteró más.

—Toma. —Pablo hizo amago de darme al bebé.

—No, quédatelo tú. —Coloqué una mano en su bíceps—. Debes calmarte,

él nota que estás nervioso.

—No se me dan bien los niños.

—Estás muy *sexy* —musité en su oído, y solo logré un bufido nervioso de su parte—. Te sienta bien. Tienes sueño, ¿verdad? —me dirigí al bebé.

Le limpié las lágrimas con el dorso del dedo con mucho cuidado, aprovechando así para acariciar su regordeta mejilla. Lo agarró con fuerza y me miró a través de sus ojitos acuosos por las lágrimas.

—¿Qué hago? —inquirió Pablo, inseguro.

—Cántale o háblale tranquilo —le aconsejé.

No estaba muy convencida de que fuese a aceptar. Se mostraba bastante titubeante, sin embargo, inspiró y comenzó a entonar una nana francesa que me cantaba mi abuela cuando dormía con ella:

Au clair de la lune, mon ami Pierrot / Prête-moi ta plume pour écrire un mot / Ma chandelle est morte. Je n'ai plus de feu / Ouvre-moi ta porte. Pour l'amour de Dieu.[39]

Su voz se convirtió en un susurro sedoso, melodioso, que hipnotizaba el oído. El bebé poco a poco fue calmando sus lloros hasta que suspiró y pegó su naricita a la camiseta de Pablo. Tan ensimismada me tenía, pues sería capaz de pasar así el resto de mis días, que no me enteré cuando el viejo matrimonio se acercó a nosotros.

—¡Lo has conseguido! ¿Cómo? —La alegría iluminaba la cara de la mujer.

—Cantando —espeté.

Pablo le entregó al pequeño sin molestarlo lo suficiente como para alterarlo.

—Aquí tenéis el envío de Rosario.

Ella agrió el gesto para recriminarle a su marido que hablase tan alto. Se despidió de nosotros con un: «Espero veros *moi pronto*[40]».

De camino al coche, no pude callarme más, así que, metiendo las manos en los bolsillos, le tomé el pelo al Pablo:

—Al final no se te dan tan mal los niños.

—A mí no me vuelven a pillar en otra —gruñó.

Puse una mano en su hombro para insuflarle ánimos.

—Bueno, si algún día quieres dejar por un tiempo el banco, anúnciate como canguro; estarías muy solicitado.

—Ya veo que esta mañana te has levantado sembrada.

Su protesta provocó que prorrumpiera en carcajadas, que lo molestaron más. De hecho, durante todo el camino de vuelta a casa mantuvimos el silencio, aunque comprobé cómo poco a poco él se iba relajando. También pudo ser efecto de U2 y su *Elevation*.

—¿Qué te parece si dejamos la caja en la cocina y leemos? —propuso más animado.

—Vale, me parece bien.

No tuvimos más qué pensar. En mi caso quería esclarecer de una vez qué pasaba con mi abuela, y si mi hipótesis acerca de Lucas era cierta o no. Me fui directa a la biblioteca; allí habíamos guardado el diario la noche anterior, a pesar de las ganas que teníamos de irnos a la cama.

Pablo entró frotándose las manos, impaciente.

—Ya nos queda poco para terminarlo. —Calibró entre sus dedos las pocas hojas que faltaban por leer—. Allá vamos:

He estado tres días sin escribir por la prueba que me puse. Quería demostrarme que Lucas no es más que el amigo de Álvaro, que me desestabilizaba porque, para mí, no es más que un desconocido. Un hombre al que nunca vi y cuya presencia solo me ponía nerviosa por ese detalle. Aun estando en Francia, arropada por mis amigas, siempre fui muy cohibida con los muchachos. Tampoco me puedo olvidar de que fue él quien me echó en cara determinados aspectos de mi matrimonio con Álvaro que yo desconocía. Creo que papa et maman, también.

Esas palabras me hirieron mucho. Por el largo y ancho mundo hay parejas que se prometen por un acuerdo consensuado entre sus familias. No seremos los primeros ni los últimos. Entiendo que no le guste que su amigo corra esa suerte o que, tal vez, yo no le agrade como futura esposa de Álvaro. Esto último lo dejó claro.

La misma noche en que me propuse mi reto, tras nuestras prácticas de baile, Álvaro quiso charlar. No me extrañó; desde que retomó sus quehaceres, siempre se interesa por mis días. Era una charla distendida hasta que, con aire jocosos, me dijo: «Lucas me ha dado su consentimiento para casarme contigo». Como si el asiento me quemara, me levanté y lo encaré, censurando sus palabras. Estallé con quien no debía, pero actuó de mensajero. No puedo explicar por qué me dolió

tanto ese comentario, si era porque se reían de mí o porque fuese Lucas quien lo dijera.

Esa noche no dormí, la pasé casi todo el tiempo llorando y extrañando más a los míos. Tenía ganas de escaparme y llegar como fuese a París. No podía. ¿Qué iba a hacer una muchacha de casi diecinueve años? Nada. Solo enfrentarme a la persona que había pronunciado esa frase. Conque lo hice. Días atrás, había escuchado a su madre referirse a los paseos matutinos de su hijo. Me aposté en el acantilado y, cuando lo divisé, fui a su caza y captura.

—¿Cómo te atreves a hablarle de mí en esos términos a mi prometido? ¿No te ha valido con airear los trapos sucios de unos padres a los que no conozco? —Cerré los puños a los lados de mi cuerpo—. ¡¿Qué derecho tienes?! ¡¿Quién te crees que eres?! —

—La fierecilla se ha vuelto a enfadar conmigo y van dos veces. —Levantó dos dedos para enfatizar—. Dos.

—¡Déjate de majaderías!

—¿Álvaro ha logrado enfadarte? —inquirió, metiendo las manos en los bolsillos.

Negué. «¿Por qué le respondo?».

—¡Qué raro! —Sonrió de manera sesgada.

—No me has respondido —dije entre dientes.

—Muy bien, tú te lo has buscado. —Dio un paso hacia delante, acercándose más a mí—. Soy el mejor amigo de Álvaro y siempre le diré lo que a mí me dé la real gana, y hablaremos de ti si nos apetece; respecto al otro asunto, repito, di voz a lo que todo el mundo sabe.

—¡Eres un cretino!

—Y tú, una mentirosa.

Sus ojos marrones me observaron con más intensidad que cualquiera de las otras veces. Me sentí tan indefensa y tan vulnerable que los pequeños restos de miedo desaparecieron para convertirme en una temeraria.

—¡¿Cómo te atreves...?! —

—¡Porque es la verdad! —Alzó la voz—. No soy ningún demente ni estoy ciego. Sé cómo me miras cuando crees que nadie te ve; cuando te confías en que no te veo. He bailado contigo y he notado cómo tu cuerpo se

tensaba para luego temblar como una pluma de ave; se te altera la respiración, huyes de mí, incluso te inventas dolencias que no sufres. ¿Acaso estoy mintiendo?

Me callé. No sé cómo lo ha descubierto, todavía le doy vueltas. No podía atacarlo.

—¿Hablo de ti? Sí, porque...

Los ojos de Pablo se movían cada vez más rápido; sus labios se iban apretando hasta casi desaparecer; su ceño se fruncía más a cada segundo, y yo nunca había visto las líneas que se le formaban tan profundas. La barba fue la sombra que le cubrió todo el rostro. Sus ojos furibundos se clavaron en mí con tal fuerza que me envaré, porque no sabía qué iba a salir de todo aquello.

—Tú has leído esto —aseveró sin preguntar antes.

—¿Qué? —Tuve que parpadear varias veces, no daba crédito a su acusación—. Pablo, sabes que no...

Se levantó hecho una furia. El chirrido de la silla contra la madera del suelo fue un chillido cuyo sonido encogió la casa entera; a mí me atravesó los oídos, me explotó en la cabeza. Furioso, lanzó sobre la mesa el diario, sosteniéndolo con la mano como si temiese que se fuera a escapar. Me sobresaltó. Nunca lo había visto tan fuera de sí.

—¡Tú conocías esta historia! Estoy convencido, la has ocultado y has esperado a que yo me enterase así. —De repente, lo debió de pensar mejor. Se enderezó antes de continuar—: Tampoco quiero, ya no me interesa saberla. ¡Ahí os quedáis ese maldito diario y tú!

En su marcha, tropezó con la silla, que cayó al suelo al mismo tiempo que él salía por la puerta.

CAPÍTULO 35

El dolor de la verdad

Pablo salió de la casa de los Ulloa como viento soplado por el diablo, pues era tal la rabia con la que le bullía la sangre en las venas que, si tuviera a su abuelo allí en persona, le pegaría un par de puñetazos, y todavía no serían suficientes para calmarlo. Solo una palabra repetía su cerebro al entrar en la propiedad de su familia: traición.

Su casa, la que de niño tanto le fascinaba por las historias que le contaba su abuelo, al que escuchaba con pasión, y que quedaban ya muy lejos después de descubrir que no había sido el hombre honorable que él creía que era, sino una persona que escondía secretos tan oscuros que cualquiera podría juzgarlo, como en su momento pudo haber hecho Lena. Eso era lo que más le dolía en el alma, tener que darle la razón a aquella bruja que lo manipuló, que manipuló a su nieta sin escrúpulos y que, en aquellos infernales instantes, se alzaba valedora de la verdad, ya que se podía entender su odio hacia él.

Aquel lugar, donde había llorado la pérdida de su abuelo, se convertía en una cueva en la cual bailaban los fantasmas de un ayer desconocido para él. Tanto que, cuando entró en el salón, solo tenía ganas de tirarlo todo al suelo o arrancarse la piel a tiras para no sentir ese dolor y esa pena que lo iban hundiendo un poco más.

En contra de su voluntad, el móvil sonó. Nadie se había acordado de él durante días y tenía que ser justo en ese instante. A tientas, lo sacó del bolsillo delantero de su pantalón.

—¿Qué?! —gritó a su interlocutor, que ni sabía quién era.

—La hostia, sí que estamos de buen humor.

Bufó desesperado al escuchar la voz de Julián al otro lado de la línea. Para tranquilizarse, se pasó la mano libre por la cara.

—¿Qué quieres? —inquirió, tratando de mantener el poco control que tenía.

—Anunciarte que ya tengo en mi poder el billete del vuelo para Galicia. — Hizo una pausa por si su amigo quería añadir algo—. Porque no hay ningún cambio, ¿no?

—No, joder, ya lo sabes.

—¿Puede saberse qué cojones te pasa?

Pablo se quedó frío en el sitio, ahí, de pie en medio del salón, rodeado por los muebles que lo observaban con ese aire impertérrito que lo cabreaba más y las cuatro paredes que lo asfixiaban. Además, no quería desvelar a nadie la verdad. Ya era suficiente con que Tina lo supiese.

—¿Qué pasaría si me follo a una de las chicas con las que saliste?

—Te cojo por las pelotas y te pateo el culo.

—Ahí lo tienes —se dijo a sí mismo, como afirmando todo lo que pensaba de su abuelo.

—¿Con quién te has liado?

La curiosidad de Julián, que a veces rozaba el cotilleo, lo enervó más.

—Con nadie —contestó entre dientes.

—A mí me falta tener algo con una gallega, es mi reto de este verano.

—Mira, Julián, métete tu puto reto por donde te quepa.

Colgó sin despedirse ni tener en cuenta a su amigo.

Soltó el teléfono, que cayó sobre la alfombra produciendo un ruido seco.

Caminó por el salón más colérico que cuando llegó. Andaba de un lado a otro en busca de sosiego, pero era imposible. No había nada que le permitiese calmar su corazón, que a punto estaba de salirle disparado del pecho. De repente, se paró porque el aire a su alrededor se congeló; el vello se le erizó y, muy a su pesar, reparó en que observaba una vieja foto de su abuelo en la que sonreía a la cámara. No pudo evitar hablarle para, así, soltar parte de su rabia:

—¿Cómo pudiste hacerlo? Era tu mejor amigo, ¿no te valía con eso? Engañaste a todo el mundo y lo sabías. ¿Quién cojones eres?

El desaliento le atravesó las entrañas, le oprimió la garganta dificultándole tragar, incluso respirar. Se dejó caer, cual peso muerto, en el sofá. Miró al

techo procurando no pensar, aunque era un imposible. La imagen idílica que todo ese tiempo había tenido de su abuelo se resquebrajaba, se derruía, y él no podía hacer nada para salvarla. El hombre al que no le importaba tirarse al suelo para jugar a indios y vaqueros; que le enseñó a cazar renacuajos; el mismo que le mostró el amor por el trabajo bien hecho, a luchar por lo que quería y todos los valores de los que se sentía orgulloso, había traicionado a la persona que lo salvó de llevar a su familia a la ruina.

Eso no se lo había enseñado su abuelo: mentir y traicionar.

Se sentía completamente desbordado por lo que había leído.

Se tapó el rostro con un brazo cuando notó cómo las lágrimas se desprendían de sus ojos.

CAPÍTULO 36

La red de una mentira

No me levanté ni corrí detrás de él. No terminaba de comprender a qué se debía ese ataque de ira ni sus reproches hacia mí. ¿Por qué había salido corriendo de aquella manera?

Miré el diario.

Allí estaba la respuesta.

Lo cogí y empecé a leer donde él lo había dejado:

—¿Hablo de ti? Sí, porque no tengo nada más en la cabeza; ocupas mi espacio y mi tiempo, no puedo pensar en otra cosa, no me puedo concentrar en otros temas. Tu nombre pende siempre de la punta de mi lengua.

Lucas abrió las alas de la nariz para respirar hondo, en un intento por calmarse. Fue en vano. Me cogió por el codo y, a grandes zancadas, me arrastró hasta una cueva que se abre en el acantilado. Allí, escondidos, me sorprendió otra vez:

—Te gusto, Lena, tanto como tú a mí. No puedes negar que cada vez que estamos cerca percibes la fuerza de esa atracción que no nos permite estar mucho tiempo alejados, que nos hace buscarnos. —Con su brazo libre, me abrazó por la cintura, pegando mi cuerpo al suyo—. Me has convertido en un temerario que no siente un ápice de miedo a ser descubierto. No estoy loco, mas que Dios me ayude por la locura que voy a cometer.

Juntó sus labios a los míos en un beso apasionado que me hizo temblar,

que destruyó mi mundo por dentro y por fuera.

[...]

Me besó. Desde aquel beso no volvió.

No se ha acercado en días por aquí, sino que fue Álvaro a su casa, hecho que me confirmó que no se había marchado. Tampoco debía esconderse de nada ni de nadie; asumo la culpa. Fue culpa mía. No debí ir detrás de él para echarle en cara sus palabras. De no ser por eso, ese beso no se habría producido. Todo seguiría como estaba, tranquilo, pues ahora ya no puedo mirar a los ojos a Álvaro sin sentir vergüenza de mí misma y pena por él. ¿Cómo mirarlo cuando tu corazón se agita por esa persona que huye? Él, ajeno a todo, continúa mostrándose amoroso; yo ya no le puedo corresponder. Por eso, me siento más tranquila si no está.

Hoy salí a dar un paseo por el riachuelo. Allí, bajo la sombra del abedul, comprendí las palabras de Lucas, la verdad que irradiaban y que yo no percibí hasta entonces: él me gusta mucho, sin saber la razón. Desasosegada, caminé entre la alta hierba; en un arrebato me tumbé y dejé que los rayos del sol me calentasen la piel. De pronto, pasado algún tiempo, sentí que alguien venía hacia mí; caminó por mi lado ignorándome. No me moví, no quería ser descubierta. Con cuidado, separé las hierbas al igual que si se tratara del telón de un teatro. Delante de ellas había un hombre cuya silueta estaba recortada por el aura del sol.

Era Lucas. Parecía abatido, con la cabeza gacha, los hombros hundidos y las manos metidas en los bolsillos. Lo observé con un suspiro en el pecho, los latidos del corazón ralentizados y el aliento congelado en los pulmones. Esperé lo que conté como cinco minutos y me fui.

Allí sobraba. No era lugar para mí.

[...]

Hoy... No sé por dónde comenzar.

Volví al riachuelo a pesar de las protestas de doña Herminia, que achaca mi estado a la morriña, palabra gallega que ya me había explicado Álvaro semanas atrás. Equivale a echar de menos lugares, personas... etc. No es que me apeteciera en demasía, pero fui. Tampoco voy a negar que lo hice con la intención de ver a Lucas.

Mi intuición no me falló. Allí estaba. Solo, contemplando el horizonte color añil, pues el día, no gris del todo, sí lucía por determinadas zonas más apagado; en cambio, la línea donde, a ojos de los hombres, el cielo y el mar se unen, se tintaba de un espectacular azul. Sin embargo, fue él quien captó mi atención por su aire desaliñado: estaba descamisado, descalzo y con las perneras del pantalón remangadas. Su apariencia ya no era la del hombre de negocios; ahora se apreciaba a un joven alto, atractivo, un tanto desvalido. Yo no sabía si podía acercarme o no, pues estaba tan ensimismado que no quería molestar. Conque me quedé quieta en el sitio. Mas, como si se percatase de mi presencia, giró la cabeza. Al verme, alzó las cejas y reprimió una sonrisa.

—¡Lena!

—Hola. —Me decidí a dar unos cuantos pasos hacia él con el corazón en la boca y los nervios anudados en mi estómago.

—¿Qué haces aquí? No puedes andar por estos caminos tú sola.

Me dio la sensación de que quería mostrarse preocupado, pero las líneas de su rostro se relajaron, como las comisuras de su boca.

—Vine a dar un paseo; no va a pasarme nada. —Me mostré segura y despreocupada—. Todo el mundo sabe que soy la francesa de los Ulloa-Castro.

El rostro se le ensombreció al torcerlo sin disimular un ápice su desagrado. No supe interpretar esa reacción, no quería provocarlo.

—De momento no eres de nadie —dijo, apretando los dientes.

—Vivo con ellos —le señalé para que no se olvidase de ese detalle.

Para no continuar con esa conversación, me descalcé, para sorpresa de Lucas. El ambiente me acompañaba: era cálido; el tiempo, bastante caluroso aunque hubiese nubes. Mi intención era meter los pies, pero la frescura del agua me hizo subir la falda y mojarme las piernas.

—¡Puedes caerte! —No me advirtió, me regañó.

—No me pasará nada.

—Terca como una mula —bufó, pellizcándose el puente de la nariz—. Me obligas a meterme.

—Yo no obligo a nada a nadie.

Tenté a la suerte, loca de mí. Nunca debí hacerlo. Caminé por los

movedizos cantos rodados, tambaleante, con cuidado de no perder el equilibrio mientras el agua fluía a mucha velocidad. No sabía que las piedras estaban cubiertas de un tipo de verdín resbaladizo. Una de ellas rodó bajo un pie y, cuando la fatalidad se cernía sobre mí, Lucas reaccionó presto; si no, me hubiese dado un buen baño. Me sujetó fuerte; su brazo, hecho de hierro forjado, se ceñía a mi cintura como una soga. Su agarre era tan firme que a través de nuestras ropas sentía la tensión de su cuerpo. Me levantó en volandas y me sacó del agua. Bajo el cobijo del abedul, me dejó sobre mis pies y me agarró por los hombros para quedar uno frente al otro. Su rostro, siempre buscando una broma, estaba lívido, cubierto por una fina capa de sudor.

—No vuelvas a poner en peligro tu vida, ¿estamos?

—¿Por? —murmuré.

—Porque si te pasara algo malo, me moriría.

Sus ojos marrones destellaron al atravesarlos un rayo de determinación, uno que agitó su interior, y empujado por una fuerza superior, me besó.

Me besó en la boca una vez más.

Mi cuerpo se quedó paralizado; el corazón perdió el ritmo antes de galopar en mi pecho; un millón de mariposas me recorrieron entera desde el estómago hasta mi última extremidad; la sangre se aterió en mis venas durante un breve lapso. Luego, encendida por una cerilla, ardí en mis propias llamas.

Las fuerzas me fallaron tan deprisa que Lucas me abrazó y, aprovechando mi debilidad, metió la lengua en mi boca.

Nos besamos con ardor. Con el ardor del amor.

Nos amamos con pasión.

Somos amantes.

Ahora, con la bóveda celeste oscurecida, bañada por la luz de la luna y las titilantes estrellas cuando las nubes se lo permiten, recuerdo cómo, desnudos, con las ropas arrugadas sobre la hierba, me hizo suya clavándose en mi interior.

Me marcó.

En mi cuerpo está grabada su impronta.

Descubrí el sexo, nombre que le dio, entre sus brazos. Nunca me habían

hablado de ello. Y solo puedo decir que fue un acto de amor maravilloso. Subí a los cielos y descendí con las alas de un ángel. La alegría en aquellos minutos compartidos fue tal que la tristeza que a veces me acompaña se disolvió en esa nada compartida junto a él. Me recreé en cada parte de su cuerpo; con dedos desplegados lo recorrí, carente del vello normal en los hombros; de piel suave, dorada, que brillaba encima de mí. Un deseo abrasador se desataba en mi interior, retorciéndome de placer. Ahogábamos cada gemido para que nadie nos sorprendiera. De repente, una explosión me dejó laxa, igual que a él, que derramó una sustancia caliente en mí.

Quizás era efecto del deseo; quizás era el amor silenciado que había crecido en mí en este tiempo. Ya puestos, debo revelar que aquel día, en el salón, me impresionó y me enamoró. Lucas... Tengo el convencimiento de que él es esa parte de mí que me falta. Aquel día nació algo muy grande entre los dos y desembocó en estos sentimientos.

[...]

Lo sé. Ahora lo puedo gritar: amo a Lucas.

Él es quien disipa mis sombras, mis remordimientos, mis fantasmas, mis demonios. Su seguridad me inunda de confianza. Mi corazón salta de alegría cada vez que lo veo, lo que no ocurre con Álvaro. Hacia él es el mero cariño que se le tiene a un amigo, no ese indomable ardor que te quema las venas y te abre en canal ante la persona que amas. Esa que te hace vibrar con solo traerlo a la mente.

Eso es lo que siento por Lucas.

Con él, mi deseo se despierta cada vez que sus ojos tropiezan con los míos. Un simple gesto, una sonrisa, es suficiente para desear que me bese. En tan poco tiempo me conoce mejor que yo misma. ¿Cómo es posible? Creo, una tontera de las mías, que nuestro vínculo es superior. Es una unión no solo física, sino espiritual, porque Lucas no me pregunta, sino que directamente me tranquiliza; sabe cómo sosegar mi alma inquieta y temerosa, puesto que me duele lo que le estamos haciendo a Álvaro.

¿Qué es el miedo cuando uno ama? ¿Qué es la traición cuando el corazón manda? ¿Quién soy cuándo me diluyo en Lucas? ¿Acaso este amor es un

espejismo? No, no puede serlo, pues no hay lugar en el mundo tan extenso como mi pecho cuando él está a mi lado, abrazado a mí. Si esto es el amor verdadero, sé entonces lo que es morir de felicidad. El amor es la inmensidad donde los amantes entregan sin reservas su ser. Es la sonrisa de estar con él o la tristeza del tiempo agotado que marca la separación. Es un infinito que se origina y se vive por y para el amor mutuo.

Todo ello es Lucas para mí. Es mi jardín secreto, allí donde cualquier planta puede florecer, pues él las cuida con palabras amorosas, con sus férreas promesas.

Lo amo; lo amo con todas mis fuerzas. Sin embargo, los dos sabemos que aún nos queda el peor paso: comunicárselo a Álvaro. Para apaciguarme, me dijo que eso es cosa de él y que lo hará en el momento oportuno.

[...]

Un paseo por las nubes es como puedo definir este romance nuestro. Papa siempre me dijo que tenía mucha imaginación para poner nombre a todo, y en esta ocasión es el único que me surge. Desde aquella primera vez, han pasado ya varios días, o una semana, no estoy segura, en los que nos seguimos viendo en secreto. Y siempre me ocurre lo mismo: con solo verlo, un fuego me sube a la cabeza y me priva de toda razón. En cada uno de esos encuentros acabamos retozando en la hierba. Su olor, entre jazmín y madera, se mezcla con el del agua fresca del río y el de la tierra. Ese ahora es mío.

Cada día me ha enseñado a experimentar y conocer mejor mi cuerpo, acostumbándome así a esa tibia humedad incómoda que siento en mi entrepierna, que me altera y me avergüenza.

—No es malo —me dijo—, es tu cuerpo que reacciona a mi recuerdo y le gusta cómo te toco. Es la excitación del amor; la respuesta física a él. Es lo que me demuestra que sientes lo mismo que yo.

Mas, a veces, hay que continuar con temas que turban la paz de los corazones.

—Tenemos que tratar un asunto, Magdalena.

—¿Por qué no me llamas Lena?

—Ese es tu nombre. —Me besó en el pelo—. Quiero acariciar cada letra que lo compone con la punta de la lengua.

Nunca me han dicho nada similar.

—Atiéndeme, por favor. Estimo que debemos dejar de venir aquí. No quiero que despiertes ninguna sospecha en nadie. Nos veremos...

—No, no, no, eso no, quiero verte, deseo estar contigo...

Me interrumpió tapándome la boca con la mano, con una sonrisa danzando en sus carnosos y cincelados labios.

—Amor, lo haremos, pero tampoco te puedes ausentar así como así. Cualquier simple comentario intercambiado por mi madre y Herminia puede prender la chispa para que se desvele lo nuestro. No quiero que te metas en follones, ni que te tachen de algo que no eres.

—Lucas, no —le rogué.

—Te prometo que iré a verte como al principio, a casa de los Ulloa.

Se puso encima de mí, movido por un arrebató, y me hinchó con su miembro erecto de nuevo.

—No me hagas... —suspiró moviéndose— presionarte.

—Quie... quiero tenerte así... ¡Ah! Siempre.

—Te lo prometo.

Con esa promesa me he quedado y de, momento, la ha cumplido.

Son encuentros rápidos —no pueden ser de otro modo—, pero me gustan. Me hacen sentir mala; el peligro de ser descubiertos aviva el deseo de poseernos. Pero, a mi alrededor, cuando Lucas desaparece, con el único recuerdo de su perfume impregnado en mi piel, todos me miran distinto y es... Eso me da miedo.

[...]

Los días pasan muy rápidos. Lucas me ayuda a escaparme con la disculpa de un paseo, una visita a la playa, adonde se preste, más bien. Es el modo que tenemos de evadirnos de mi próximo enlace con Álvaro. Tampoco presto atención a los preparativos, de los que se ocupa doña Herminia. Siempre que me requiere, ahí estoy. ¡Es mi boda! Mas mi ilusión, esa que les muestro a todos, es fingida. Me refugio en disculpas. A veces, ya anteponen la causa por mí: los nervios. Asiento en silencio. También me entristece por diversas causas: me enteré de que papa et maman no podrán estar. Será padre quien me lleve al altar. Después, Álvaro. Incluso él se muestra más emocionado con todo. No protesta ni

con las pruebas de su traje. Yo, en cambio, veo ese vestido como una mortaja. Lucas me repite que nunca se llevará a cabo, que no me inquiete. Con esa promesa, a veces, concilio el sueño.

Lucas. Pronunciar su nombre, pensar en él me eleva a un lugar nuevo. Nuestros encuentros son cada vez más emocionantes. Llevamos muy mal el separarnos; ya ni podemos reprimir nuestros instintos. Su emoción me contagia, vivo su misma pasión y nuestro amor crece como una rosa entre la nieve que nos rodea, porque somos conscientes—inconscientes a ojos del Altísimo—, aunque cegados por el deseo, de que nuestra unión va a generar muchos malestares. Pero como dice:

—No se puede luchar contra los dictados del corazón.

Su fe, su seguridad, su arrojo en nosotros es lo que me permite continuar, no decaer en el miedo. Lo que más me asombra, todavía, es el estallido de emociones, sentimientos, en cada uno de los besos que nos damos, en el calor de nuestras caricias, en la forma en la que nos entregamos, en el mensaje oculto de nuestros susurros. Todo ese sobresalto son estrellas que se desprenden del cielo y nos bautizan aquí en la tierra, y se quedan presas en nuestras húmedas pieles. Mas todo cambia al verlo marchar.

En ese momento mi vida se transforma, la realidad me golpea y me tengo que acostumbrar de nuevo a Álvaro. Me debo a él. También el desasosiego y el temor más abrupto se cuelan en mi sangre, me abren las entrañas, me parten entera. Algunas noches termino pensando que he perdido la sesera y estoy perturbada a causa siempre de las miradas. ¿Por qué todo el mundo me observa? Si lo hacen más tiempo del habitual, barrunto que saben lo que estoy haciendo. Ya se lo he comentado alguna vez a Lucas, pero él siempre le quita importancia a las cosas.

Lo que no sabe, ni él ni nadie, es que por las noches me despierto entre sudores fríos, amedrentada.

[...]

Hoy fue un día muy extraño, incluso misterioso, porque han sucedido hechos que se escapan a la razón humana; otros, no tanto, porque he visto cómo dos hombres se han retado.

Como todas las mañanas, Rosario me ha ayudado a peinarme. Estábamos

hablando de algunos detalles del enlace; yo dejaba que ella hablase, que contase sus experiencias, pues está recién casada. Entre comentario y comentario, hemos oído el graznido de un animal. Un cuervo. Rosario se asustó, se puso muy nerviosa y tuve que terminar su trabajo. Le pregunté a qué se debía su malestar; me explicó que en Galicia el cuervo es un ave de mal augurio, trae la desgracia con él. Al igual que en Francia: corbeau[41] es muy temido. Recuerdo que el viejo Étienne nos contaba que de niño muchas veces su madre y él no salían de casa por oírlo cantar muy de mañana. Aunque no dejaba de repetirlo, Karol-Ann, Clémentine y yo no lo creíamos, mas, ahora, sin ellas, sí creo.

No me gustó nada.

Incrementó mi miedo a medida que el día avanzaba. Ni salí, como decía el viejo Étienne. Lucas lo intentó, pero no lo consiguió. De ahí el segundo hecho más extraño.

Ya he escrito que doña Herminia me mandaba practicar el baile con Lucas nada más conocerlo. Cuando creía que me caía mal. Hoy a la tarde lo volvió a incitar. Así nos vimos, entre baile y baile. Fue lo que nos permitió estar juntos sin levantar la más mínima sospecha en nadie de la casa. Tampoco es que estuviese yo para mucha fiesta tras la visita inesperada del ave. No le dije nada a Lucas. Él insistía en que le cantase mi foco de malestar. No lo hice, me callé. Su cercanía, solo eso, me calmó un poco. Tenerlo de esa forma tan honesta fue el antídoto que necesitaba. Nos rozábamos lento, nos mirábamos, y nadie intuía que por dentro ardíamos en ansias por besarnos, arrancarnos las prendas y entregarnos a la pasión. Solo cuando nos dejaron solos nos robamos los besos que nos pertenecían; esos que pendían de nuestras bocas. Pero, por un descuido, casi nos descubre Álvaro.

Llegó antes de la hora, por orden de su madre, para que practicásemos juntos. Al entrar en la biblioteca, el ambiente caluroso, pesado, que Lucas y yo generamos, cambió. De repente, se heló. Mi cuerpo, con él. Volvía a estar aterido por los nervios. Los dos amigos se saludaron; después Álvaro se acercó a mí y depositó un casto beso en mi mejilla. Me molestó, a pesar de ser lo que hacía siempre a su regreso a casa. Más alegre de lo normal, tomó el papel de novio. Era el que le correspondía.

El que yo no quería. Así, bailamos. En esos instantes, mientras giraba y giraba en brazos de mi futuro marido, pude ver el rostro pétreo de Lucas; el movimiento convulsivo de su pierna marcaba el ritmo de los latidos de mi corazón, que, si hubiese podido, me habría salido del pecho. La ansiedad se reflejaba en sus bufidos, más que suspiros.

—Álvaro, agárrala con brío. No es una muñeca de porcelana, es mujer, por el amor de Dios. —Lucas se levantó igual que una fiera y de un empujón lo separó de mí—. Se hace así, observa.

No dijo nada, se mantuvo en un segundo plano, al tiempo que Lucas me sujetaba fuerte contra su cuerpo. Percibí la dureza de su miembro, lo que provocó que me ardiesen las mejillas.

Álvaro actuó en consecuencia. Sus maneras cambiaron. Su agarre se hizo más firme; su olor se colaba por mi nariz; el verdor de sus ojos se tornó más penetrante, más intenso, adquirió un brillo que me tambaleó. La música sonó de nuevo, La vie en rose atronaba en la habitación y en mi cabeza. Me sentí un objeto, porque con sus formas insinuaba que le pertenecía.

Ahora, en la tranquilidad de mi cuarto, me pregunto: ¿a quién le pertenezco? ¿De quién soy? ¿Es que acaso tengo dueño? No lo sé, porque allí, encerrados los tres en la biblioteca, sentí cómo el hombre al que amo y el que se va a convertir en mi marido luchaban una guerra silenciada.

No quiero que vuelva a suceder. No lo resistiré.

[...]

Mi alma se ha desvanecido un poco en los avatares de la vida. Mi sonrisa ya no es una sonrisa, sino un mero amago de lo que fue; mi alegría ha dejado de serlo en favor de una tristeza que se va acumulando al paso lento del reloj.

Lucas se ha ido. Ha tenido que viajar a Madrid de improviso. Su padre llevaba un tiempo reclamando su presencia en la capital; él lo desestimaba, mas no pudo prolongar su estancia a mi lado. Es una cuestión de negocios.

Me enteré de buena mañana, cuando fui a su encuentro en la cueva de la playa. Bañados por los rayos del sol, respirando el aroma del mar, me

hizo partícipe de tan triste noticia. Me ha obsequiado con un inesperado regalo. Una versión inglesa de Romeo y Julieta. Me contó que fue un regalo de su cuidadora, una señora inglesa a la que le tenía mucho cariño. Lo he hojeado, y en una de esas hojas había unas líneas marcadas que decían lo siguiente: «Cuando te vi, me enamoré, y tú sonreíste porque lo sabías». Emocionada, lo he guardado a buen recaudo para que nadie lo encuentre. Será él quien me ayude a recordarlo durante su ausencia. Nos despedimos de la única forma que supimos: haciendo el amor. Espero que su aroma, su tacto, el sonido jubiloso de risa, el resplandor de su mirada marrón no se diluyan en esta angustiosa distancia.

Debo admitir que duele.

[...]

Un hondo pesar se ha apoderado de mí. Todo el mundo lo percibe. Álvaro ya no sabe qué hacer ni qué decir para que sonría. Ya no puedo salir de casa, ni al jardín. Allí adonde me quieren llevar me recuerda a Lucas.

No he recibido ninguna noticia de él mientras yo me hundo y mi mundo, en mi contra, gira en torno al enlace. Todos estos días en que no he escrito, mi espíritu ha vuelto otra vez a París. De allí he recibido carta, Karol-Ann contrae matrimonio con un joven notario; me ha pedido que asista a su enlace. Se lo comenté a Álvaro, que alegó no poder ir, lo cual me ha roto más por dentro.

—No es que no quiera —dijo—. No puedo ausentarme tanto tiempo y dejar los negocios.

—Lo comprendo, pero puedo ir yo.

—No —se negó rotundo.

La frialdad de su voz se incrustó en mis entrañas como la fina hoja de un cuchillo.

—¿Por qué? Volvería después de la boda...

—Está mal visto que una mujer casada viaje sola.

—Me has prometido libertad —le recordé, impotente.

—Y la tendrás. —Me observó por encima de los papeles que ojeaba—. Te he dado mi palabra, pero no viajarás sola a Francia.

Tras esa conversación, me he dejado arrastrar por la pena. Me veo impelida a una vida que no quiero, a una vida que no es la mía. Ya no hay

luz en ella, incluso ese pedacito de mi corazón donde habitaba Lucas se va apagando día tras día, pues él también parece haberse olvidado de mí. No tengo fuerzas para seguir escribiendo, solo quiero dormir y que la vida pase.

[...]

Ya han transcurrido varias semanas desde la última vez que escribí.

Varias semanas desde que Lucas se marchó y no he vuelto a saber nada de él.

Menos semanas para casarme, si Dios no lo detiene, con Álvaro.

A veces, tengo pálpitos extraños, dolorosos. Sé, y no sé cómo, que algo acontece en Madrid, y creo que va a ser mi saldo con el Altísimo por mis actos inmorales.

He pecado y debo pagarlo, aunque por dentro esté muriendo.

He pecado y me debo a un hombre al que no quiero.

Los cuervos vienen y van, revolotean y cantan alrededor de esta enorme casona que se ha convertido en una prisión de fría piedra que me separa del hombre al que amo, de mi familia en Francia. Nos estamos acercando a la estación estival y el tiempo está tan mustio como mi ánimo, mi ser, mi alma. Llevo una semana en cama, postrada, solo me levanto cuando viene la modista con mi elegante traje.

Álvaro... Pobrecito, se queda a mi lado. Siempre intenta por todos los medios, de todos los modos, animarme, mas no lo consigue. Por ello, en silencio, me abraza mientras lloro, a la espera de una explicación de Lucas que nunca me llega. Solo lloro en silencio mi dolor, mi congoja, abrazada a él. Y también lloro por él.

Lo engaño.

Ayer, le permití que tomase mi cuerpo. Todo empezó por suaves besos para calmarme y, de repente, estaba encima de mí. En mi interior. Las entrañas se me contrajeron; los ojos derramaban más lágrimas; mi cuerpo estaba estático como una tabla. Me dejé hacer hasta que terminó dentro de mí.

¡Soy mala persona! ¡Muy mala! Él se merece una mujer mejor que yo. Es un buen hombre, su alma no está corrupta, no como la mía. Si me caso con él, ¿algún día aprenderé a amarlo?

[...]

Dos meses hace que no escribo ni una triste palabra en estas hojas. Dos meses en los cuales me he perdido.

Tantos como hace que Lucas se fue y no supe nada de él. Alguna que otra vez he dejado caer mi curiosidad en Álvaro, que no me sabía responder. No dudo que no fuese así. Lo he creído. No es hombre de embustes. Mas, sorprendentemente, esta noche casi me atraganto con la cena, pues doña Herminia ha anunciado su llegada.

¡Está aquí! Y mañana los Hernández de Huría han convidado a sus allegados a una reunión íntima para anunciar una buena nueva.

Seguro que, al fin, Lucas dará el paso del que tanto hablamos antes de su marcha. La conmoción va a ser máxima, sobre todo cuando anuncie en público mi estado de buena esperanza. La única que lo sabe es Rosario. Se ha convertido en mi confesora. La persona de la que puedo fiarme sin que me traicione. Ella fue quien me advirtió de mi estado, pues todo el mundo pensaba que era una indisposición. Ahora, resulta que es un bebé. Nuestro bebé. Porque es de Lucas, puesto que me entregué más a él que a Álvaro, a quien le permito que se acerque, que me arrope, que me acune, que procure calmar mi tristeza, sin pasar más allá. Ocurrió una vez, no más. No es el dueño de mi cuerpo.

No sé si lograré pegar ojo, aunque estoy muy cansada porque los olores y ciertos sabores me revuelven el estómago y vomito a pesar de tenerlo vacío.

Mañana comienza mi nueva vida. Solo le pido a Dios que Álvaro se lo tome bien.

[...]

Estoy aterida mientras escribo, pues hoy he sido vilipendiada delante de todo el mundo sin nadie saberlo.

La noticia que los Huría querían gritarle al mundo es que su hijo se casa el próximo otoño con una inglesa de rostro muy dulce y tirabuzones rubios. En esos instantes, me flaquearon las pocas fuerzas que mi cuerpo retenía y, gracias a Álvaro, que estaba a mi lado, no me he caído al suelo. Entre temblores le rogué que me sacase de allí.

Salimos al frescor del jardín. Una suave brisa arrastraba diversos

aromas, el del mar mezclado con las notas de la dama de noche y las rosas. Gracias a ese perfume pude, poco a poco, junto con la fortaleza que Álvaro me imprimía, recuperarme. Nos sentamos en un banco de piedra fría que traspasó mi vestido, me caló los huesos y congeló lo poco que quedaba de mi corazón, pero no lo suficiente como para no observar al hombre que tomó asiento a mi lado con el temor apoderándose del verdor de su mirada. La luna, su tenue resplandor, lo iluminó. Era una señal, estoy convencida, de que él es mi única escapatoria.

—Te amo, Lena —me confesó con voz temblorosa—. No sé qué dolencia te está afectando, pero sé que no quiero perderte. Tengo miedo y, ante eso, solo puedo decir que no hay palabras para declararte cuánto te amo. Llorando, no por él, sino por la traición que en aquella horrible casa, que se levantaba al borde del acantilado, había vivido, le mentí:

—Y yo a ti, Álvaro. A veces, me asusta. No sabes cuánto bien me hace tu cercanía. —Adolorida, vacía por dentro, abrazando a un hombre al que no amaba, solo por ese hijo que llevo en mis entrañas, le pedí un único favor—: No me dejes, no sé lo que haría sin ti.

—Jamás lo haré, Lena. Jamás, porque ya no entiendo la vida si no estás a mi lado.

Me besó. Me besó con ese arrebató pasional que un día viví en brazos de aquel canalla. Aunque, por mi bien, era diferente. Por mucho asco que me diese la boca de Álvaro, le dejé hacer, una vez más, y lo guie adonde quería. Nos ausentamos lo que quedó de noche, pues entre besos y caricias ardientes —tuve que permitir que sus manos calentaran mi cuerpo— cruzamos la distancia entre las dos casas y terminamos tendidos en mi cama. Ahora, su joven cuerpo, más torneado de lo que aparenta bajo sus trajes, duerme tranquilo boca abajo, con una sábana blanca tapándolo más allá de la cintura, mostrando su ancha espalda de piel blanca como la nieve. Debía hacerlo para que crea que este niño es suyo, así ese vínculo sagrado e indisoluble de la paternidad nunca se romperá. ¿Qué sería de nosotros dos si no lo creyese? Mas no es consciente de que la mujer que lo acompaña es una farsante; no sabe que por sus venas la sangre fluye sucia por el rencor y el odio que le tengo a Lucas. El único apóstol que acusó a María Magdalena de puta.

¡Jamás le permitiré que vuelva a acercarse a mí! ¡Jamás sabrá que es padre! ¡Ojalá sufra como yo lo estoy haciendo desde horas atrás, cuando me asestó su brutal puñalada! Jamás creí que me estaba entregando a un embaucador, a un mentiroso que lo único que *pretendía era aprovecharse de la francesa de los Ulloa-Castro para demostrarse a sí mismo que era una mujer fácil.*

Me arrepiento. No se me concederá el perdón, pero ese ruin tampoco lo encontrará.

[...]

Hoy es la última vez que escribiré alguna palabra en este horrible journal, pues contiene hechos que me destruirían y ocasionarían un gran dolor a mi ya esposo.

Sí, tanto tiempo ha pasado que ayer me casé delante de todos, no sin antes recibir una bofetada de mi madre biológica. Rosario, conocedora de mi secreto, apenada por mi situación, me alentó a comentarle a mi madre lo que había sucedido. Ella piensa que la gente es toda misericordiosa y antepone el amor al bienestar y al estatus de un matrimonio beneficioso. En mi caso personal, lo primero no existe; los segundos, hermanados, pesan sobre mis padres. A medida que lo contaba, con la esperanza de que me sacara de esa casa y me llevase de vuelta a Francia, donde empezar de cero con mi gente, su rostro se enrojeció por la ira y, sin dejarme continuar, me pegó una bofetada. La primera que me dieron en mi vida, pues jamás nadie me había pegado.

—Y otra en la mejilla opuesta para que ahí fuera te vean lozana. —Sin controlar su furia, habló—: Eres una vergüenza de hija. La única que me ha dado Dios, y es la fulana de un banquerucho cualquiera. —Su rostro solo dibujaba una expresión: rechazo—. Ahora solo le pido una cosa: que al menos sepas hacer a tu marido feliz, porque si no, hasta en eso habré fracasado en mi papel de madre.

La pobre Rosario me pidió entre lágrimas mil perdones. No tengo nada que perdonarle, nunca me podría enfadar con quien actúa de buena fe conmigo. Solo espero tenerla siempre. Sé que puedo contar con ella.

De esa guisa me casé. El día más triste de mi vida. El día más feliz en la vida de mi marido.

Me casé bajo la atenta mirada del hombre que me engañó para, meses más tarde, burlarse. Aquella vieja historia, ya que no puedo hablar del ayer, sino de tiempo, mucho tiempo atrás, murió. Ahora, aquella luz que guiaba nuestros corazones, que nos iluminaba, se apagó para siempre en las tinieblas de la nada en la que se ha convertido mi vida. Aquel amor que desafiaba a todos en silencio se hundió.

¿Qué puedo decir? Cada día que amanece el rencor me rasga las venas, me acuchilla las entrañas, abre nuevas heridas a través de las cuales me desangro, pues nunca sanarán; me vacía el pecho, me arrebató cualquier síntoma de compasión. Tampoco se calmará ese dolor de corazón que arrastro y que ahora es tan insoportable que ojalá pudiera arrancármelo, si no fuera por el pequeño que crece en mi interior. Este calvario será mi penitencia, pues procede del pecado. Me prometo a partir de hoy, con la alianza de oro brillando en mi dedo, que el resto de mi vida lucharé contra el amor que siento por ese desgraciado. Mi vida entera se la entrego a Álvaro. Cada día me insultaré por haberle regalado mi amor a quien no se lo merecía. No le deseo ningún mal al *Huría*, *le deseo plena felicidad en su matrimonio; espero que en esa nueva vida saboree en sus labios las hieles que yo ya he paladeado. Me ha enterrado en vida, y yo quiero que la suya se complique tanto que se convierta en una maraña que lo ahorque, mientras yo lo veo, en la lejanía, con una sonrisa en la boca, porque veré cómo se traga el polvo en el que un día me arrastró a mí. No podré alejarlo de Álvaro, sin embargo, haré todo lo que esté en mis manos para que su familia nada tenga que ver con la mía. Mi hijo crecerá con un único padre, que jamás será Lucas, a pesar de saber yo la verdad, y si se entera, espero que me comprenda. A partir de ahora, las riendas de mi vida las tomo yo, con el apoyo de mi marido, y las dirigiré a protegerlos a todos de las vilezas de aquel que se hace pasar por amigo.*

Espero que esta historia desaparezca entre las llamas del horno donde Rosario debe arrojarla.

Cuando mi subconsciente puso la palabra «fin», las lágrimas ya rodaban por mis mejillas; tenía el corazón en un puño al descubrir aquella historia de amor que había vivido mi abuela. ¡Lucas y mi abuela, juntos! Todavía no daba crédito, no había asimilado todo aquello y lo que suponía para las dos

familias, pues había alguien en el mundo que caminaba por la vida siendo pariente de los Huría y los Ulloa, fruto de un inesperado amor al que el devenir de los acontecimientos convirtió en el odio más puro que una persona pudo sentir.

En ese triángulo, pues así era, había otra persona: mi abuelo. En aquellos instantes era con el que más empatizaba, quizás por el cariño que siempre le tendría, también porque había vivido en mis propias carnes tanto la traición como el engaño. Miles de preguntas me asaltaban: ¿qué papel tuvo, al final, en toda esa historia? ¿Alguna vez supo que ese hijo no era suyo? Y las más importantes: ¿cómo se enteró de esa mentira? ¿Le perdonó alguna vez esa traición a mi abuela?

CAPÍTULO 37

El perdón y planes de futuro

*V*erano de 1989

En una tarde apacible del verano gallego, el cielo azul, salpicado de algodonosas nubes, acompañaba al sonido de la marea baja rompiendo en la playa, al zumbido de las abejas, a los graznidos de las gaviotas navegantes en las alturas o la carrera sigilosa de la lagartija entre los recovecos de la vieja muralla recubierta de musgo, recuerdo de aquellos tiempos en los que separaba las lindes entre fincas.

El aroma al café de pota[42], que se colaba por las ventanas abiertas de la gran casona, llegaba hasta la mesa del jardín, situada bajo una enorme parra, de la cual pendían bellos racimos todavía verdes. Protegidos bajo su enorme sombra de los cálidos rayos del sol, dos hombres disfrutaban de la serenidad estival en silencio, pero con mucho que decirse.

—¿Cuándo lo supiste?

Lucas no sabía cómo sacar el tema que se había descubierto hacía más de una década y que nunca se había atrevido a hablar de manera clara con el que todavía consideraba su mejor amigo.

—Desde la primera vez que os vi juntos, aquella tarde en la biblioteca. Hasta un ciego o un tonto se darían cuenta. Aunque creo que fue mucho antes.

Expresar esas palabras exponía la realidad que Álvaro siempre había intentado ocultar a todos; con ella, su secreto mejor guardado, que acalló mientras en soledad se tragaba su dolor.

Lucas bajó la mirada para que Álvaro no viese la vergüenza en sus ojos. Sí, ya era un hombre que peinaba canas hacía años y, por deber, no le debía explicaciones a nadie, salvo a él. ¡Ya había hecho bastante daño! Anquilosado en su hamaca, esperaba los golpes de a quien una vez traicionó.

El reloj se había parado para los dos amigos. Se congeló el tiempo para que las viejas deudas, incluso los viejos rencores, se diluyeran.

—Ella te regalaba los ojos, su sonrisa. Todo. Yo, de repente, era un mero espectador. ¿Piensas que no me di cuenta de su cambio? Claro que sí, pasó de recibirme alegre a no mirarme apenas. Quería darle una muestra de cariño y ella la recibía rígida o la rehuía. —Con la tranquilidad que lo caracterizaba, volcó contra su amigo toda la verdad—. Tú me la arrancaste cuando te dije que me gustaba, y nunca me la devolviste. Solo me dejaste los harapos de la chica que llegó de Francia. Tú te llevaste lo mejor de ella, su corazón, su alma. Todo. Me quitaste al amor de mi vida, porque eso es Lena para mí. Te aseguro que he intentado estar con otras mujeres, pero no me ha funcionado. A veces, hago balance de mi matrimonio y no comprendo cómo Fernando está en este mundo, porque sé que todavía recuerda tus caricias, por eso huye de las mías. Sin embargo, sé por qué mi hijo pequeño nació: porque me lo debía.

—¿Cuándo nos perdonaste?

—No hay una hora, una fecha concretas, solo sé que llegó un día en que dejé de sentir rabia, a lo mejor odio, hacia ti o hacia ella. Bueno, hubo una situación que sí utilicé a mi favor. —Lucas levantó la vista, interesado por la declaración de su amigo—. La oportunidad que me diste de tener tanto poder como tú en el banco.

Lucas asintió lentamente, asumiendo la trascendencia de todo aquello.

—Es justo, después todo, y me parece poco. Solo te agradezco tu perdón, de verdad.

—No debes agradecerme nada. Ya es suficiente con que ella viva en el pasado; nosotros debemos mirar al futuro, por ellos.

Unos alegres chillidos infantiles, que se acercaban a ellos apresurados, aligeraban, a un tiempo, el ambiente entre ambos. Los dos amigos compartieron una mirada llena de intenciones. No necesitaban hablar para entenderse y comunicarse lo que se podía lograr.

—¡Abuelo, abuelo! —Una niña se acercó corriendo a Álvaro, a quien se le iluminó el rostro, antes atormentado. No tendría más de seis años; sus mejillas blancas estaban teñidas de color rosa, debido a la exposición al sol, y sus dos trenzas castañas estaban algo despeinadas—. ¡Mira qué bicho tiene Pablo! —gritó, entusiasmada.

Álvaro se incorporó en su silla, rodeando los pequeños hombros de su nieta, a la espera de ver la captura del niño.

—¿Qué traes? —Lucas, recostado en su vieja hamaca, descubrió lo buen alumno que era su nieto. Sonreía, cual colegial, a la imagen que en un futuro podía repetirse. Ilusión compartida con Álvaro, aunque su alegría era más contenida.

—Un renacuajo —contestó el niño—. Hice como me enseñaste.

El niño rubio, de pelo alborotado y brillantes ojos color marrón, dejó encima de la mesa la mitad de una botella de plástico, en la que nadaba, nerviosa, una mancha oscura.

—¿Todavía recuerdas cómo se cazan? —Álvaro, divertido, se echó hacia delante apoyando un brazo en la mesa, sin soltar a Tina, interesado en la respuesta de su amigo.

—Hay cosas que nunca se olvidan, amigo mío.

Los dos hombres se rieron con ganas, ya que de niños era su mayor diversión, para frustración de los sirvientes de sus hogares.

Hacía tiempo que no compartían unas buenas risotadas. Lo sabían, y eso los hizo aflojar las cadenas de sus corazones.

—Es muy feo —señaló Tina, con su regordete dedito apuntando a la mancha.

—Lo es, pero cuando crezca se convertirá en una rana —le explicó su abuelo.

Tina frunció su naricilla en un gesto de asco.

—Venga, ahora sentaos y a merendar —les indicó Lucas, frotándose las manos.

Su nieto, incapaz de aguantarse, cogió un trocito de bocadillo bajo la atónita mirada de Tina.

—Eres un cochino, eso no se hace.

—¿Por qué?

—Antes de comer hay que lavarse las manos —lo regañó con aire de sabidilla.

Pablo, desconfiado, levantó sus ojitos hacia Lucas, que asentía. Resoplando, el pequeño se encaminó hacia la casa.

—*Miña ruliña*^[43], espera. —Álvaro la paró antes de que siguiese sus pasos —. Prométeme que no le dirás a tu abuela que hemos estado aquí.

La niña, indecisa, alternó su chispeante mirada azul entre los dos hombres que le sonreían con cariño. Asintió y corrió detrás de Pablo.

CAPÍTULO 38

Cicatrices en el alma

Mi raciocinio iba a mil por hora, de ahí que las ideas se atropellasen las unas a las otras, pero, aun así, pude ver cómo mi abuela había cumplido su promesa al separarme de Pablo, a pesar de que las dos familias ya estaban unidas por el banco, algo que no le tuvo que sentar muy bien, y me abocó a una relación de la que salí muy mal parada sin ella saberlo.

Esa noche no dormí, ¿cómo podría conciliar el sueño después de descubrir el secreto más sórdido de mi familia? Difícil, porque me sentía engañada hasta el punto de plantearme haber vivido una realidad que nunca existió. La sensación de ser una extraña en mi propia familia aumentó tanto que me convertí, sin yo quererlo, en un barco a la deriva, ya que aquellos a los que quería, y mantenía vivos en mi corazón y en mi recuerdo, eran unos desconocidos.

Tampoco cené nada sólido. Tenía el estómago tan contraído que me dolía, incluso los costados se me resentían. Fui hasta la cocina sin saber dónde pisaba, con el diario bajo el brazo, a tomar un simple tazón de leche, no sin antes encender la luz del pasillo. El aluvión de emociones encontradas me afectaba en todos los sentidos. No reconocía nada de aquella casa que tantos recuerdos me traía: ni la decoración ni el color, que se mostraron ante mí como un mero escenario que había ocultado la verdad desde hacía años. Su fresco aroma a limpio, a flores, que me había acompañado toda mi infancia, parte también de la adolescencia, cambió, puesto que se insinuaban esas notas rancias que respiras cuando desempolvas algo viejo; además, se había

congelado en cierta medida el ambiente a mi alrededor, lo que lo hacía más palpable. Era un castillo de naipes que se había derruido a mis pies, y el cascarón que dejó me resultaba irreconocible. Nunca más pensaría en ella como una construcción indestructible, el refugio donde protegerme. Los fantasmas del pasado que había desentrañado con la lectura de esas reveladoras páginas aparecieron en forma de sombras por el claroscuro que la luz producía sobre las paredes, las mismas que guardaron durante décadas una historia de amor que jamás compartirían; testigos de cómo dos amantes, escondidos, daban rienda suelta a su pasión mientras ellas ensordecían sus suspiros.

«Es una casa *moi vella*[44], guarda muchos secretos que a veces deja salir». En aquellos momentos, sentada sola, comprendí lo que Rosario me había dicho trece años atrás. Sola, ya que Pablo se había marchado hacía algunas horas y no había vuelto. Dudaba que lo fuera hacer, por lo que tomé la decisión de ir a buscarlo a primera hora de la mañana. Él debía conocer la historia que implicaba a su familia.

Esa noche la pasé revisando todo lo que se había encontrado dentro del baúl: acaricié la portada raída del disco *La vie en rose*, canción amada y, al final, tan odiada por aquella joven en cuyas venas latía el significado de su letra por el hombre que la abandonó. Les puse cara a Karol-Ann Chastain y Clémentine Janvier, sus mejores amigas. El álbum de fotos provocó que se me formase un nudo en la garganta y no pudiera reprimir las lágrimas. Viendo la cara de felicidad de aquellas tres niñas, convertidas, pocas imágenes más adelante, en bellas adolescentes, me hice una vaga idea de lo que mi abuela fue forzada a abandonar al salir de Francia. Los primeros diecinueve años de su vida los tenía delante de mí y se podían resumir en eso: una plena alegría. Conocí a sus tíos, a sus padres de verdad: Didier y Filomena Duchamps, según había escrito detrás de una fotografía suelta. Al estar en blanco y negro, no pude apreciar el color de sus cabellos, sin embargo, no pasaba desapercibido que eran muy guapos, él, más alto que ella, de rostro ancho, mandíbula cuadrada, muy marcada, nariz recta y ojos rasgados. Ella era muy parecida a mi abuela, por tanto a mí, sobre todo en esa nariz respingona que nos caracterizaba. No me extrañaba que los llamase «padres», porque en cada una de las instantáneas quedaba claro que habían formado

una familia. Destilaban amor, cariño, se notaba que adoraban a aquella niña de la que tuvieron que hacerse cargo.

Observando todo aquello, me hubiese gustado saber por ella más cosas, aunque entendía que, pasasen los años que pasasen, le hubiese sido igual de doloroso. Quizás podría equivocarme al afirmar que durante su vida arrastró siempre esa pena. Terminé sentada a la mesa con la barbilla apoyada en las manos y la mirada clavada en las dos muñecas, recuerdo de sus amigas, símbolo de la amistad que, por alguna razón, quiso compartir con su nieta. El amanecer ya tintaba a aquellas horas el cielo a mis espaldas, pues la luz que entraba por la ventana se había clareado.

Física y psicológicamente cansada, fui a ducharme, deseando aliviarme aunque solo fuese un poco, tras haber pasado la noche en vela, dando vueltas a toda aquella historia. Bajo la corriente del agua caliente, me di cuenta de que no podía asumir en horas lo que tal vez necesitaba meses. Todo aquello no era nada sencillo, más bien complejo, ya que me tocaría relatárselo a mi padre, el damnificado más directo, al igual que a Santiago, el padre de Pablo. Decidida a que afrontase su parte en todo eso, a que supiese la verdad de nuestros abuelos, salí de casa mucho antes de que el reloj marcase las ocho de la mañana. No tomé el camino de la playa, sino que fui por el sendero. Avanzaba intentando mantener la calma que me transmitía el día. Los rayos del sol se filtraban entre las nubes coloreándolas de diversas tonalidades, también deshaciéndose de ellas, despejando el cielo. Era la metáfora con que la naturaleza me recompensaba lo que había hecho yo en la tierra. Me percaté del silencio en el que estaba sumida, salvo en determinadas ocasiones en que escuchaba los cantos de algunos gorriones, más acentuados debido a la ausencia de viento, que convertía a los árboles en seres estáticos. El mar, que tampoco susurraba, estaba tan calmo que parecía un inmenso plato color azul. Extraño para ser Galicia, sin embargo, a veces ocurría.

Entré a la finca y la casa desde aquel lateral. Se me presentó más melancólica pese a que sus piedras estaban bañadas por la luz del sol. Aun así, el color grisáceo oscuro, por el musgo, destacaba más que nunca. Parecía deshabitada. Esa era la palabra si no fuese por el coche. A medida que me acercaba, vi la puerta entornada, algo que no me gustó: me recordaba la discusión con Pablo. La empujé un poco y entré. La quietud del exterior se

reflejaba en el interior.

—¡Pablo! —exclamé a la inmensidad.

Fui hasta el salón, vacío, pero se notaba que había estado allí, más que nada por el revoltijo que había dejado tras de sí. Subí a su habitación pensando que, tal vez, lo encontraría. No estaba. Bajé las escaleras muy preocupada. Regresé afuera, perdida. Caminé por el jardín sin rumbo fijo y, de repente, debajo de la parra, encogido en el banco, lo vi. Me acerqué a él a paso rápido para comprobar que estaba bien. Sí, lo estaba. Profundamente dormido. Me agaché; quería contemplar su relajado rostro. Ahí, delante de él, por una vez en mi vida, sin sentir un ápice de miedo, haciendo lo que deseaba, apoyé una mano sobre su mejilla; mientras mis dedos se perdían entre los mechones de su pelo, la yema del pulgar recorrió su pómulos. Esa leve caricia tuvo la intensidad suficiente como para despertarlo. Su mirada marrón, todavía velada por el sueño, me reconoció.

—Tina...

Asentí.

—¿Qué haces aquí tumbado?

—No lo sé. —Elevó la vista hacia la parra. Encogiéndose de hombros, respondió—: No me acuerdo.

Me incorporé y le ofrecí mi mano:

—Volvamos a casa, Pablo —le pedí.

—Toma. —Le extendí el diario—. Cuando lo termines, hablamos.

Lo dejé solo en la habitación, asombrado, recién salido de la ducha y con la toalla colgando de una manera muy *sexy* de sus caderas. Tuve que contenerme para no devorarlo con la mirada. Verlo desnudo era un regalo para cualquier mujer, pero aquel no era el momento para pensamientos, como diría Noa, «lascivos».

Fui a la playa aprovechando el buen día. La marea baja me permitió colocar la toalla cerca de la orilla. Me tumbé al calor del sol, respirando el inconfundible olor a mar, la única cosa en mi vida que había perdurado y, con

su vaivén, casi me quedé dormida. El café que había tomado al desayuno no me había hecho mucho efecto. Por mucho que el cuerpo me pidiese descanso, acabé sentada sin dejar de prestar atención al punto invisible que observaba a mi derecha, que no era otro que la entrada a la cueva. Movida por un impulso o por una fuerza superior, me encaminé hasta allí y no titubeé para entrar; no obstante, mi mente mezcló mis propios recuerdos junto a Pablo con otros que procedían de 1949, en ese encuentro furtivo que había tenido lugar entre Lucas y mi abuela. De repente, el vello de la nuca se me erizó. Pablo estaba ahí.

—Pensar que aquí hicimos el amor por primera vez y que décadas antes nuestros abuelos ya lo habían hecho es... —Tomó unos segundos—. Raro.

—Lo es, como lo fue que me regalases aquella versión de *Romeo y Julieta*. Tu abuelo quería que volviese a su lugar. O eso quiero entender.

—¡Nos utilizó! —dijo, resignado—. Llámame tonto, pero ¿tu abuela sabía inglés?

—Se defendía. Siempre que podía mostraba su rechazo a ese idioma. Supongo que le enseñaría su tío o alguien en Francia.

El silencio cubrió el espacio que nos separaba, cuando teníamos miles de temas por tratar.

—Hay muchas cosas de las que debemos hablar.

—Sí, pero aquí no.

Giré sobre mis pies sin mirarlo. No había una razón concreta, solo que ahí dentro no podía. Fuera, al aire libre, apoyada en unas rocas, comencé lo inevitable:

—¿Lo leíste todo?

—Sí, y «alucinante» se queda corto. —Meneó la cabeza, tomando aire.

—Lo es, todavía no lo tengo asumido.

—Tina, esta historia es imposible de aceptar en tan poco tiempo, ni en una semana, ni tan siquiera en un mes.

—Debemos hacerlo, porque se te olvida que afecta a nuestros padres...

—El bebé.

—Así es.

—A lo mejor pudo abortar —dijo a la ligera.

Oír esa palabra en su voz me desgarró por dentro, porque era un tema

bastante delicado para cualquier mujer, mucho más para aquellas que habíamos vivido en nuestras propias carnes esa gran pérdida. Sin poder controlarme más, regresé a la toalla para sentarme de nuevo. Debía poner un poco de distancia, aunque él me pisara los talones.

—No pudo abortar, porque en 1949 hacía nueve años que el gobierno franquista había aprobado la ley del aborto, a través de la cual se prohibían todas las prácticas abortivas con pena de cárcel tanto para el médico que lo practicase como para la mujer. Eso no significa que no se realizasen, que sí se hacían, clandestinos, sin prevención sanitaria ni antiséptica de ningún tipo — le expliqué con detalle—. También pudo sufrir un aborto natural, pero me da que no ocurrió nada de eso si tenemos en cuenta que el hombre de la fotografía es ese hijo.

—Es Carlos —sentenció.

Volví la vista hacia él, perpleja. Estaba sentado a mi lado con las piernas estiradas y apoyado sobre sus manos. Si estaba nervioso, lo supo disimular muy bien, pues su apariencia era más tranquila que la mía. Pegué las piernas a mi pecho para recobrar las fuerzas tras la impresión.

—¿Carlos? ¿Mi tío?

—El mismo.

—No —negué, rotunda—, lo dudo. Hay por ahí otra persona...

—¿Cómo estás tan segura? —me interrumpió.

—Algo me dice que no es mi tío.

—Pues algo me dice a mí que Carlos también es mi tío.

—No lo creo —insistí, colocando el mentón encima de las rodillas.

Pablo me abrazó y no pude resistirme a apoyar la cabeza en su hombro. En ese instante reparé en qué era lo que llevaba necesitando desde la noche pasada: un abrazo.

—No vale de nada esta discusión —apuntó con la resignación reflejada en su voz—, no tenemos a nadie que nos lo resuelva.

—Te olvidas de que, al menos, hay una testigo de toda esa historia. Rosario...

Su inoportuno móvil sonó, sobresaltándonos a ambos. Se separó de mí para sacarlo del bolsillo del vaquero.

—¿Diga? ¡Hola! ¿Qué tal todo? —Escuchó atento a la otra persona—.

Estupendo, os estaremos esperando. Muy bien, saludos a la familia.

—¿Quién era? —pregunté al ver que colgaba

Alzó las cejas y tragó antes de contestarme:

—Era Alfonso; dentro de tres días ya están aquí.

CAPÍTULO 39

Los únicos testigos

—Creo que debemos esperar —sugerí con los nervios a agarrotados por todo el cuerpo.

—Tina, no puedes echarte atrás, desde que llegaron estamos buscando este momento. —Me recordó Pablo.

Estaba frente a mí de brazos cruzados, cabeza ladeada, el ceño un poco fruncido y la ceja derecha algo enarcada. Mis ojos bajaron a su boca, sus rosados labios formaban una mueca seria, reforzada por la sombra de su cuidada barba. Esperaba una respuesta de mi parte y la quería ya.

—No es buena idea, deberíamos posponer esta conversación...

—Es ahora o nunca. Quiero saber, estoy en mi derecho de saber si Carlos es o no mi tío.

Su postura intransigente, apoyado en la puerta; sus palabras, el tono casi arisco que utilizó, heló el ambiente de mi habitación, que ya era nuestra desde hacía semanas. Nos sostuvimos la mirada y no pude hacer otra cosa que agarrarme con una mano al respaldo de la silla. Cuando se cabreaba o estaba serio, tenía un extraño poder; me hechizaba la fuerza que desprendía. Su atractivo se intensificaba. Mi reacción fue humedecerme los labios con la lengua y a continuación tragué de forma algo ruidosa.

—Toma, llévalo tú. —Le di el diario. Me quemaba y me pesaba mucho para poder hablar tranquila con Rosario.

—Ey, —puso una mano sobre mi hombro—, tranquila, ¿vale?

Asentí. Era lo único que podía hacer, la garganta y la boca las tenía reseca.

Me besó en la frente, fue su manera de darme ánimos. Bajamos las escaleras en dirección a la cocina. Cada nuevo paso nos acercaba a una verdad que iba a ser bastante dolorosa, además de sorpresiva, puesto que cualquier cosa, razón o hecho podía caer sobre nosotros. Para nuestra suerte, allí estaban Alfonso y ella, cada uno a lo suyo. Entramos cogidos de la mano, así íbamos algo más seguros. Al menos yo, porque en cualquier momento las fuerzas me flaquearían.

—¿Podemos hablar con vosotros? —inquirió Pablo, adquiriendo el papel de líder.

Su tranquilidad, más impostada que real, me permitía controlar los temblores que amenazaban a mi cuerpo.

Rosario giró la cabeza hacia atrás y se fijó nada más que en el diario. Se quedó impávida, en cuestión de segundos una extraña palidez cubrió la piel de su rostro, igual que si un fantasma se le apareciese. Eso era el diario, un fantasma que rodeaba a todos, a unos más que a otros, que por fin quedaba al descubierto arrastrándonos a todos con él, pues nadie quedaba impune a sus secretos. Alfonso, por el contrario, cuando se percató, asintió como si fuera su deber explicar lo allí escrito. Su postura reposada no varió en todo ese tiempo. De hecho, corrió la silla que estaba a su lado para que su esposa tomase asiento. Así lo hizo, en completo silencio. Pablo tiró de mí, debía sentarnos también.

El pasado, el presente y un futuro incierto se establecieron cada cual en su sitio. Era la primera vez que se miraban a los ojos sin intuir qué iba a salir de todo aquello.

—Preguntad lo que queráis, os contaremos hasta donde sepamos —anunció Alfonso, con una seguridad apabullante.

Me dio la sensación que esperaba ese momento desde hacía mucho tiempo. No podía decir lo mismo de Rosario, que retorció el paño entre sus manos sin levantar la cabeza.

—Sabemos que Lena y mi abuelo estuvieron juntos...

—Se enamoraron nada más verse —rompió su mutismo.

—Un flechazo —comenté.

Ella asintió.

—*Foron dous*[45] o tres semanas, ¿verdad? —Miró a su marido para que la

corrigiese.

—Más o menos.

—En ese tiempo discutían, no se hablaban y terminaron amándose con todo el corazón y la pasión con la que solo los jóvenes viven.

—El abuelo estaba dispuesto a darlo todo por Lena. —Pablo se echó hacia delante entrelazando sus manos, mientras el diario reposaba a un lado de la mesa.

—Sí —afirmó Alfonso—, pero tus bisabuelos, viendo que su hijo no asentaba por sí solo la cabeza, le concertaron un matrimonio, como se había hecho con Álvaro. Así fue como apareció Adelita.

—Para Lena fue una traición, una puñalada a sangre fría, porque se vio abocaba a un matrimonio con un hombre al que no quería como amante. Además, estaba encinta... —Rosario respiró entrecortado, negando con la cabeza, debido a la emoción que le producía revivir aquello—. Lena se casó con Álvaro, embarazada de Lucas. El mismo día del enlace, mientras la ayudaba a acicalarse, la animé a que se lo dijese a su madre; ella, *pobriña*[46], confiada, se lo confesó. Allí estaba yo, en una esquina, escuchando todo. La reacción de tu bisabuela fue muy dura. *Aínda*[47], se me rompe el corazón al recordar cómo resonó aquella bofetada y aquella frase: «Eres una vergüenza de hija. La única que me ha dado Dios y es la fulana de un banquerucho cualquiera». Se fue dando un portazo; yo consolé a tu abuela, lo que no sabía era que no me había desecho de ese diario.

Sus tristes ojos eran los espejos de la desolación, también de la culpa. Se me rompió un poco el corazón, Rosario, esa mujer alegre, estaba destrozada.

—¿Y el abuelo? ¿Se enteró?

—Valentina, que tu abuelo fuese un hombre callado, a veces parco en palabras, no significa que fuese tonto —destacó Alfonso, tamborileando los dedos sobre la mesa—. Lo sabía.

—A día de hoy me preguntó cómo enseñó a Lena a quererlo de nuevo.

Aquellas palabras de la mujer que tenía enfrente, me dieron a entender a todo lo que se tuvo que enfrentar mi abuelo, ya que no hay nada más peligroso que los temas del corazón.

—Entonces, ¿la relación entre ellos dos se cortó?

Pablo miraba al viejo matrimonio interesado en todo lo que contaban.

—Nunca —le respondió rápido Alfonso—. Verás, en aquel tiempo, las empresas de los Ulloa aquí funcionaban muy bien. Mis dos amigos se veían muy poco, hasta que todo dio un giro, una mala inversión de tu abuelo, a la vez que Álvaro, muy bien asesorado, con el apoyo también de Lena, decidió cerrarlas. Se habían convertido en un agujero negro de pérdidas económicas. Álvaro, cuando Lucas le pidió ayuda, no desaprovechó el momento y entrar en el banco fue su manera de vengarse. Se apoderaba en parte del mundo de tu abuelo de tal forma que nada podía hacer Lucas sin su consentimiento y para Lena fue un duro golpe.

—Me acuerdo que fue una época de muchas discusiones entre ellos. Nunca se lo perdonó —me refirió Rosario—. Siempre que podía le echaba en cara que había tomado esa decisión sin contar con ella.

Entrecrucé los pies con las patas de mi silla. Los cuatros estábamos eludiendo aquella otra cuestión que ya hacía rato había salido a relucir, sin embargo no le prestamos atención. Iba a poner sobre la mesa la pregunta del millón, esa cuya respuesta era fundamental para las dos familias.

—El bebé. —Empecé titubeante cuando tres pares de ojos se posaron en mí—. El hijo de Lucas y...

—¿A estas alturas no lo sabéis?

Esa respuesta a la gallega de Alfonso, puso tenso a Pablo. Tanto que no supe si de forma inconsciente o consciente, su pierna derecha se movía debajo de la mesa, nerviosa. El ruido de la suela de su tenis se refleja en el golpeteo de mi corazón. Para no dejarme llevar por ese desasosiego, apoyé mi mano en su muslo. Mi tacto lo tranquilizó, en parte.

—Carlos es vuestro tío —aclaró al fin Rosario.

Pablo y yo compartimos una mirada de auténtico estupor. El marrón de sus ojos atrapaba todos los haces de luz que procedían de la ventana, brillando un tanto asustados y perplejos. Esos mismos sentimientos embebían en general su rostro. A tientas, buscó mi mano. Agradecía sentirlo, tenerlo cerca.

—He conocido a tres Huría —prosiguió Rosario con una sonrisa triste en los labios— y nunca vi a tres hombres tan iguales como Lucas, Carlos y tú.

—Muchacho, contigo, mi buen amigo sigue aquí, entre nosotros —señaló con su índice a un Pablo que perplejo sonreía, porque no sabía muy qué hacer—. Te veo y lo veo a él, ese ímpetu, esa *maneira*^[48] que tenía de tomar las

decisiones. Me lo demostraste cuando ella enfermó. Estoy por asegurar que la amas como tu abuelo amó a Lena.

Bajé la mirada, sintiendo las mejillas arder, mientras Pablo apretaba mi mano en afirmación a aquellas palabras.

—Barajamos esa posibilidad entre otras. Entonces —cogió el diario y entre sus hojas buscó la foto—, ¿este hombre es Carlos?

Les extendió la foto. Alfonso sacó las gafas del bolsillo de su chaqueta, pero Rosario ya estaba asintiendo.

—¡Claro que es vuestro tío! —exclamó él riendo—. Era un polvorilla, listo como una ardilla.

—A veces, cuando la casa está en silencio, me parece escuchar sus pisadas firmes, entrar en silencio en la cocina para asustarme y el cabrito lo sabía. —Suspiró perdida en sus recuerdos—. Su físico era de Lucas, su personalidad era la de Álvaro. Lo adoraba.

—¿Se enteró de esta historia? —inquirí con tiento.

Era un tema delicado que, la verdad, no sabía cómo tratar.

—Sí, y de la forma más dura posible.

Rosario chasqueó la lengua negando con la cabeza. Miré a Pablo asustada, pero él estaba pendiente de ella.

—¿Cómo?

—En el hospital. —Se limpió los ojos con el trapo antes de apoyarlas sobre la mesa—. No sé qué te contaron en tu familia sobre Carlos.

—Nada, era el hijo mayor de los Ulloa.

—Carlos, ¿qué *podo* contar de *meu pequeno*?[49] Era guapo, muy buena persona, con esa sonrisa pícara bailando en su boca, aunque pareciera travieso, no lo era mucho. Era bastante tranquilo. De *rapaz* tuvo una vena rebelde, siempre nos decía que de mayor viajaría por todo el mundo. Nunca dio un problema a su familia. Era muy brillante en los estudios. *Foi*[50] a la universidad y al terminar, habló con Álvaro y Lena para decirles que quería viajar. Ya había ido a Francia con ellos, pero quería ir solo, con su moto. Se lo permitieron. ¿Te acuerdas adónde *foi*?

—*Non*. Sí *recordo* sus cartas[51]. Eran interminables, lo contaba todo. Tu abuelo decía que tenía alma de escritor.

—A su regreso, Álvaro le comentó que escribiera un libro con todo lo que

vivió, lo que vio, porque podía ponerse en contacto con una editorial, creo que el dueño era cliente del banco. Lo escribió aquí. Se quedó con nosotros todo ese tiempo. Y se publicó. Viajó varias veces más, hizo nuevos libros. Preparando un nuevo viaje, tuvo un fatal accidente. Estuvo en coma varios días. Nos quedamos desolados, las noticias de los médicos no eran positivas, así que Lena, en un último intento de valor, le confesó que su padre era Lucas.

—¿En todo ese tiempo no coincidió con mi abuelo? Es que es imposible. — Pablo, abrió los brazos, se encogió de hombros, como si fuese obvio. No se lo creía.

—No le interesaba el banco. Pasaba más tiempo viajando que en casa y regresaba por las mismas fechas, hacia el invierno —explicó Alfonso.

—Lo que no sabía, era que Carlos había salido del coma esa madrugada — aclaró Rosario.

—Vamos, que se enteró —remarqué por si quedaba alguna duda.

—Sí, y la echó de la habitación. Desde aquella no quiso volver a saber nada de su madre.

—¿Mi abuelo lo supo?

Pablo estaba tenso, muy tenso. No solo porque sus bíceps rompían casi la camiseta, sino por la rigidez de su cuello. En un intento por calmarlo, lo cogí de la mano. Él ni cruzó una mirada conmigo, no era necesario.

—Sí, porque él tuvo el coraje suficiente de hablar con Álvaro, no sé qué hablaron...

—El muchacho le pidió a Álvaro *coñecer*[52] a Lucas —contó Alfonso—. Hablaron largo y tendido de esa historia, Álvaro cumplió su palabra y me dijo que cuando se vieron la consternación de ambos se adueñó del ambiente de la habitación. Fue él quien los presentó. A esa visita le siguieron muchas más, los tres se unieron mucho. Podemos pensar que vuestro tío podía reprocharle algo a su padre adoptivo, porque lo fue, jamás le pidió una explicación. Era un hombre de mundo, donde unos censuraban, él meditaba. Una semana antes de salir del hospital, le pidió a su madre un último favor, contarle de propia voz, delante de ellos tres, la historia. La rebajó más abajo del fango. Fue la última vez que madre e hijo se vieron, que a mí me conste.

—¿Cómo puede ser que cargase contra la abuela y al abuelo no lo atacase?

No lo entiendo.

—Tu abuela fue la que mintió a todo el mundo, la que hizo pasar a Carlos por hijo de tu abuelo y no lo era. Lucas y él fueron las primeras víctimas, después su hijo.

—Sus mentiras no terminaron ahí. —No me pasó desapercibido que Rosario tenía ojos puestos en nuestras manos unidas—. Sé que ella lo amañó todo para separaros aquel verano.

Fruncí el ceño y abrí la boca todo lo que me dio por aquella revelación sin previo aviso.

—¡Te lo dije! —Pablo pegó un puñetazo encima de la mesa irritado.

—¿Cómo? —hablé sin apenas aliento.

—Escuché la mentira que te contó —señaló a Pablo.

—Lo dices ahora...

—Tu abuela me amenazó. —Lloró, disgustada—. No podía contároslo sin que ella se enterase.

—No sabes de lo que era capaz tu abuela, Valentina —me avisó Alfonso.

—Todo este tiempo lo sabías. —Furiosa me levanté y arremetí contra ella—. Me viste tirada en el suelo de la biblioteca ahogada en mis propias lágrimas, escuchaste todo lo que le llamé a mi abuelo...

—Tina, tranquila.

—¡Y una mierda tranquila! —grité. Las lágrimas brotaron de mis ojos—. Tenías en tus manos las llaves de mi felicidad... Nunca lo pensé de ti, pero eres tan ruin como ella.

Salí de la cocina y me dirigí al jardín, justo al borde del acantilado, allí donde el viento golpeaba fuerte. Era tal la frustración, el cabreo, que tenía unas horribles de arrancarme la piel a tiras para no sentir la impotencia, las ganas de gritar y sacar la ira que me corroía. Me cubría la cara con las manos, no dejaba de llorar por mucho que lo intentase. Nadie sabía lo que suponía saber que tu abuela te había mentado delante de tus narices, la creí sin dudar de sus palabras. Trece años después, y varios de su muerte, me enteré que fui una mera marioneta para que no continuase con Pablo, por el simple hecho de ser un Huría, nieto, además, del hombre que la traicionó a ella. Solté un pequeño grito que quedó amortiguado en mis manos, en el mismo momento que otras me cogieron por los hombros.

Me separé de él bruscamente.

—Tenías razón ¿vale? ¿Era lo que querías escuchar? Pues ahí lo tienes, ahora haz una fiesta.

—Nadie va a hacer una fiesta de esto, pero tampoco te las puedes dar con Rosario.

Me volví fulminándolo con la mirada y los puños estaban a los lados de mi cuerpo, tan apretados que notaba como me clavaba las uñas.

—¿Ah, no? Ella sabía todo este tiempo lo que mi abuela había hecho y dicho, sí podía haber solucionado algo, cualquier palabra, cualquier cosa. — Lágrimas de rabia me barrían las mejillas—. ¡Nadie puede comprender lo que viví, nadie sabe lo que no es poder curarte de la persona que amas!

Pablo respiró profundo, elevando el rostro al cielo. El viento alborotaba sus cortos cabellos, a medida que él cogía fuerzas. Después, sus ojos volvieron a mí gélidos.

—Estás cabreada con tu abuela, no con Rosario.

Acortó la distancia que nos separaba en una zancada. Su rostro impasible era pétreo, no había una fisura en la que descubriese como se sentía.

—Ella no tiene la culpa de que tu abuela nos mintiese; la tenía amenazada, Tina, debemos comprenderlo, la tenía amedrentada. Si a alguien debemos pedirle explicaciones es a Lena; ella ya no está entre nosotros y me niego a ir a un cementerio a gritarle a una lápida, porque es la mayor tontería. Ahora que tenemos todo el tiempo del mundo para retomar nuestras vidas allí, en el lugar en el que se quedaron congeladas. Está en nuestras manos ser felices, ya que ella no puede impedirlo. —Me rodeó el rostro imprimiéndome la calidez de sus manos a mis húmedas y frías mejillas. Me besó en la comisura en la comisura de los labios—. Rosario no tiene la culpa de aquello.

Tenía razón. Con quien estaba enfadada estaba muerta, de lo contrario, hubiese reaccionado como mi padrino. Estaba segura. Aun así, la furia me quemaba por dentro.

Pablo miró por encima del hombro.

—Ahí viene, disgustada. —Reforzó su agarre—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Me besó tres veces, contadas, hasta separarse a un lado. Entonces vi a una abatida Rosario que se acercaba a nosotros. Verla en esas tesituras, por algo

que no hizo, me dolió.

Nos fundimos en un fuerte abrazo sin decir palabra. No era necesario, cuando se quiere bien y de corazón como me quiso desde que nació.

CAPÍTULO 40

Las verdades desconocidas y toma de decisiones

Esa misma tarde nos pusimos en contacto con nuestros padres para pedirles que viniesen a Galicia. Llegamos al acuerdo de que no entraríamos en detalles ni daríamos una razón, sin embargo, no pensamos en que eso los dejaría bastante preocupados, como así ocurrió. Por otro lado, era normal; aquel tema tan delicado había que tratarlo sentados cara a cara, no por teléfono.

Acostada en la cama, en la oscuridad de la habitación, hice recuento de todo y de cómo debíamos transmitirlo, puesto que las vidas de Santiago y de mi padre iban a cambiar. Se formularían preguntas y, de algún modo, se lo replantarían todo, aunque se esclarecieran viejos asuntos que estuvieran enquistados. Una nueva vida se abría ante ellos; una vida procedente de un engaño que, sin querer, los convertía en víctimas de la mentira que las dos familias vivieron. Me daba bastante miedo, respeto también, la reacción de mi padre, pero tenía que enfrentarme a ella, me gustase o no. Tanto uno como otro eran partes implicadas, al igual que Pablo y yo.

Pablo.

Suspiró sobre mi pecho. Se había quedado dormido ya hacía rato. Yo aprovechaba para acariciarle el pelo, mi nuevo modo de relajarme ante los acontecimientos que irremediabilmente se avecinaban. Siempre, por algún motivo, me sorprendía. Ese día no había sido menos. En la playa me hizo

partícipe de que, si se encontrara en un caso parecido al de su abuelo: «No os dejaría jamás, porque es una parte de mí». Esa confesión habría sido una más si no fuese porque la hizo con sus manos colocadas sobre mi vientre. Esas palabras no me pasaron desapercibidas, ya que la intensidad con que las enunció se me clavó en el corazón.

—Tina —pronunció mi nombre en sueños.

Le di un beso en el pelo; en respuesta se abrazó a mí más fuerte. ¿Qué estaría soñando?

Esa noche tampoco dormí; la mañana no fue mejor. Intenté por todos los medios ponerme en contacto con mi padre o con Alicia, pero me fue imposible. A Pablo le pasó otro tanto de lo mismo, incluso confirmó que no tenían reuniones importantes. Nos pusimos tan nerviosos que no reparamos en la posibilidad de que estuvieran viajando hasta que los tuvimos abrazados a nosotros esa misma tarde. Saludé a sus padres con los nervios azotándome por dentro, las manos sudorosas y temblando como una hoja. Ese estado se debía a que nunca había tenido mucho trato con ellos. Como si lo hubiese tenido: estar con Pablo lo transformaba todo. Me tranquilicé cuando abracé a mi padre. Hacía bastante que no nos concedíamos ese simple gesto, y así, entre sus brazos, me di cuenta de que lo necesitaba a mi lado mucho más de lo que pensaba, no solo por el diario, que me mostró la suerte de tenerlo a mi lado, sino por todo lo sucedido en mi vida. ¿Cómo le decía que estaba en tratamiento? No podía darle esa noticia para no contarle la causa; también era mi forma de ahorrarle un disgusto.

—Te he echado de menos, papá.

—Y yo a ti, hija mía. —Me separó de él cogiéndome por los hombros—. Te encuentro mejor.

—Lo estoy.

Sus ojos verdes, similares al turquesa, y esa manera tan suya de mirarme, a veces parecida a la de mi abuelo, me encogió el alma. Sentí un pinchazo en el corazón que me agarrotó la garganta. Si no me controlaba, acabaría llorando. Me salvó saludar a Alicia y que Rosario nos avisase para merendar en la mesa del jardín. A medida que caminábamos, me percaté del extraño corrillo que los recién llegados habían formado. Quizás me estuviera volviendo loca, no lo ponía en duda; eso, o la posibilidad de que se fijaran en que entre Pablo

y yo había algo que se hacía más palpable. Me quedó claro al sentarnos: Isabel estaba atenta a los pequeños detalles de su hijo conmigo. Pablo estaba ajeno a todo, muy lejos de mis pensamientos; el movimiento de su pierna me reveló su nerviosismo. Normal, estábamos dilatando el momento, no obstante, aprovechó una pequeña pausa en la conversación para comenzar con lo que nos interesaba:

—Os hemos llamado porque tenemos que contaros algo.

—Lo sabemos —sentenció automáticamente su madre con una tranquilidad apabullante.

—¡¿Ah, sí?! ¿Y qué opinión os merece?

«¡¿En serio no se está enterando?!», exclamé horrorizada para mis adentros, mirándolo.

—Nos alegra —le respondió, sonriente.

—¿Cómo?

La reacción de Pablo no fue otra que envararse en la silla. No, no se enteraba de nada.

—¿Y este va a dirigir el banco? —Lo señaló su padre hablando con el mío.

—Eso parece —apuntó sin perder la oportunidad de guiñarme un ojo, asintiendo.

—Iba siendo hora de que encontrases a una chica como Tina...

—¡¿Qué?!

—Vamos, hijo, que antes que tú ya pelé la pava con tu madre, y se te nota.

—¡Buah, papá, ¿cómo dices eso?! —Pablo, avergonzado, se recostó en la silla, colocando la mano abierta en la frente. Parecía que quería esconderse.

Tragándome mi propia timidez por la situación, intervine para encarrilar la conversación:

—Esa no es la razón por la que os llamamos. Son Lucas y Lena.

—¿Vuestros abuelos?

El asombro de mi padre era obvio, además, se tensó al escuchar el nombre de mi abuela. Solo se refería a ella si era necesario.

—¿De qué se trata? —Santiago mantenía su buen humor.

—Hemos descubierto que de jóvenes tuvieron un romance.

Dos hombres se clavaron en sus sillas, como si les cayesen piedras del cielo, ante el impacto de la noticia. Tuvieron que pasar unos segundos antes

de que las reacciones comenzasen:

—No podéis afirmar eso a la ligera, con todo lo que supone. Tenéis que saber muy bien qué decís. —La cautela se apoderó de Isabel.

—¿Y cómo lo sabéis? Os veo muy seguros, y ni Lena ni Lucas están aquí para confirmarlo o negarlo...

—¿Qué tontería es esa? —La negativa iba implícita en las palabras de mi padre. Lo entendía, no podía recriminarle nada. Aquello era complicado de entender.

—Papá, atiende, te llamé...

—No hagáis caso, nos están tomando el pelo —recalcó sin humor.

Iba a contestarle, pero Pablo me detuvo agarrándome del antebrazo. Parecía que buscaba el momento oportuno para contraatacar.

—A ver, escuchemos qué es lo que tiene que decir —pidió Santiago.

—Gracias, papá —le dijo algo más tranquilo que yo—. No diríamos nada de esto...

—¡No es el día de los Santos Inocentes!

Cansada del espectáculo que daba mi padre, me levanté y fui a buscar a Rosario, bajo la estupefacción de todos. No iba a permitir que nadie pusiera en duda nuestra palabra, menos ese cabezón. Esa noticia ya era suficiente jarro de agua fría para que él lo hiciese más difícil y no nos permitiese explicarnos.

—Rosario, por favor, cuéntales todo lo que sabes. Espero que no dudes de ella —le solicité, apelando a su cordura.

Esperaba que así fuese, pues me fijé en cómo la presencia de Rosario le impedía seguir en su reiterativa negación y no le quedaba más remedio que atender, aunque solo fuese por el respeto que siempre le había tenido.

La anciana, haciendo alarde de su mejor carácter, refirió toda aquella historia que Pablo y yo conocimos por el diario. No dejó ningún detalle en el tintero, incluida la paternidad de mi tío. Durante los minutos que duró su relato, centré toda mi atención en mi padre. Poco a poco se iba poniendo más pálido; no era para menos, su historia familiar se estaba resquebrajando. Pablo y yo, cogidos de la mano, pudimos relajarnos un poco.

—Por eso rompió todo contacto con la familia —supuso Isabel de manera un tanto acertada sobre mi tío.

—Qué duro tuvo que ser enterarse de todo eso y en esas circunstancias. — Alicia rompió su mutismo—. Debéis ir a buscar a vuestro hermano —los alentó, cogiendo a mi padre del brazo con brío.

—Carlos, mi hermano —pronunció sin aire Santiago, más para sí mismo que para el resto.

—¿Qué sabemos de él?

Isabel había tomado el mando de la conversación, de la situación en general, poniendo la mente fría. Incluso se olvidaba de nuestra presencia.

—Nosotros dos, nada —declaró Pablo, lo cual era verdad.

Mi padre suspiró. Se movió en la silla, incómodo; echándose hacia delante, cabizbajo, separó el vaso y entrelazó las manos encima de la mesa.

—Está en Nueva York, creo que se casó y tuvo una niña. No me hagáis mucho caso, me lo contó hace tiempo mi padre. Era con el que mantenía contacto esporádico.

—Marchémonos a Nueva York, entonces —soltó Isabel, resuelta.

A la vez, nos envaramos en la silla. Ninguno de los presentes contábamos con esa propuesta.

—No es tan fácil, Isabel —contestó su marido sin perder la serenidad—. No podemos aparecer en manada las dos familias, sería muy intimidatorio. Si queremos hacerlo bien, tiene que ir una avanzadilla.

Cuatro pares de ojos se clavaron en nuestras figuras. Nerviosa, comencé a negar con la cabeza. Eran ellos, sus hermanos, quienes debían ir a buscarlo, no nosotros.

—Papá, en esta ocasión no creo que sea lo más conveniente, yo... — comenzó Pablo.

—Vosotros dos sois neutrales —interrumpió Santiago a su hijo—. Los sobrinos que buscan a su tío. Y si los ánimos fueran favorables, iríamos nosotros.

—No. —Apoyé a Pablo.

—Hasta donde yo sé, tu tío siempre te quiso, Tina. —Con esa frase, mi padre secundaba a Santiago.

—Vosotros descubristeis esta historia, creo que es justo que vayáis. —Las palabras de Alicia supusieron un golpe.

Pablo me apretó la mano hasta casi dejarla sin corriente sanguínea. Sabía

tan bien como yo que ya no podíamos negarnos.

—No hay nada más que decir, organizad un viaje a Nueva York —
sentenció Isabel.

Tras aquella resolución, me excusé; debía salir de ese círculo que me ahogaba. Necesitaba estar sola, alejarme de las decisiones precipitadas que se estaban tomando, que todos, por un motivo o por otro, aplaudían y que, de alguna manera, provocaban que toda la responsabilidad recayese sobre nosotros dos, que no éramos más que unos personajes secundarios. Éramos los nietos de los dos protagonistas de ese fino hilo que tejía la red de mentiras en las que nos habíamos visto inmersos; éramos los sobrinos del hombre al que pretendían que buscásemos casi a ciegas. Encerrada en la biblioteca, rodeada de nuevo por las pertenencias de mi abuela, una parte de mí quería rebelarse, gritar que fuesen ellos a Nueva York; la otra estaba convencida de que yo era la persona que debía cerrar ese capítulo de la historia familiar.

—Ey, ¿qué haces aquí?

La voz de Pablo sonó ligera detrás de mí. Sus pasos, siempre firmes, me avisaron de que se acercaba, como así fue, ya que se acuclilló a mi lado.

—Quería estar sola —le confesé, un poco nerviosa por todo lo acontecido.

Mi ánimo se reflejaba en cómo me retorció las manos. Pablo colocó la suya encima para aplacarme.

—Tina, no estás sola, estamos juntos en todo esto. Iremos a Nueva York y...

—Estás muy convencido.

—Sí, lo...

—Estáis aquí.

Me giré en la silla. Mi padre estaba apostado en el umbral de la puerta, con el pomo todavía agarrado.

—Os dejo solos —sugirió Pablo.

—No, quédate, tengo que hablar con mi hija, pero creo que esto también te interesa.

Cerró la puerta y se sentó frente a nosotros. Pablo lo hizo a mi lado.

—Parece que por aquí pasó la Hortensia. —Sonrió ante su propia broma.

—Son las cosas que abuela trajo de Francia.

Asintió en silencio mientras alcanzaba la foto que yo había encontrado debajo del espejo. Sus labios se estiraron hasta mostrar los dientes.

—Aún recuerdo esta foto de Carlos; la saqué yo en nuestro último viaje a Londres. Por casa debe de haber más instantáneas, pues hicimos muchísimas.

—Respiró hondo. Dejando a un lado la foto, me miró—. Tengo que contarte algo que concierne a tu tío y a tu madre.

La cautela con la que me refirió todos aquellos detalles me puso en alerta. No fui capaz de emitir sonido.

—El amor de mi vida fue Martina, tu madre. Nunca amaré a ninguna mujer como la amé a ella. Si estuviese viva, ella no podría decir lo mismo. Estaba enamorada de tu tío...

En ese instante se me olvidó respirar. En el interior de mi pecho se extendió un enorme vacío, debido a la grotesca noticia que acababa de recibir. Una mezcla entre desconcierto y rechazo a lo que había escuchado motivó que no reaccionase de la mejor manera, ya que confirmé que nada de lo que me dijera me iba a gustar. Ni tan siquiera podía asegurar que me quedase hasta el final. Tragué ruidosamente antes de pedirle que me repitiera lo que había dicho:

—¿Cómo dices?!

—Atiéndeme, por favor. Yo no lo sabía, estaba ciego por ella. —Aceleró su discurso, así impedía interrupciones—. El año en que naciste fue el último que Carlos estuvo aquí. Todos los días, en torno a las cuatro o cinco de la tarde, tenía la costumbre de salir a pasear y perderse por el monte durante horas; era un espíritu libre. Tu madre ya se había recuperado, más o menos, del parto, y un día decidió perseguirlo. Cuando tuvo la oportunidad, no la perdió, y se confesó. Como no estaba dispuesta a quedarse con la negativa de él, utilizó todas sus armas. Creo que no necesito decir qué terminaron haciendo: aquello que tu madre siempre anheló. Estaba con... —carraspeó— por tu tío...

—¿Pero no tuvisteis otro hijo? —inquirió, perplejo, Pablo.

Me agarré al asiento de la silla para contenerme a la espera de la respuesta:

—Martín era hijo de mi hermano, no mío.

En ese instante, algo dentro de mí se activó y no aguanté más. Había soportado mucho en los últimos días, siempre manteniendo la tranquilidad, pero ya estaba bien.

—¡Mientes! —Me levanté como un resorte, matando a mi padre con la mirada—. ¡¿Cómo eres capaz de decir esas cosas?!

—¡Es verdad! Carlos tuvo la sangre fría de contármelo, y a punto estuve de romperle la cara en esta misma habitación, si no hubiese sido porque me lo demostró haciendo que tu madre cayese en una trampa.

—¡¿Cómo puedes decirme eso de una persona que no está viva?! —le eché en cara.

El corazón me palpitaba tan rápido que notaba los latidos en el cerebro.

Se puso en pie también, hecho una furia.

—No voy a consentir que mi hija me llame mentiroso a la cara. Jamás te hablé mal de ella por el simple hecho de que se trataba de tu madre; ese mismo respeto se lo pedí a tus abuelos después de contarles mi decisión de divorciarme, pero entonces falleció. —Se frotó la cara con las manos. Al descubrirla, sus ojos estaban enrojecidos—. Te lo digo ahora porque quiero que te enteres por mí...

—¡Íos todos a la mierda!

CAPÍTULO 41

Iván

Salí corriendo de la biblioteca; no sabía adónde me llevarían los pies, pero me daba igual. Tenía que poner distancia, buscar un lugar donde relajarme y sacar fuera la frustración acumulada en aquella charla. Ya no era solo que mi tío fuese hijo de Lucas, es que mi hermano... ¿Qué era mi hermano si estuviese vivo?

Mi historia se venía abajo; hacía aguas. Mi vida familiar era una mentira y yo, su títere. Pensé que en mi vida no tendrían cabida más trampas, pero me equivocaba de nuevo. Para no variar, mi familia resultó estar llena de minas antipersona.

—¡Tina! —exclamó Alicia cuando pasé por su lado.

No le presté atención. No podía. Debía marcharme. Si mi padre había sido valiente para esconder durante treinta y tantos años esa escabrosa relación, podía volver a contarla.

Corrí por el camino de tuyas que me llevaba a la entrada de la finca; las sombras de sus picudas y aladas copas me cubrían como enaltecidos fantasmas que me perseguían desde el pasado. Uno que había despertado, inconsciente de lo que me iba a encontrar. Seguí corriendo sin mirar atrás, escapaba de aquellas turbulentas historias que me habían golpeado hasta dejarme derribada. De ahí, fui al único sitio conocido alejado de casa.

Lejos de todos, pues debía lamerme las heridas en soledad.

El sol, esa tarde estival de junio, calentaba demasiado. Era presagio del posible verano que se esperaba a ese lado de Galicia. Sus tórridos rayos

consiguieron que el pelo me molestase, que el vaquero se me pegase a las piernas; mi piel ardía a su exposición, mientras que en el interior su calor favorecía que la sangre me hirviese más, debido, en parte, a la rabia y el dolor que por ella fluían; carbonizaba las venas y, poco a poco, me iba quemando cada poro. Gotas de sudor se deslizaban por el cuello, por la espalda, pero no me refrescaban, ya que no hacía ni una brizna de viento. Mis Victoria levantaban polvillo de la tierra seca que pisaba. Si había pájaros a mi alrededor, escondidos en las altas ramas de los árboles, tuvieron la decencia de no emitir ningún canto. La naturaleza, impávida a mi paso, estaba demasiado silenciosa. Era la calma que precedía a la tormenta, una que había estallado entre cuatro paredes y continuaba en mí, agitándome.

Las palabras de mi padre resonaban atronadoras en mi cabeza. Eran un bucle del cual mi cerebro no podía evadirse: «Tu madre buscó a tu tío y consiguió lo que siempre deseó». «Era tu madre, jamás te hablaría mal de ella». Comencé a respirar de forma convulsa, tanto que a veces soltaba pequeños quejidos. En el pecho, el vacío que sentía desde hacía días se abrió para dejarme desolada, vacía. ¿Qué vida podías esperar después de descubrir una pantomima tan bien forjada en el tiempo? Me sentía superada. Pendiente de todo aquello que rondaba en mi mente, sin saber dónde pisaba, tropecé en una piedra que alguien había puesto en mi camino, cosa que no me paró.

Llegué al riachuelo con tan pocas fuerzas que apoyé las manos en las rodillas, al menos para recuperar un poco el aliento. A medida que tomaba bocanadas de aire más largas —a veces, procurando respirar por la nariz—, los sentimientos se agolparon en mí; de repente, me sentí cansada; el colapso de todos mis sentidos provocó que las primeras lágrimas contenidas se derramasen por mis mejillas. Como si alguien me empujase, cedí y caí al suelo, con las palmas de las manos abiertas y la cabeza escondida. La hierba hizo de falsa colchoneta, porque la tierra se clavaba en mis huesos, taladrándolos. Sin embargo, no dolía con la misma intensidad que aquellos secretos que se escondían en cada uno de los miembros de mi familia. Eran demasiado grandes, incluso grotescos, para asumirlos. Levanté la vista; entre las hierbas comprobé que el sol, en lo más alto, dominaba los cielos, los mares y la tierra con su espléndido resplandor, al tiempo que yo adolecía y me consumía.

—¡Tina! —gritó Pablo en algún lugar.

Me levanté como un resorte. Él no podía estar aquí. No podía. Lo vi acercarse a la carrera; yo iba dando pasos hacia atrás.

—Tina...

—No. —Alcé las manos para que no se acercase a mí.

Sin hacerme caso, me cogió por los hombros. Me eché a temblar cual hoja que, en otoño, se va a precipitar en su caída.

—No me toques, no me toques. —Me deshice de su agarre—. No me toques.

—Tina —dijo con voz queda y rostro lívido.

Tragué para poder dar voz a una petición:

—No sé qué nos deparará esta relación, pero, sea lo que sea, quiero que me prometas que si algún día quieres marcharte o dejas de quererme, me lo digas y no me pongas los cuernos, de eso ya he tenido suficiente. Por favor, no me mientas —sollocé—. Viniendo de ti, no lo aguantaría, te quiero demasiado para soportar una traición así.

Pablo acortó la distancia entre nosotros, sonriendo de esa manera ladeada tan suya.

—Repítelo —me ordenó.

—¿Qu... qué?

—Vuelve a decirlo.

Supe a qué se refería.

—Ya lo sabes, Pablo, te quiero. —Al pronunciarlo, las lágrimas me borraron la visión.

Las limpié con el dorso de la mano en el momento en que él me rodeaba la cara con las suyas.

—Sí, aunque escucharte decirlo es más bello todavía. —Atrapó las lágrimas con las yemas de sus pulgares—. El miedo ha regresado a tu mirada, ¿qué te ha hecho?

—¿Quieres saberlo?

—Cuéntamelo.

Sentados a la orilla del río, abrazados, con mi espalda apoyada en su ancho pecho, que me transmitía seguridad y protección ante la historia de esa parte de mi vida que le iba a relatar, me abrí en canal.

—Tómate el tiempo que necesites, yo no te voy a insistir —manifestó, luego me besó la sien.

—Hay cosas en la vida que no se pueden dilatar más. —Respiré hondo para coger fuerzas—. Conocí a Iván poco después de nuestra ruptura a través de mi abuela; era amiga de la suya. Mi abuela siempre estuvo entusiasmada con esa idea, al final incluso él también lo parecía, iba detrás de mí. Para el bufete de su padre significaba unir poderes, pues ya no solo eran negocios: había algo de peso que lo unía con el banco. Comenzamos a salir en la primavera de 2002; el primer curso de Económicas ya iba bastante avanzado. Era el típico chico no muy guapo pero llamativo, aunque yo ni me había fijado en él; aún no te había olvidado. A Noa le había dicho que durante bastante tiempo no quería nada con nadie. Y de repente aparecí de su brazo. Nunca se pudieron ver delante, más por parte de Noa. Creo que al final la entenderás —le advertí—. Al principio, mi abuela siempre lograba que coincidiésemos en una casa o en otra; después empezamos a vernos fuera de todo ese ámbito. Se mostraba muy amable, caballeroso, un encantador de serpientes. De ahí desembocó al resto. Debo decir que en esos momentos lo utilicé para poder pasar página de aquel verano. —Detrás de mí percibí cómo su cuerpo se tensaba—. Mientras estudiábamos, no hubo muchos problemas. A mí me interesaba aprobar mis dos carreras. Noa le vio las patas al lobo, como mi abuelo desde que lo conoció, ya que cuando me matriculé en Educación Infantil, dijo que estaba degradando mi estatus. No le hice caso; mi padre y mi abuelo me apoyaban y era lo que me importaba. Él es de tu edad, así que terminó Derecho antes de que yo dejase la universidad. Esa superioridad con respecto a mí salía a relucir siempre; si estábamos con sus amigos, se reía de mis sentimientos por él: «Pobrecita la Tina, qué enamorada está de mí», o si estábamos en su casa, porque sus padres viajaban, me obligaba a servirle todo lo que él pedía. Me trataba como su criada. No le prestaba atención a esas cosas, porque me pasaba más tiempo estudiando que con él. Sé que debí abrir los ojos en ese instante, pero no lo hice. Él, mientras, salía de fiesta y me llegaban rumores de que se liaba con unas, con otras, aunque no sé cómo

conseguía adelantarse a todos ellos, para que no los creyese. La verdad, pasaba, mis estudios me absorbían todo el tiempo, y después con las prácticas igual.

»Nos fuimos a vivir juntos, paso que di empujada por mi familia, ya que delante de todos ellos era el hombre perfecto, es más, llegaron a decir que éramos la pareja perfecta, nunca una mala cara, nada. Los míos, sobre todo tras la muerte de mi abuelo, estaban encantados con él. Yo me dejé influenciar. A partir de ahí todo empeoró: empezaron las prohibiciones para vestir de determinada manera, no de otra; se cabreaba con más frecuencia porque interpretaba ciertos comentarios como un ataque personal; intentó separarme de Noa... Le engañé, le hice ver que lo había conseguido, pero no fue así, nunca perdimos el contacto. No me dejaba salir de marcha sola; cerca de las navidades, las compañeras del colegio programábamos una cena, a la que él siempre acudía y, si podía, ligaba con alguna de las chicas si yo no rondaba cerca. Ellas me lo decían. Al principio no sabía qué pensar, hasta que lo hablé con Noa. Ella me dijo que no desconfiara de ellas; no lo hice, jamás, y descubrí que tenían la verdad de su parte. Poco a poco, me fue separando de todo el mundo, porque dejé de ir incluso a esas cenas. Iván, por el contrario, entraba, salía, llegaba cuando le apetecía, a veces de madrugada, o al amanecer. —El labio inferior me tembló; las ganas de llorar por la rabia, la impotencia, me embargaron, se mezclaron con lo sucedido una hora atrás. Lo mordí y carraspeé para continuar—: El último año que estuvimos juntos, me pidió un hijo, no paraba de repetirme que esa era mi función a su lado. Me quedé embarazada, pero sufrí un aborto cerca de los tres meses. Contar con el apoyo de mi gente fue lo mejor. Pasado el tiempo de rigor, volvió de nuevo a insistir de manera casi obsesiva. Quedé en estado otra vez. Todo parecía ir bien, hasta que una noche tuve un fuerte pinchazo en el vientre, fui al baño y me di cuenta de que estaba manchada de sangre. Llamé a una ambulancia; él estaba de fiesta. Se enteró al día siguiente. Me formó un espolio en la habitación de órdago, me culpó de todo. Dos días después, habló con el ginecólogo; no quería que me enterase de nada, porque, según él le mentaría. Después de esa conversación, me trasladó de la manera más bruta posible que no puedo tener hijos. Su última frase fue: «eres una decepción. Ni hijos puedes darme». Desde ese momento evité que me tocara. —Suspiré,

lastimera—. Todo se enturbió. Siempre había algo por lo que discutir.

—¿Alguna vez te pegó? —preguntó en un susurro hostil.

—No. Creo, tras algo más de siete meses, que no se arriesgó porque mi padre es quien es. —Volví a respirar hondo. Debía contarle todo—. Para mí era mejor discutir por las noches; pasada la tormenta se relajaba y dormía profundamente, mientras yo me recomponía como podía. La mañana siguiente era lo peor: dar la cara ante los vecinos, sus miradas de lástima... No las soportaba, me ponían muy nerviosa. Incluso un «buenos días» lo entendía como la mejor ocasión para pedir disculpas, ya que pensaba que me iban a llamar la atención. El espectáculo que dábamos era horrendo. Después, si coincidía con Noa o visitaba a mi padre en el banco, me dedicaba a idear, durante el camino, la coartada perfecta para explicar mi aspecto y que no se levantasen sospechas. Pasamos así cuatro meses, sin embargo, diez años de mi vida se habían esfumado como el humo que se desprende de un cigarrillo y todo por el miedo hacia él. Una mañana, tras varias noches sin venir a casa, ya que dormía con una abogada de otro bufete, me encontré una nota en la que me pedía que me marchase de casa ese mismo día y añadía que, si quedaba algo de mí en el piso, lo tiraría. Concluía con: «No es que no pueda, es que no quiero estar con una mujer estéril que en un futuro no me dé la descendencia que espero. Sin ti me quito un peso de encima». Me fui con Noa. Ella me ayudó en todo. Una vez salí de esa casa y no supe nada de él.

—Ni falta que hace —gruñó entre dientes—. Te juro que si lo tengo delante lo mato con mis propias manos, aunque mis huesos fuesen dar a una celda.

Giré para mirarlo. Estaba cabizbajo, con la mandíbula tensa, hasta parecía que oía rechinar el esmalte de sus muelas. Las alas de su nariz estaban muy dilatadas y los labios apretados formaban una línea. Apoyé mi mano en su velluda mejilla.

—Pablo, eres mejor hombre que él; le das mil vueltas como persona, como amante. —Lo forcé a levantar el rostro hacia mí. Abrió los ojos—. El último año transcurrió sin más alicientes que el trabajo y mis niños; había perdido la vida que siempre quise llevar. Él se llevó lo mejor de mí, consiguió arrebatarme la ilusión. En una palabra: me destruyó. Ahora estoy pagando las consecuencias con el tratamiento. Cada día me regalaba una amenaza velada; los insultos constantes tras los abortos rasgaban las costuras de mi carne, unas

que estaban mal cosidas por nuestra historia. Con él comprendí que a veces el horror viene en un frasco de oro. Me hundí en el infierno, pero me has salvado, cada hora que paso contigo me salvas un poco más, y lo último que quiero es que te pongas a su altura, porque de nada valdría. Ya no. Yo solo te quiero a mi lado.

—Ya estoy a tu lado. —Pegó su frente a la mía y me abrazó—. Te quiero, Tina.

—Iván creía que estaba enamorada de él; yo llegué a creerlo también. Pero no era así: en estos trece años te seguí amando. —Las lágrimas ya volvían a rodar por mis mejillas hasta suicidarse en algún punto entre nuestros cuerpos—. No pude olvidarte...

Su reacción fue estrecharme fuertemente entre sus brazos. Hundió la cara en el hueco de mi cuello; su aliento sobre mi piel me tranquilizó.

—Nunca dejes de abrazarme.

—Me tendrán que arrancar los brazos para que no lo haga.

Nos reímos y lloramos y pudimos, al fin, curarnos un poco más al besarnos de esa manera tan nuestra: entregados el uno al otro.

La furia iba impresa en el beso en su pretensión por borrar toda huella de aquel otro que me había mancillado. Pronto, la pasión tomó el timón de nuestros cuerpos.

CAPÍTULO 42

Después de todo

Tú me has hecho mejor, mejor de lo que era,
y entregaría mi voz, a cambio de una vida entera.[53]

Lo sucedido en las últimas horas había dejado a Pablo fuera de combate. Si no era suficiente con todo lo desvelado en el diario y que Carlos fuese tío de los dos, tuvo que hacer frente a más secretos que incumbían a la madre de Tina. ¿Cómo era posible que una familia escondiese tantos y tan dolorosos? Sí, ella había estallado, y, quizás, eso la lanzó a contarle su abrumadora historia con el cabrón de su ex. Jamás lo sabría, pero a él aquello le amputó parte de su ser, por el simple hecho de amarla. Después de todo, hacerla suya, demostrarle con su cuerpo que no volvería a estar sola, fue lo mejor que les ocurrió.

«Durante este tiempo te hice el amor todas las noches, te arranqué suspiros, luego te arrullé contra mi pecho. Un día te hice mujer, aunque te hice más mía en la lejanía que nos separaba; cada día te acariciaba el alma mientras tú penetrabas en la mía; me seducías cada noche y te emborrachaba con grandes copas de lujuria sin poder culminar, porque no te tenía entre mis brazos».

Aquellas palabras le habían salido de lo más profundo del corazón. No se arrepentía de ninguna. En esas semanas había tomado conciencia de que siempre había llevado grabada a Tina en el pecho, en el corazón, en la piel; con una palabra le podía arrebatarse la vida o el alma. Todo lo que le había dicho mientras la penetraba en el riachuelo era cierto. Se lo debía a sí mismo, como a su chica. Tenía que abrirse a ella y demostrarle todo lo que se había

acumulado en su interior.

No todo. Muy a su pesar, para Tina era demasiado pronto. Todavía debían curar muchas heridas que había dejado aquel animal.

Solo deseaba poder ayudar en esa cura.

Después de todo, era su único fin en la vida.

Después del diario, de lo vivido, de lo contado; después de todo... Después de todo, siempre estaba Tina.

Tras ese viaje que estaban obligados a realizar, sin estar ella muy de acuerdo, solo quedarían Tina y esa bendita conexión que se había forjado entre los dos. Si es que alguna vez había desaparecido. Rememorar la manera en que la había hecho suya esa tarde le calentó el corazón como nunca antes; su garra se clavó en él, y su ser se entregó a ella de rodillas. Jamás imaginó que le sucedería eso, pues creía que para él ya no era posible. Tampoco imaginó que le volvería a pasar con Tina, por eso debía confesarse, porque al fin había comprendido que aquel verano le había entregado su vida, con todo lo que ello conllevaba, y, sin darse cuenta, una parte de sí mismo siempre iba con ella.

En esos instantes todo aquel infierno parecía más lejano. Como debía ser cuando se trataba del amor de su vida. Además, era la primera vez que le importaba bien poco lo que pensarán sus padres al comunicarles que él se quedaba en casa de los Ulloa, pues no habría nada en el mundo que pudiera ya separarlo de Tina.

A esas horas de la noche, sentado en la biblioteca, solo, con toda la casa durmiendo, y delante de un vaso de buen licor gallego, pretendía encontrar el sueño que le había arrebatado la espiral de odio que se había generado en su mente a lo largo de los minutos y las horas pasadas, que lo tenía dando vueltas como una marioneta. Desde que se enteró, su perspectiva de la realidad cambió hasta el punto de que sus dedos señalaban a Fernando como uno de los culpables. Él no era quién para acusar a nadie. Después de todo, para ella solo había un responsable, aunque a veces se culpase a sí misma.

—Cabronazo —insultó en alto al pensar en el exnovio.

—Estamos cabreados —dijo Fernando entrando en la biblioteca en bata de casa.

—Un poco, aunque decepcionado también valdría. ¿Te sirvo una copa? —

le ofreció cuando ya había tomado asiento.

—Mejor un chupito, que si mi mujer y mi hija se enteran, me encierran.

Aquella sonrisa confidente le recordó a la de Álvaro, pues había sonreído a su buen amigo hasta el día de su muerte. Fernando agitó un poco el licor, lo olió y, luego, con calma, probó un pequeño sorbo.

—Mi padre llamaba a este licor de hierbas «el digestivo». ¿Qué pasó?

—No sabría por dónde empezar.

—Inténtalo.

Esa era la suya.

—Tina me ha contado todo lo que pasó junto a su exnovio y todo el daño que le causó. Lo que no entiendo es cómo no interviniste.

—¿Crees que no me preocupaba?

—Eso parece, cuando la abandonaste a su suerte —le echó en cara lo que había pensado durante horas.

Fernando se aferró con rabia al vaso.

—No se me dejaba hacer nada...

—Un padre siempre puede intervenir cuando se trata de su hijo; otra cosa es que por conveniencia no le interese.

—No me puedes acusar de abandono, porque lo intenté todo, y ella tampoco me permitía actuar; es que ni quería hablar del tema...

—¿Es que no te dabas cuenta de que ese silencio era un grito de auxilio?!

Aquellas palabras, probablemente, asestaron un golpe en todo el estómago a Fernando, cortándole el aire y el raciocinio a partes iguales. Era la primera vez que oía sus propios reproches en voz ajena. Estaba indefenso ante la verdad, mientras que a Pablo le hervía tanto la sangre que las venas se le calcinaban. Pero no le quedó más que aminorar al percatarse del estado anímico de aquel padre. Jamás había visto a Fernando Ulloa-Castro tan abatido, derrotado. En cuestión de segundos, su figura erguida se encorvó, bajó la cabeza y los hombros se le hundieron.

Tras unos minutos Fernando rompió el silencio:

—Me alegra que al fin mi hija haya encontrado un hombre que luche por ella, que la merezca, y no lo digo porque seas hijo de mi mejor amigo. Con tus palabras me demuestras que me puedo morir tranquilo, me consta que la protegerás. Aun así, solo cuando seas padre comprenderás la impotencia que

a veces sentimos al saber el error que estáis cometiendo y que no veis. Eso me pasó a mí. ¿Crees que me gustaba ese chico para ella? —Negó con la cabeza—. Solo mi padre y yo sabemos las disputas que tuve con mi madre por imponerle ese muchacho. Cuando quise separarla de él, ya era tarde; mi hija se había embarcado en esa relación. Jamás hubo mentiras entre nosotros. Puedes pensar que respecto a lo de su madre; sin embargo, lo hice para que tuviese un buen recuerdo de ella. Te aseguro que a Tina no le mentí; ella a mí, más de una vez en esos diez años, las pocas veces en que coincidíamos.

No era suficiente para Pablo, que, sin poder controlar un impulso que le agitó, más si cabe, la respiración y el corazón, volvió a explotar:

—¡Abortó dos veces y la segunda no tuvo a nadie! —Dio un golpe con ambos puños en la mesa, consiguiendo que temblase—. ¡Deberías haber estado a su lado y no permitirle el paso a ese desgraciado!

—¡Claro que sé que mi hija abortó dos veces! —Se frotó los ojos con los dedos de su mano izquierda. Debía mantener la calma, aunque fuese imposible—. Me enteré un mes después de que pasara.

—¿No te fue suficiente para tomar cartas en el asunto?

—¿Por qué crees que Iván la abandonó? —le respondió a la gallega.

—¡¿Cómo?! —Sacudió la cabeza para poder reaccionar.

Si no contaba con eso, con lo que iba a escuchar, menos aún.

—Tina no lo sabe. Espero de ti discreción.

—La tienes —afirmó, ansioso.

—Pasé muchas noches sin dormir por culpa de la situación en la que estaba mi hija, de cientos de las cuales tu padre fue partícipe. Harto de ver a mi hija encerrada y enterrada en un infierno, sobre todo después de quedarse sin el trabajo en el colegio, para no perderla definitivamente, les pedí a Iván y a su padre que se acercasen al banco, el negocio que tanto se jactaban de llevar. En la sala de juntas, sentados como estamos tú y yo ahora mismo, con tu padre presente, enumeré las fechorías, por no decir otra palabra, que ese cabrón le hizo a mi hija y que, por supuesto, eran denunciables. Tu padre les comunicó que cesábamos todo tipo de relación laboral con ellos; no estábamos dispuestos a trabajar con un cabrón como él. Imagínate la cara de vergüenza de su padre. Nunca vi a ese hombre, soberbio en las distancias cortas, tan mustio y macilento. No se levantaron de allí hasta que no le

recordé que lo hiciese. Si no, me encargaría personalmente de que aquello saliera a la luz pública. No tuve que pinchar mucho para que pidiesen, con un «por favor» por delante, que se quedara entre nosotros y que todo se solucionaría. —Pablo lo miraba con los ojos abiertos todo lo que le daban y se sujetaba al vaso como si lo mantuviese firme. Fernando sonrió con amargura—. Lo amenacé, sí, y no me arrepiento, porque es mi hija, y la defenderé hasta el último día de mi vida. Yo mismo le pedí que viniese a Galicia para así distanciarse de todo, consejo que me dieron tus padres, que ya habían hecho lo mismo contigo. —Terminó el poco licor que quedaba en el vaso. Apretando los labios, dio unos golpecitos en la mesa y se levantó con la intención de marcharse—. Puedo decir que la salvé, a pesar de actuar tarde. Volvería a hacerlo; mi hija es el mayor regalo que me hizo la vida, y te voy a ser sincero: ahora podré dormir tranquilo, sabiendo que estás a su lado.

El joven, que todavía miraba perplejo la puerta, se había quedado sin habla al escuchar cómo el padre de Tina la había ayudado a escapar de aquella pesadilla. Las últimas palabras de Fernando eran una especie de bendición hacia su relación. Una extraña emoción, que no supo bien definir, lo conmovió, le hizo brincar el corazón y casi se puso a gritar de felicidad.

Claro que la protegería de todo mal; después de todo, era su único fin en la vida.

3ª PARTE

Divenire

Yesterday all my troubles seemed so far away.

Now it looks as though they're here to stay.

Oh, I believe in yesterday.

Suddenly, I'm not half the man I used to be.

There's a shadow hanging over me.

Oh, yesterday came suddenly.

Why she had to go, I don't know, she wouldn't say.

I said something wrong, now I long for yesterday.

Yesterday Love was such an easy game to play.

Now I need a place to hide away.

Oh, I believe in yesterday.[54]

Identidades desveladas

—**T**ina, hija, debes tomar una decisión en firme ya. Eres la heredera y, por mucho que quieras, no puedes posponer tu decisión.

—Lo sé.

—Me gustaría regresar a Madrid con una respuesta. Debes asumir tu responsabilidad de una vez.

—Después de Nueva York me incorporo.

Básicamente esa fue la despedida con mi padre aquel domingo. Pensar en el banco me producía vértigo. Me hubiese gustado hablarlo con él en otro contexto, sentados en el sofá de su casa, y no con el diario planeando sobre nuestras cabezas y teniendo que embarcarnos en un viaje que nadie sabía cómo iba a resultar. Ese panorama fue el que nos dejaron. Si ya desde el principio no me convencía la idea de que fuésemos Pablo y yo, a medida que pasaban las horas, menos. También les fuimos sinceros en una conversación conjunta, donde explicábamos que nuestros dos amigos venían a Galicia a pasar el verano. Nuestros padres, para evitar una posible negativa, respondieron que hablarían con ellos. ¿Hablar de qué? A los pocos días supe por Noa que mi padre le había adelantado las vacaciones y que yo me encargaría de ponerla al día. Algo parecido recibió Pablo de Julián.

A finales de esa misma semana estábamos esperándolos en el aeropuerto.

—¿Cómo se tomarán este cambio de planes? —Lancé la pregunta para calmar un poco los nervios que me suponía tener que airear los trapos sucios familiares.

—No te lo sabría decir, son entes independientes. Están en su pleno derecho a decidir si nos acompañan o no...

—¡Valen! —exclamó Noa.

Levanté la mirada hacia donde procedía la voz: la puerta de la terminal. Allí estaba mi amiga del alma. La emoción fue tal al volver a vernos tras casi dos meses que salimos corriendo —ella incluso abandonó la maleta— y nos abrazamos lo más fuerte que pudimos. Noa era justo tres centímetros más baja que yo, pero eso no me impidió oler su fresco perfume de notas cítricas y una pizca dulce, lo que produjo que las lágrimas me picasen en los ojos. Por fin la tenía a mi lado, no detrás de la frialdad del móvil. Nos separamos y la observé en todo su esplendor: las curvas de su cuerpo quedaban dibujadas a través de su sencilla ropa, un vaquero pitillo rosa combinado con una camiseta negra. Su pequeño rostro —de frente ancha; esas cejas oscuras tan expresivas y esos ojos color avellana que te taladraban si se lo permitías; sus pómulos altos, nariz larga, boca de labios finos, más el superior que el inferior, que terminaba en un mentón estrecho— estaba despejado debido a que tenía su característica melena morena recogida en una cola de caballo alta. Como siempre, estaba radiante, si no fuera por las ojeras de cansancio que la deslucían un poco.

Nos abrazamos de nuevo sin dejar de reír.

—¡Ay, Ulloa, cuánto te he echado de menos!

—Y yo a ti...

—¿Noa? —inquirió dubitativo Pablo con su maleta en la mano.

Me separé de mi amiga para no darle la espalda. Por su expresión de asombro me di cuenta de que la había reconocido.

—¿Qué hace él aquí? —Frunció los labios a la espera de que contestara. No me lo permitió—. No me lo digas, capto la idea general.

—Hmmm... No sabía que ella era tu mejor amiga.

—¡No le has hablado de mí!

—Sí, lo hice...

—No me dijiste que era la Noa del banco —me reprendió Pablo entornando los ojos hacia mí.

—Pues ya ves, jefe, como diría mi madre: «El mundo es un pañuelo»...

—¡Pableras!

—No. Me. Jodas —dijo Noa abriendo la boca al escuchar una voz masculina.

Pablo o Pableras o Pablito, para sus allegados, había ido al encuentro de un chico al que reconocí de inmediato. Sanjurjo, lo había llamado mi amiga. Era el mismo que aparecía con él en las fotos que encontré en internet. No obstante, me impresionó lo alto y delgado que era.

—Julián. —Lo palmeó en la espalda—. Ven, quiero presentarte a Tina.

—¿Tina?! —Mostró su desaprobación hacia mí cuando se percató de mi presencia, torciendo el gesto antes dicharachero.

Nos estrechamos la mano de manera un tanto fría.

—¿Qué nombre es Tina?

—Valentina —aclaré.

—Ya... ¡Anda! Te llamas como la jefa invisible que hay en el banco, de la cual nadie sabe su paradero.

—Creo que no me he presentado bien, soy Valentina Ulloa-Castro.

—Sí, ya, ¿qué más?, y yo un reputado actor de cine, no te jode.

—Tío, no miente —apuntó Pablo.

Su rostro palideció en cuestión de segundos.

—Es tonto, si ya lo sabía yo —comentó Noa por lo bajo.

—¡La hostia! ¿Y tú aquí?

—No te importa. —Le dio la espalda.

—Un poquito más de educación. —Se dirigió a Pablo—. Tío, no sabía... ¡Espérate! —Le puso una mano en el pecho a su amigo—. ¿Esta Tina es la misma Tina de aquel verano?

—Sí —afirmó Pablo muy tranquilo.

Entre lo blanco que estaba y que saltaba de sorpresa en sorpresa, parecía que le iba a dar un vahído en cualquier momento. Hasta que reaccionó de modo inesperado.

—Joder, tío, ¡que te has liado con la heredera! Los tienes más grandes que un elefante.

—La cuestión es que tu nombre —lo señalé con el dedo índice— me suena mucho, y no sé de qué. Pudiera ser tu vecino...

Noa alzó el dedo pulgar rodando los ojos.

—¿Qué?! —prorrumpimos al unísono Pablo y yo en medio del aeropuerto.

—¿Ella es tu famosa vecina...?

—¿Él es el vecino al que te beneficiabas?

—¡Disculpa! Soy un hombre, no una acción de sociedades.

—Era muy joven y no tenía las miras muy altas en cuanto a hombres.

—Bien que no protestabas para ocupar mi cama como una ameba. —Le sonrió mostrando su perfecta dentadura blanca.

Pablo negaba en silencio con los brazos en jarras; yo movía la cabeza como si se tratase de un partido de tenis. No me equivocaba si afirmaba que esos dos se atraían más de lo que se podía percibir desde fuera.

—Estamos tardando en irnos, Ulloa. —Noa agarró la maleta, airada, y comenzó a caminar.

Los tres la observamos mientras avanzaba. Julián no tardó mucho en pronunciarse de nuevo:

—Tío, cuando me fijo en ese movimiento de caderas me viene a la cabeza la canción: «Salsa, mi salsa es caliente, goza y baila mi gente» —canturreó la famosa canción de Gloria Estefan.

Pablo y yo nos miramos estupefactos, porque aquello era toda una declaración. Mi amiga, como si notase nuestros ojos sobre ella, se giró.

—¡Vamos, Valen!

—Noa, no, solo hay un coche para los cuatro.

CAPÍTULO 44

Confesiones y propuestas

Si en el aeropuerto la cosa ya fue surrealista, durante el trayecto a casa continuó, a pesar de que Noa solo emitiera ruidos guturales que había que traducir como afirmativos o negativos, según la intensidad de los mismos. Julián tuvo su momento; me pidió disculpas por no reconocirme, incluso me especificó que no lo sabía debido a que tras ese último verano los dos amigos no volvieron a hablar de mí. Lo cual comprendí. Llegamos, y a su encuentro salieron Rosario y Alfonso, a los que ya conocían. Julián lo miraba todo sin disimular; en sus ojos había algo parecido a la fascinación por estar en la casa de los Ulloa. Su curiosidad resultaba más que razonable: era la primera vez que estaba allí. Subimos las escaleras hacia el primer piso para llevarlos a sus habitaciones; Noa y Julián iban detrás de nosotros guardando un mutismo algo incómodo.

—Quién me iba a decir que pasaría contigo mi mes de verano —la pinchó a propósito.

—¡Déjame en paz! —le ordenó, molesta—. ¡Qué pesadilla! Me tienes hasta el *chimingüey*.

Pablo me miró boquiabierto, señalando con su dedo índice por encima del hombro. Creo que para los dos estas discusiones eran muy nuevas, de hecho, tuve que apretar los labios si no quería estallar en carcajadas.

—¿En qué idioma hablas? No te entiendo, ¿qué es *chimingüey*?

—¿De verdad no lo sabes?

—No... ¡Oh! ¡Qué ordinaria eres! —exclamó con falsa modestia.

Noa bufó. Nunca la había oído resoplar tanto como en esa tarde.

Ya en la planta de arriba, pasamos por las habitaciones de mis abuelos. Un frío invisible me envolvió el cuerpo, calando hasta los huesos. Me arrebujé para notar un poco de calor, lo que no fue posible. El ruido de las ruedas de las maletas era el estruendo del pasado en nuestras vidas, como los timbales que indicaban su presencia, su estallido en el tiempo. Al fondo del pasillo, más alejadas del resto, estaban las cuatro habitaciones que se consideraban de invitados, donde se iban a instalar ellos dos.

—¡Hala! Vamos a ser vecinos; no hagas guarradillas, que te escucho — bromeó Julián.

Noa, en contestación, entró en tromba en la habitación.

Pocas veces o ninguna yo había estado ahí. Pintada en blanco, tenía una luz etérea procedente del exterior que le confería un aura especial, sobre todo, en el vuelo sereno de la cortina debido a la cálida brisa que entraba por la ventana. La decoración era más austera en comparación con cualquier otra: un amplio armario que cubría parte de la pared a nuestra derecha; al otro lado, justo enfrente, la cómoda, y cerca de la ventana, un antiguo tocador. La cama, en medio, flanqueada por las dos mesitas de noche sin lamparillas, que no se necesitaban por la gran lámpara de araña de cristal que colgaba del techo.

Me acerqué a la ventana, separé las cortinas y avisté el jardín de las flores, desde donde llegaba un aroma fresco procedente del mar y a la vez floral.

—¿Estás con el Huría?

—¿Debo responder?

—No, ya lo has hecho.

—¿Crees que hago mal? —Me importaba mucho su opinión para no dejar escapar esta oportunidad.

—Siempre y cuando te haga feliz, no. —Asentí—. Y me da que es así.

Me volví hacia ella apoyando el bajo de la espalda en el alféizar de la ventana.

—Te noto tranquila, contigo y con los demás, aunque tengo que decir que también un poco agobiada.

—No es por él.

—¿Por el capullo de tu ex?

—No; es la razón por la que estáis aquí —le expliqué para sosegarla.

—¡Ah, vale! —Se sentó al borde de la cama, observándome—. No sabes cuánto me alegra verte con este estado de ánimo tan bueno, porque salí de Madrid preocupada por lo que me encontraría. Y me alegra que seas correspondida.

—¿Cómo?

—Comiendo. —Rodó los ojos—. Él te corresponde, se le nota mucho; lo tienes hasta las trancas, y lo digo en serio.

—Debo ser sincera contigo —le confesé en tono grave.

—¿Me va a gustar?

—No lo sé.

Me senté a su lado y, poco a poco, con cierto temor a que me juzgase, le comenté por encima lo que había sucedido desde mi llegada hasta que apareció en mi vida el tratamiento. Noa me dejó explicarme mientras escuchaba atentamente.

—¿Te va bien? —inquirió cuando terminé.

—Sí, he mejorado mucho, duermo mejor. —«Cuando lo hago», pensé para mí—. La verdad es que sí.

Se pegó a mí y me cogió de las manos. Había echado de menos esa sonrisa y mirada sinceras.

—Mira, da igual cómo consigas tu propio bienestar. Solo hazlo, y nunca más le permitas a nadie que te lo robe. Y tengo que decir, si no reviento, que estar junto al Huría es un paso muy valiente que has dado, por la historia que os une y porque otra mujer, después de pasar todo por lo que pasaste, estaría cerrada al amor.

—Noa, en mi caso la verdad es otra. En todo este tiempo me di cuenta de que no había dejado de amarlo. Nunca seré feliz con otro hombre que no sea él. —Suspiré—. Si algo he aprendido de las malas experiencias es que jamás volveré a mentirme a mí misma.

—¿Te vino la regla?

—No, y me preocupa.

—Pues no lo estés. Cuando menos te lo esperes, *Floripepi* te baja. Si no, en Madrid vamos al médico.

Me abrazó de nuevo. Tenerla a mi lado era un alivio, una vuelta a mi vida

real, saliendo de la burbuja que habíamos creado Pablo y yo. Era mi Pepito Grillo, los otros ojos que veían lo que los míos no. Después de mí, le tocaba su turno de aclaraciones.

—¿Y tú con Julián? Mira que ser tu vecino... No me pasa.

—¿No te ha bastado con el espectáculo?

—Juntos sois la caña. No me mates por lo que voy a decir.

—Prueba.

—Hay mucha tensión entre vosotros.

—¿A que sí? Si ya lo sabía yo... Hay mucha TSNR.

—¿Qué?

—Tensión sexual no resuelta.

Sin razón alguna, comenzamos a reír como dos locas.

Cuando se ducharon y se acomodaron, al tiempo que Rosario preparaba la cena, pues Julián ya había dicho que tenía hambre, dimos un paseo por el jardín, de modo que se lo enseñaba a él. Muy pronto me hizo partícipe de la curiosidad que siempre le había despertado mi familia, como trabajador del banco. Me hizo muchas preguntas sobre mi abuelo, al que había visto alguna vez al venir a Galicia, pero con el que nunca tuvo trato, no como con Lucas. No tuve ningún reparo en hablar de él, al contrario, siempre lo hacía con orgullo. En esos instantes, tras mi decisión de empezar a trabajar donde él quería, tras prepararme para ello, mi orgullo aumentaba. Me dio tan fuerte que hasta recordé que en 1944 mi abuelo había dejado Galicia para trasladarse a Madrid, bajo el amparo de la familia Huría, para estudiar junto con Lucas en la antigua facultad de Ciencias Políticas y Económicas, previa superación de un examen de ingreso que los dos aprobaron sin problemas. Tenía la sensación de que me acompañaba a medida que le ponía voz a su historia. Sin embargo, él siempre la transmitió con cariño y ese pellizco de tristeza por haber estado lejos de su tierra.

En el jardín, donde crecía el rosal que mi abuelo le había regalado a mi abuela, teníamos la mesa preparada. Ayudamos a llevar las últimas cosas y

les ofrecimos a Alfonso y a Rosario cenar con nosotros, pero lo rechazaron con la manida excusa de: «Tenéis mucho de qué hablar». Julián no tardó demasiado en atacar la comida como una fiera. La velada fue muy amena, entre risas y bromas; tampoco me pasó desapercibida la manera en la que Noa le regalaba a Pablo miradas asesinas, sin él saberlo. En cuanto pudo, se lo hizo notar:

—Huría, como le hagas daño, te haré pagar —lo amenazó.

—Lo mismo te digo, Tina, no le rompas el corazón a mi colega, el que me colgó el teléfono unos días atrás —le echó en cara Julián—. ¡Que no se me olvida!

—¡Bravo! Al fin alguien inteligente —aplaudió Noa.

Pablo, muy tranquilo, se apoyó en sus antebrazos para responder a todo:

—A lo primero, te aseguro que no le romperé el corazón, ni se me ocurriría, y respecto a lo otro —volvió la atención a su amigo—, estaba muy cabreado por algo que os tenemos que explicar.

—Vengo ahora —me excusé.

Corriendo, me fui directa a la biblioteca a coger el diario. Tenerlo allí, que lo ojeasen mientras les explicábamos todo, me pareció lo mejor.

—¿Estás bien?

Pegué un brinco al escuchar a Pablo detrás de mí.

—¡Qué susto...!

—Lo lamento. —Me besó detrás de la oreja—. No era mi intención.

Giré para quedar frente a frente y levanté el diario.

—Vine a buscar esto.

—Muy bien. —Tomó mi rostro entre sus manos para depositar un beso en mis labios—. Volvamos.

Apuramos todo lo que pudimos el regreso. Allí continuaban comiendo en silencio.

—Ya pensaba que os habíais puesto a hacer manitas...

—Estábamos buscando esto. —Pablo me arrebató el diario y lo mostró un tanto indignado—. ¿Te he dicho que mi mejor amigo es muy mal pensado?

—No.

—Para la próxima vez, ya lo sabes.

—¿Y esa libreta? —Noa enarcó ambas cejas y dejó el trozo de pan en el

plato.

—No es una libreta, es un diario —esclarecí—. Es el diario de mi abuela.

A partir de ahí comencé a narrarles todo lo que se había descubierto en un mano a mano con Pablo. Los dos mostraron un gran interés, tanto que en ningún momento Julián hizo broma alguna. Entretanto, nosotros no dejamos ni un detalle en el tintero, queríamos que lo supieran todo para que tomaran la decisión correcta respecto a lo que en breve les ofreceríamos.

—¡Qué fuerte! Ahora el que es tu tío lo es también de él. —Noa se tapó la cara sin dar crédito—. Esto es mejor que un culebrón venezolano.

—¡Qué dices! —exclamó Julián recostándose en la silla y doblando una pierna por encima de la otra—. Esto es la mezcla explosiva entre *Falcon Crest* y *Dinastía*.

—Muy bueno, Sanjurjo.

—Por supuesto, nena, aquí uno que tiene una cultura televisiva de alucine. —Chispeante, volvió su atención a nosotros—. ¿Qué hay que hacer?

—Tenemos que ir a Nueva York en busca de Carlos...

—Si no queréis venir, lo comprendemos. No estáis obligados a nada, de verdad.

Noa apoyó una mano en el antebrazo de Julián, en un gesto demasiado cariñoso que me sorprendió hasta a mí. Compartieron una mirada llena de intenciones que nos dejaba fuera a nosotros.

—No hay nada más que decir —tomó la palabra él por los dos—. Vamos con vosotros.

—Valen, no te dejaré sola en esta aventura.

CAPÍTULO 45

Sombras y luces

«No te preocupes, todo saldrá bien».

Esas fueron las palabras de Pablo en el avión que tomamos en Londres directo a Nueva York.

Agarré el puño del albornoz y limpié el espejo del baño, después de una ducha que, más o menos, hizo desaparecer el cansancio de mi cuerpo. Aun así, mis ojos brillaban tristes, a la vez que mi corazón latía muy nervioso. No se lo había dicho a nadie, pero desde aquella conversación con nuestros padres me sentía flaquear, como si flotara por encima del suelo y sobrevolara un inmenso abismo del cual podría surgir cualquier criatura y me impeliese a ese agujero. Había mejorado mucho, ya no era una calavera pálida, sin embargo, también era consciente de que los últimos acontecimientos me estaban pasando factura, más al estar en Nueva York. Me preocupaban múltiples hechos, y sabía que cuando se resolvieran todos los asuntos familiares, encontraría el sosiego para encauzar una nueva vida al mando del banco, destino para el cual me criaron. Allí, observándome, caí en la cuenta de que no me lamentaba de mí misma, como no hacía mucho tiempo ocurría. Con un suspiro, comencé a vestirme con un vaquero azul, una camiseta gris y mis Victoria.

Salí de la habitación a la sala de la *suite* que nos había reservado Santiago desde Madrid, donde en la gran mesa de cristal habían montado el centro de operaciones. A su lado, estaba el carrito con todo lo que habían pedido al servicio de habitaciones. Julián y Noa estaban cada uno en su sitio, delante de

sus respectivos portátiles; el mío, al lado de Pablo, que tenía el diario muy cerca de él. Al tomar asiento, me regaló un fugaz beso en la mejilla que me supo a poco.

—¿Por qué no buscasteis información de Carlos en España? —preguntó Noa.

—A mí ni se me ocurrió. Todo lo que supuso leer el diario, hablar con nuestros padres, preparar este viaje para tenerlo listo a vuestra llegada... —suspiró con cierto cansancio Pablo—. No pensé en ello, no sé, Tina.

—No, yo tampoco.

—Entiendo. Normal, por otra parte. —Asintió, mordiendo un pastelito—. No sé qué tienen los dulces americanos que me vuelvo adicta a ellos. Prueba, Valen.

Me extendió una pequeña bandeja. Cogí uno de chocolate para no levantar sospechas, ya que no tenía muchas ganas de comer. Le pegué un mordisco y el chocolate se fundió en mi boca, despertando mi estómago.

—¡Qué bueno!

—¿Café? —me preguntó Pablo cerca de mi oído.

—Por favor. —Alcanzó la jarra de café estirándose un poco. En ese momento me fijé en lo atractivo que estaba con un pantalón de pinzas azul marino ajustado y una camiseta básica blanca. Tuve que disimular un poco al oler su fresco aroma, que me arrebatava el sentido si se lo permitía—. Gracias.

Encendí mi ordenador; mientras esperaba a que arrancase, terminé mi dulce. En cuestión de segundos la pantalla se iluminó y comencé a buscar en internet algo sobre Carlos. Varios enlaces eran de sus libros. No desaproveché la oportunidad y los ojeé hasta dar con su firma. Iba a hablar, pero Julián me lo impidió:

—Aquí hay algo muy interesante. —Tomó un sorbo de su bebida y la dejó de nuevo en su sitio sin despegar la vista de la pantalla—. Vamos a ver, vuestro tío es todo un activista. Resulta que aquí en Nueva York hubo un barrio llamado Little Spain, es decir un Chinatown a la española. Este barrio comenzó su andadura en el siglo XIX y alcanzó gran auge en el XX, en las décadas de los cincuenta y sesenta. —Levantó los ojos por encima del monitor—. Cuando nuestros padres eran pequeños o estaban naciendo.

—El mío estaba naciendo —apuntó Noa.

—A lo que voy: como zona de afluencia española, tuvo su centro cultural, La Nacional, edificio que estuvo a punto de derruirse durante «aquellos maravillosos años noventa», cuando éramos tan jóvenes... Qué viejo me siento. —Resopló con una pausa dramática—. En fin, que se logró parar la demolición gracias tanto a la intervención popular como a la movilización de ciertas figuras importantes, como el escritor C. U. H.

Mi mente funcionaba a mil por ahora: *flashes* del diario, frases también, la voz de Rosario y la de mi padre aparecieron de la nada junto con la figura de Lucas y mi abuelo.

—A lo mejor no es —sopesó Pablo—. Esas iniciales no son las de él.

—Sí que lo son —sentencié. Capté su atención por mi tono tan tajante—. Carlos Ulloa Huría. Está reconociendo la paternidad de su verdadero padre. ¿No ves? —Giré mi portátil para que Pablo viese la foto que había encontrado en Google Books—. Esta es su firma en uno de sus libros, y coincide con las iniciales que acaba de darnos Julián.

—Secundo la teoría de Sanjurjo y la corroboro: vuestro tío es un verdadero activista. He encontrado dos recortes de periódicos distintos, ya desaparecidos (debían de ser de pequeña tirada, tal vez, no lo sé, tendría que buscar más), que resaltan la figura de Carlos en una marcha que gays y lesbianas hicieron sobre Washington, por unas declaraciones: «No importa qué condición sexual tengamos o de dónde procedamos, todos somos iguales ante la ley, y ellos, tú y yo practicamos la misma religión: el amor. Esto debe abrir las puertas para que nuestros hijos convivan en la educación de la igualdad». Antes de que digáis nada, sé que las pronunció él porque, después, otra persona las repite y lo cita.

—Joder, se mete en todos los saraos. —Julián se estiró y se quedó con las manos en la nuca—. Me va a gustar conocerlo, es una caja de sorpresas.

—A mí también —reconoció Pablo.

—Creo que ya tenemos su rostro actual.

Desenchufé el cargador y le mostré la única foto que había, en la contraportada de un libro. Era un hombre de cierta edad, bastante delgado, lo cual afilaba mucho los rasgos de su rostro, igual que el de Pablo, con esa misma linealidad en la mandíbula, nariz larga, esos pómulos altos, los

característicos ojos marrones de los Huría. Aunque había gran parecido físico con su familia paterna, en su sonrisa y en esas líneas de expresión que dibujaba reconocía a mi abuela.

—¡Hala! Tío, es como verte a ti de viejo.

—¡No seas exagerado! —lo amonestó Noa.

—¿Tú ves bien al hombre que tengo enfrente?!

—Sí, lo veo, es verdad que se parecen. Yo no conocí a Lucas, pero sí a Lena, y puedo decir que tiene parecido con ella también. En la sonrisa, creo que hasta la expresión en general, en las orejas —apuntó con su largo dedo índice.

—Sí que se parece a mi abuela —admití.

Volví la cabeza hacia Pablo, que estaba en completo *shock*. Ni se movía ni era capaz de articular palabra, solo miraba la foto. Sabía que seguía con vida por la respiración y porque a veces parpadeaba. Di por sentado que su mente iría tan rápido asimilando los rasgos de ese hombre que no se me pasó por la cabeza interrumpir aquello que pudiera estar pensando.

—Tengo a su hija, o eso creo —dudó en el último momento Julián—. Doctora Michelle Ulloa-Castro, trabaja en el hospital Monte Sinaí. Mirad. —Giró su portátil, y allí estaba la foto de nuestra prima.

Me desperté de madrugada entre escalofríos. Me froté los ojos en la oscuridad que cubría la habitación; una brisa fría entraba por la puerta de la terraza, que estaba abierta. Giré la cabeza; al otro lado de la cama no había nadie, solo quedaba el simple hueco de una cabeza en la almohada. Miré a mi alrededor un poco confundida, a la vez preocupada; no vi a Pablo. Me levanté y lo encontré fuera, contemplando la ciudad en esa noche de verano con los brazos extendidos, las manos apoyadas en el muro, desnudo de cintura para arriba. Era una imagen muy *sexy* la que tenía frente a mí, no obstante, allí en el umbral de la puerta, una sensación en mi interior me advirtió que algo no marchaba bien. Equivocada no estaba, pues su comportamiento había sufrido un cambio cualitativo desde que vio la foto de Carlos. No lo sabía con

certeza, y él, sin quererlo, al permanecer despierto de madrugada, me lo confirmó.

Me acerqué cautelosa, no quería asustarlo, aunque movía los pies por el embrujo que me había lanzado su piel desnuda; yo, débil, no me pude resistir a alargar el brazo para seguir la línea de su columna. Bajo mis dedos sentí la tensión de cada uno de sus músculos. Mi tacto no conseguía relajarlos. Aun así, me recreé en su suave piel, erizada por el frío, lisa, salpicada por algunos lunares que, a veces, quedaban escondidos entre los huecos de los huesos al moverse. Sin aguantar más, lo abracé, colocando las manos en sus pectorales, y le besé la espalda.

—¿No puedes dormir? —susurré sobre su piel.

Cogió mi mano izquierda, la que estaba encima de su corazón, para depositar un beso en el centro de la palma.

—Lamento haberte despertado.

—No lo has hecho, ¿qué ocurre?

—Nada.

Me solté y me senté en el muro. Quería ver lo que me permitiese la escasa luz de la terraza.

—El que nada no se ahoga; tú lo estás. —Le acaricié una mejilla, obligándolo a mirarme. Lo que vi me sorprendió: había estado llorando—. Pablo.

Pronunciar su nombre me hizo reaccionar de la única manera que podía: abrazándolo de nuevo. Él lo hizo con más fuerza que nunca, y el tacto de su barba me picó en la piel desnuda de mi hombro.

—Tengo miedo —reconoció. Temblaba entre mis brazos—. Es la primera vez que tengo miedo de verdad. No es igual ver este asunto desde España que estar aquí. Todo esto me está superando.

—Lo sé, los dos estamos más nerviosos, y es normal, no sabemos qué nos deparará...

—No quiero cometer ningún error que lo eche a perder todo —confesó la causa de su malestar.

Abrí las piernas para que se pegase más a mí y así abrazarlo con mayor holgura. Volvió a temblar con su cara escondida en el hueco de mi cuello. Sentirlo tan desprotegido me conmovió, ya que sus propias autoexigencias se

estaban volviendo en su contra. Había cosas en la vida que escapaban a nuestro alcance, y esa situación era una de ellas. Tomé conciencia de que debía calmarlo, aunque conmigo misma no pudiese.

—Pablo, vamos a cometer errores, claro que sí. —Rompí el abrazo. Le rodeé el rostro con las manos para decirle la verdad mirándolo a los ojos—. Esto no depende solo de nosotros, hay más gente implicada. Por eso caben muchas posibilidades, porque no sabemos cómo van a reaccionar ni si querrán hablar con nosotros.

Me sostuvo la mirada durante unos segundos, en los que pude comprobar que los claros y oscuros de su rostro no eran temibles, más bien al contrario, eran angustiosos, de hecho, resaltaron su congoja antes de que apoyase su frente en la mía. Mi alma se encogió al verlo así.

—¿Qué haría yo sin ti? —pronunció cada una de esas palabras sin aliento.

—Ni idea, pero lo mismo me pregun...

No me besó como otras veces; era más sereno. Por momentos, percibía la ansiedad y la fiereza propia de sus besos. Era profundo y sabroso. Era nuestra manera de reencontrarnos, de recuperarnos, de volver a tenernos de la manera que nos gustaba, porque decíamos todo aquello que con palabras no podíamos expresar, a pesar de que esa intrincada historia que se había construido a nuestro alrededor nos engullese y nos despojase de nuestra propia realidad. Nos entregábamos abiertamente al otro desnudando el alma, dando el corazón. Demostrándonos que no estábamos solos. También era un beso en busca de refugio, de alivio, debido a ese toque salado procedente del sabor de las lágrimas.

Mientras nuestras lenguas retozaban —su barba me cosquilleaba en el contorno de los labios—, nos transportaban directos al deseo que, desde aquella tarde en el riachuelo, parecía apagado. Jamás lo estuvo, ya que se fue acumulando en mi bajo vientre. Llevábamos días anhelando ese encuentro, pero la frialdad del aquí no nos permitía ser nosotros mismos. Por fin, en aquellos instantes, lo éramos. En la noche neoyorquina, el único testigo de nuestra pasión fue la luna, que, desde su altura, nos observaba comernos la boca sin descanso. Mis manos, entrelazadas en su nuca, recorrieron su espalda hasta la cinturilla de su chándal y se colaron por dentro, acariciando su erguido sexo, al tiempo que mi camiseta desaparecía.

—Vamos. —Me alzó en volandas.

No fuimos lejos. Me apoyó contra el quicio de la puerta; allí lo ayudé a bajar los pantalones. Con ansiedad y desesperación, me penetró de un solo empujón. Gemimos a la vez, antes de besarnos para tragarnos los suspiros del otro.

Entre embate y embate, la fresca noche se caldeó como lo hicieron nuestros corazones.

Si aún cabía alguna duda, en aquel preciso momento se desvaneció. Moviéndose dentro de mí, abrazada a sus hombros, supe que ya se podía apagar mil veces el sol, que mi mundo giraba en torno a él.

CAPÍTULO 46

¿Qué se siente?

—Nosotros os dejamos aquí —nos dijo Julián.

—¿¿Qué?! —exclamé sin entender nada. Miré a Pablo, que no ponía oposición.

—Pensadlo: no podemos aparecer cuatro personas de la nada para acercarse a una chica cuya impresión va a ser que somos agentes del FBI...

—Peor, que vamos a robarle o que somos de la mafia —terminó Julián por Noa.

—¿Dónde estaréis? —quiso saber Pablo con desgana.

—Por aquí cerca. Hacednos una llamada y saldremos a vuestro encuentro.

Se fueron paseando calle abajo, muy juntos, demasiado juntos para mi gusto. Era verdad que durante las últimas horas había estado más pendiente de Pablo que de que ese primer contacto con nuestra prima, Michelle, saliese lo mejor posible. No obstante, algo pasaba delante de mis narices que se me escapaba, y mi amiga no se pronunciaba al respecto.

Pablo apoyó su mano en la parte baja de mi espalda animándome a caminar. Entramos en la enorme recepción del hospital entre la multitud de personal, pacientes y visitantes. Inhalar de nuevo el olor aséptico tan característico de esos lugares me tensó todavía más de lo que estaba, pues no me traía buenos recuerdos. Nos acercamos al mostrador y, tras varias intentonas, la amable recepcionista nos informó de que estaba a punto de terminar su turno, por ello decidimos esperar fuera.

—¿Tienes la foto?

—Sí. —La saqué del bolsillo exterior de la bandolera—. Aquí.

Pablo me la arrancó de las manos y la desdobló.

—Oye, tranquilo. —Le puse una mano en el hombro.

—Ya lo estoy.

—Lo veo —musité irónica, alzando las cejas.

Allí, a las puertas del hospital, a pleno sol, nos proponíamos esperarla. También teníamos todas las papeletas para que nos diese una insolación. Pablo, nervioso, aunque él se negara a reconocerlo, caminaba de arriba abajo llamando la atención de la gente que entraba y salía del recinto. Como si no fuese conmigo, me apoyé en la pared a esperar, controlando el tránsito mientras miraba el móvil. Pero no pasó mucho hasta que la vi: tenía el mismo color de pelo de mi abuela, era de mi misma estatura, incluso nuestra complexión era similar. Lucía un vestido negro estampado con pequeñas flores, sandalias haciendo juego y portaba un maletín, junto con el bolso que colgaba de uno de sus hombros. Pablo y yo nos miramos y corrimos detrás de ella.

—¿Michelle? —la llamé en español, sin querer—. ¿Michelle Ulloa-Castro?

—Sí. ¿Quién...?

Giró con una sonrisa que mudó en una expresión de susto en cuestión de segundos al ver a Pablo. Era como si estuviese viendo un fantasma. Las comisuras de sus labios apuntaron hacia abajo a la vez que su mirada azul zafiro se volvía vidriosa. Para mí fue como estar delante de un espejo, o más bien de mi abuela, pues las finas líneas de su rostro eran las de ella, salvo la nariz, mucho más larga, y los labios, más gruesos.

—Mi nombre es Pablo Hernández de Huría y ella es Valentina Ulloa-Castro, somos tus primos —le explicó en español.

Tardó un rato en reaccionar. Cuando lo hizo, no fue lo esperado:

—No... No, no —repetía dando la vuelta y retomando su camino.

Salimos detrás de ella.

—Por favor —pidió Pablo, agarrándola del brazo—, solo queremos hablar.

—¡No! Tengo prisa —dijo entre dientes.

Nos regaló una mirada tan agresiva que nos convirtió en estatuas de mármol. Aquella mirada también era idéntica a las de ella, pero añadiéndole mucha más fuerza.

El segundo intento fue al día siguiente, cuando, gracias a las artimañas de Julián, a saber cuáles, supimos con certeza sus horarios.

—Coge esta tarjeta, por favor. —Pablo se la ofreció—. Solo queremos conocer a nuestro tío, a todos vosotros, no venimos a pedir nada... —Carraspeó para que la voz no se le quebrara de impotencia, pues daba la sensación de que ella no la aceptaría—. Cógela, sin compromiso. Si queréis...

La cogió de muy malas maneras, solo para deshacerse de nosotros. La guardó en el bolsillo trasero del vaquero al tiempo que se perdía en el interior del hospital. Eso me dio la esperanza de que algún día, a alguna hora, sonase el teléfono.

Pablo miró al cielo alzando una súplica muda que luego se reflejó en su rostro contraído y se tradujo en enfado. Su expresión era más dura por la sombra de su barba.

—Me voy a dar una vuelta —nos dijo a los tres—. Quiero estar solo.

—Pero, tío —protestó Julián.

—Dejadme en paz.

Echó a andar hacia ningún lugar.

Tragué el regusto amargo de la indignación, que ya me ardía en las venas por ver esa actitud que no ayudaba en nada, ni a él ni a mí.

—No. —Fui hacia él y lo agarré del brazo, frenándolo—. ¡¿Adónde vas?! ¿Crees que puedes irte así, sin más? ¿A qué viene esta actitud de niño pequeño?

—Yo...

—Jamás pensé que pudieras comportarte de forma tan egoísta, que no seas capaz de ver que no eres el único que sufre por esta situación ni te des cuenta de que hay dos personas que nos han acompañado desinteresadamente y a las que estás dejando tiradas.

—Yo no...

Apreté los labios y giré la cabeza hacia un lado para reunir algo de contención. Volví la vista hacia él, fulminándolo.

—¡¿Crees que para mí es fácil?! ¡¿Incluso para ella?! —Señalé la puerta del

hospital—. Necesito entenderte, entender qué pasa aquí —me golpeé el pecho en la zona del corazón— para no cabrearme más con mis abuelos, con tu abuelo, con nuestras familias, contigo y conmigo. Si sigo aquí... si sigo aquí y no me permito flaquear es porque tu sola presencia me da fuerzas para enfrentarme al Goliath que tenemos delante. Pablo, te quiero con los ojos con que te veo, pero no me lo estás poniendo fácil para continuar; estás muy lejos de mí, y eso me duele.

Eché a correr calle abajo aprovechando que lo había dejado bloqueado. La gente a mi alrededor ni se inmutaba ante mi carrera, se apartaban y poco más. Eso era lo bueno en una ciudad como Nueva York: nadie se paraba a pensar, eras alguien más, un desconocido entre tantos. Poco a poco, fueron desapareciendo hasta casi quedar vacía; sus típicos ruidos de claxon, tráfico, el ajetreo de la gran ciudad se alejó, porque en mis oídos solo retumbaba mi corazón. Mis pies volaban sobre la acera a la misma velocidad que las lágrimas rodaban por mis mejillas. La garganta me dolía, ya que un grito se quedó clavado en ella.

De repente, me vi corriendo a la par que los *runners* de Central Park. No supe en qué momento había entrado allí. Paré sin resuello, me limpié la cara y busqué a mi alrededor un banco libre para sentarme, así olvidarme del último cuarto de hora de mi vida. Fui a uno situado a la sombra de varios árboles — muy de vez en cuando, soplaba una ligera brisa que enfriaba mi sudorosa piel y me permitía llenar de aire los pulmones— donde solo pretendía hallar un rincón de paz; pensar con la mayor frialdad y así comprender la situación que tanto alteraba a Pablo. La entendía, sin embargo, su actitud esquiva era la que me enfadaba, porque lo distanciaba de todos. Me tapé los ojos con la mano izquierda para que nadie viese cómo las lágrimas volvían veloces. Sujeté la bandolera y, después de frotármelos, clavé la vista en el estanque entre imágenes idílicas de madres con sus hijos, padres jugando, enseñándoles a andar en bici...

—Lo lamento —se disculpó Pablo situándose delante de mí. Asentí—. ¿No dices nada?

—¿Cómo me has encontrado?

—Te he seguido y te he permitido los minutos que necesitabas para estar sola. —Se acuclilló y me cogió las manos—. No quiero verte sola. Tina,

mírame.

No quería; si lo hacía, sabía que rompería a llorar. Al final claudiqué sin poder contenerlas más.

—Me he comportado como un cretino, un gilipollas profundo cuando ayer por la noche me hablaste en serio y hoy... No tengo que repetirlo. Entiendo tu cabreo conmigo. No sé cómo comportarme, no sé lo que mi padre quiere que haga ni si lo que hago es poco o nada por nuestras familias. —Cerró los ojos, encogiendo el rostro—. Estoy tomando el sitio de mi abuelo, intentando hacer lo que él haría y estoy fracasando. Odio el fracaso. —Comenzó a llorar.

Lo observaba con ojos acuosos, sin un simple amago de acercarme a él o tener un gesto cariñoso. Quería que supiese lo que se siente al estar al otro lado, tratando de poner todo en orden, sin contar con el apoyo de otra persona.

—Ahora, eres tú la que está lejos de mí.

—¿Y qué se siente?

—Miedo y dolor. —Cogió aire por la boca, procurando no ahogarse—. Dolor porque lo último que quiero es perderte.

CAPÍTULO 47

Confesiones, esperanza, nervios y Carlos

«No va a llamar», era lo que llevaba pensando toda esa semana que había pasado desde la última vez que vimos a Michelle, de la que no sabíamos nada todavía. Durante unos días nos paseamos por la biblioteca pública de Nueva York para intentar recabar más información sobre Carlos. Fue un imposible. Aparte de sus libros publicados, en los que en la contraportada aparecía una breve reseña biográfica, de sus artículos de opinión y de las conferencias recopiladas en algún libro, no había nada de él, ni una noticia de su vida, ningún hecho importante a mayores de los que ya sabíamos... Nada. Frustrados por un lado, con la impaciencia fluyendo en nuestras venas, Julián tomó las riendas de la situación. Para que dejásemos de sugestionarnos, organizó rutas turísticas que nos llevaron hasta el estado vecino de New Jersey y otras zonas que jamás imaginé visitar. Ese día, tras un pícnic improvisado en Central Park, nos fuimos de compras, por eso de darnos unos pequeños caprichos. Estaba con Noa, y la tentación de interrogarla me iba calando cada vez más hondo. Debía decírselo o reventaría.

—¿Qué tal con Julián? Os veo cada día más... ¿unidos?

—Increíblemente bien . —Se quedó unos segundos meditabunda con una percha en la mano, mirando sin ver una blusa de gasa color rosa palo—. Demasiado bien para tratarse de él, pero bueno, me aprovecho de la tranquilidad.

—Hacéis una bonita pareja. Me gusta para ti, y no lo digo porque él sea el mejor amigo de Pablo.

—No te fíes de las apariencias, que compartamos habitación...

—¡¿Qué?! —exclamé, consiguiendo que toda la gente me mirase.

—Chsss... —Me dio un codazo—. Calla, Ulloa, no te me escandalices. De verdad, si fuiste tú la primera en decirme que había atracción entre nosotros. Todavía mantenemos nuestras habitaciones para no levantar la liebre en Madrid. —No me permitió preguntar nada—. Y sí, a veces vamos a la suya, otras, a la mía...

—Vamos, que...

—¿Si practicamos sexo? —Asentí—. Valen, ¿no tienes confianza conmigo para preguntarlo?

—Estamos en un sitio público —le aclaré ese pequeño detalle.

Miró a su alrededor con las cejas alzadas.

—Cierto, y sí, tenemos sexo del bueno, pero el problema es Julián. —No acercamos con nuestras prendas a la caja—. Es un Casanova, o tiende a serlo. Tiene más conquistas amorosas que calzoncillos en el cajón de la mesita de noche. Siempre he estado mentalizada de que con él no voy a obtener nada más allá de sexo, y me estoy empezando a replantear si es lo que quiero. —Ambas pagamos lo nuestro y salimos—. Valen, no me gustaría engancharme a una relación que no lleva a nada y a un tío que no merece la pena, sé que acabaré sufriendo. Este viaje, para mí, para él, es una farsa; cuando lleguemos a España, todo volverá a ser otra vez igual.

—Noa... —La abracé. Era la primera vez que mi amiga no se mofaba del amor, sino que hablaba desde el corazón.

—No me malinterpretes, ¿vale?

—Vale.

—Me gustaría una historia como la tuya. Saber qué es que alguien te quiera, acostarte y levantarte con él, llegar a casa y tenerlo ahí. —Se encogió de hombros, bajando la cabeza.

—¿Lo has hablado con él? A lo mejor pensáis lo mismo...

—¿Qué dices? —objetó con asombro—. Vamos a ver, ¿qué derecho tengo yo a hacerlo? Soy un rollete para él, no tengo derecho ninguno porque no estoy dentro de la categoría de «novia». Paso. El amor nunca estuvo hecho

para mí.

—Noa, no lo sabes. Donde menos te lo esperes, allí estará el amor de tu vida.

—¿Eso existe?

—No lo sé.

—No, Valen, ya te digo yo que no, y menos con alguien como Julián. Cuidado, vienen ahí.

Giré sobre mis pies. Venían apurados con varias bolsas.

—Joder, parecéis salidas de *Pretty Woman* —bromeó Julián.

No eran tantas; entre las dos sumábamos cinco. Ellos, una más.

—¡Quién fue a hablar! El que trae solo seis y llenas a reventar —le apuntó su supuesta chica.

—Sí, se me fue la mano, lo reconozco.

—Tina, tenemos que volver al hotel, Michelle y su madre están esperándonos —anunció Pablo con cierta ansiedad.

—¿Qué? ¿Cómo? —Me quedé sin raciocinio.

—Me acaban de llamar al móvil, tenemos que irnos ya.

—Atended, vosotros dos entrad ahí, nosotros llevaremos las bolsas arriba —explicó el plan Julián.

—De acuerdo —aceptó Pablo. Me cogió de la mano entrelazando los dedos. Se la llevó a los labios y la besó—. Vamos allá, ¿lista?

—Sí.

Así entramos en la elegante cafetería del hotel. Había muy poca gente a esas horas. Solo un señor en la barra hablando con el barman, que lo escuchaba en silencio mientras trasteaba con algo, y dos parejas dispersas en unas mesas al fondo. Pegadas a la cristalera, estaban ellas dos. Michelle movía la pierna de la misma manera en que lo hacía Pablo cuando estaba nervioso. Se notaba que era una Huría. Las lámparas de cristal de Bohemia estaban encendidas, lo que proyectaba una mayor claridad, y el aire acondicionado, a una temperatura suave, refrescaba mi piel lo suficiente para

calmar el calor, pero también para agarrotarme un poco más debido a los nervios.

Michelle fue quien se percató de nuestra presencia. Avisó a su madre con un gesto de cabeza y la mujer —de cabellos trigueños cortos, rostro redondo, cejas estrechas encima de unos ojos azules claros impresionantes, nariz pequeña, mejillas rosadas que contrastaban con el carmín de sus labios finos y la convertían en una mujer bastante atractiva— se llevó la mano a la boca. Nos acercamos con cautela; ellas se pusieron de pie.

—*Oh my God!*[55] —Los músculos de su cara temblaron de la emoción ante Pablo—. *You...* Tú eres igual que él —dijo en un perfecto español.

—¿Sabe hablar español? —inquirí de manera muy idiota.

—Sí, Carlos, bueno, vuestro tío me enseñó, nos enseñó a todos —nos explicó—. Lamento ser una maleducada, mi nombre es Melanie.

—Pablo Hernández de Huría, y ella es Valentina Ulloa-Castro.

Nos estrechamos las manos, salvo con Michelle, que no se mostró tan afable como su madre.

—Vamos a ver, ¿cómo sabíais mi nombre?

—Buscamos en Google «Ulloa-Castro» y apareciste tú. —La voz me temblaba mucho; las miraba como si se tratase de un partido de tenis—. Fue así, de verdad.

—Tranquila. Sentémonos —ofreció con la mano extendida Melanie.

Era una mujer tremendamente cariñosa en sus ademanes, en su voz. La conversación se vio interrumpida por la presencia del camarero. Pablo pidió por los dos unas aguas, y, después de que nos las sirvieran, pudimos empezar.

—¿Y Carlos? —La impaciencia de él iba implícita en sus palabras.

—Llegáis un poquito tarde —respondió Michelle, irónica.

—¡Michelle! —la regañó su madre. Volvió la vista a nosotros, procurando dominarse—. Carlos... Él... Vuestro tío murió en 1998, veinte años después de que llegase a Estados Unidos —confesó con lágrimas en los ojos.

Me llevé la mano izquierda a la frente, tapándome los ojos para que no me viesen llorar. La pena se adueñó de mí, me anquilosó en mi asiento despojándome de todo juicio. Se abrió ante nosotros un doloroso capítulo que se alargaría hasta España, pues incumbía a nuestros padres, a Rosario y a Alfonso. Pablo, por el contrario, supo reaccionar por los dos:

—¿Murió?! —Se aferró a los reposabrazos de la silla—. ¿Cómo que murió?

—*Mummy*[56], no tenemos que hacerlo...

—¡Ya está! —Se limpió los ojos—. Tu padre nos pidió que cuando viniese su familia la tratásemos como él lo haría, porque sabía que este día llegaría, y es lo que voy a hacer, cumplir su deseo, ese que Freddie y tú olvidáis por orgullo.

—No es justo...

—Lo que no es justo es que vengan estos dos chicos y se los trate con tanta indiferencia. ¡Son tus primos directos, Michelle! Lo quieras o no. —Su hija calló, escondiéndose detrás de su vaso de té frío—. Tranquila, cariño —me consoló.

No podía dejar de llorar. Jamás se me hubiese pasado por la cabeza.

—¿De... qué... de qué murió? —balbuceó Pablo.

—De sida —confesó con voz queda.

Esa respuesta me hizo regresar a la realidad de un golpe.

—¿Qué?! —exclamamos al unísono.

—Hay que empezar por el principio. —Tomó aire, se reacomodó en la silla, puso los brazos en la mesa y empezó su relato—: Carlos llegó a finales de 1978; en ese tiempo ya había conocido al que se convertiría en su editor, Brandon, el marido de mi mejor amiga y compañera. Somos enfermeras. Me lo presentaron en enero del setenta y nueve. ¡Uf! ¡Qué mala impresión me dio! Era... era demasiado...

—¿Serio? —probó suerte Pablo.

—No, ¿cómo se dice en español? *Arro*...

—Arrogante —indiqué.

—Sí, arrogante. —Asintió con la cabeza—. Sí, eso. Era algo fuera de lo normal. Salí del restaurante pidiendo en silencio no volver a verlo. Pero él se quedó con ganas de más. Mi amiga siempre me decía que él quería verme de nuevo; yo me desentendía, hasta que un día apareció en el hospital con un ramo de flores y me dijo con su voz masculina y profunda: «¿A qué hora termina tu turno?». ¡Me hizo esperar por él! Me tuvo un cuarto de hora en la puerta del hospital y su disculpa fue que «me entretuve escribiendo». Poco a poco, después de esa primera cita, nos vimos casi todos los días, y descubrí

que no era arrogancia, sino esa confianza tan desbordante la que te hacía calificarlo de arrogante.

—¿Cómo era? —preguntó Pablo con bastante acierto.

—Era muy atractivo, igual que tú. —Agachó la cabeza, avergonzado, y me fijé en cómo sus mejillas se teñían de rojo. Melanie sonrió ante ese detalle—. Poco más alto. Era un hombre con un carácter arrollador, fuerte, enérgico y tímido —resaltó esta última palabra—. Lo que me sorprendió, porque desde fuera no se apreciaba. El hombre que conocí nada tenía que ver con las primeras impresiones que me había hecho durante aquella cena. —Clavó la mirada en un punto invisible en la pared que había detrás de Pablo.

—*Mummy*, no tienes que seguir si no quieres...

—Estoy bien. —Respiró y retomó el relato donde lo había dejado—: Era valiente, independiente. En aquellos meses, hasta mis vacaciones, viajó por algunos estados del país y una o dos veces a la semana yo recibía una carta. *Oh my God!* ¡Qué largas! Se notaba que era escritor; todavía las conservo y a veces las releo. Tras su regreso nos fuimos a vivir juntos. Era increíble, de verdad, en todos los aspectos. Pero sabía que me ocultaba algo, sus ojos marrones me lo decían. —Estiró las manos hacia Pablo. Él se las tomó—. Verte a ti es como tenerlo delante. Tienes su misma fuerza, y esos ojos hablan solos. Era un hombre que no sabía disimular y, a veces, muy impulsivo.

—Como tú —le espeté. Él me miró con horror.

—No soy así.

—Compartís alguna característica, y más de una —recalqué para que le quedase bien claro.

—No le hagáis caso. Por favor, continúa.

Michelle y Melanie se rieron de la expresión de Pablo.

—Esa frase la decía mucho mi padre. —Se dirigió a mí por primera vez, más relajada—: Va a ser verdad lo que dices.

—Lo es —sentencié, devolviéndole la sonrisa.

—A pesar de lo felices que éramos, había algo que no le permitía disfrutar del todo. Yo no me cansaba de preguntarle, y una noche, después de hacer el amor, me contó todo lo de su familia. Todo de lo que en un año se había enterado. Me quedé tan sorprendida que no supe qué decirle.

—Nosotros no hace tanto que nos enteramos y nos quedamos igual. Creo que todavía lo estamos asumiendo.

—Y sin el «creo» —apostilló Pablo.

—A esas alturas ya conocía de su activismo en ciertas causas sociales. Trabajaba escribiendo artículos de opinión para varios periódicos que tuvieron mucho éxito, además, comenzó a escribir sobre sus viajes por los distintos estados y a traducir al inglés los libros publicados en español, añadiendo mis clases particulares en esa lengua.

—Fue a la marcha de Washington en...

—Sí —me interrumpió—. En contra de mi voluntad, y su respuesta fue: «Estamos haciendo historia». ¿Qué respondes a eso? Ese verano habíamos ido de viaje; era muy gracioso verlo escribir notas, tomar fotos. ¡Era como un turista loco! Un año después le presenté a mis padres. Lo adoraban, y él a ellos. Era muy cariñoso. De vez en cuando recibía noticias de España e hizo varios viajes, y a su regreso siempre me decía que algún día los haríamos juntos. Después de varias negativas a sus propuestas de matrimonio, accedí, y nos casamos en otoño del ochenta y tres.

Me quedé sorprendida por esa fecha. El año en el que nací y en el que mi madre se quedó embarazada de él.

Melanie, aún agarrada a Pablo, seguía narrando ajena a mis pensamientos. Sin embargo, me di cuenta de que era a él a quien le hablaba, como si se lo estuviese contando a su difunto marido.

—En el ochenta y cuatro nació Michelle. Ella está aquí delante y sabe que no exagero: se convirtió en un padre excelente. La cuidaba, le enseñó a leer, a hablar en español, en francés...

—Todo lo que sé se lo debo a mi padre —cortó a su madre para aclararlo ella misma.

Sus ojos, idénticos a los de mi abuela, se iluminaron tristes.

—Escribía, iba a recogerla al colegio, daba sus conferencias, pero jamás se perdió ninguna fecha importante para los tres, a pesar de que continuase, a veces, viajando. En esa época, estaba algo distanciado, y sobre todo cuando Michelle ya era más mayor. Estaba incómodo consigo mismo. Una noche, después de acostarla, como hacía siempre, me encerró en su despacho y me confesó su bisexualidad. Lo que realmente me quería decir es que era gay.

Pablo se soltó de su sujeción y se tapó la cara con las manos. Melanie, sintiéndose culpable por esas últimas palabras, escondió la suyas debajo de la mesa. Yo miré a Michelle.

—No sé qué decir...

—Me pidió que no desapareciese de su vida, no quería perderme. Fue muy difícil para mí desde que lo dijo: la formalización del divorcio... —Se echó hacia atrás apoyando la espalda en el respaldo—. Me confesó que era la única persona que lo conocía de verdad y nunca lo dejé, aunque me ahogase de dolor cada vez que lo veía salir por la puerta. También lo hacía por ella; se adoraban. En esa época, si tenía algo importante entre manos, dejaba su casa, al lado de la nuestra, y se venía con nosotras, pues nunca me deshice de su despacho. Debo reconocer que nos lo hizo muy fácil a las dos; si tenía que tomar alguna decisión importante, siempre contaba con nosotras. Llegó un momento en que incluso hablábamos de hombres. ¡Hablar de hombres con tu ex! Yo lo hice. Fuimos más cómplices en aquella época que de casados. Si yo tenía alguna cita, él se quedaba con la niña. Me decía: «Ten cuidado ¿vale? Si no estás cómoda, avísame, que voy a buscarte». Si la tenía él, me decía que al día siguiente me haría una crónica. Freddie...

—¿Vuestro hijo? —inquirió Pablo—. Es la segunda vez que os referís a él...

—Era su pareja —esclareció Michelle.

—Su pareja, ya. —Sopesó esa expresión.

—Freddie llegó a su vida cuando más necesitaba que alguien le diese amor, y el paso más trascendental fue presentárnoslo. Me dijo que era alguien muy importante, y así fue hasta el día de su muerte. —Con los ojos anegados en lágrimas, rememoró todo—: Murió en mis brazos. Apenas veía, tenía unos dolores horribles, había decidido meses atrás dejar de tomar la medicación, pero aún tuvo fuerza para decirme que era el amor de su vida y la única mujer que albergó su corazón... —Rompió a llorar.

CAPÍTULO 48

Doce rosas y una más

Alguien llamó a la puerta de la *suite*. Me levanté masticando un trozo de *croissant* y fui a abrirles la puerta a nuestros amigos. Debíamos organizarnos, ya que iban a estar solos debido a que Melanie nos había invitado a ir a su casa para conocer a Freddie.

—Señorita, han traído esto para usted...

—¿Para mí? —La mandíbula se me aflojó ante el ramo de rosas rojas que sostenía el botones como si se tratase de un interruptor nuclear.

—Sí, solo dejaron orden de entregarlo en esta *suite* —me especificó.

—Muy bien, gracias.

Lo cogí y cerré la puerta con el talón, embriagada por su exquisito perfume, que me trasladó trece años atrás, a aquella otra rosa en Galicia. En medio había un pequeño sobre color blanco. Volví a sentarme en la silla de la mesa de la sala y, sin interés ninguno por el desayuno, lo saqué para leerlo:

Doce rosas y una más. Feliz cumpleaños.

«¿Cumpleaños? ¿Qué cumpleaños?», me pregunté a mí misma.

—¡Pablo! —Me dirigí hacia el baño de la habitación—. Pablo, ¿qué día es hoy? —Alcé la voz al otro lado de la puerta.

—Diez de julio.

—¡¡¿Qué?!!

¡Me había olvidado de mi propio cumpleaños! Era la primera vez que me pasaba algo similar, ni estando con Iván me había ocurrido. No obstante, después de todo lo sucedido en mi vida en el último mes, más o menos podía

comprenderlo. Era verdad que desde hacía semanas notaba que no sabía en qué día vivía, pero ¿hasta ese punto? No quise darle más vueltas para no acabar gritándome a mí misma «patética».

Me senté al borde la cama. Miraba el ramo sin verlo por el hecho de que era el cumpleaños de mi abuelo también. Una espina de aquellas rosas se clavó en mí, hiriéndome. Al poco tiempo, Pablo salió entre una nube de vaho con las manos escondidas a la espalda. Se acercó a mí y pegó su boca la mía.

—Felicidades. —Me besó.

—¿Doce rosas y una más? —Esperé una explicación por su parte.

—Exacto. —Me dio otro beso—. Todos los diez de julio compraba una rosa para recordarte. Una vez que tuve mi despacho en París, encargué que hubiese una en mi escritorio tal día como hoy. Siempre me acordé de tu cumpleaños y, de alguna manera, era mi modo de celebrarlo, a pesar de que te odiaba, o eso creía. —Mostró las manos, en las que sostenía otra rosa—. Doce rosas que una vez no pude regalarte. Una más que marca un nuevo comienzo.

Mi corazón saltó varios latidos, me arrebató el aliento. Una vez que me recompuse, me lancé a su cuello. Lo besé emocionada; él se dejó hacer entre risas. Solté el ramo encima de la cama y, tumbada encima de Pablo, le rodeé el rostro con las manos, paseando los dedos por su barba, para ofrecerle mi particular confesión:

—Fuiste el primer chico que me regaló una rosa, aquella mañana de verano; hoy eres el primer hombre que me regala un ramo.

—No sabes cuánto me alegra ser el primero en todo.

Nos besamos con un fervor enloquecido que se desprendía de lo más profundo de nuestros corazones; nuestras lenguas, como siempre, nos empujaban con cada roce y caricias húmedas a los brazos de la pasión.

—Gracias —le dije cuando me alejé un poco.

—Jamás me des las gracias, mi vida.

«Mi vida», repetí para mis adentros. Me derretí, así, literal, el día mi cumpleaños.

Alguien volvió a golpear en la puerta; esa vez, por la cadencia, sí eran Noa y Julián. Al abrirles, mi amiga se abrazó a mí.

—¡Felicidades, Ulloa! —Me dio dos besos—. ¿Qué se siente al tener mi

edad?

Ella era un mes y unos días mayor que yo.

—Nada, me siento igual que ayer.

—Espérate, que saldrán más canas, tenlo en cuenta.

—Felicidades, jefa. —Julián me abrazó muy efusivo. Era la primera vez que lo hacía.

—Gracias.

—Toma, para ti. —Mi amiga me extendió una bolsita que agarré con nervios.

Impaciente, metí la mano en su interior y saqué una caja alargada. La abrí, y en su interior me encontré con un bolígrafo de cobre que, según le diese la luz, parecía más rosado. Era precioso, perfecto para cuando estuviese en el banco. Miré a mi amiga con una sonrisa; ella me guiñó un ojo.

—Espero que este boli te ayude en la nueva vida que se abre ante ti.

Desencuentros y remordimientos

—Mira, ahí está Michelle. —Señalé con el dedo índice.

Pablo aparcó el coche, que había alquilado con Julián, delante de una casa unifamiliar —la típica americana— de una sola planta, muy vistosa por los ladrillos rojos que la recubrían. Se ubicaba en una tranquila urbanización a casi dos horas desde el hotel, que estaba en el centro de la ciudad.

Descendimos del coche y nos encontramos con una prima mucho más receptiva a nuestra presencia. La conversación entre los cuatro aquella tarde se había prolongado bastante tiempo al explicarles todo el asunto del diario que nos había conducido hasta allí. Nos saludamos de una manera muy familiar, más de lo que nunca llegué a imaginar.

—¿Os costó mucho dar con la calle?

—No, la verdad es que el GPS se portó bien —rio Pablo.

—Suerte que tuvisteis. Yo no me apaño con esos cacharros, el último lo tiré por la ventanilla. —Reímos con ella. Tenía una risa muy contagiosa—. Lo que me costó mi relación con mi ex.

—¿Por un GPS? —Abrí la boca y alcé las cejas sin dar crédito a lo que oía.

—Lo había fabricado él y lo estaba probando...

—Ahora se explica —alegó Pablo.

Lo miramos con cara de «¿qué estás contando?».

—Os acompaño a casa de Freddie.

Michelle nos contó que su ex trabajaba en una compañía muy conocida, pero que la destrucción del GPS fue la gota que colmó el vaso en una relación

que no funcionaba desde el principio. En aquellos momentos, estaba muy bien soltera; en cambio, su madre no estaba muy de acuerdo, pues estaba empeñada en que le diese una oportunidad a un antiguo compañero de colegio, al que Carlos había conocido, y con el que, después de muchos años, se había reencontrado.

—Aquí es. —La casa era más pequeña que la de Melanie. También de una planta, estaba pintada en blanco, y en el jardín, justo a la entrada, un gran árbol le daba sombra. El porche, con tres escalones, lo decoraban unos sillones de mimbre colocados con mucho gusto.

Llamó al timbre y, al poco rato, la cortina que cubría la cristalera de la puerta se movió casi imperceptiblemente.

—¡Fuera! No os quiero ver por esta casa, ¡jamás entraréis aquí! ¿A qué venís? Marchaos y dejadnos en paz. Han pasado más de diez años de su muerte, ¿y ahora os acordáis de él? ¡Ni a su funeral vinisteis! Largaos y no volváis.

Aquellas acusaciones me cayeron como un jarro de agua fría. El silencio, la distancia y la pasividad de mi familia, incluido mi tío, que también lo había propiciado, los estábamos pagando con creces. Me sentí incluso culpable de una situación que yo desconocía hasta hacía bien poco. Allí, a las puertas de la casa, esperaba una nueva arremetida. Aquellas palabras me hirieron más de lo que nadie se pudo imaginar.

—Id a casa con mi madre. Yo hablaré con este cascarrabias que ayer estaba dispuesto a conoceros. A saber qué viento le dio. —Michelle frunció el ceño, frustrada.

—Está bien —dijo Pablo un tanto incómodo por la situación—. Vamos, Tina.

Me cogió de la mano y tiró de mí. Estaba tan bloqueada que la voz de Michelle la escuché muy lejana. Caminando casi por inercia, me notaba muy temblorosa, como si en cualquier momento me fuese a caer.

—Tranquila. —Me rodeó los hombros con su brazo—. Conseguiremos hablar con él.

Le pasé la mano por la cintura sin decir palabra. No podía, el peso de los remordimientos me estaba hundiendo. Aquella situación no la había generado yo, habían sido otros, pero ya tenía la mente demasiado ofuscada para darme

cuenta de aquel detalle. El día de mi cumpleaños se estaba agriando a cada minuto que pasaba. Le tocamos el timbre a Melanie, que, con mucha rapidez, nos abrió.

—¿Y vosotros aquí tan pronto?

—No quiso recibirnos —comentó Pablo.

—Que cabezón es ese hombre. —Negó resignada—. Dadme las cazadoras para que las cuelgue. No le hagáis mucho caso, cambia muy pronto de opinión, si no lo convencerá Michelle. Ella lo maneja muy bien. Acompañadme al fondo, donde he preparado un pequeño almuerzo.

En lo que me fijé, la decoración de la casa no era recargada, al contrario, era muy sencilla y elegante. El largo pasillo apenas tenía muebles, salvo el recibidor. Eso sí, las paredes estaban llenas de fotografías familiares y de la graduación universitaria de Michelle. A los dos lados de una gran puerta de madera se alzaban dos grandes jarrones de porcelana; era el único ostento que había. El ambiente acogedor, cálido, me relajó un poco, como ese aroma a comida recién horneada. Parecía que estaba en casa otra vez. Melanie abrió la puerta corredera, y delante de nosotros apareció una habitación muy amplia. Entramos con cierto tiento, porque Melanie nos estaba permitiendo acceder al despacho de Carlos. A ambos lados, había dos enormes ventanas que iban del suelo al techo, dándole una claridad increíble, que se proyectaba en el blanco de la pared que quedaba libre y que resaltaba las enormes estanterías de madera llenas de libros, fotos y objetos. Resultaba curioso el desorden de los libros, era como si todavía alguien los siguiese utilizando. Pero no, estaban como él los había dejado, o eso me pareció a mí. El escritorio, fabricado con la misma madera, estaba delante de una de las ventanas, casi debajo de la sencilla lámpara que colgaba del techo, gemela de la que había en el otro extremo. Ya dentro, un escalofrío me recorrió entera, se instaló en mi corazón y lo estrujó. Esa sensación se convirtió en un pinchazo en el pecho cuando por mi nariz se filtró un perfume masculino intenso que no me era conocido. Mi tío estaba presente sin estarlo.

—Guau, qué bonito. —Pablo estaba fascinado.

—Está todo tal cual lo dejó —confirmó Melanie—. A veces entro aquí buscando su consejo, su apoyo, si necesito hablar con él.

—¿No has vuelto a casarte? —inquirí sin tiento alguno—. Lo lamento si he

metido la patada, no era mi intención.

—No, no, te equivocas. No me he vuelto a casar porque no hay hombre en la Tierra que pueda sustituir a Carlos. Él fue el hombre de mi vida, me di cuenta en el mismo instante en el que me confesó que estaba enfermo.

Michelle apareció hora y media después, de hecho ya estábamos más que acomodados en el rincón de la casa que le había pertenecido a mi tío. Todo ese tiempo lo había invertido en discutir con Freddie y en convencerlo de que debía conocernos. No le quedó más remedio que claudicar, al recordarle lo que siempre repetía Carlos. Así, al día siguiente lo veríamos en una conocida cafetería de Nueva York.

Pasamos unas horas muy buenas entre anécdotas, recuerdos de viajes, chistes malos que Carlos solía repetir hasta la saciedad; entretanto, Melanie me observaba, a veces, fijamente. La verdad, no sabía por qué. Su insistencia me hacía mostrarme más titubeante, debido a que se me juntaban muchas cosas desde frentes distintos y lo único que quería era llorar. El motivo solo era uno. Me froté los ojos en un intento por despejarme y ella actuó:

—Michelle, ¿por qué no le enseñas a tu primo el jardín trasero? —Su petición hizo que Pablo se tensase y enarcase las cejas.

—Claro, ven.

A Pablo le costó levantarse. Lo hizo un poco a regañadientes. Mel los siguió con la mirada y, cuando sus pasos se perdieron, se sentó a mi lado, colocando una mano en mi muslo.

—Te veo muy triste, más que ayer. Estás a punto de llorar —afirmó con acierto—. Sé que nos acabamos de conocer y que no tengo el derecho de meterme en nada, ni tampoco de que tú me des una respuesta si no quieres. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo; eres familia de Carlos y, por tanto, mía.

La dulzura y la preocupación que imprimió en sus palabras me hizo abrirme a ella.

—Hoy es mi cumpleaños...

—Felicidades —susurró, levantando muy poquito el tono.

—Era el de mi abuelo también, y resulta que con este viaje, con todo lo que ha sucedido semanas atrás, me he olvidado. —Ya no logré controlar las lágrimas, el remordimiento pudo conmigo—. Siempre lo había recordado. No puedo perdonármelo.

Melanie me abrazó como una madre.

—No te aflijas más. Tu abuelo, esté donde esté, no se va a enfadar contigo por ese motivo. Carlos siempre repetía que Álvaro no era un hombre rencoroso. Quédate con eso y con que se sentirá orgulloso de que estés sentada en esta habitación.

CAPÍTULO 50

Todos los días de nuestras vidas

—**E**stoy muy nerviosa. —Sacudí las manos a la misma velocidad a la que me palpitaba el corazón. Íbamos a conocer al hombre que había convivido con Carlos hasta el final de su vida y, la verdad, su relato podía ser aún más triste que el de Melanie.

¿Qué más nos podía deparar todo aquello? ¿Qué más nos podía contar sobre ese tío al que no conocimos y al que jamás conoceríamos? ¿Por qué la vida era tan cruel para ponernos en situaciones como esa?

—Tina, relájate. Hemos llegado hasta aquí, es el último paso. Debemos conocerlo, dado que compartió tanto con él.

—¿Y si se arrepiente y no viene? —Miré a Pablo, asustada por el alcance de aquella pregunta. Era una posibilidad.

Me abrazó y me besó en la frente.

—Va a venir, porque lo trae Michelle y ya demostró ser mujer de carácter.

—Se parece a mi abuela...

—Demasiado, diría yo. Sobre todo, en esos arranques de mala leche del principio.

Con la cara escondida en el pecho de Pablo, me di cuenta de un detalle. Lo aparté poniendo las manos donde segundos antes había estado mi mejilla.

—A nuestros padres no podemos contárselo a bocajarro; la noticia de su muerte les va a afectar.

—Eso mismo pensé yo. Dependiendo del estado de ánimo, lo contaremos de forma más gradual o todo en un tiempo, escalonado, durante la misma

conversación. —Me soltó y se mesó el pelo—. No va a ser nada fácil. Estoy por asegurar que creen, desde su ignorancia, que quizás Carlos vuelva con nosotros.

—Mi padre... —Los ojos se me volvieron más acuosos. Me los tapé con los dedos.

—Debemos ir con tiento, podemos dañar muchas sensibilidades.

Nos mantuvimos en silencio mientras la gente que pasaba por nuestro lado intentaba sortearnos lo mejor que podía.

—Me da que viene ahí.

Me volví y me fijé en un hombre de mediana estatura, de pelo cano, casi gris. Su rostro cuadrado, que rozaba la vejez, no había perdido nada de la belleza de antaño, con esa frente un tanto estrecha, cejas bien depiladas —lo que denotaba que se cuidaba mucho—, ojos oscuros y rasgados, pómulos altos, nariz bastante larga bajo la que había una boca de labios muy finos que, según se movieran, creaban unos hoyuelos a los lados. La simetría en sus facciones, que terminaban en un mentón estrecho y se delineaban en una mandíbula cuadrada muy pronunciada, lo hacía más masculino. Era un hombre muy guapo para su edad; además, su piel casi no tenía ninguna arruga.

—Joder, en serio, todos me miran como si fuese una aparición. Estoy empezando a pensar que soy su reencarnación.

—Te pareces a él, él se parecía a tu abuelo, así que es normal que se asombren. —Sí, Freddie se había quedado parado al fijarse en Pablo—. No eres el único. Mi abuela tiene dos nietas que, en el físico, se parecen casi más a ella que a sus madres.

—Cierto, pero es un consuelo de tontos.

Freddie recuperó el paso y se aproximó a nosotros un tanto vacilante.

—Vosotros debéis de ser Pablo y Tina, ¿verdad? —Su voz en español me sorprendió, era dulce y clara.

—Sí, somos nosotros.

Pablo extendió la mano para estrecharla. Freddie dudó unos instantes, al final, la aceptó, como la mía. Entramos en la amplia cafetería. Había más gente en la terraza que en el interior, donde agradecí el aire acondicionado. Cada uno pidió su consumición: dos limonadas y un té helado. Quizá de él le

venía a Michelle su afición por esa bebida. La situación, al igual que el ambiente entre los tres, era bastante tensa, incluso rozaba la frialdad. Tanto era así que ninguno se atrevía a dar el primer paso para romper el hielo.

—Te pareces mucho a tu tío —comentó en voz baja Freddie.

—Sí, todos me lo decís.

—Estaba muy orgulloso de sus sobrinos —confesó, dejándonos atónitos.

—¿Me conocía? —preguntó Pablo sin salir de su asombro.

—Por fotos, sí. Era raro que no recibiese varias cartas con fotografías vuestras. —Se dirigió a mí con un amago de sonrisa dibujada en los labios—. Cuando te veía, siempre decía lo mismo: «A esta preciosa niña le puse su nombre, Valentina». Siempre os llevó en el pensamiento hasta sus últimos días.

—¿Quién le enviaba las cartas? —pregunté para salir de esa duda.

—Venían a nombre de... —Pensó unos segundos—. Álvaro y Lucas.

—Nuestros abuelos —aclaró Pablo.

—Ya... Todos luchamos contra él para que avisase a su familia en España y les comunicase que estaba enfermo, pero el muy cabezón se mantuvo firme en su decisión de manteneros alejados a todos.

De pronto, el sonido del móvil de Pablo cortó el ritmo de una incipiente conversación que se auguraba muy venturosa. Tenía el don de sonar en el momento más imprevisto.

—Lo lamento, tengo que responder. —Se levantó para hablar.

—Vale. —Miré a Freddie para preguntarle una duda que me escamaba—. ¿Por qué no quiso avisar a nadie?

—Porque era consciente de que no llegaríais a tiempo para verlo, ni él para despedirse.

Algo por encima de mi hombro captó su atención. Me giré en la silla con el propósito de saber qué ocurría a mi espalda. Era Pablo, que se acercaba a paso apurado a nosotros.

—Tengo que regresar al hotel...

—¿Ha pasado algo? —me interesé, preocupada.

—No, tranquila, nada que no se puede solucionar; tú quédate con Freddie y después me cuentas. Ha sido un placer conocerte y lamento tener que irme así. —Le extendió la mano.

—Si tenéis que marcharos...

—No, no, no es un asunto muy importante.

Me dio un beso en los labios y salió corriendo. Quería restarle importancia; pensé que podía ser algún asunto relacionado con la sucursal de París que requiriese de él. Por otro lado, me interesaba conocer todo lo que Freddie me pudiese contar de Carlos.

—¿Cómo os conocisteis?

—Fue en una discoteca de aquí, para gays. Él estaba en la barra tomando una cerveza solo, me acerqué, y ahí comenzó todo. Después de esa noche, en la que estuvimos hablando mucho tiempo, nos volvimos a ver así unos tres o cuatro sábados más, hasta que empezamos a quedar por semana. —Limpiaba con los dedos la condensación del vaso—. Yo no sabía que era mi ídolo literario, porque se presentó como Charlie. Fue durante una cena cuando se identificó. Aluciné. —Sonrió con la mirada clavada en su bebida amarronada—. Poco a poco nos fuimos haciendo inseparables, aun así, tardó un año en presentarme a Mel y a Michelle...

—No sé si lo sabes, pero tuvo otro hijo, mi hermano...

—Sí, conozco esa historia. —Frunció el ceño en mi dirección, desconfiando de algo que se me escapaba, ya que un rayo de suspicacia iluminó sus ojos—. ¿Le has contado algo de eso a Mel?

—No, di por sentado que ya lo sabía...

—Te equivocas, Carlos se lo escondió. Nunca se lo dijo, y a mí me lo confesó el día en que recibió una foto de... del muchacho. —Señaló la puerta.

—¿De Pablo?

—Sí, perdón, de Pablo. —Se apoyó en sus brazos y se inclinó hacia delante—. Cuando vi a aquel niño, me salió del alma soltar lo que pensaba: «Parece tu hijo». Esa frase le sentó muy mal, se levantó enfadado y me exigió que se lo repitiese. Créeme, no entendía nada, pero lo repetí; agotado consigo mismo, se sentó en el sillón completamente abatido y me pidió silencio para abrirse en canal. Fue ahí cuando me explicó su *affaire* con Martina.

—Mi madre —expliqué.

Asintió en silencio.

—Me dijo que era la única persona, junto con su hermano Fernando, que lo

sabía, que ni se me ocurriese decirle nada a Mel. Y nunca lo hice. Aunque, con el tiempo, cada vez que los veía juntos, comprendí que a él le pesaba ese engaño; era como si le debiese algo. —Respiró hondo—. Nunca me celé de ella, si lo hubiese hecho, habría salido perdiendo. Carlos la adoraba, y me lo dejó claro: «Ella es la única mujer de mi vida, la madre de mi hija; si me quieres, debes quererlas a ellas también». Yo era su refugio, ese lugar al que llamar hogar. Mel era otro amor para él.

—¿Cómo se enteró de que estaba enfermo? —pregunté con bastante miedo—. Tuvo que ser demoledor averiguarlo y contároslo a vosotros.

Traté de imaginarme aquellos terroríficos instantes en los que un hombre como él contaba a las claras su enfermedad. No tenía suficientes palabras para describirlo.

—Verás, ya habían saltado las noticias de que muchos artistas habían fallecido de sida. Él, sin decir nada, como siempre, se hizo las pruebas. Fue el primero en enterarse y le pidió al médico discreción; él mismo quería informarnos, porque era en el hospital en el que trabaja Mel. Aun así, tardó bastante en confesarlo. Yo veía que escondía algo. —Me sorprendió que utilizase la misma expresión que Melanie—. Me lo dijo un día en la cama, antes de dormir. Yo no me lo creí hasta que lo vi llorar. Fue la primera y última vez que se sumió en la pena. La siguiente fue Mel; la última, como es evidente, fue Michelle, debido a su corta edad. Pero su padre tuvo el tiempo necesario para explicárselo. Durante todo ese proceso, muchos de los que se hacían llamar amigos desaparecieron; otros, no. Fue muy valiente, jamás se quejó, nunca hubo una mala palabra por su parte o un mal gesto; siempre quería risas y buenas caras a su alrededor. Si padecía dolor, solo lo sabías por su rictus. Recuerdo que estuvo trabajando hasta que perdió la vista, después nos tenía a todos copiando sus dictados. Así creó dos libros que están por publicar. Me tuvo dos noches en vela, llegué a escribir en servilletas de papel. —Su risa, que no era cómplice de la tristeza en su mirada, me hizo sonreír—. Fueron las dos mejores noches que compartí con él, y lo digo con el corazón en la mano.

CAPÍTULO 51

Anais, Anais

—Mañana venid a casa, he encontrado algo que a tu tío le gustaría que tuvieseis.

La expresión de Freddie era amable con un toque de timidez y tristeza. La conversación me había mostrado a un hombre que, por muchos años que pasasen, jamás olvidaría, ni superaría, la muerte de mi tío. Solo aliviaría esa falta con su recuerdo para mantenerlo siempre vivo. Al igual que Melanie.

—Gracias, gracias por todo.

—No, no me agradezcas nada. Sois su familia y os llevaba en el corazón. Cuando podía nos lo hacía saber, y estoy seguro de que si estuviese entre nosotros, estaría muy orgulloso de sus sobrinos.

Contuve la emoción por esas conmovedoras palabras. Conocer su historia, acercarme, en todo lo que pude, a la persona de Carlos, me emocionó; me era imposible mantenerme indiferente cuando en pocos meses conocí todos los secretos que mi familia escondía. Secretos que cambiaron mi modo de ver a cada uno de sus miembros, incluidos mis propios padres. El hombre apostado delante de mí estaba tan cansado emocionalmente como yo.

—Iremos antes de marchar al aeropuerto.

—Os esperaré.

Le ofrecí mi mano; él la rechazó para darme un abrazo. No uno cualquiera, sino ese que toda persona necesita tras haber expuesto sentimientos, hechos, recuerdos de aquello que todavía palpitaba en la sangre. Esa despedida fue más que suficiente para dejar los recelos iniciales más que superados.

A paso acelerado, pues mis pies parecían estar sincronizados con los latidos de mi corazón, tomé las dos bocacalles que me separaban del hotel. Me iba haciendo hueco entre los grupos de turistas y los habitantes neoyorquinos como podía. ¡Tenía que llegar ya! Eran demasiadas las cosas, los detalles que debía contarle como para demorarme. El sol aplastante era un inconveniente en mi camino; a esa hora de la tarde ardía. El calor del asfalto se colaba por mi nariz dificultándome respirar, además de pegar el short a mis muslos y conseguir que los tenis me pesasen como rocas. Aunque era emocionante estar allí, lograr descubrir más cosas sobre mi tío por muy duras que fuesen, continuaba echando de menos el clima gallego. Deseaba embarcar en el avión rumbo a casa.

Llegué al hotel con las gotas de sudor recorriéndome la espalda; otras perdidas en los aros del sujetador. Dentro, el aire acondicionado me refrescó, alivió esa sensación de fatiga que acarreaba desde que comencé a caminar. Fui directa a los ascensores, donde tuve que esperar unos segundos, convertidos en minutos, para subir a la habitación donde lo encontraría. Corrí por el pasillo mientras sacaba de la bandolera la llave electrónica. Al sonido del clic, la puerta se abrió.

—¡Pablo! —lo llamé tirando el bolso al suelo—. Tengo que contarte...

La habitación estaba embaída en una turbadora quietud que me erizó la piel. Era el aviso de que algo había ocurrido durante el tiempo que estuve con Freddie. Me acerqué al bolso y rebusqué hasta encontrar el móvil.

¿Dónde estáis?

Le escribí un mensaje a Noa. Quizás estaba con ellos.

En la cafetería del hotel.

Cogí la tarjeta y volví a bajar. Teníamos que encontrarlo, debía saber todo lo que Freddie me había contado. Necesitaba hablar con él. En la última planta, salí lanzada del ascensor, dejando sorprendido al botones, esquivando a clientes y personal. Una vez en el umbral de la cafetería, oteé las mesas en busca de tres rostros conocidos, de los cuales solo había dos. Noa y Julián estaban sentados al fondo; sus expresiones inquietas me advirtieron que algo pasaba. No pude evitar ponerme en el peor de los casos al no ver a Pablo allí

con ellos. ¿Le habría pasado algo malo? Me acerqué con el corazón en la boca y el miedo nublándome la mente.

—¿Y Pablo? —pregunté conteniendo el aliento.

—Se ha marchado con Anaïs —soltó él a la ligera.

—¡Pero, tío! —exclamó Noa pegándole un manotazo.

—¡Ey! ¿Por qué me pegas? Eso es violencia de género.

—Vete a la mierda —le respondió entre dientes—. ¿Cómo se te ocurre decírselo así a bocajarro? Sé un poco más delicado. No le estás contando el tiempo que hace ni la última noticia que viste en la tele, joder.

—Prefiero contarlo directamente que no andarme con rodeos para edulcorar una noticia que va a ser igual de amarga —le rebatió con brío.

—Julián, dilo con tacto, ¡por Dios! Ella tiene sentimientos, y se los has dejado más abajo del betún de los zapatos...

—Yo no le he roto los sentimientos a nadie. —Volvió sus ojos marrón verdoso a mí; su expresión, que siempre había sido alegre, se tornaba cautelosa además de un poco exasperada—. Decidió marcharse con Anaïs.

—¿Quién? —Mi desconcierto aumentaba a medida que pasaban los segundos—. ¿Quién es?

—Ya veo que este subnormal no te habló de esa fulana. —Se mesó el pelo con ambas manos, estirándose en la silla—. Anaïs es su exnovia. Una fulana cazafortunas que se ha aprovechado de Pablo todo lo que ha querido y más. Cuando lo encontraste en Galicia, era porque al fin se había dado cuenta y había cortado con ella.

—Se fue con ella —afirmé, no pregunté.

Tenía que asimilar aquel hecho, pues se había clavado en mí como una estocada mortal.

—Debía alejarla de ti...

Estaba tan nerviosa que ya no prestaba atención a nadie ni a nada. Tenía los oídos taponados, la cabeza nublada por el dolor, y la garganta me dolía de lo constreñida que estaba. Esos síntomas ya los conocía: eran consecuencia de la caída a los infiernos. Otra vez. Tragué varias veces para aflojar la congoja en un último intento de negar la realidad:

—No..., no..., decidme que es una broma, por favor —supliqué, derrumbándome delante de todo el mundo.

Noa, cabizbaja, negaba con la cabeza, y vi cómo Julián se ponía pálido:

—Tina... —titubeó antes de seguir—. No, no es broma.

—No es verdad, no es verdad —insistí, compulsiva.

Histérica, con la respiración agitada, el pecho en un puño, las manos tan temblorosas que no las podía controlar, desbloqueé el móvil y lo llamé. Al primer sonido se cortó. Lo miré con horror. Mis ojos se volvían cada vez más acuosos.

La pesadilla de aquel verano se volvía a repetir.

Implorante, con los ojos anegados en lágrimas, con el corazón resquebrajándose a través de sus cicatrices abiertas, sin bombear una gota de sangre más, miré a Julián.

—Lámalo, lámalo.

—No...

—¡Qué lo llames he dicho! —le grité, silenciando a toda la cafetería.

Lo hizo sin obtener ningún resultado. Se dejó caer hacia delante, con los codos sobre la mesa y la frente apoyada en el antebrazo, sosteniendo el móvil entre dos dedos. Negó con los ojos cerrados para esconder la lástima que le provocaba mi estado.

No requerí nada más para saber que me estaban contando la verdad.

«Se ha ido, se ha ido otra vez». Mi mente entró en un bucle donde esas frases eran las que movían el cruento remolino que me arrastraba.

Mi mundo se destruía a cachos y no podía evitarlo. Me hundía, me agotaba y me ahogaba desde lo más profundo de mí.

—Valen, yo...

Di media vuelta en el mismo instante en que no me pude contener más. El amor volvía a destruirme. Con el rostro humedecido por lágrimas dolientes, a cada paso que avanzaban mis pies, mi mente se hundía en un mar de dolor y ya no distinguía nada a mi alrededor. ¿Esta era la realidad? ¿O una fantasía de la que no podía salir? En el caso de la última, era una antigua conocida, una constante en mi vida, con una diferencia sustancial: esa vez ya no había marcha atrás. Se marchó, lo hizo muy consciente. De ahí el semblante serio, los rechazos a mis muestras de cariño de los últimos días y sus continuas evasivas. Volvía a suceder: mentiras, mentiras, más mentiras; le había pedido que no lo hiciese. Eso era lo que le importaba, ¡nada!

Llegué a la habitación y cerré la puerta con el talón. El rastro de su perfume me dio la bienvenida como si se tratase de un espectro que me perseguía para que no lo olvidase, ni olvidase que una vez estuvo a mi lado hecho carne. Era ridícula la manera en la que, sin estar presente, se reía de mí. Me tiré en su lado de la cama, con la cabeza hundida en la almohada. Lloré la impotencia que me estrujaba las entrañas junto al cabreo que me invadía por haberme creído sus palabras vacías, carentes de todo cariño. Para aflojar mi pesar, grité hasta que la garganta me picó.

No conseguí nada, solo convertirme mucho más en un manojo de nervios.

Comenzaron a pasar por mi mente, a cámara lenta, multitud de imágenes, todas ellas con un significado mayor que la anterior, a la vez que comprendí hasta qué punto mi mundo giraba en torno a Pablo cuando él ya había tomado una decisión: irse con otra y no volver. Mientras que a la única que le tocaba perder era a la misma tonta de siempre. Con un sollozo, llené los pulmones con el aire estancado de la habitación, que estaba envuelta en serenidad congelada en el tiempo, ajena al cataclismo en el que mi vida se estaba sumiendo. No obstante, a pesar de todo el dolor en el que me hundía, tuve el arrojo y la fortaleza de prometerme a mí misma no dejarme humillar, ni tampoco perseguir el recuerdo de una persona que aparecía y desaparecía de mi vida siempre que le venía en gana.

Tenía que borrarlo, aunque mutilase una parte importante de mí.

No podía permitir que su recuerdo me arrebatase el alma como lo había hecho en el pasado; mucho menos cuando su piel había conseguido olvidarme, mientras cosa que la mía extrañaba el tacto de sus dedos.

Reconocerlo solo hizo aumentar la agonía de la pérdida; volver a decir adiós a alguien de quien no quieres despedirte, porque parece que te desprendes de lo más valioso; no volver a ver a quien consideraba la luz de mi vida me dejaba desolada y sin esperanza. Solo cuando amas demasiado, cuando amas con el corazón, el alma y la razón, comprendes la magnitud de la palabra amor, y, a través del calvario que sufres, ves el arma de doble filo en el que se transforma al terminar todo, que se te clava hondo hasta hacerte suplicar, gritar, incluso arrastrarte para proteger lo poco que queda de ti, que has vendido de nuevo tu ser al mejor postor.

En mi destino el amor no tenía cabida. Entre lágrimas me hice una nueva

promesa: no buscarlo por muy cruda que se me pusiese la vida. Era tiempo de no cometer los mismos errores, ya que, en esta nueva historia truncada, los dos tuvimos la culpa. Él quizás no rindiera cuentas con su conciencia, pero yo era consciente de la mía, pues no debí enrolarme en esa relación. Ya se había roto una vez y me confié en que, al no estar mi abuela, aquello no volvería a suceder. Lo peor que pudimos hacer fue pedirnos perdón con nuestros besos, caricias, para convertirse en el peor error.

En la hoguera del dolor que me consumía, —las lágrimas eran el combustible—, ante toda la miseria que assolaba el mundo en el que habitaba y que sostenía sobre mis hombros, además de un fino sentimiento de rabia que, poco a poco, se iba colando dentro de mí, me obligué a salir adelante, a proteger mi alma para, así, poder seguir mi camino sola.

CAPÍTULO 52

Lo último que me quedaba por hacer

Arrastraba los pies y los restos que pude guardar de mi alma en esas horas fatídicas que estaba viviendo. Y las que vendrían. Ese día me levanté a la tarde, porque me obligaron Julián y Noa, para acudir a la casa de Freddie. Esa mañana se lo había contado a ella cuando vino a hacerme una visita que no me quedó más remedio que recibir, pues era la única persona que tenía allí conmigo. También me comentó que Julián había podido encontrar unos billetes de avión para salir esa misma noche. Ni me alegró ni me entristeció. Simplemente no rechisté. Me dejaba llevar por ellos, por el dolor que me entumecía, que me estrujaba el corazón.

A la hora acordada llegamos a la casa de Freddie. No estaba solo; Mel y Michelle lo acompañaban, hecho que no me extrañó. Nos recibieron muy bien, a pesar de que aparecí con dos completos desconocidos para aquellas tres personas. El lazo invisible anudado en mi garganta desde la tarde anterior me asfixiaba cada vez más, dificultándome tragar, respirar, incluso hablar. ¡Ojalá se abriese un agujero en el suelo y me engulliese entera! Quería desaparecer, que me dejasen en paz y olvidarme unos instantes de todos, de mí. Pero no iba a ocurrir, por desgracia. También agradecí que no me preguntasen por Pablo; quizás Freddie les contó que había salido corriendo... No quería pensar en ello estando en la casa de mi tío. Les informé que esa misma noche regresábamos a España, lo que los cogió de sorpresa. Sus caras

mostraron algo parecido a la tristeza, sin embargo, yo tampoco estaba en mis mejores momentos para interpretar ningún gesto, ni tan siquiera los míos, sumida como me hallaba en una angustia tan insoportable que me abría las venas, me desgarraba por dentro y no había anestesia que lo aliviase. De la misma manera, por lo que pudiera pasar en un futuro, les di mi número de teléfono y el de Pablo, ofreciéndoles todo lo que tenía en España para ellos. Abriéndoles las puertas a conocer a esa otra parte de la familia.

Freddie me cogió del brazo y me animó a caminar, llevándome con él por el estrecho pasillo que comunicaba el salón, donde estábamos, con el resto de la casa. Abrió la primera puerta a la derecha. Era un dormitorio que olía del mismo modo que el despacho de mi tío. Era su habitación. Un pellizco encogió mi maltrecho corazón. Apreté los labios para no llorar.

—Toma, esta carta es para ti. Hay otra para Pablo que esperaré para dársela algún día personalmente. Las escribió vuestro tío para vosotros. —Me acarició el brazo de arriba abajo—. Siéntate y léela, yo voy con los demás.

Lo vi cerrar la puerta tras de sí. Pesarosa y suspirando, me senté en la butaca verde que había al lado de la cama. Abrí el sobre, algo amarillento por las esquinas. Saqué tres folios blancos y comencé a leer:

Querida Valentina, sobrina mía:

Hay veces en la vida en que no puedes edulcorar las píldoras, así que no me voy a andar con rodeos: me voy a morir. Estoy enfermo de sida. La mal llamada a principios de los ochenta como la Peste Rosa —los americanos son únicos poniendo nombres—, pero en el año que nació Pablo se le comenzó a denominar AIDS, sida en español. Seguro que también te sonará esa otra expresión in the closet, en el armario; con esa bonita frase nos designan a aquellos que vivimos ocultos nuestra sexualidad por miedo, entre otros, al rechazo social o a la persecución en casos más extremos. ¡Tonterías! Es verdad que toda mi vida me he fijado más en los hombres que en las mujeres; soy bisexual, me enorgullezco de ello y si me das a escoger, prefiero un él. Al principio, no lo voy a negar, lo oculté, hasta que tomé las riendas de mi vida y decidí vivirla con quien quería; ahora, casi a las puertas de mi muerte, de mi último aliento en este mundo, me da igual lo que digan. Me casé con una mujer que a día de hoy es mi mejor amiga y el amor de mi vida, tuve una hija preciosa y

tengo dos sobrinos a los que no vi crecer, algo de lo cual me arrepiento. No tengo que salir de un puto armario, ¡que lo hagan otros! Yo afirmo sin miedo lo que soy. Ya ves cómo es este país. ¿Qué es el sueño americano? ¿Dónde queda? ¿Es una quimera? Tal vez. Solo te voy a dar un dato: hasta 1973 la homosexualidad era catalogada como una enfermedad psiquiátrica, cuando el comportamiento sociocultural iba más adelantado que las leyes de los hombres. Traigo todo esto a colación no porque me haya vuelto loco, o porque este pobre moribundo esté desvariando —de momento no—, sino para decirte que vivas como te dé la gana. Lleva la vida que te dé la gana y que te importe una mierda lo que piensen los demás, porque al final solo te quedarán la familia y los amigos de verdad. ¡Dímelo a mí! Podría seguir con un mitin político-social, mas no, no estoy dispuesto a perder el escaso tiempo que tengo para estar contigo en ello. Hay temas más importantes que tratar.

Voy a dar muchas cosas por supuestas, es decir, que debes saber, por eso estás sentada en mi butaca verde favorita, en mi habitación. Sí, te veo.

¡Ay, mi apreciada niña! Todavía recuerdo con alegría la primera vez que te cogí en brazos, tan pequeña, tan perfecta. Tu madre dormitaba en la camilla, mientras tu padre y yo te observábamos como dos tontos, estoy seguro que eso mismo pensabas. Te buscábamos un nombre; varias horas después a nacer todavía no se sabía cómo te ibas a llamar. Nando y yo nos pusimos una meta: decir los nombres en alto, y si tú hacías amago de algo, así te llamarías. Nada, probamos con nombres sencillos, más escuchados, ingleses, franceses, pero no había manera, hasta que por mi mente sobrevolaron los cuadros renacentistas en los que aparecen los angelotes, y ahí estabas tú, un angelito hecho carne. «Ángela», pensé. No me gustaba. Varios segundos después de mis labios salió Valentina y te retorcaste en mi regazo. Supimos, entonces, que a ti también te agradaba. Me imagino, mejor dicho, quiero imaginarte ahí sentada, cerca de mi cama, convertida en toda una mujer que vive su vida y que trabaja en el banco. Tuve más suerte que tú; yo eludí esa responsabilidad porque tu padre era el cerebritito de los números. Mi hermano... Cómo lo añoro; díselo si puedes, o dale a leer esta carta, porque en sus líneas va impresa, de mi puño y letra, la verdad. También está Santiago, mi otro hermano.

No lo conozco tanto. Fui yo quien no quise ese acercamiento cuando, en Galicia —*¡qué bonita eres, leches!*— de niños jugábamos los tres en la playa y en cualquier lado. Después perdimos todo contacto. Él estudió lo mismo que tu padre; yo estaba desligado. Lucas sí quiso acercarme a ese hermano, pero puse freno, no estaba preparado. La verdad, nunca se está preparado para nada, ahora me doy cuenta. Debí haberlo hecho, sin embargo, siempre piensas: «Ya habrá tiempo», jamás te imaginas lo corta que es la vida. Aquí no me queda otra que hablarte de tu hermano. Quiero pensar que tu padre te lo ha relatado todo. A Martina, tu madre, la conocí en la facultad; me la presentó tu padre. Jamás la había visto en mi vida, pero parece ser que ella a mí sí y no sabía cómo acercarse a mí, así que embaucó a Nando, que se enamoró de ella hasta el tuétano. El verano que naciste lo pasé íntegro en Galicia —fue la última vez que estuve allí—. En uno de mis paseos al riachuelo, ella me siguió. Me confesó su amor por mí. Yo fui sincero: había conocido a Mel, mi mujer, hacía algún tiempo y por aquel entonces solo pensaba en ella —todavía no me había convertido en el promiscuo que posteriormente fui—. Tu madre conocía muy bien las debilidades de un hombre, por ahí atacó y me encontró. No obstante, yo no quería problemas con tu padre. ¡Es mi hermano, por Dios Santo! En un acto de valentía se lo conté todo. No me creyó, entonces se lo mostré con hechos: le pedí que se escondiera, llamé a Martina a la biblioteca y le hice una encerrona. Yo no quería que la mentira se asentara en mi relación con él, pues ya había perdido a tu abuela por eso mismo. Cuando te ocurra algo así, coge el toro por los cuernos, porque yo al hacerlo no perdí a mi hermano. Le demostré con creces mi verdad, aunque la consecuencia de aquel acto tuviera bastante repercusión con el nacimiento de Martín y el posterior fallecimiento de él y de tu madre. De este último suceso me enteré tiempo después por tu abuelo.

En la oscuridad que me cubre con esta maldita enfermedad, cuando no siento el dolor del dolor, echo la vista atrás, y a veces, incluso, hay un lugar para el arrepentimiento, sobre todo, con tu abuela. ¿Por qué hice lo que hice? Pregunta sencilla donde las haya, ya que viví en una mentira. Como yo, todos en la familia. No nací de una relación adúltera, pues tus

abuelos estaban prometidos y nunca sabremos por dónde nos llevarán los caminos del corazón. No podemos discernir sus dictados hasta que los vivimos. Hoy, en el ahora, no puedo acusarla de nada; tampoco, como ya sabrás, he avisado a nadie de mi mal, pues ella no dudaría en estar postrada al lado de mi cama hasta mi último aliento. Mejor así. No sabría cómo agradeceré, pero no quiero ver a esa mujer que se dejó corromper por el odio, que no supo pasar página y vivió su pasado en *el presente*. *Lo que te quiero decir es que, por muchos dictados que nos vengan del exterior, de las personas que nos rodean, de nuestro interior, al final solo estamos nosotros en una encrucijada, solo nosotros escogeremos el camino. A veces será el más fácil, otras tantas el más difícil, ahora bien, nunca te arrepientas de tu elección, pues recuerda lo que dice la canción: Libre como el sol cuando amanece yo soy libre, como el mar, libre como el ave que escapó de su prisión y puede al fin volar. Sigue tú, que me pesa la pluma.*

—Libre, como el viento que recoge mi lamento y mi pesar. Camino sin cesar detrás de la verdad y sabré lo que es al fin la libertad.

La libertad. Nacemos libres y debemos morir libres. Eso no implica no seguir unas normas. Todos tenemos normas morales, culturales, sin embargo, a pesar de todo ello, nada te debe coartar la libertad, porque es el único resquicio que te queda y que te permitirá ser tú misma. Si algo o alguien te corta las alas, deshazte de ello; no es bueno. Ni tú ni nadie somos quiénes, no podemos perder la libertad de nuestras almas, cuando ese ser etéreo que llevamos dentro debe surcar mares y vientos. Busca aquel que te haga soñar, que esté tan loco como tú, pues solo en un espíritu libre, hallarás la tan ansiada libertad.

Ahora, mi pequeña Valentina —todavía así te recuerdo—, me despido. No es un para siempre, porque en aquellos acontecimientos más importantes de tu vida, allí estaré, donde nadie me ve. Y el día de tu boda, si no estás casada todavía cuando leas estas letras —bueno, garabatos—, te acompañaré hasta el altar.

Tu padrino que te quiere,

Carlos.

CAPÍTULO 53

Adiós

Monté en el taxi junto a Julián y Noa. Detrás de la ventanilla observaba la ciudad que, sin pretenderlo, me sorprendió, me descubrió a un hombre que, a pesar de las dificultades que la vida le fue poniendo en el camino, fue capaz de vivirla como quiso; que le dio la oportunidad de formar una familia que ha cuidado todo el tiempo, que tuvo a su lado hasta que exhaló su último suspiro; que le regaló lo más bello que una persona podía encontrar: el amor.

Él lo logró; yo, de momento, no podía decir lo mismo.

Entre lágrimas contenidas, me dolían el cuerpo, el corazón y el alma por la desaparición de Pablo. Volvía a estar en el mismo punto de partida que cuando llegué a Galicia, aunque en aquel instante, por mucho que el mundo estuviese desolado a mi alrededor, era dueña y señora de mí misma, de mis actos, de mis decisiones. Por ello, un adiós a tiempo, aunque doliese, era lo mejor para empezar a cerrar heridas. Tampoco iba a ser ilusa: costaría más de lo que me podía imaginar.

En mi historia solo se repetía el tomarlo todo y romper en pedacitos. Esa era la síntesis perfecta de lo que significaba para mí el amor. Nada halagüeño. ¿Por qué cuando amamos dejamos que nos roben un pedacito de corazón? ¿Eso es el amor? ¿Dar todo sin recibir nada a cambio? Todavía no tenía respuesta a aquellas preguntas que me planteaba para comprender ciertas actitudes, ciertos episodios recientes que viví. A lo mejor nunca las tendría, sin embargo, mi tío debía ser un ejemplo. Un hombre que no pude conocer a tiempo y que Nueva York logró que lo consiguiese a marchas forzadas. Él

amó sin importarle nada. Ese fue su lema de vida. Si en otras circunstancias me hubiese criado con él cerca, podría haber aprendido no solo a amar, sino también a perdonar, algo que había resaltado en la carta que me dejó. Solo una gran persona podría, porque una mentira como la que él había vivido, no era nada fácil. Tampoco sabría decir si yo misma sería capaz de hacerlo.

Perdida en mis pensamientos, delante de mí, a través de la ventanilla, vi cómo metían en una ambulancia una persona muerta, cubierta. «Una grata imagen en la que se define mi vida», pensé, ya que era la mejor demostración de cómo estaba mi interior en aquellos instantes.

A mi lado, Julián, tranquilo y cariñoso, permitía que Noa apoyase la cabeza en su hombro. Aquello parecía las dos caras de una misma moneda.

El cansancio de todo ese tiempo, luchando para que una familia me permitiese acercarme a la figura de mi tío, me aceptasen y se abrieran a mí — no había cabida para un nosotros— a pesar de los reproches iniciales, me tenía rendida y agotada. También dividida: una parte de mí no quería irse; la otra estaba deseando llegar al aeropuerto, para así dar comienzo a esa nueva vida que me esperaba en España nada más aterrizar.

—¿Cómo estás?

Noa se sentó a mi lado cogiéndome del brazo, como siempre.

—¿Tu qué crees?

—A la gallega, claro que sí. —Rio por lo bajo—. No es lo que yo crea, quiero que me lo digas tú.

Clavé la mirada en sus oscuros ojos. Sabía que yo los tenía enrojecidos debido a que había estado llorando desde que el avión despegó, a diferencia de los de ella, que brillaban incluso con la poca luz que había a nuestro alrededor. No me importó mostrarle el luto, reacción natural de toda persona tiene al perder algo o a alguien querido. Me estudiaba con detenimiento, tanto que los entrecerró.

—A ti el Huría te gustaba más de lo que realmente reconocías —afirmó con rotundidad—. Estabas enamorada él...

—Y se entera ahora.

—No, no es que haya caído de la burra, sino que tú estás revelando señales que solo una vez vi en ti: cuando regresaste a Madrid aquel verano. El dolor de aquella ocasión es el mismo de ahora.

—Da igual lo que sienta. —Me volví hacia ella, quería hablarle mirándola a los ojos—. Me ha dejado por otra chica, esa es la realidad. Él ha escogido un camino, aunque podría haber dado la cara y decírmelo, porque yo sí — recalqué esa última palabra— he puesto mi corazón. Lo quería.

—Y lo quieres.

—Lo quería.

—Reconócelo, Valen: Pablo fue, es y será el hombre más importante en tu vida, de esos que dejan huella; esos que nos son tan difíciles de borrar de nuestra mente.

—Lo quería —insistí—. Gracias a él pude olvidar a Iván, pero cometí un error: aferrarme a un amor que no era sincero. —Solté una carcajada triste—. Afortunada en el dinero, pero no en el amor.

—No digas eso.

La lágrima de rabia e impotencia empezaron rodar por mis mejillas; parecía que no me comprendía

—¿Qué quieres que diga? ¿Qué quieres que haga? No pienso insultarlo ni montar un número, aunque no me faltan ganas de llamarlo cabrón, porque me dijo que no había ninguna chica, que no tenía novia, pero resulta que su ex lo viene a buscar y se va. ¿Eso es amor? Me da que no.

—Te puntualizo que «cabrón» ya lo has llamado, y si te sientes mejor, no te voy a juzgar por ello; nunca lo hice. Ante todo eres mi mejor amiga; también te comprendo, yo en tu lugar estaría insultándolo a diestro y siniestro. —Me cogió de las manos con el ceño algo fruncido—. ¿Estás segura de que no te quiere?

—Yo no lo veo aquí. Se marchó sin decirme nada, me dejó sola con un tema que, hasta donde tengo entendido, también le atañe a él. Rompió en un día miles de promesas otra vez —sollocé—. Ten por seguro que no le voy a dar el placer de demostrarlo. Lo trataré de manera muy cordial por el banco, pero de ahí no pasará. Lo quiero bien lejos de mí, y como a la mínima me diga algo o quiera solucionar esto, que ya no tiene solución, no sé cómo

responderé. Bien no, eso desde luego.

—Valen, sé que estás muy dolida, porque os he visto juntos estas semanas y, la verdad, hacía años que no te veía tan feliz. Por favor, no me interrumpas —me pidió—. Desde la barrera se os veía enamorados, tanto a ti como a él. Esto último lo sé por Julián: me reconoció que le hacías mucho bien a Pablo. Será un boca chancla, pero conoce al Huría mejor que nadie...

—Pues no lo parece, no lo vio venir.

—Me dijo que se fue para protegerte a ti de esa loca, y no tengo que ponerlo en duda.

Separé mis manos de las suyas. No esperaba esas palabras de Noa, mucho menos su determinación.

—¡Eso no es proteger! —Alcé la voz en bajo.

—Lo es cuando sabemos hasta dónde estamos dispuestos a sacrificar por la persona amada.

—Ya da igual, el hecho es que se fue con ella. Por algo será.

—Valen, no te aferres al no. A veces las cosas son más sencillas de lo que queremos ver, y haberte dejado como lo hizo quizás no sea un acto tan vil cuando lo que pretendes es lo mejor para la otra persona. Y Pablo, por mucho que te joda oírlo, te quiere. No te dejes cegar por el rencor, mi amiga no es así.

El abrazo que me dio no fue correspondido. No podía con las palabras que me había restregado, refiriéndome que, a lo mejor, detrás de esa situación había un acto de amor que yo no veía. Dejar a una persona de un día para otro sin mediar palabra no era un acto romántico. Era de cobardes.

Cuando regresó a su asiento, me limpié los ojos con los puños de la chaqueta. Me acurruqué como pude en el mío y miré por la ventana las nubes ennegrecidas a esta latitud. Perdida en esa nada, una idea barrió mi mente: ser olvido. Me encantaría ser olvido para no tener que decirle a la persona que amo: «adiós, mi vida, adiós».

CAPÍTULO 54

¡Qué injusta es la vida!

Estábamos en el jardín desayunando, cada uno encerrado en sus propios pensamientos. Esa primera noche en Galicia había sido horrible. En mi cabeza, todavía frescas, resonaban las palabras que había escrito mi tío. Podía afirmar que ni me dejaron dormir bien. Noa fue quien tomó la palabra con un tema muy distinto al que yo daba vueltas:

—Tina, por cierto, ¿dónde vas a vivir en Madrid? —curioseó, cortando un trozo de bizcocho.

—Pues en casa de mis abuelos...

—¿En ese pedazo casoplón? ¿Tú sola?

—Claro.

—¿Qué es, un chalet? —La pregunta de Julián era más que acertada dada la reacción de mi amiga.

—No, es un piso...

—¿Un piso?! Eso no es un piso...

—A ver —la interrumpí yo ahora—, son dos áticos juntos.

—Atiende —le comentó a él—: el pisito en cuestión tiene una cocina completa con terraza; un salón comedor para veinte personas y aún sobra espacio; el despacho de su abuelo; seis habitaciones, incluida la de matrimonio, con su baño, y otros dos en el pasillo. Si ese es un simple piso, que me lo expliquen.

—Normalito, el mío de Francia, por el que pago de alquiler un dineral —nos explicó. Me observó con curiosidad nada disimulada—. Entonces... tú

vas a trabajar...

—¿En el banco? —tanteé el terreno. Asintió—. Sí, nada más llegar, me incorporo.

—¿No lo sabías? —Noa giró muy brusca la cabeza hacia él.

—No, nadie me había informado, ni el gilipollas de mi amigo me lo dijo —respondió muy sincero.

—A mí me lo dijo tu padre cuando me comentó la alteración de las vacaciones, de ahí que no te preguntase antes.

—Parece que es el día de las confesiones —bromeó Julián, paseando de arriba abajo su dedo índice por la mesa—. No voy a ser menos: me queda poco tiempo en Francia.

Noa y yo compartimos una mirada sin entender qué nos quería decir.

—Haya tranquilidad. Lo que pretendo es mudarme a Madrid para estar más cerca de mis padres. Son mayores y, como hijo único, después de lo vivido estas últimas semanas, me he dado cuenta de que he pasado mucho tiempo fuera de casa. No puedo eludir responsabilidades, así que si hay sitio...

—Tina, lucha por él —me exigió mi amiga con ímpetu—. Es muy bueno en su trabajo.

—Haré todo lo que pueda y más. —Le di mi palabra.

—No te preocupes; si no es posible, me busco la vida...

—Mi abuelo siempre decía que en los negocios hay muy pocos amigos y que prefería tenerlos cerca. A partir de ahora, eso es lo que quiero.

—Ahí vienen Rosario y Alfonso —avisó Noa.

No tardaron mucho en aparecer. Tomaron asiento a mi lado; así pude fijarme, con ojos entornados, en cómo las manos de Rosario temblaban un poco, quizá por la emoción de saber algo de mi tío.

—Siento interrumpir —se disculpó—. Es que *non podo* esperar *máis*[57]. ¿Qué, cómo fue? ¿Viste a tu tío? ¿Có...? —Rosario casi se atraganta de los nervios y la impaciencia por saber—. ¿Cómo está? ¿Va a venir?

—Charito, *deixa*[58] que Tina hable —la riñó Alfonso.

Como quien dice, acababa de aterrizar y ya tenía que dar una mala noticia a esa mujer que ayudó a cuidarlo, que lo quería todavía a pesar de la distancia. ¿Cómo transmitir el triste final de un hombre joven? La realidad era muy áspera para todos. Apoyé mi mano en su muñeca y la apreté con suavidad.

—Conocí a su familia, pero... —Se me resquebrajó la voz. Tragué para intentarlo de nuevo—: Él no va a volver, murió en 1998.

—¡Ay! ¡Ay, *meu neninho*[59]! ¡*Meu neninho*, no! —Palideció en cuestión de segundos, mientras sus mejillas enrojecían por el disgusto. Jamás había visto a Rosario invadida por una pena tan abrumadora—. No es verdad... —Temblaba.

—Vamos, vamos adentro —le dijo Alfonso levantándose y cogiéndola.

Yo iba a seguir sus pasos, pero él me lo prohibió con un gesto.

Dejé caer la cabeza hacia delante, tapándome la cara con las manos a medida que los lamentos de Rosario se iban alejando. Sentada a la mesa del jardín, el silencio no perduró mucho entre las tres personas que allí quedábamos.

—¡Hostias! Qué injusta es la vida, y solo te das cuenta cuando ocurren cosas así —afirmó Julián acertadamente.

—Tina, venga, tranquila —me consoló Noa, rodeándome los hombros con un brazo.

—Lo intento, aunque me queda el peor trago: decírselo al resto.

—¡Joder! —exclamó él.

—Como dice mi madre: «No somos nada».

—La mía repite lo que decía mi abuela: «La vida es así», a lo que le añado: «Injusta».

Pasados unos días, nos marchamos para Madrid, no sin antes ofrecerles a Rosario y Alfonso la oportunidad de venirse conmigo. No lo decía por decir, ni por quedar bien; en el momento en el que mi abuelo entró en el banco, mi abuela se los había llevado con ellos, y yo también los quería conmigo. Me prometieron meditarlo.

El calor seco de la capital y el olor a asfalto me saludaron nada más bajar del coche para entrar en la que sería mi nueva casa. La arreglé a mi forma, cambié algunos muebles y fui llenándola de todas mis cosas. Le di mi toque personal, algo que jamás pensé que pudiera ocurrir, pues la impronta de mi

abuela impregnaba todo. Evidentemente, mantuve lo que guardaba un gran valor sentimental en la familia; todo aquello de lo que jamás me desharía, ya que para mí supondría enterrar el recuerdo de mis abuelos, algo que no permitiría que sucediese. Esa casa siempre sería suya, y así quería que siguiese siendo, a pesar de vivir yo allí.

Tener la mente ocupada con la mudanza y todos los cambios pertinentes, incluido el banco, me ayudó mucho a no pensar en Pablo. Mantenerme fuerte, entera, fue la manera de demostrarme a mí misma que ya no era la de antes. En el tiempo que permanecí en Galicia, si algo había sacado en limpio, era que jamás quería volver a verme como estuve, mucho menos por una persona que no merecía la pena. A pesar de ello, fue muy duro. Más de una noche me desperté llorando con palpitaciones y Pablo bailando en mi mente, pero, poco a poco, con el paso de los días, fui asumiendo su decisión, mentalizándome de que las segundas partes nunca son buenas.

Si me equivoqué en algo fue en prejuzgar el banco. El primer día que entré lo hice titubeante, insegura, debido a que era el vínculo que me unía de forma irremediable a Pablo. Ese mismo día, sin tiempo que perder, Santiago y mi padre quisieron entrevistarse conmigo para que les comentase de primera mano todo lo que había acontecido en Nueva York. Era un tema pendiente que se debía resolver, sin olvidarme de aquello que había hablado con Pablo: ir desgranándolo todo con mucha precaución. Nadie esperaba lo que se había descubierto. Con paso firme, llegué a la puerta del despacho de Santiago y, alisando con las manos una arruga invisible en la falda, llamé.

—Adelante. —Oí la voz de Santiago detrás de la hoja. Tomé aire, cogí el pomo, que estaba a una temperatura similar a la de mis manos debido a los nervios, y abrí—. ¡Tina! Te estábamos esperando, toma asiento.

Me senté en una de las dos sillas que había frente a su escritorio. Santiago, también sentado, tenía una actitud algo más relajada que la de mi padre, que estaba de pie a su lado, cruzado de brazos, taladrándome con la mirada.

—Bueno, a ver, ¿qué tal fue todo con tu tío? —Tragué de manera bastante ruidosa—. Vamos, hija, no nos hagas esperar más.

—Nando, deja hablar a la chiquilla —salió en mi defensa Santiago.

—Al final todo resultó mucho mejor que al principio...

—¿Qué quieres decir? —inquirió mi padre, cauto.

—Por partes, papá —le advertí. Tenía que sortear el momento de darle la mala noticia—. A la primera persona que encontramos fue a su hija, y nuestra presencia la incomodaba. Nos costó muchísimo que nos atendiera unos segundos, porque estaba dispuesta a ignorarnos. Llegué a pensar que era inútil, pero la intervención de su exmujer, mucho más receptiva, lo facilitó todo. Tanto que, gracias a ella, pudimos conocer a la última pareja del tío.

—¿Vuestro tío no os ha atendido?! —Mi padre estaba muy sorprendido.

—Papá, no...

—¿Carlos no es así!

—No es como piensas —procuré que entrase en razón, lo cual era complicado de por sí.

—Siempre fue una persona de dar la cara.

Santiago, más circunspecto, levantó una mano para hacerlo callar. Me alegró que lo consiguiese y que, al menos, a él le hiciese más caso que a mí.

—Tina, explícate —me pidió.

Respiré hondo y crucé una pierna sobre otra, así me sentiría más segura para poder ponerle voz una vez más a esa fatal noticia:

—El tío Carlos falleció.

El aire a nuestro alrededor se congeló, la tristeza hinchó cada rincón del despacho, incluso se podía cortar con una cucharilla de postre. Se sumieron en un silencio funesto que no supe cómo romper, pues cada vez que pronunciaba aquellas cuatro palabras, que ponía voz a esa noticia, me enfadaba un poco más, si cabe, con Pablo por no estar a mi lado. Al final, esperé sus reacciones durante unos minutos que se me hicieron infernales.

—Mi hermano. —Mi padre se tapó los ojos con una mano y así se quedó.

Jamás lo había sentido tan adolorido. Algo dentro de mí se desgarró por la devastación que él estaba viviendo.

—¿Cuándo? —La voz temblorosa de Santiago me devolvió a la realidad.

—En 1998.

—Yo... yo... —Se le atascaban las palabras—. Necesito estar solo.

—Papá. —Me levanté para acompañarlo.

Miró por encima del hombro y, con una voz gélida, que yo nunca había escuchado, me detuvo:

—He dicho que quiero estar solo.

Cuando salió, me dejé caer en la silla, manteniendo la mirada clavada en el escritorio. Me sentía culpable. A lo mejor no tenía por qué albergar esa sensación, pero ahí estaba la culpa, soltando sus posos en mi interior, consiguiendo que el estómago se me contrajese. Debía tenerla. Yo era la portadora de una muy mala noticia: la imposibilidad de recuperar el tiempo perdido. Si a esos dos hombres no les bastaba con averiguar que habían vivido una mentira que sus padres callaron y se llevaron a la tumba, en cuestión de segundos debían asumir una muerte inesperada.

—¿Fue feliz? —preguntó Santiago sin resuello.

—¿Cómo?

Su voz rota me devolvió a la realidad. Alcé la vista hacia él. Estaba cabizbajo y claramente afectado por la noticia. Casi me había olvidado de su presencia.

—¿Fue feliz? Solo respóndeme a eso.

—Sí, lo fue, y mucho.

A partir de ahí le hablé de su vida, de lo que habíamos descubierto antes de acercarnos a su familia. Todo lo que nos contaron lo volqué con el máximo cariño que pude. A la vez me quedé asombrada por la capacidad humana que, tras sufrir un *shock* de ese calibre, se interesaba más por la felicidad que por la pregunta más lógica en una situación como aquella: ¿de qué? Esa información no iba a salir de mi boca hasta que alguien la solicitase, porque ver a mi padre tocado y hundido, a Santiago triste, con la decepción brillando en esos ojos marrones que no solo compartía con su padre y con su hijo, sino también con mi tío, me hizo callar, guardar respeto y también darme cuenta de que mi último acuerdo con Pablo estaba cumplido.

Ya nada tenía con él.

Ya nada me ataba para mantenerlo vivo en mi mente.

Ya no.

CAPÍTULO 55

Reuniones de última hora

Poco a poco, a medida que pasaban las semanas, me fui acomodando y aclimatándome a la rutina que suponía estar en el banco. No obstante, cada vez que se abría la gran puerta de cristal, donde estaban el despacho de Santiago, el de mi padre, el de Noa y el mío, rozaba el pánico, porque era consciente de que cualquier día Pablo podía entrar como si nada hubiese ocurrido. También comprendí que aquello no iba a suceder sin enterarme antes, así que dejando a un lado eso temores infundados, me centré en el funcionamiento y mis deberes en el negocio, contando con la ayuda inestimable de todos. Fui adquiriendo seguridad, hasta tal punto que, sin darme cuenta, pronto me convertí en la mujer de negocios que mi abuelo esperaba de mí. De hecho, trabajando en su despacho, con su foto encima del escritorio, lo sentía más cerca que nunca.

—Buenos días, pedorrilla.

—¡Café! —Suspiré—. Te quiero.

—Claro, por el café, vaya morro.

Noa se sentó en la silla frente a mi escritorio. Traía dos vasos enormes del Starbucks que había en la esquina opuesta al banco.

—Estoy terminando el informe para presentar ante la junta. —Aspiré el agradable aroma del café recién hecho. La boca se me hizo agua—. Antes de comer estará listo.

—Sabes que seremos cuatro, ¿no?

Fruncí el ceño, desconcertada.

—¿Cuatro? ¿Qué cuatro?

Mi amiga, para dejarme por más tiempo con la incógnita e incrementar el misterio un poquito más, bebió un sorbo de su vaso. La parte maléfica de mí deseaba que se atragantase.

—Nosotras dos, Julián y...

—Vale. —Levanté una mano para que callase—. Ya sé quién es el cuarto en discordia.

—¿No te molesta? —preguntó con curiosidad.

—No me queda más remedio que aceptarlo. Está en la misma posición de poder que yo. Esta es la herencia que me ha dejado mi abuelo.

—He hablado con Julián.

Alcé las cejas ante el cambio tan repentino de tema y, además, no me rebatió nada. Ahí había gato encerrado, pero si quería averiguarlo tenía que seguirle el juego.

—¿Y? —Me acomodé en la silla para saborear mejor el café.

—Le he pedido ayuda.

—Noa, ¿quieres arrancar, por favor? —le pedí, un poco exasperada.

—¿A que jode cuando dejan espacios en silencio y no te cuentan nada? Esto mismo me llevas haciendo desde hace un mes.

—Vale, no lo volveré a hacer. Te lo prometo.

—Eso espero —me advirtió, fulminándome con la mirada—. A lo que iba, le pedí que buscara entre sus amistades algún candidato para ti.

La mandíbula se me aflojó de una manera muy poco educada. ¡Es que se había vuelto loca!

—Dime que no es verdad.

—Es verdad, lo hice y no me arrepiento. —Escondió la sonrisa detrás del vaso.

—¡Estás hecha una lianta!

—¡De eso nada! —exclamó—. Me debes una disculpa, porque gracias a la lianta de tu amiga he descubierto que no está dispuesto a presentarte a ningún maromo.

—¿No ves? Piensa más que tú...

—Para Julián solo hay un candidato para ti: su mejor...

—¡No! —Me envaré y la señalé con el dedo índice.

—Sí, Valen, su mejor amigo, aunque te joda admitirlo.

Puse el vaso encima de la mesa de un golpe. Hasta aquí podíamos llegar.

—Llegáis un poco tarde. ¿O es que debo recordaros que el famoso amigo se largó de Nueva York con su ex? Me dejó sola mientras tratábamos asuntos familiares de cierta importancia; va y viene, entra y sale de mi vida cuando le da la gana, y, la verdad, creo que por mi bien me merezco a un hombre que sepa lo que quiere. Así que podéis decir lo que queráis, pero con él no vuelvo.

—Mira, he estado callada durante este mes por respeto, porque era consciente de que estabas sufriendo y no debía meter el dedo en la llaga, hasta ahora. Tú no te has olvidado de Pablo...

—Ahora es Pablo y no el Huría.

—Lo repito —dijo en tono molesto y más elevado—: jamás lo olvidarás. Sigues enamorada de él. No estoy ciega, Ulloa. No hace mucho, cuando se abría la puerta de cristal, mirabas por encima del hombro con ansiedad esperando verlo entrar, y fui testigo de cómo se te caía el corazón a los pies al darte cuenta de que no era él. ¿Piensas que soy tonta? Estuve con vosotros durante varias semanas y lo que percibí fue una complicidad de la leche; hacía años que no te veía tan feliz. He sido testigo de lo que Pablo produce en ti, Valen. Eso es único. Comprendo que todavía estás pasando el luto, sin embargo, acuérdate de lo que te dije en el avión: a veces las cosas no son lo que parecen.

—¿Y cómo tengo que verlo? ¿Es que me tengo que creer que me ha protegido? ¿Por qué no me lo dijo en su momento? —La rabia, que se había sosegado en ese tiempo, se reavivó—. ¡¿Por qué no dio la cara?!

—No luches, Valen, lo llevas aquí —se puso la mano derecha en el corazón— grabado a fuego.

En ese momento, el teléfono sonó, dándome un susto de muerte.

—¿Sí?

—Tina, tu padre te espera en su despacho —me informó Alicia.

—Voy. —Colgué muy extrañada—. Tengo que dejarte.

—¿Qué pasa? —inquirió Noa poniéndose de pie a la vez que yo.

—Ni idea, mi padre me espera, pero no sé qué es lo que quiere. Nos vemos luego.

—Muy bien.

Me dirigí hasta la otra punta del pasillo, desconcertada. Mucho. Desde que habíamos mantenido aquella conversación hacía unos cinco días, no había vuelto a ver a mi padre. Siempre andaba recluso. ¡Si había visto más a Santiago que a él! Lo poco que sabía era gracias a Alicia, que me transmitía lo alicaído que estaba tras recibir la noticia, incluso me repitió que era mejor cederle su espacio hasta que se recuperase. Entonces debía pensar que su ánimo se había restablecido.

Miré la puerta, que estaba entornada. Lanzada por una fuerza superior, pese a que el corazón me alertaba de que no lo hiciese, la empujé, y mis ojos solo se fijaron en una persona.

Él.

Pablo.

Sí, ahí estaba, en el centro, hablando con Michelle de forma distendida, muy cariñosa. ¿Qué hacía ella allí? Mientras mi mente buscaba, silenciosa, una explicación a todo aquello, me recreé en su figura, que, durante ese tiempo en el que no nos habíamos visto, había sufrido cierto cambio: vestido con un traje gris hecho a medida, se notaba que había adelgazado; aunque la musculatura de sus bíceps no lo demostrase, sí lo hacía un poco el pantalón en la zona del trasero. Como si solo él notase mi presencia, se giró y nuestros ojos se encontraron, chocaron de nuevo. Frente a frente, una vez más, me estremecí; el corazón perdió varios latidos para luego desbocarse en mi interior. Me quedé completamente fría, aunque en segundos recobré la compostura; así comprobé que mi sospecha era cierta. Su rostro no era el mismo que había contemplado en Galicia: estaba más demacrado, hecho que la barba acentuaba, sobre todo en los pómulos, que resaltaban mucho más, al igual que unas pequeñas hendiduras en las mejillas. Su mirada firme no correspondía con el brillo apagado que los bañaba. Era como si hubieran perdido parte de la luz que en el pasado habían tenido, lo que contradecía esa postura segura y la apabullante serenidad que brotaba de él.

Aun así, mis sentidos, mi cuerpo, en general mi ser, reaccionó a su presencia queriendo salir a su encuentro, abrazarlo, dejar atrás todo para perderme en él. Haciendo acopio de todas mis fuerzas, desvié los ojos y me centré en la recién llegada.

—¡Tina! —Michelle se acercó a mí y nos fundimos en un abrazo.
—¿Y tú aquí? —No pude disimular lo impresionada que estaba.
Nos separamos con una sonrisa en los labios. Me alegraba verla de nuevo.
—Hablándolo con mi madre, decidí dar este paso, y gracias a Pablo...
—Lamento la interrupción —dijo mi padre—. ¿Alguien nos pude explicar quién es esta señorita?
—Os lo agradeceríamos, porque yo no entiendo qué está pasando. — Santiago compartía la extrañeza de mi padre.
—Papá, ahora lo...
Michelle, con un aplomo digno de un militar, interrumpió a Pablo y desveló su identidad:
—Soy Michelle Ulloa-Castro, la hija de Carlos.
Los nervios que había ido acumulando me agitaron por dentro ante la reacción de sus tíos.
—Mi sobrina. —La emoción embargaba a Santiago—. Nuestra sobrina...
—Así que mi hermano lo consiguió. —Mi padre la contemplaba como si fuese un ser especial.
Todos los observamos compartiendo la misma impresión.
—¿Conseguir? —Oí a Pablo al otro lado.
—¿Papá?
—Me refiero a una conversación que mantuvimos el mismo día en que naciste.

—Y tú, ¿no te animas con tu chica americana? —Le pegó un suave codazo a su hermano mayor.

—Es demasiado pronto —murmuró para no despertar a la recién nacida —. No sé si seré capaz de crear algo tan bello, ni tampoco lo que conlleva.

—Nadie está preparado para ser padre.

Fernando observó a su hermano. Estaba embelesado con su sobrina, la admiraba detrás de la tristeza que, hacía días, lo acompañaba. Para sacarlo de su mutismo probó a bromear:

—Carlitos, ahora todo el trabajo recae en ti.

—¿Qué dices?

—Debes traer un varón a la familia.

Carlos entornó los ojos con una sonrisa sesgada.

—Te equivocas. Será una niña y se llamará Michelle.

—Te llamas como el tema de The Beatles, la canción favorita de tu padre —manifestó el mío saliendo de sus recuerdos con la voz estrangulada por la emoción.

—Bueno, hasta en eso nos parecíamos —declaró Santiago conmovido.

—No lo sabía —reconoció ella—. Nunca me lo dijo.

Mi padre asintió con la cabeza. Sus labios se estiraron en una sonrisa que, sin saber por qué, me recordó un poco a la de mi abuelo:

—Si en algo se parecía a tu abuelo Álvaro, era en que nunca lo contaban todo. Siempre se guardaban algún secreto a buen recaudo, uno que solo ellos sabían. —Suspiró—. Te debo preguntar...

—Pregúntenme lo que quieran —los animó ella.

—Por favor, tutéanos —le pidió Santiago, a lo que ella asintió.

—¿De qué murió Carlos?

—¿Tina no lo contó? —afirmó Michelle.

—No, mi hija no lo refirió...

—¡Vaya morro que tienes! —exclamé, estallando y haciendo callar al resto. Los nervios se apoderaron de mí—. Te recuerdo que cuando os di la noticia, tú cogiste y te marchaste, no volviste a preguntar nada más. Querías que te dejásemos en paz, y fue lo que hice. Es más, nosotros —señalé a Pablo con el dedo— llegamos al acuerdo de que os lo contaríamos poco a poco, ¿estoy mintiendo?

Me dirigí a él para que, al menos en eso, diese la cara. Se mantenía en un segundo plano, como si todo aquello no fuese con él, más preocupado por sus propios asuntos que por lo que ocurría a su alrededor. Su actitud pasiva me alteraba más.

—¿Quieres responder?! —lo azucé.

—Tina tiene razón. —Carraspeó—. Lo acordamos en Nueva York.

—Nando, no la culpes. —Santiago apoyó una mano en su hombro—. Está en lo cierto, es más, a mí ni se me ocurrió en aquel momento. No estábamos preparados para escucharlo. —Se dirigió a Michelle, que observaba todo bastante cortada, a pesar de conservar la calma—. Por favor.

—Mi padre... —Dudó por unos instantes—. Mi padre murió de sida.

—¿Sida?! —Santiago no podía esconder su aturdimiento ante la confesión.
—Era homosexual —terminó de aclarar mi padre—. Creo que tenemos mucho de lo que hablar.

Carlos era el gran desconocido, e ir descubriendo sus facetas asestó un gran golpe en Santiago, que nunca había llegado a tratarlo de un modo más personal. Destapar todos los aspectos desconocidos de su vida se convirtió en el foco de atención de su familia: los Ulloa-Castro y los Huría.

CAPÍTULO 56

Solamente tú

Durante el encuentro con Michelle, había percibido los ojos de Pablo clavados en mí. Tenía la piel erizada, varios escalofríos me recorrieron entera, sudores fríos me envolvían debido a los nervios producidos por controlarme; no quería tenerlo cerca, mucho menos que mi cuerpo reaccionase a él con aquel anhelo que creía olvidado tras el mes que había transcurrido desde su huida de Nueva York. En aquella hora infernal, porque no había otro modo de describirla, una parte de mí quería levantarse de la silla y pegarle y chillarle todo lo que guardaba dentro, mientras que mi alma, de rodillas, quería salir corriendo para alejarse de su foco de dolor.

Aproveché que Santiago y mi padre le presentaron a Alicia a mi prima y que se pusieron en contacto con Isabel, avisándola de que se requería su presencia allí, para marcharme en silencio. En ese instante me di cuenta de que no había rastro de él por ningún lado. Mejor, no quería tropezármelo, ni verlo en pintura, ya que, por una vez en mi vida, no sabría cómo iba a reaccionar si nos quedábamos a solas. Tampoco me apetecía saberlo; tenía asuntos más importantes que tratar que no eran él. Cerré con cuidado la puerta y cuando me disponía a ir a mi despacho, vi, al fondo del pasillo, cómo Noa se abrazaba a Julián escondiendo la cara en su pecho. Esos dos se traían un rollito un tanto raro que solo ellos entendían, y si lo hacían.

Con una sonrisa triste, caminé hasta entrar en el único lugar en el que podía estar a salvo de ser encontrada. Un lugar aséptico de todo tipo de sentimientos, emociones o conmociones personales. Allí era Valentina, y a

ese papel me agarraba para no demostrar a nadie las flaquezas que todavía me roían por dentro. Sin embargo, el ambiente había cambiado: bailaban traviesas en mi olfato notas a jazmín, almizcle, a madera, y estaba cargado de una extraña electricidad que solo ocurría cuando...

Giré sobre mis pies y allí estaba, apostado en el quicio de la puerta con actitud chulesca, las manos metidas en los bolsillos, un pie cruzado sobre el otro, de ahí que el pantalón se le pegara al muslo remarcando la musculatura. Estaba increíblemente atractivo. Moví la cabeza hacia los lados para apartar esos malos pensamientos que podían jugarme una mala pasada.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirí con toda la indiferencia que me fue posible.

—Tenemos que hablar. —Su voz enronquecida me sorprendió.

—Lo lamento, estoy muy ocupada para atender tus reclamaciones, así que si me lo permites, vete.

Eché la cabeza hacia atrás, soltando una sonora carcajada que llenó el espacio entre nosotros.

—¿Ahora me copias?

Era verdad, había reutilizado, más o menos, aquella famosa respuesta que me dio en Galicia.

—Ya ves, algún día tenías que probar de tu misma medicina.

—Tenemos que hablar.

Su insistencia, la seguridad que desprendía su apariencia, me hizo torcer un poco la cabeza, cerrar los ojos, apretar los puños, a la vez que los labios, y abrir las alas de la nariz. Tenía que controlar la mezcla entre furia y dolor que me hervía en la sangre.

—Pablo, no tenemos nada de qué hablar. En Nueva York lo aclaraste de manera meridiana, no vengas ahora queriendo dar marcha atrás —le respondí con la mandíbula tan tensa que me dolían las sienas.

—Te quiero, Tina —dijo alto y claro, sin titubeos, muy seguro de sí mismo.

Esa misma seguridad provocó que me lanzase a su cuello para golpearle en el pecho una, otra y otra vez. ¿Cómo se atrevía a pronunciar esas dos palabras?

—¿De qué vas? ¿Crees que puedes regresar como si nada hubiese pasado? ¿Quién te crees que eres para decirme eso? ¡Eres un mentiroso! ¡Tú tienes la

culpa!

—¿Culpa de qué?

—¿De que te odie! ¡Me has enseñado a odiarte! —Continué golpeándolo; por el contrario Pablo no se defendía, lo que me exacerbaba más—. ¡Defiéndete! ¡Defiéndete, joder!

Me agarró por las muñecas. Forcejeé todo lo que me permitieron mis mermadas fuerzas, que él aprovechó en su favor. Me retuvo pegando nuestros cuerpos. Ese contacto encendió en mí aquel anhelo que pensaba apagado.

—¡Suéltame! ¡Suél...!

Me besó. Si lo que pretendía era derribar mis débiles barreras de un plumazo, lo consiguió. Mi cuerpo se quedó estático de la sorpresa; mi corazón se desbocó en el pecho y parecía querer salir de él; los ojos me picaban amenazando derramar las lágrimas que había contenido durante semanas. El tacto conocido de sus labios, de su barba, reavivó las sensaciones que había experimentado en verano, cuando pensaba que podríamos tener una oportunidad. Volverlas a experimentar solo logró que mi alma, de una vez por todas, se desvaneciese agotada, ¿pero por qué? ¿Acaso en mi subconsciente no era lo que deseaba por miedo a perderlo para siempre? Intenté separarme de él, pero fue inútil, no me lo permitía, de modo que abrí la boca para tomar una bocanada de aire. Tenía la garganta completamente seca y necesitaba quitármelo de encima.

Salí perdiendo.

Pablo lo aprovechó para introducir su lengua en mi boca. Al notar su suavidad las piernas comenzaron a temblarme. No pude resistir el deseo creciente de rozarla, de volver a bailar con ella una vez más. En ese beso yo me perdí, sin embargo, Pablo se desnudó, pues si para mí fue devastador, para él fue el único modo de mostrarme todo aquello que no le permití decir por mi arranque de rabia. Con los sentidos alterados, terminamos abrazados, con nuestros alientos convertidos en uno y conscientes de que sin el otro éramos puro veneno para nosotros mismos.

Al romper el beso, al abrir los ojos, me encontré con un hombre distinto. Si antes me había fijado en lo delgado que estaba, ahí, delante de mí, desquitada del enfado y el rencor iniciales, vi sus ojeras, su cansancio; sus ojos marrones, similares al chocolate, suplicaban algo que todavía se me escapaba,

pero que hizo que se me encogiera el corazón. Era la primera vez que estaban derrotados.

—Tina, no estoy aquí para hacerte daño, he venido a buscarte...

—Me dejaste en Nueva York, te fuiste con ella.

El sabor de sus labios se perdió en el regusto amargo que me causó recordar aquello.

—Déjame explicarte, por favor —me pidió. Lo acepté. Uno frente al otro debíamos aclarar todo aquello que habíamos soportado en ese mes—. Desde aquel fatídico verano fui dando palos de ciego, busqué en otras lo que solo una mujer podía darme, tú, y me di cuenta cuando te vi en Galicia y después en Nueva York. Creo que ya te lo dije, y si no lo hice, lo hago ahora. Cuando Julián me dijo que Anaïs estaba en el hotel, tomé la decisión de coger el primer vuelo a París, porque es una mujer muy voluble y sé, por experiencia propia, que no tendría problemas en armarte un follón delante de quien fuese, incluso de insultarte. La alejé de ti; tú no te mereces ese espectáculo, menos por mi culpa. No te mentí en Galicia: el receso del que hablé era una ruptura, así lo tomé, en cambio, ella, al ver que ninguna de sus conquistas funcionaba, regresó. En París le expliqué que esa relación estaba más que muerta, porque fue lo que sentía. Aun así, yo no era libre del todo para entregarme a ti, tenía que deshacerme de ella, dejarle claros mis sentimientos por ti. —Hizo una pausa. Bajó la cabeza y frunció ligeramente el entrecejo, produciendo la aparición de unas pequeñas líneas. Levantó la vista para continuar—: Julián, incluso mis padres, siempre me advirtieron que lo que Anaïs veía en mí era poder y dinero, pero yo no quise verlo hasta que nos reencontramos en Galicia.

—¿Por qué tardaste un mes?

—Romper con ella fue más sencillo de lo que esperaba. Quedé como el malo de la película, pero me importó una mierda; al fin podía respirar, ya nada se interpondría en mi camino hacia ti. Aunque siempre hay algo: esta vez fue Michelle. El mismo día que regresaba a Madrid, me llamó, me dijo que no le cogías el teléfono y por eso recurrió a mí. Quería hablar, así que no me quedó más remedio que cambiar el vuelo que tenía por uno a Nueva York. Desde allí, preparé la reunión de hoy, pidiendo que no te dijeran nada y pensando mi declaración de intenciones. Espera, no terminé. —Mantuve el

silencio que me pedía—. Tina, te quiero a mi lado, te necesito a mi lado. Tú me haces mejor de lo que soy, porque gracias a ti he encontrado lo que llevaba años buscando. Este mes creí enloquecer sin ti. En mi vida solo hay un plan: tú. —Rodeó mi rostro con sus manos, estaban templadas, y acarició con la yema de sus pulgares las comisuras de mis labios. Cerré los ojos para atrapar en la retina de mi memoria esa exquisita sensación. Solo Pablo conseguía hacerme sentir especial de ese modo tan intenso—. Lo que siento por ti va más allá del amor, del deseo o la pasión. Lo eres todo: el aire que respiro, la luz que me guía, mi estrella en la noche. Contigo a mi lado puedo luchar contra todo, por los dos. Déjame demostrarte que mis sentimientos son verdaderos, déjame demostrarte lo que otros en el pasado no pudieron y yo sí puedo. Es verdad que en Nueva York la cagué a lo grande, pero creí estar haciendo lo correcto. No quería perderte, porque si me dices que es así, que ya no hay ninguna posibilidad entre nosotros, lo que me reste de vida seré un vagabundo. —Pegó su frente a la mía—. Te quiero tanto que me duele el pecho cuando no estás a mi lado. Por favor, dale otra oportunidad a este loco idiota. Si lo haces, te dedicaré mi vida entera, ya que no tendré nada más importante que hacer, porque es contigo con quien quiero pasar el resto de mis días. Lo siento, mi amor.

Fue su perfume, su cálido aliento, el suave roce de su piel contra la mía, su declaración, o quizás un cúmulo de todo ello, lo que me hizo abrazarme a él como si fuese mi balsa salvavidas, el mástil al cual agarrarme. El dolor del último mes se iba amortiguando poco a poco.

—¿Estás dispuesta?

Asentí. No podía obligar a mi garganta a articular sonido alguno. Me era imposible.

—Mira el escritorio. —Sus labios dibujaron una bonita sonrisa sesgada.

Lo solté y volví la vista hacia donde me dijo. En el centro de la mesa había una pequeña caja negra cerrada. Desconcertada, con la respiración alterada y miles de mariposas revoloteando por mi estómago, lo miré.

Me hizo un simple gesto con la cabeza para que me acercara.

Poco a poco, con las piernas temblorosas, e insegura como nunca había estado en mi vida, fui. En cuestión de segundos noté el pecho de Pablo pegado a mi espalda, lo que me llevó a apoyarme en él sin fuerzas para

sostenerme.

—Ábrela —me ordenó.

Cogí la caja, nerviosa. Tenía las manos humedecidas, me temblaban como la gelatina. El terciopelo, delicado en mi piel, me hizo cosquillas que aumentaron mi ansiedad. Tiré de la tapa hacia arriba con el aire congelado en los pulmones, con la garganta reseca. En el interior solo había el satén que la revestía. Sí, estaba vacía. No sabía cómo tomarme aquellos: ¿era una broma de mal gusto o la tela había engullido el objeto? Me sentía aturdida por los extraños sucesos vividos en escasamente media hora, que me guiaban a un abismo desconocido. Pablo, en segundos, dejó la caja en su sitio, rebuscó algo en el bolsillo del pantalón y deslizó por el dedo anular de mi mano izquierda un bonito aro de oro blanco adornado con un pequeño diamante en su centro. Lo observaba sorprendida, temerosa, abrumada por el cariz que habían tomado los acontecimientos, también por la rapidez con la que se desarrollaban, pues no me daba tiempo a asimilarlo todo.

—Pablo..., no..., yo..., —Las palabras se me atascaban.

Tragué de manera bastante ruidosa en un absurdo intento por refrescarla. No hubo manera. Además, estaba muy bloqueada, y por mucho que me obligase a formar una frase que sonase coherente, no podría.

—El mismo día que venía de vuelta de Nueva York, paseando, lo vi en el escaparate de la tienda y supe que este anillo debía lucir en la mano de mi futura esposa.

Me tomó por los hombros y me giró hacia él. Su expresión era un mezcla entre exaltación, alegría contenida y nerviosismo; su tensa mandíbula cuadrada; las aletas de su nariz, abiertas por la tensión, y sus labios, un tanto entreabiertos, lo evidenciaban, mientras que en su mirada, sus ojos brillantes como dos luceros, bailaba el temor. Me encontré con un hombre expuesto, abierto en canal, dispuesto a jugarlo todo a una sola carta.

—Tina, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó, con voz ronca y temblorosa.

—Pablo, yo... Creo que... bueno... Pienso que... es un poco precipitado...

—Cuando se refiere a ti, no hay nada precipitado —sentenció. Entrelazó nuestros dedos antes de continuar—: El matrimonio nos permitirá conocernos sin temor al tiempo, aunque ya te digo que te conozco muy bien y no podrás sorprenderme más. Si aceptas, puedo levantarme y acostarme con la mujer

que amo, tenerla siempre a mi lado, compartirlo todo. ¿Qué dices? ¿Te gusta el plan? —Se encogió de hombros con expresión de niño asustado.

Volví los ojos al anillo que vestía mi mano. El diamante captaba la luz en destellos en los que se podían apreciar algunos colores, gracias a los cuales, durante unos instantes, pude dejar la mente en blanco. Absorta en su sencilla belleza, mi memoria recuperó a mi abuelo: «Mi nieta no es una cobarde».

Con esas palabras resonando en mi cabeza, alcé la mirada al hombre que tenía delante de mí. El único capaz de calmar el dolor de mi alma, capaz de amarme sin condición. No sabía en qué momento nuestros caminos, unidos de nuevo, desembocaron en ese instante tan especial en la vida de una pareja. Algo en lo profundo de mí me decía que Lucas y mi abuelo sabían que llegaría. Por eso, para no hacerlo sufrir más, a pesar de estar hecha un mar de lágrimas, le di la respuesta:

—Sí, por supuesto que sí.

EPÍLOGO

Entre tu boca y la mía hay un cuento de hadas^[60]

Cerré la puerta de mi despacho y dirigí mis pasos al de Pablo, que había sido el de su abuelo. Cada golpe de mis tacones contra el suelo era un latido de mi corazón, desbocado por los acontecimientos que esa noche iban a tener lugar: habían venido Melanie y Freddie, animados, junto con Michelle, para, al fin, poner un poco de orden entre las familias.

Esa noche Pablo había decidido pedir mi mano aprovechando que estábamos todos reunidos.

—¿Se puede? —pregunté, asomando la cabeza por la puerta.

—No llames, tienes acceso directo —contestó de espaldas a mí metiendo la camisa por dentro del pantalón.

Se giró con una gran sonrisa en la boca. Verlo era todo un regalo, cada día más.

—Espera. —Me acerqué a él y le aderecé la corbata gris—. Ahora, mejor.

Nos sostuvimos la mirada nerviosos, como la primera vez. Me vi reflejada en sus brillantes ojos marrones; eran mi remanso de paz a pesar de todo por lo que habíamos pasado. Podía afirmar que volvería a recorrer el mismo camino siempre que me llevase a su lado. Era la única parte de mi vida de la que no me arrepentía.

—Ven, tengo algo para ti —dijo muy misterioso.

—¿Qué pasa?

Me senté en el sofá de dos plazas aún más nerviosa, porque no entendía nada. ¿Qué más me depararía? Él lo hizo a mi lado con un dossier entre sus manos.

—Toma, ábrelo. Creo que te va a gustar tenerlo contigo.

Víctima de la impaciencia, así lo hice, y mi sorpresa fue mayúscula al encontrarme con las fotocopias de unos antiguos documentos que, por la grafía, bastante legible, habían sido escritos a mano. Tratando de mantener la calma, centré toda mi atención en la información que se vertía en ellos. A medida que leía fui reconociendo los nombres de la familia Janvier, Chastain y, por último, los Duchamps. Alcé la vista hacia Pablo, que me observaba ansioso a la espera de mi reacción.

—¿Y esto?

—Después de romper con Anaïs, y aprovechando que estaba en París, me puse a investigar para traerte algún tipo de información. Así lo hice, pasé varios días...

—No me lo habías dicho —afirmé con voz trémula.

—Atiende, no te dije nada antes porque todavía no los tenía, me han llegado hoy. —Puso su dedo índice sobre mis labios—. Quiero explicarme: pasé varios días en los archivos. Lo primero que hice fue buscar en los padrones, y descubrí que tu abuela vivió en un barrio de París que ya no existe; no me acuerdo del nombre, aunque, por las indicaciones que me dio el funcionario, estaba muy cerca de una de las estaciones ferroviarias. —Inspiró profundamente mientras yo observaba aquellos papeles que sostenía.

—Gracias...

—No me las des, creo que era lo último que nos quedaba por saber para poder cerrar este capítulo de nuestras vidas y empezar el siguiente sin ningún interrogante. —Me besó en el cuello—. ¡Qué bien hueles! Ojalá tuviésemos unos minutos más —habló sobre mi piel.

Dejando a un lado el dossier, lo aparté de mí para expresarle de nuevo lo que pensaba:

—Pablo, de verdad, no tienes que hacerlo. Vivimos juntos desde hace más cinco meses. Nuestros padres no necesitan una confirmación, con anunciar que...

—Lo hago por mí —declaró con una seguridad aplastante—. Quiero

hacerlo bien el resto de mis días. Lo necesito. Seré anticuado, no lo dudo, pero quiero que sepan que eres la mujer de mi vida, la dueña de las llaves de mi corazón, de las puertas de mi felicidad y la que tiene en sus manos mi alma. Eres la mujer con la que quiero compartir mi existencia entera. —Me rodeó la cara con sus cálidas manos—. Un «te amo» se queda pequeño para expresar todo lo que siento por ti.

—Eres muy moñas.

Eché la cabeza hacia atrás, soltando una sonora carcajada.

—Acostúmbrate. —Me sonrió de manera sesgada.

—Tengo toda una vida; solo te pido que jamás dejes de decirlo.

Selló esa promesa con un dulce beso en los labios.

NOTA DE LA AUTORA:

Toda novela, sea del género que sea, requiere una documentación previa y *El fino hilo de la mentira* no es una excepción.

El personaje de Carlos, tío de Pablo y Tina, es totalmente ficticio, creado a partir de tres canciones del grupo británico Queen: *Somebody to Love*; *I want to break free* y *Living on my own* (canción de Freddie Mercury en solitario). A pesar de no estar vivo, debía dejar una impronta muy fuerte. Los comentarios de otros personajes, como su carta, juegan un papel fundamental, pues descubrimos a un hombre muy activo en causas sociales, sobre todo en las causas de la comunidad gay. La marcha sobre Washington por los derechos de gays y lesbianas (de la que se habla) fue un hecho real; uno de los muchos movimientos que, durante la década de los años 70, se produjeron en Estados Unidos, tras los fatídicos disturbios de Stonewall (1969). En esa década buscaban el reconocimiento social y la integración. Esta marcha sucedió en 1979 y en ella participaron unas cien mil personas.

Este personaje también nos acerca a Little Spain, el barrio español de Nueva York, que estaría situado en la calle 14, entre las avenidas séptima y octava. Sus primeros habitantes fueron marineros procedentes de Galicia y Asturias (siglo XIX). Ya en la década de los años 50 y 60 (del siglo XX) estaba lleno de negocios españoles. Actualmente, queda muy poco de aquel barrio, solo la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe y La Nacional. Este edificio, como bien se explica en la novela, se quería derruir en los años 90, pero gracias a la intervención de numerosas personas, no se llevó a cabo y hoy en día se recuperó como centro de interés histórico.

Otro tema es el Sida. La documentación sobre esta enfermedad tan terrible, y que padecen tantos miles de personas en el mundo, no fue nada fácil de recabar por las fechas del personaje, ya que mucho se ha avanzado en cuanto

a tratamientos que frenan el progreso de la enfermedad, al igual que las llamadas infecciones oportunistas (aunque no se diga, es algo que sufrió el personaje). La denominación que se da de ella en la carta que lee Tina, «la peste rosa», es cierta. Fue el nombre con que la prensa la bautizó. Si a este respecto he cometido algún error es mío, no de las fuentes documentales utilizadas.

AGRADECIMIENTOS:

El fino hilo de la mentira no sería posible sin la ayuda y los consejos de Érika Gael. Sus preguntas, muchas que ni yo me había formulado, y sus palabras de aliento consiguieron que aquel proyecto que le presenté en último momento, culminase en esta novela. ¡Gracias!

A Lola Gude (Selección Bdb). No puedes imaginarte la ilusión que me hizo conocerte. Gracias por estar siempre ahí y por tu confianza.

Caroline March. Esa amiga que es más que una amiga; que a pesar de la distancia que nos separa sabemos cómo acortarla. Por los consejos, las recomendaciones (de todo tipo, no solo libros), esas charlas que me calman (con las que aprendo más) y por lo que está por venir, gracias.

A mi familia, por compartir con alegría este nuevo proyecto de mi vida; sobre todo a María José, por mostrar tanto interés en esta nueva historia. Gracias a todos.

A mis tres mosqueteras (mis musas), compañeras de blog y amigas. No sabéis lo bueno que es compartir con vosotras esta aventura. Nuestras risas, charlas, las conversaciones... Se echan de menos cuando faltan. ¡Y qué grande fue conoceros!

A todos los integrantes (sí, en masculino, hay un ÉL) del grupo *Bdb Muere de amor* (así de heavy andamos por WhatsApp). Os conocí a todos en Madrid y sois un gran descubrimiento como personas y como compañeros. Gracias por todo.

A Bea, sí, tú, la misma que robé para Noa. Pues eso, que seguí robando un poquito más. Y a Olga por el interés que mantuvo a lo largo de los meses por esta historia. Deseo que os guste.

Por último, a mis chicas de WhatsApp que aunque no hable, os leo (sí, cuando puedo), pero os sigo. Solo espero que os guste.

Si te ha gustado

El fino hilo de la mentira

te recomendamos comenzar a leer

Desde el baluarte

de *Begoña Gambín*



CAPÍTULO 1

Alicante, principios de febrero de 2011

Ese domingo Regina se sentía ociosa. Se tumbó en el sofá y cogió el libro sobre leyendas que se había comprado esa misma mañana en unos grandes almacenes y que previamente había dejado en la mesita cercana al sofá, junto con el cenicero, un paquete de sus cigarrillos preferidos y un mechero. No era que fuese una fumadora compulsiva, pero, cuando llegaba el fin de semana, disfrutaba de ese vicio oculto en sus momentos de relajación de forma eventual.

Siguiendo el ritual obligado, sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió con fruición, exhaló una primera bocanada y se dispuso a leer.

Había adquirido ese libro porque, además de gustarle las fábulas, había leído en la sobrecubierta que relataba una leyenda sobre el origen del nombre de su ciudad natal: Alicante.

Sin pensárselo dos veces y saltándose las normas básicas de una buena lectora, abrió la página del índice y buscó entre sus líneas el motivo por el cual había tomado la determinación de adquirirlo.

Según leía, le iba entrando un ligero sopor producido por la placidez de la situación, amén del calorcillo que le provocaba el sol que entraba en esos momentos por el amplio ventanal del salón, a pesar de estar a mediados de febrero. La siesta, patrimonio nacional, se estaba adueñando de ella.

De repente, cuando por fin había permitido que vencieran los párpados al leer la última palabra del relato, el timbre del teléfono hizo que se sobresaltara con brusquedad. «¿Quién será? ¡Vaya unas horas para molestar! ¿Es que el que llama no sabe que las horas de la siesta son sagradas?», refunfuñó para sí misma.

Regina se incorporó para coger el auricular del teléfono:

—¿Diga? —inquirió irritada.

—¿Regina?

—Sí, soy yo... ¿Eduardo? —preguntó dudosa con voz más calmada.

—El mismo. Dime, ¿cómo estás?

—Contenta de oírte.

—Te he echado mucho de menos —aseguró Eduardo afectuoso.

—Bueno, si te vas a poner tierno, me deshago —dijo con sorna.

Eduardo soltó una carcajada.

—Mira que te cuesta hablar en serio, querida.

—Pero tú sabes que bajo mi tono de ironía se oculta la verdad, Edu — señaló la joven con voz cariñosa.

—Por supuesto que lo sé y es una de las cosas que más me gusta de ti.

—Y esa es una de las cosas que más me gusta de ti: aguantas con estoicismo mi exceso de sorna.

—Siempre es un placer.

—Vale, ya basta de pasteleo, que nos metemos en un jardín peligroso. Dime, ¿ya has terminado con ese trabajo que te tenía absorbido?

—Sí y no. Te llamo porque necesito verte. Quiero enseñarte una cosa que va a interesarte mucho.

—¿Sí?, dime, dime... ¿qué es? —indagó con curiosidad.

—Ahhh, no, no. Sorpresa. Ya lo verás.

Regina y Eduardo quedaron en verse una hora más tarde en Marcus, una cafetería tranquila del centro de la ciudad.

Al colgar, la joven tenía una sonrisa en los labios producida por la llamada de su amigo. Eduardo era una persona muy especial para ella y compartían muchos gustos y aficiones; sobre todo, su afán por saber acerca de lo acontecido durante la dominación islámica.

Su amigo era arqueólogo y disfrutaba de ciertos privilegios que le facilitaban acceder a archivos y sótanos ocultos a la vista de los profanos, que almacenaban gran cantidad de «tesoros» no clasificados todavía.

En cuanto Eduardo encontraba algo que pudiese interesar a su amiga, hacía todo lo posible para poder compartirlo con ella, ya que sus puntos de vista y su sabiduría intuitiva lo habían ayudado en muchísimas ocasiones, además de que para él era un placer ver la cara de emoción de la joven ante esos hallazgos.

Regina sospechaba que Edu la llamaba por algo relacionado con su trabajo. Tanto misterio no podría significar nada más.

Se dio una ducha rápida y se encaminó ansiosa por llegar a su cita lo antes

posible. Subió a su coche y mientras iba conduciendo de forma mecánica, sus pensamientos los dedicaba a frotarse mentalmente las manos intentando averiguar qué nueva sorpresa le tenía preparada su amigo.

La joven era autodidacta, ya que no había tenido la oportunidad de estudiar lo que a ella le habría gustado. Desde muy joven había tenido que hacerse cargo del negocio familiar. Su padre le había dejado en herencia una empresa de construcción; un mundo regido por hombres, en el que le había costado mucho hacerse respetar sin perder su feminidad. En ese momento, a sus treinta y cinco años, por fin podía aseverar que había ganado la batalla.

Regina era una mujer con mucho carisma, de tez clara, chispeantes ojos ligeramente rasgados de color avellana, cabello largo de color chocolate y con un cuerpo ágil y atlético. Le gustaba cuidar su aspecto, pero también disfrutaba de la buena comida, por eso se había acostumbrado a ir todos los días al gimnasio, además de que allí se liberaba del duro trabajo.

A Eduardo lo había conocido hacía algún tiempo cuando, al realizar unas excavaciones para la construcción de una nueva vivienda, tuvo que dar parte a las autoridades de unos restos arqueológicos que encontraron allí.

Desde entonces Regina, que estuvo pendiente de todo el proceso para extraer las piezas encontradas, se había dedicado a absorber todo lo que rodeaba a esa experiencia nueva para ella, que la transportaba a épocas pasadas, y de la mano de Eduardo había conocido un mundo nuevo, lleno de *suspense* e intriga, que le fascinaba y apasionaba.

Su época preferida era la islámica. Quizá porque era la menos conocida, ya que se habían encontrado muy pocos restos islámicos y la mayoría habían sido destruidos hacía años por «molestar» al desarrollo urbanístico, así como debido al saqueo que la Iglesia católica había hecho para aprovechar dichos restos en las construcciones que el clero realizaba, con lo que se había ahorrado la materia prima en gran medida.

Eduardo, en el último tiempo, había estado presente en su vida. Unas veces con más continuidad que otras porque, debido a su trabajo, en ocasiones permanecía fuera de la ciudad una larga temporada. Era un arqueólogo con mucho prestigio y solicitaban sus servicios desde todos los puntos de España. Al principio habían mantenido una gran amistad, pero con el tiempo fue haciéndose cada vez más íntima, aunque sin mantener ningún tipo de

compromiso, solo disfrutando de encuentros placenteros para ambos. En el último tiempo, cuando él se encontraba en Alicante, se solían ver con asiduidad y habían disfrutado juntos casi todos los fines de semana en casa de la joven, pero hacía algo más de dos meses le había avisado de que no dispondría de tiempo libre en una temporada, sin especificar cuánto sería. Regina, a raíz de esa ausencia, lo había echado mucho de menos y se había dado cuenta de sus sentimientos...

Por fin había logrado aparcar y se encontraba a las puertas de la cafetería en la que había quedado con Eduardo. Entró, echó una ojeada al interior y divisó enseguida la silueta de su amigo sentado ante una mesa apartada de las demás, al fondo de la sala.

El arqueólogo, en cuanto la vio entrar, se levantó y fue a su encuentro.

Con sus casi cuarenta años, tenía la constitución nervuda y delgada de un atleta, y su estatura sobrepasaba la de la joven en unos diez centímetros. Se le notaba que era un cuerpo acostumbrado al trabajo físico, bien fuese en un gimnasio, gusto que compartía con Regina, o participando de pleno en las excavaciones; pero lo que más le gustaba a Regina de Eduardo era sus profundos ojos negros y su oscuro pelo rizado y corto que a ella le agradaba acariciar.

Se inclinó para besarla con ternura en los labios y a continuación, tras retirar la silla adyacente a la suya para que se sentase, la imitó.

—Querida, qué alegría verte.

—La alegría es mía, Edu. Tenía ganas de encontrarme contigo.

—Perdóname, Regina. He estado muy ocupado últimamente; no he podido llamarte antes. Casi llevo una vida de ermitaño porque el trabajo que tengo entre manos en estos momentos me absorbe todo el tiempo.

—Cuéntame. Dime de qué se trata. ¿Tiene algo que ver con mi sorpresa?

Eduardo soltó una carcajada que hizo que se le iluminara el rostro aún más. Era una persona de trato agradable, algo tímido pero alegre. En cambio, Regina era atrevida, resuelta y de lengua vivaz. Pese a la diferencia de caracteres de los dos, al arqueólogo le fascinaba el descaro que tenía su amiga, con su fina ironía y su ansiedad ante cualquier enigma.

—Tú tan impaciente como siempre. Vale, te cuento. Has acertado. Algo tiene que ver la sorpresa que te tengo preparada, pero antes preferiría ponerte en antecedentes.

—Está bien, dejaré que lo hagas a tu gusto, pero no me tengas en ascuas mucho tiempo... ¡Cuenta!

En ese momento se acercó el camarero para ofrecerles sus servicios.

—¿Un *cappuccino*? —le preguntó Eduardo a su amiga, con lo que quedó de manifiesto que todavía recordaba sus gustos.

—Por supuesto —le contestó ella ofreciéndole una mirada de complicidad.

En cuanto el camarero fue informado de lo que querían tomar, se marchó tan silenciosamente como había llegado.

Esa interrupción hizo que olvidaran por unos momentos lo que ambos estaban hablando segundos antes. Se quedaron mirándose a los ojos el uno al otro. Eduardo alargó las manos y las posó sobre las de ella con calidez.

La cafetería en la que estaban era muy conocida en la ciudad y tenía una reputación admirable tanto por su servicio como por su ambiente. Era de esas cafeterías con sabor a intimidad, donde cada mesa estaba situada de tal forma que parecían reservados y las luces indirectas creaban una atmósfera tranquila que invitaba a las confidencias. No era la primera vez que Regina y Eduardo se reunían allí, y tenían, ambos, gratos recuerdos de esos encuentros.

Las sonrisas cómplices que afloraron en los labios de los dos les hicieron perder la noción del tiempo hasta que de nuevo llegó el camarero con su servicio.

—Sus *cappuccinos* —dijo dejando las tazas sobre la mesa.

—Gracias —respondieron ambos a la vez, despertando con brusquedad de sus pensamientos.

—Bueno, mejor será que comience con mi relato de los hechos.

—Sí, por favor. Me tienes intrigadísima.

Regina bajó los ojos buscando la taza para llevársela a los labios y darle el primer sorbo.

—Ahí va: supongo que recordarás el motivo por el cual tú y yo nos conocimos ¿no? —dijo Eduardo y, sin esperar una respuesta de su amiga, continuó—. Pues bien, en esas excavaciones que iniciamos con tu aviso, como también sabes, se encontraron muchos objetos y pergaminos muy

interesantes, algunos de los cuales aún estamos clasificando. Ya sabes que este es un trabajo lento y minucioso y, por tanto, numeroso material del que se halla puede demorarse años en proceder a su investigación. Pues bien, entre ellos se localizó un manuscrito en papel muy curioso, que nos ha llamado mucho la atención. Está bastante deteriorado en sus primeras hojas, que están comidas por los gusanos y tienen emborronadas las letras. Consta de treinta y seis folios, incluyendo las hojas de guarda, con siete líneas de escritura por término medio, con una caja que mide ciento veinticinco por noventa y cinco milímetros. Está escrito en letra *nasji*[1] con tinta negra y totalmente acentuado. Es una letra escrita con mucho cuidado, grande y bonita.

—¿Está fechado? —le preguntó Regina en una breve pausa que hizo Eduardo para respirar.

—Sí, sí, por supuesto. Como colofón está escrito «Se ha terminado el libro con la gracia de Alá y Su ayuda, en Sh’awwal (mes de la caza musulmán) del año 642 Hégira[2], y Alá bendiga a Muhammad (Mahoma), el mensajero, el profeta, y a sus familiares», es decir, el año 1245 de nuestra era. Se trata de una especie de registro de la ciudad y sus alrededores en el que se describen los edificios más relevantes de Laqant, o sea Alicante, y de ciudades cercanas, y su situación en las mismas.

—¡Qué maravilla! —gritó Regina sin poder contenerse.

—En el inicio de la primera página del texto —continuó Eduardo—, el autor nos relata que este libro ha sido solicitado por Zayyan Ibn Mardanish, que fue señor de Alicante desde 1241 hasta 1247. Pese al buen cuidado en la letra, el esmero en hacer una letra bonita, más cursiva y fluida, el autor no debió quedar contento con el resultado, ya que en los márgenes aparecen palabras que complementan el texto, que lo corrigen o que las sustituyen, lo que nos indica que es posible que este no sea el libro definitivo y que, por lo menos, haya otra copia en algún lugar de nuestra ciudad.

Eduardo hizo una pausa para saborear, dentro de lo posible ya que estaba frío, el *cappuccino* que tenía sobre la mesa y a la vez crear tensión ante la espera de la joven.

Regina se dio cuenta enseguida de que su gran amigo guardaba un as bajo la manga. Aún no lo había contado todo. Esperó con paciencia a que él

quisiera continuar. Estaba convencida de que tenía más sorpresas y sabía que no tardaría mucho en dárselas.

Eduardo, tras apurar el *cappuccino*, miró a Regina y le sonrió.

—No te engaño, ¿verdad? Sabes que hay más.

Regina soltó una carcajada, se incorporó por encima de la mesa y besó con ternura en los labios a su querido amigo.

—Te conozco demasiado bien. Esos ojos me están diciendo que te has guardado lo mejor para el final.

—Pues sí. Presta atención, va a gustarte. En este registro se describe la situación de un cementerio musulmán con tanto pormenor y exactitud que nos ha costado bien poco localizar su emplazamiento. Eso sí, hemos tardado mucho tiempo en poder conseguir los permisos, además de la autorización, para poder excavar, ya que eran terrenos privados, pero al fin lo conseguimos y nos hemos encontrado con unas cuantas sorpresas. Entre ellas, la que me impulsó a llamarte.

Y, sin decir más, se metió una mano en el bolsillo derecho del pantalón y extrajo una moneda que depositó encima de la mesa.

Regina la cogió con cuidado. Su rostro expresaba toda la emoción que estaba sintiendo en esos momentos. Tenía un trocito del pasado en sus manos. La examinó con mucho cuidado fijándose en todos los detalles como si de eso dependiese su vida. Era una moneda de oro y sus inscripciones eran sin duda árabes.

—Regina, me estoy jugando mi puesto con esto. Nadie sabe que la he cogido para enseñártela, pero tenía unos deseos inmensos de compartirlo contigo y que la vieras. Hay muchas más, un total de veintitrés dinares de la ceca de Al-Ándalus, todos de fecha califal entre los años 317 a 323 de la Hégira, o sea, entre los años 929 y 935 del calendario gregoriano. Estaban enterrados junto a un joven árabe dentro de una especie de gran cofre de bronce con incrustaciones de cobre y plata.

—¿Qué dice en las inscripciones de la moneda? —lo atajó Regina. Estaba deseosa por saberlo todo sobre esa moneda.

—En resumen, viene a decir que es una moneda acuñada en el año 320 Hégira en Al-Ándalus durante el califato de Abd Al-Rahaman iii.

El arqueólogo levantó la mirada de la moneda y la fijó en su amiga.

—Pero aún hay más, junto a las monedas había otro manuscrito, esta vez en pergamino con letra magrebí, algo descuidada, y acentuado de forma parcial. Se trata de una carta dirigida al mismísimo califa Abd al-Rahman iii. En ella se le informa que quien la escribe ha tenido conocimiento de que obra en poder del califa una última sura^[3] del Corán, la 115, revelada por Alá a Mahoma y escrita por Alí, su yerno. En esa, hasta el momento, desconocida sura, según la carta, se transmite, para Mahoma y su dinastía, el Nombre Secreto de Alá. Además, en el manuscrito se notifica que si Abd al-Rahman iii le hace partícipe del contenido de la sura, su recompensa será grande, ya que en las manos del que escribe está el prolongar el califato de este o perderlo de forma inmediata. Como muestra de su buena fe, le envía junto con el mensajero de esa carta un cofre con cien dinares de oro y el peso de esas monedas en piedras preciosas para su disfrute personal. O sea que, con mucha educación, le advierte de que o bien atiende su demanda o se atiene a las consecuencias. La lástima es que el resto del pergamino es indescifrable. El manuscrito está muy deteriorado, sobre todo al final; así que nos hemos quedado sin saber quién escribió y amenazó al califa, aunque sí podemos calcular el año aproximado, ya que Abd al-Rahman iii se proclamó califa desde el año 929 después de Cristo hasta el año 961, en que murió.

—Me has dejado de piedra, ¿una nueva sura?, ¿amenazas a Abderramán? Esto está tomando una pinta interesante —dijo Regina intrigada—. Pero, bueno, creo que el año exacto tampoco es lo más importante de esa carta. Lo que en verdad es trascendental para el mundo islámico es la existencia de esa nueva sura escrita de puño y letra por Alí, ¿no? Pero eso del conocimiento del Nombre Supremo de Alá... Ahí me pierdo.

—Te lo explico —respondió Eduardo—. Desde que se transcribió la palabra de Alá revelada a Muhammad, Mahoma, a través del arcángel San Gabriel, el Corán ha sido estudiado por cientos de eruditos expertos en el islamismo, y en concreto en el Corán, buscando el Nombre Supremo de Alá, ya que está extendida la creencia de que quien invoque a Alá con ese nombre, será respondido y sus peticiones serán satisfechas. En el Corán aparecen noventa y nueve nombres de Alá transcritos con claridad, pero uno, el nombre de Su esencia, Él lo ha mantenido para Sí Mismo y se halla oculto en el mismo Corán.

—Entiendo. Entonces, la existencia de esa última sura revelada a Mahoma con el Nombre Supremo de Alá sería una revolución en el mundo islámico —resumió atónita.

—Exacto. Y ahora, puesta al día de los acontecimientos, quiero pedirte un favor —acabó cambiando el tono de su voz.

Eduardo se puso nervioso de golpe. Tenía mucho interés en lo que le iba a proponer a su amiga y amante, pero serias dudas lo atenazaban hasta casi estar a punto de no formularla.

—¿A mí? —interrogó con asombro Regina—. Dalo por hecho, sea lo que sea. Dime.

—Pues, verás, resulta que el joven árabe que estaba junto al cofre fue asesinado. Se le ha descubierto una fuerte contusión en el cráneo y una incisión entre la sexta y séptima costilla, producida por un arma blanca, según se ha podido saber después de la autopsia que se le ha realizado. Esto nos ha hecho deducir que el joven árabe no llegó a su destino y, aunque no sabemos si hubo más intentos de contactar con Abderramán iii por parte de la persona que escribió la carta, hemos decidido investigar si lo que en ella pone es cierto o no. Me han elegido a mí para que la realice, así que parto la semana que viene a Córdoba, donde residía Abderramán iii como califa de Al-Ándalus, a entrevistarme con Juan Pablo Alcázar, experto en estudios islámicos.

—Me parece un buen comienzo para la investigación. He visto a Juan Pablo Alcázar en la tele y me ha parecido un gran erudito en el tema. Pero dime... ¿en qué puedo ayudarte? —insistió.

—Regina..., quiero que me acompañes en esta aventura —le confesó alargando la mano para posarla encima de la de su amiga—. Me gustaría que vinieses conmigo a Córdoba.

—¿Yo? —preguntó incrédula.

—Sí, tú. Aparte del placer que me produce tu compañía, del deseo de tenerte a mi lado, del cual he tenido que prescindir durante demasiado tiempo por culpa de este trabajo en el que estoy inmerso ahora, quiero que me acompañes porque me fío mucho de tu intuición y lo sabes.

—Edu, no hay nada en el mundo que me apeteciese más ahora que irme contigo, pero... ¿y mi trabajo?

—Vamos, mujer, no me digas que no tienes una mano derecha a quien delegar tus ocupaciones por unos días. Piénsatelo bien. Es una oportunidad única para los dos. Además, creo que los dos necesitamos pasar un tiempo juntos.

Regina irguió su cuerpo, meditó durante breves segundos y sonrió con amplitud.

—¿Sabes? No estoy dispuesta a perder el tiempo pensándolo... ¿Cuándo partimos?

—¡Esta es mi chica! —exclamó Eduardo y estampó un sonoro beso en los labios de Regina.

**Ella se prometió no volver.
Él se prometió no amarla jamás.
Una vieja historia que ha quedado
impresa en un diario desconocido.**

1949. Lena vuelve a España después de casi veinte años. Su padre, una importante figura en la España franquista, la reclama como moneda de cambio, pues ha concertado para ella un buen matrimonio con Álvaro, el hijo de un destacado empresario. Pronto, la joven pareja forjará una unión que parece infranqueable. En sus miradas se reconoce un amor incipiente. Sin embargo, un giro en su vida y su añoranza hacia todo lo que dejó atrás no le impedirán que viva un apasionado romance. Mientras la relación entre Pablo y Tina se afianza, desempolvarán décadas de secretos, mentiras y traiciones que cambiarán el curso de sus vidas.

Emma J. Care es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Emma J. Care

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-973-7

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

1ª PARTE

- [1] *Cuando era sólo una niña / Esperaba el mundo / Pero el mundo voló lejos de su alcance / Y las balas se trabaron en sus dientes / La vida sigue, se pone difícil / La rueda destroza a la mariposa/ Cada lágrima es una catarata / En la noche, en la tormentosa noche cerraba los ojos /En la noche, en la tormentosa noche volaba lejos / Y soñaba con el paraíso.* Coldplay “Paradise”. Mylo Xyloto. Parlophone. 2011.
- [2] Carlos Gardel “Volver”. Odeón. 1935.

CAPÍTULO 1

- [3] Piedra plana situada a poca altura del suelo, donde se hacía el fuego para cocinar en las casas tradicionales gallegas.
- [4] Brujas y duendes.

CAPÍTULO 2

- [5] Desde niño.
- [6] Mi padre.

CAPÍTULO 3

- [7] No

[8] Muy.

CAPÍTULO 5

[9] Lo que quieras.

[10] Venid.

[11] Mi niña.

[12] Simplemente me perdí / En cada río que traté de cruzar / Cada puerta que intenté abrir estaba cerrada / Y solo estoy esperando hasta que el resplandor se desvanezca. Coldplay, “Lost!”. Viva la Vida or Death and All His Friends. Parlophone. Capitol Records. 2008.

CAPÍTULO 6

[13] La Quinta estación “Sueños rotos”. El mundo se equivoca. Sony Music. 2007.

CAPÍTULO 7

[14] Pablo Alborán, “Por fin”; Terral. Warner Music Group. 2014.

CAPÍTULO 9

[15] Larga Noche de Piedra (Longa Noite de Piedra) es la obra poética del autor gallego, Celso Emilio Ferreiro. Aquí se incluye uno de sus versos.

CAPÍTULO 10

[16] Niña.

2ª PARTE

[17] Ojos que hacen que baje lo míos / Una risa que se pierde en su boca / Aquí el retrato sin retoques / Del hombre al que pertenezco / Cuando él me toma en sus brazos / Me habla en voz baja / Él me dice palabras de amor / Palabras de todos los días / Y eso me hace sentir algo / Él está dentro de mi corazón / Una parte de felicidad / Dónde conozco la causa / Él es para mí, yo soy para él en la vida / Él me lo ha dicho, lo ha jurado por la vida / Y eso que yo percibo / Entonces lo siento en mí / Mi corazón late. Édith Piaf *La vie en rose*. Columbia Records. 1947.

CAPÍTULO 14

[18] Nací, nací para estar contigo / En este espacio y tiempo / Después de eso y para siempre / Nunca había pensado / Sólo para romper la rima / Que esta locura puede dejar a un corazón oscuro y angustiado. U2 “Magnificent”. *No Line On The Horizon*. Mercury Records, Island Records e Interscope Records. 2009.

CAPÍTULO 15

[19] Muy vieja.

[20] *A través de la tormenta alcanzamos la orilla / Tú lo das todo pero yo quiero más / Y estoy esperando por ti / Contigo o sin ti / Contigo o sin ti*. U2, “Whit or Whitout you”. *The Joshua Tree*. Island. 1987.

CAPÍTULO 16

[21] Perdona, mi niña.

[22] Te quiero dejar comida.

CAPÍTULO 21

[23] Su traducción es: Diario íntimo.

[24] En francés equivale a nuestro papá.

CAPÍTULO 23

[25] Pablo Alborán, “está permitido”. *Terral*. Warner Music Group. 2014.

[26] Papá y mamá

CAPÍTULO 24

[27] Es el nombre que reciben en Galicia ciertas fresas silvestres.

CAPÍTULO 25

[28] Te quiero todavía.

CAPÍTULO 28

[29] Querido.

CAPÍTULO 29

[30] Hijita.

CAPÍTULO 35

[31] Deja a los muertos donde están, no hagas que se revuelvan en la tumba.

[32] Ya es hora.

[33] Los muchachos.

[34] Muertos.

[35] Ya lo verás.

CAPÍTULO 34

[36] La nenita se parece a su abuela.

[37] Calcadito a Lucas.

[38] Quien.

[39] *Al claro de la luna, mi amigo Pedro / Préstame tu pluma para escribir una carta. / Mi candela se acabó, ya no tengo luz / Ábreme la puerta por amor de Dios.* Canción tradicional francesa.

[40] Muy pronto.

CAPÍTULO 36

[41] Cuervo.

CAPÍTULO 37

[42] Olla.

[43] Mi tortolita, sería la traducción literal, porque la palabra rula significa «tórtola». Esta expresión de cariño que se aplica a mujeres o niñas, como en este caso, es muy utilizada en Galicia.

CAPÍTULO 38

[44] Muy vieja.

CAPÍTULO 39

[45] Fueron dos.

[46] Pobrecita.

[47] Aún.

[48] Manera.

[49] ¿Qué puedo contar de mi pequeño?

[50] Fue.

[51] *Sí recuerdo sus cartas.*

[52] Conocer.

CAPÍTULO 42

[53] Pablo Alborán, “Por fin”; *Terral*. Warner Music Group. 2014.

3ª PARTE

[54] Ayer, todos mis problemas parecían tan lejos / Ahora parece como si estuvieran aquí para quedarse / Oh, creo en el ayer. / Repentinamente, no soy la mitad del hombre que solía ser / Hay una sombra que se cierne sobre mí / Oh, el ayer llegó repentinamente / ¿Por qué ella tuvo que irse? No lo sé, ella no me lo dijo / Yo dije algo equivocado, ahora anhelo el ayer / Ayer, el amor era un juego tan fácil de jugar / Ahora, necesito un lugar para esconderme lejos / Oh, creo en el ayer. The Beatles, “Yesterday”. *Help!*. Parlophone. 1965.

CAPÍTULO 47

[55] Oh, Dios mío.

[56] *Mami*.

CAPÍTULO 54

[57] Es que no puedo esperar más.

[58] Deja.

[59] Mi niño.

EPÍLOGO

[60] Pablo Alborán, “Pasos de cero”, de su disco *Terral*. Warner Music Group. 2014.

Índice

El fino jilo de la mentira

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Segunda parte

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Tercera parte

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Emma J. Care

Créditos